



SELECCIÓN DE MARIANO VILLARREAL

RELATOS DE PAOLO BACIGALUPI · EMILIO BUESO  
KEN LIU · CHINA MIÉVILLE · MIGUEL SANTANDER...

# TERRA NOVA 3

ANTOLOGÍA DE CIENCIA FICCIÓN  
CONTEMPORÁNEA

Lectulandia

Una cuidada selección de historias sorprendentes, terribles y maravillosas, escritas por los mejores autores de la literatura especulativa mundial; relatos, en general, galardonados y/o finalistas de los más prestigiosos premios internacionales. Una narrativa accesible para cualquier lector preocupado por nuestro presente y futuro.

Once relatos de escritores españoles, latinoamericanos y del resto del planeta, que demuestran que la ciencia ficción puede ser una herramienta perfectamente válida para comprender mejor nuestro mundo. Historias cercanas que ahondan en aspectos humanos y no tanto tecnológicos, con tramas que nos hablan acerca de ética periodística, integración de minorías étnicas dentro de la cultura global o la importancia del pasado, plantean miradas distópicas e ideas altamente especulativas como la adaptación humana al cambio climático, el desarrollo de un nuevo lenguaje capaz de moldear el pensamiento o desvelar enigmas procedentes del remoto pasado.

**Lectulandia**

AA. VV.

# **Terra Nova**

**Antología de ciencia ficción contemporánea**

**Terra Nova 03**

**Selección de Mariano Villareal**

ePub r1.0

Dust 10.07.17

Título original: *Terra Nova 3*

AA. VV., 2014

Paolo Bacigalupi, 2008

Ken Liu, 2014

China Miéville, 2014

Emilio Bueso, 2014

Eduardo Vaquerizo, 2014

Ricardo Montesinos, 2014

Liu Cixin, 2014

Jorge Baradit, 2014

Paul McAuley, 2014

Sofía Rhei, 2014

Miguel Santander, 2014

Traducción: Manuel de los Reyes García Campos & María Pilar San Román Navarro & Carlos Pavón  
Pavón & Javier Altayó & Raúl García Campos

Ilustración de la cubierta: Adam S. Doyle

Diseño de portada: Manuel Esclapez

Editor digital: Dust

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## Presentación

Bienvenido/a a *Terra Nova*, su antología de ciencia ficción contemporánea. El libro que ahora tiene en sus manos ha sido posible gracias al éxito comercial y de crítica cosechado por los volúmenes anteriores, y su objetivo sigue siendo el mismo: incluir algunas de las mejores narraciones breves de la ciencia ficción mundial escritas en los últimos años y fomentar al mismo tiempo la producción autóctona de una narrativa de género con calidad literaria y especulativa. Historias cercanas a las preocupaciones e inquietudes del ciudadano medio, que ahonden en aspectos más humanos y no tanto tecnológicos y que transcurran, por lo general, en nuestro presente o en un futuro próximo reconocible.

En esta ocasión he preferido asentar las bases de la antología sobre los fuertes pilares de algunos de los escritores más destacados del momento, como Paolo Bacigalupi y China Miéville, para los que ha sido realmente difícil encontrar un relato adecuado debido a la escasez de material inédito en español. Dos excelentes narradores, también en formato breve, de los que no puedo por menos que recomendar la extraordinaria antología *La bomba número seis y otros relatos* (Fantascy, 2013) del primero —a mi juicio, una de las mejores recopilaciones de autor único publicadas en el último cuarto de siglo— y la aún inédita *Looking for Jake* del segundo.

Además de estos dos destacados escritores, el plantel de colaboraciones extranjeras se completa con una novela corta merecedora del premio Sturgeon en 2012 del reputado Paul McAuley, conocido en España por su serie de la Confluencia, un nuevo cuento del ya imprescindible Ken Liu —nada menos que el relato ganador del último premio Hugo— y, para finalizar, un relato largo de Liu Cixin, probablemente el escritor de ciencia ficción más destacado de la República Popular China, cuya fama traspasa fronteras y que ha sido traducido directamente del mandarín estándar para preservar al máximo el texto original.

En cuanto a relatos escritos originalmente en español, contamos con obras notables de narradores de amplio currículum como Emilio Bueso, Eduardo Vaquerizo y Sofía Rhei, ganadora de la convocatoria abierta para formar parte de este volumen, nuevas voces como Ricardo Montesinos y autores procedentes de Iberoamérica como el chileno Jorge Baradit, todo un referente al otro lado del Atlántico. Como colofón, la obra ganadora del último premio UPC de la Universitat Politècnica de Catalunya, el galardón más prestigioso del género en España, concedido a la novela corta *La epopeya de los amantes* de Miguel Santander.

Ahora es tiempo de adentrarse, sin mayor dilación, en las páginas de este libro. Conocer de primera mano tramas que nos hablan acerca de ética periodística, integración de minorías étnicas dentro de la cultura global o la importancia de la continuidad con el pasado, plantean miradas distópicas e ideas altamente

especulativas como la adaptación de la sociedad humana al cambio climático, el desarrollo de un nuevo lenguaje capaz de moldear el pensamiento, un universo poblado de surrealistas fuerzas sobrenaturales o enigmas procedentes del remoto pasado.

En suma, un nuevo volumen de la que es su antología de ciencia ficción contemporánea. Porque usted, amable lector, así lo ha querido. *Per aspera ad astra*.

MARIANO VILLARREAL

# El jugador

Paolo Bacigalupi

**Paolo Bacigalupi** (Colorado Springs, Estados Unidos, 1972) es un escritor que se dio a conocer en el terreno de la ciencia ficción con un puñado de relatos publicados en las revistas *The Magazine of Fantasy and Science Fiction* y *Asimov's Science Fiction Magazine*, cuentos que sorprendieron por su originalidad y argumento altamente especulativo y le valieron ser finalista en varias ocasiones de los premios Hugo y Nebula. Su primera novela, *La chica mecánica* (Plaza & Janés, 2011) causó sensación tanto a nivel de crítica como lectores, obteniendo los premios Hugo, Nebula, John W. Campbell Jr., Locus de Primera Novela, Compton Crook, Ignotus y muchas otras nominaciones más. Posteriormente llegarían *El cementerio de barcos* (Plaza & Janés, 2012, premio Michael L. Printz) y su excepcional recopilatorio *La bomba número seis y otros cuentos* (Fantascy, 2013, premio Locus de mejor Antología). Junto a China Miéville, está considerado como uno de los puntales de la ciencia ficción moderna.

Su narrativa se caracteriza por tratar, con notable trasfondo filosófico, algunos de los grandes problemas, preocupaciones y desafíos que afectan a nuestro presente y futuro próximos: la destrucción del medio ambiente, el cambio climático, el agotamiento de las materias primas, el creciente poder de las multinacionales agroalimentarias, los peligros de la globalización... grandes ideas planteadas con un estilo moderno, inteligente y capaz de interesar no solo al aficionado al género sino a cualquier lector preocupado por la vertiginosa transformación de nuestro mundo.

«El jugador» es uno de los escasos relatos del autor que aún permanecía inédito en lengua española. Una historia extraordinaria sobre dignidad en el terreno del periodismo y de lucha en favor de los derechos civiles, temas de notable actualidad en nuestros días, que se complementa con una reflexión acerca de la integración de las minorías étnicas dentro de una cultura globalizada. Fue publicado originalmente en la antología *Fast Forward 2*, editada por Lou Anders, y nominado a los premios Hugo, Nebula, Sturgeon y Locus del año 2009.



A mi padre le gustaba apostar. Creía en los milagros del karma y el azar. Veía números de la suerte en las matrículas de los coches y se gastaba el dinero en boletos de lotería y peleas de gallos. No era ningún gigante, ni mucho menos, pero en retrospectiva, cuando pienso en los combates de *muy thai* a los que me llevaba, a mí me lo parecía. Apostaba, ganaba, se reía y bebía *laolao* con los amigos, y todos se me antojaban enormes. Bajo la sofocante llovizna de Vientián, era un espectro con suerte que se paseaba por las calles irisadas en la oscuridad.

Para mi padre todo era un juego: la ruleta y el *blackjack*, las nuevas variedades de arroz y la llegada de los monzones. Cuando el aspirante al trono, Khamsing, anunció la creación del Reino de Nueva Laos, mi padre apostó a que el pueblo se rebelaría. Apostaba por las enseñanzas de mister Henry David Thoreau y por las circulares que cubrían los postes de las farolas. Apostaba por las manifestaciones de monjes de hábitos azafranados y por la humanidad que ocultaban los soldados tras sus bien engrasados AK-47 y sus cascos con visores de espejo.

A mi padre le gustaba apostar, pero a mi madre no. Mientras escribía cartas al editor que conducían a la policía secreta hasta nuestra puerta, ella trazaba planes para escapar. La antigua República Democrática de Laos se derrumbó, y el Reino de Nueva Laos eclosionó con tanques en las avenidas y *tuk-tuk* incendiados en las esquinas. Los obuses redujeron a escombros la resplandeciente *chedi* dorada de Pha That Luang, y a mí, entregado al cuidado de la bondadosa señorita Yamaguchi, me evacuaron a bordo de un helicóptero de la ONU.

Desde las puertas abiertas vimos columnas de humo que se elevaban sobre la ciudad, enroscándose como *nagas*. Cruzamos la franja marrón del Mekong, con el puente de la Amistad convertido en un cinturón engarzado de coches en llamas. Recuerdo un Mercedes que flotaba corriente abajo como un barquito de papel en Loi Kratong, ardiendo incluso a pesar del agua que lo rodeaba.

A continuación, el silencio del país de un millón de elefantes, un vacío que se tragaba la luz, las llamadas de Skype y los correos electrónicos. Las carreteras estaban bloqueadas; las telecomunicaciones, cortadas. Se había abierto un agujero negro allí donde antes se encontraba mi patria.

A veces, cuando me despiertan de madrugada los frenazos y los cláxones del tráfico de Los Ángeles, la caótica sinfonía que componen las decenas de países y culturas comprimidas en este crisol del continente americano, me acerco a la ventana para asomarme al bulevar que se extiende a mis pies, tachonado de luces rojas, donde pasear a solas por la noche equivale a jugarse el tipo y, sin embargo, nadie osa saltarse un semáforo. Contemplo a los estadounidenses, tan impetuosos y vociferantes, con sus distintos tonos de piel, y me acuerdo de mis padres: de él, que

me quería demasiado como para permitirme vivir bajo aquella autodenominada monarquía, y de ella, que no quería verme morir de resultas de su rebeldía. Apoyo la frente en la ventana y derramo lágrimas que saben a pena y alivio.

Todas las semanas acudo al templo y ruego por ellos; enciendo varillas de incienso, me inclino tres veces ante Buda, Dharma y Sangha, y rezo para que la reencarnación les sea propicia, después de lo cual corro a zambullirme de nuevo en la luz, el ruido y el dinamismo de América.

\* \* \*

Los rostros de mis colegas parpadean grises y pálidos a la luz de las tabletas y ordenadores. El tamborileo de los teclados inunda la redacción mientras impulsan los reportajes por la cadena de distribución de tareas hasta que, tras oprimir la última tecla y encomendarse al botón de «publicar», los lanzan a la red.

Ya inmersos en la vorágine, sus trabajos brillan como bengalas etiquetadas con localizadores geográficos, etiquetas de contenido y botones para las redes sociales. Iconos multicolores, los códigos de los distintos conglomerados mediáticos: gradaciones de azul y orejas de Mickey Mouse para Disney-Bertelsmann. Un par de ojos arcoíris ribeteadas de rojo para Google's AOL News. Rayas grises y blancas para Fox News Corp. Verde para nosotros: Milestone Media, una combinación de NTT DoCoMo, el consorcio coreano de videojuegos Hyundai-Kubu y las ruinas todavía humeantes del New York Times Company. Hay otras estrellas, más pequeñas, pinceladas que destellan y rutilan, pero ninguna más importante que nosotros, los monarcas de este universo de luz y color.

Una nueva alerta, recién salida del agregador de WhisperTech, se expande por la pantalla y nos baña a todos con el resplandor carmesí propio de las píldoras informativas de Google News. Se nos han adelantado. El mensaje nos informa de que los nuevos auriculares de Frontal Lobe llegarán al mercado a tiempo para las Navidades: terabytes de capacidad de almacenamiento con adaptadores Pin-Line para las gafas Oakley de microrrespuesta. La tecnología, de próxima generación, permitirá administrar la información personal del usuario mediante el escaneado Pin-Line de sus iris. Los analistas predicen que todo, desde los teléfonos móviles a las cámaras digitales, se quedará obsoleto en cuanto las características de las Oakley desarrollen todo su potencial. El brillo de la alerta se intensifica antes de trasladarse al centro de la vorágine conforme los visitantes acuden en tropel a Google para echar un vistazo a las fotos robadas de las gafas con escáneres oculares.

Janice Mbutu, nuestra directora editorial, lo observa todo desde la puerta de su despacho, con el ceño fruncido. La rubicunda luminosidad de la vorágine domina la redacción, un recordatorio acuciante de que Google está ganándonos por la mano, robándonos el tráfico. Tras sus mamparas de cristal, Bob y Casey, los responsables de Burning Wire, nuestro propio agregador de noticias sobre tecnología orientada al

consumidor, increpan a voz en grito a sus reporteros, exigiéndoles que pongan toda la carne en el asador. Las encarnadas mejillas de Bob amenazan con eclipsar el rojo de la vorágine.

Esta, en realidad, nació con el nombre de LiveTrack IV. Quien baje a la quinta planta y se asome a las hileras de servidores encontrará el logotipo de una mirilla de francotirador con las palabras BOLA DE CRISTAL — EL CONOCIMIENTO ES PODER estampadas en sus chips en caracteres de color naranja metalizado, señal de que si bien Bloomberg nos alquila las máquinas, la que nos proporciona los algoritmos propietarios para analizar los flujos de red no es otra que la sociedad Google-Nielsen, lo que significa que estamos pagando a la competencia para que esta nos cuente qué pasa con nuestros artículos.

LiveTrack IV se dedica a rastrear los datos de los usuarios de recursos informativos —páginas web, feeds, VOD, canales de audio, emisiones televisivas— con los programas de combinación de estadísticas en red de Google, ayudados a su vez por el *hardware* de Nielsen, integrado en todo tipo de cachivaches de acceso a la información de uso personalizado: desde televisores a tabletas, pasando por auriculares, reproductores portátiles o radios para el coche. Afirmar que la vorágine mide el pulso de los medios de comunicación es quedarse corto. Como calificar de «un poco de humedad» al monzón. La vorágine es el pulso, la presión arterial, el oxígeno en la sangre; es el cómputo de glóbulos rojos y blancos, de linfocitos T y el cromosoma artificial bacteriano, es las pruebas del SIDA y la hepatitis G... Es la realidad.

La versión más reciente de la vorágine muestra y compara en tiempo real el impacto de nuestros contenidos en relación con los cien principales aglutinadores de tráfico de usuarios. Mi último reportaje también está ahí, destellando justo al filo de la pantalla, una historia sobre la incompetencia del gobierno: las últimas muestras de ADN que se conservaban de la *Tegosa claudina*, una mariposa ya extinta, han quedado destruidas por culpa de la negligencia del personal del Complejo Federal para la Conservación Biológica de California. Después de que el ejemplar —junto con otras sesenta y dos subespecies— se viera sometido a unos protocolos de almacenaje inadecuados, solo quedaron de él unos frasquitos llenos de polvo. Las muestras, nunca mejor dicho, se las llevó el viento. Mi crónica de lo ocurrido comienza con unos empleados federales arrodillados en una cámara climatizada de dos mil millones de dólares, armados con una docena de aspiradoras del departamento forense del cuerpo de policía de Los Ángeles, esforzándose por capturar una mota de mariposa que quizá alguien sepa reconstruir en el futuro.

En la vorágine, mi historia no es más que una cabeza de alfiler entre los pulsantes soles y lunas de tráfico que representan las noticias de otros periodistas. No es rival para las novedades de los productos de Frontal Lobe, ni para las reseñas de Armored Total Combat, ni para el seguimiento en directo de los Juegos Bulímicos. Se diría que los únicos lectores de mi reportaje son los biólogos que entrevisté. No me sorprende.

Cuando escribí sobre los sobornos y las concesiones de terrenos, los únicos que leyeron el reportaje fueron los registradores de la propiedad del condado. Cuando escribí sobre el amiguismo rampante en la selección de tecnologías para el reciclaje de agua de la ciudad, solo lo leyeron los ingenieros hidrólogos. A pesar de todo, aunque parezca que estas historias no le interesan a nadie, me siento atraído por ellas, como si hostigando al tigre del gobierno estadounidense pudiera compensar de algún modo el no poder incordiar al cachorro del nuevo monarca divino Khamsing. Se trata de una causa perdida, una especie de cruzada quijotesca. Y de resultas de ello, mi sueldo es el más bajo de la oficina.

—¡Yujuuuu!

Todas las cabezas giran como accionadas por un resorte frente a sus respectivas terminales de ordenador, buscando el origen del ruido: Marty Mackley, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Podéis darme las gracias... —Se agacha y pulsa una tecla—. Ahora.

En la vorágine se materializa otro *post*, una pequeña esfera verde que se anuncia en el *Glamour Report*, en el blog de Scandal Monkey y en los *feeds* de la columna de Marty. Ante nuestros ojos, la publicación comienza a absorber *pings* de clientes de software a lo largo y ancho del globo, notificando a los millones de seguidores de su columna que Marty acaba de lanzar una nueva historia.

Abro mi tableta y leo las etiquetas:

Doble DP,

Paletos HipHop,

Noticias musicales,

Schadenfreude,

Menor de edad,

Pedofilia...

Según la historia de Mackley, el mafioso ruso rapero *cowboy* Doble DP —quien, en mi opinión, no le llega ni a la suela de los zapatos a Kulaap, la última sensación del pop asiático— está acusado de dejar embarazada a la hija de catorce años de su escultor facial. Los lectores están empezando a fijarse en la noticia y, con su atención, la esfera verde fosforito de Marty comienza a hacerse un hueco en la vorágine. La estrella de contenido late, se expande, y por fin, como si alguien la hubiera regado con gasolina, entra en erupción. El escándalo de Doble DP llega a las redes sociales, empieza a recibir recomendaciones, capta más lectores, más enlaces, más clics... y más dólares en publicidad.

Marty contonea la pelvis en señal de victoria y reclama la atención de todo el mundo por señas.

—Eso no es todo, amigos. —Vuelve a tocar el teclado y publica otra historia: imágenes en directo del hogar de Doble, donde... parece que el hombre que popularizó a los paletos rusos estuviera saliendo por la puerta a toda pastilla. Ver la casa en tiempo real supone una verdadera sorpresa. La mayoría de los *paparazzi*

independientes carecen de la paciencia necesaria para esperar sentados a que tal vez, quizá, alguna vez le dé por pasar algo interesante. Todo apunta a que Marty ha estacionado sus propios *papcams* en exclusiva frente al edificio, atentos a algo así.

Todos somos testigos de cómo Doble DP cierra la puerta con llave al salir. Marty dice:

—Pensé que DP se merecía la cortesía de que alguien le notificara que la noticia estaba a punto de salir a la luz.

—¿Se está dando a la fuga? —pregunta Mikela Plaa.

Marty se encoge de hombros.

—A ver.

Ni más ni menos, todo apunta a que Doble se dispone a ejecutar lo que los estadounidenses han popularizado como un «OJ». Monta en su Hummer de color rojo. Sale del aparcamiento.

Bajo el fulgor verde de su historia, en constante expansión, Marty sonrío. La noticia no deja de aumentar de tamaño, y él goza de una posición inmejorable para disfrutar del desarrollo de los acontecimientos. Las demás agencias de noticias y blogs le van a la zaga. La vorágine se inunda de *posts* de seguimiento que surgen de la nada y comienzan a ganar impulso por sus propios medios mientras las redacciones se esfuerzan por engancharse a nuestro tráfico.

—¿Tenemos un helicóptero? —pregunta Janice, que ha salido de su despacho de cristal para asistir al espectáculo.

Marty asiente con la cabeza.

—Está colocándose en posición. También le he comprado a la poli vista de ángel en exclusiva, así que todos los interesados en nuestras imágenes tendrán que pagar por la licencia.

—¿*El largo brazo de la ley* está al corriente de este cruce de contenidos?

—Sí. Incluso han puesto dinero de su propio bolsillo para pagar el helicóptero.

Marty se sienta de nuevo y empieza a aporrear el teclado, transformado en una ametralladora de introducción de datos. Un murmullo apagado se eleva del foso de los técnicos, donde Cindy C. está llamando a nuestros proveedores de telefonía para reservar líneas de emergencia con las que amortiguar el impacto de un previsible pico de tráfico. Sabe algo que los demás ignoramos, algo para lo que Marty ya la ha preparado. Está levantando barricadas de servidores espejo. Marty hace como si el público que lo rodea no existiera. Deja de teclear. Levanta la cabeza y clava la mirada en la vorágine, concentrado en su resplandeciente esfera de contenido, como el director de una orquesta sinfónica.

El racimo de historias en lid continúa creciendo mientras Gawker, Newsweek y Throb se organizan y contraatacan. Clic a clic, los lectores se empiezan a alejar de nosotros, curiosos por ver si la cobertura de la competencia contiene alguna aportación nueva. Marty sonrío, oprime la tecla de «publicar» y vuelca un nuevo balde de carnaza en el tanque infestado de tiburones del interés público: una

entrevista con la adolescente en cuestión. El aspecto que ofrece en la pantalla es muy joven, tanto que resulta incluso chocante. Acuna un osito de peluche en los brazos.

—Os juro que el oso no lo planté yo —observa Marty—. Lo trajo ella solita.

Las acusaciones de la muchacha, como el bucle de una sintonía preprogramada, sirven de banda sonora al intento de Doble por alcanzar la frontera:

Y después me...

Y me dijo...

Antes de eso yo nunca...

Al parecer Marty ha comprado los derechos de unos cuantos temas del propio Doble para amenizar las imágenes del Hummer a la fuga. Ya hay fragmentos del vídeo rebotando de un lado a otro como pelotas de *ping-pong* tanto en YouTube como en MotionSwallow. La vorágine ha llevado a Doble DP al centro de la pantalla mientras continúa creciendo el número de feeds y páginas web que enlazan el contenido. No es solo que el tráfico haya aumentado, sino que el *post* está escalando puestos en el *ranking* de las redes sociales a medida que la cantidad de citas y links sigue incrementándose.

—¿Cómo van las acciones? —pregunta alguien.

Marty sacude la cabeza.

—Me han prohibido el acceso a los gráficos.

Claro, porque cada vez que suelta uno de sus bombazos todos le imploramos que nos muestre las secuelas en toda su magnitud. Nos giramos hacia Janice, que pone los ojos en blanco pero asiente con la cabeza. Cindy desbloquea las imágenes en cuanto termina de comprar más ancho de banda. La vorágine se desliza a un lado y se abre una segunda ventana, toda gráficos de barras y páginas de economía: nuestro valor en bolsa, afectado por el tráfico en expansión de la historia... y por nuestros ingresos por publicidad, en expansión a su vez.

Los bots del mercado de valores, que cuentan con su propia versión de la vorágine, ya han detectado la fluctuación del tráfico de lectores. Una cascada de decisiones de compra y venta resbala por la pantalla en respuesta a la popularidad de la columna de Mackley. Mientras este continúa aireando la historia, la bestia sigue creciendo. Cada vez más feeds se hacen eco, la gente está recomendando la historia a sus amigos y hasta el último de ellos sufre el bombardeo de nuestros anunciantes, lo cual se traduce en más ingresos para nosotros y menos para los demás. Llegado este punto, Mackley es más grande que la Super Bowl. Dado que la historia lleva la etiqueta de Doble DP, incorpora su propio *target* demográfico: jóvenes de entre trece y veinticuatro años que compran gadgets que reflejan su estilo de vida, música contemporánea, ropa a la última, juegos recién salidos del horno, peinados radicales, skins para sus tabletas y tonos para el móvil; un público objetivo tan codiciado por su gran número como por su elevado poder adquisitivo.

Nuestras acciones escalan un punto. Se detienen. Suben otro más. Ya tenemos cuatro pantallas en funcionamiento. El *papcam* de Doble DP, las escenas de la

persecución con la poli pisándole los talones, el helicóptero que empieza ya a despegar y la ventana con la entrevista a la chica de catorce años, que dice:

—Me da mucha pena, la verdad. Estamos muy unidos. Queremos casarnos. —Y ahí está el Hummer, devorando el asfalto del bulevar de Santa Mónica mientras suena de fondo «Cowboy Banger», uno de los temas de Doble.

La historia recibe otra oleada de citas en las redes sociales. El valor de nuestras acciones escala otro punto. Nos tambaleamos al filo de la paga extra del día. La tormenta de clics se resiste a amainar. La combinación de contenidos es insuperable, lo que Mackley ha dado en denominar las «Tres Eses»: sexo, sandeces y schadenfreude. Las acciones suben otro punto. Prorrumpimos en gritos de júbilo como un solo hombre. Mackley hace una reverencia. Todos lo adoramos. Si puedo pagar el alquiler es en un 50 por ciento gracias a él. Incluso la más modesta de las bonificaciones que recibe la redacción gracias a su trabajo me asegura la subsistencia. Ignoro cuánto se embolsa él cuando genera uno de estos acontecimientos. Cindy dice que «siete cifras, cariño, seguiditas una detrás de la otra». La fama de su columna es tan grande que podría permitirse el lujo de independizarse, pero entonces no tendría los recursos necesarios para apañar un helicóptero con el que seguir en directo una persecución por carretera en la frontera con México. Es una relación de simbiosis. Él hace lo que mejor se le da, y Milestone le paga como si de una celebridad se tratara.

Janice da una palmada.

—A ver, todos. Ya tenéis vuestro extra. Y ahora, otra vez al tajo.

Un gemido de protesta generalizado resuena en la sala. Cindy quita las acciones y los incentivos del monitor gigante y vuelve a poner lo que nos ocupa: generar más contenido para iluminar la vorágine, para que los fogonazos de la programación de Milestone continúen bañando la redacción con su resplandor esmeralda. Todo vale: desde cómo elegir el pavo perfecto para el Día de Acción de Gracias al todoterreno de Mitsubishi que consume 2,5 litros a los 100. La historia de Mackley late sobre nuestras cabezas mientras trabajamos. No deja de añadir detallitos adicionales, actualizaciones, opciones de interacción, todo con tal de que su inmenso público vuelva a hacer siquiera otro clic.

Marty se pasará el día entero conversando con esta historia mastodóntica que es su creación. Animando a sus visitantes a asomarse a ella una vez más. Les brindará la posibilidad de elaborar encuestas, de debatir sobre el castigo que debería recibir DP, de preguntarse si es posible enamorarse de alguien con catorce años. La vida de esta será larga, y él la criará como un padre orgulloso, alimentándola y educándola, ayudándole a abrirse camino en el implacable mundo de la vorágine.

Mi motita verde de contenido ya se ha esfumado. El calvario de Doble DP, por lo visto, es digno de compasión incluso entre los biólogos del gobierno.

\* \* \*

Cuando mi padre no estaba haciendo apuestas irresponsables con la revolución, daba clases de agronomía en la Universidad Nacional de Laos. Quizá nuestras vidas hubiesen sido distintas si hubiera sido un cultivador más en los arrozales de los suburbios de la ciudad, en vez de estar rodeado de intelectuales e ideas. Pero el karma quiso que fuera maestro e investigador, de modo que mientras aumentaba la producción de arroz de Laos en un 30 por ciento, al mismo tiempo se llenaba la cabeza con los sueños de otros jugadores como él: Thoreau, Gandhi, Martin Luther King, Sájarov, Mandela, Aung Sung Kyi. Apostadores apasionados, hasta el último de ellos. Decía que si los blancos de Sudáfrica se habían avergonzado de sus actos, nada impedía que el aspirante a monarca pudiera arrepentirse de los suyos. Según él, Thoreau debía de haber sido Laos, por lo pacífico de sus protestas.

Mi padre describía a Thoreau como un monje de los bosques que se había internado en la selva en busca de una revelación. Para vivir entre los banianos y las hiedras trepadoras de Massachusetts y meditar acerca de la naturaleza del sufrimiento. Mi padre creía sin lugar a dudas que era un *arhat* renacido. A menudo hablaba de mister Henry David, y en mi imaginación, también este *farang* era un hombre de dimensiones enormes, como mi padre.

Cuando los contactos de mi padre venían a visitarlo al anochecer —después del golpe y el contragolpe de estado, después de la marcha a favor de la insurgencia de Khamsing que habían respaldado los chinos—, casi siempre hablaban de mister Henry David. Mi padre se sentaba con sus amigos y sus alumnos, tomaban café de Laos muy cargado mientras encendían un cigarrillo con la colilla del anterior, y al final siempre terminaba redactando quejas contra el gobierno, de meticulosa sintaxis, que los estudiantes copiaban antes de dejarlas en lugares públicos, distribuirlas por los bajos fondos y pegarlas en las paredes al amparo de la noche cerrada.

Su guerra de guerrillas particular consistía en preguntar por el paradero de sus amistades, por qué se habían quedado solas sus familias. Exigía saber por qué los soldados chinos aporreaban en la cabeza a los monjes en huelga de hambre sentados ante el palacio. A veces, cuando se emborrachaba y estas pequeñas apuestas no bastaban para satisfacer los temerarios apetitos de su naturaleza, enviaba cartas al director a todos los periódicos.

Ninguna de estas llegó a publicarse jamás, pero lo poseía un espíritu que le animaba a creer que la prensa podría cambiar algún día. Que su condición de padre de la agricultura de Laos de alguna manera sería capaz de convencer a los editores para cometer el suicidio de imprimir sus protestas.

Acabó con mi madre sirviendo café a un capitán de la policía secreta mientras otros dos agentes esperaban ante nuestra puerta. El capitán, haciendo gala de una cortesía exquisita, le ofreció a mi padre un 555 —una marca de tabaco que ya solo se encontraba de contrabando, y muy rara vez— y se lo encendió. A continuación desplegó la circular encima de la mesita, no sin antes apartar los platillos con sus tazas de café para hacerle sitio. La hoja estaba rota y arrugada, manchada de barro.



Repleta de acusaciones contra Khamsing. La autoría de mi padre era inconfundible.

Mi padre y el policía se quedaron sentados, fumando, observando la hoja en silencio.

Transcurridos unos instantes, el capitán preguntó:

—¿Vas a parar?

Mi padre aspiró el humo de su cigarro y lo expulsó muy despacio mientras contemplaba la circular extendida entre ellos.

—Todos respetamos lo que has hecho por el reino de Laos —continuó el capitán—. Yo mismo tengo parientes que habrían muerto de hambre de no ser por tu trabajo en las aldeas. —Se inclinó hacia delante—. Si prometes dejar de escribir estas circulares y quejas, nos olvidaremos de todo. De todo.

Mi padre seguía sin decir nada. Se acabó el cigarrillo. Lo apagó.

—Sería complicado prometer algo así —dijo.

El capitán no logró ocultar su sorpresa.

—Tienes amigos que han intercedido por ti. Quizá quieras reconsiderar tu decisión. Por su bien.

Mi padre ensayó un discreto encogimiento de hombros. El capitán estiró la circular arrugada, alisándola un poco más. La leyó.

—Estos panfletos no sirven de nada —dijo—. La dinastía de Khamsing no va a desmoronarse porque tú imprimas unas cuantas protestas. La mayoría de estos papelotes acaban hechos pedazos antes de que nadie los lea. No sirven de nada. Son absurdos. —Se lo estaba suplicando, prácticamente. Miró en mi dirección y me vio plantado en la puerta, observándolos—. Déjalo. Por tu familia, ya que no por tus amigos.

Me gustaría decir que mi padre pronunció un discurso grandioso. Algo honorable acerca de denunciar la tiranía. Que invocó tal vez a alguno de sus ídolos. A Aung Sung Kyi o a Sájarov, o a mister Henry David y su pasión por las protestas pacíficas. Pero no dijo nada. Se limitó a quedarse sentado con las manos en las rodillas, contemplando sin pestañear la vapuleada circular. Se me ocurre ahora que debía de estar muy asustado. Antes, las palabras siempre acudían con facilidad a sus labios. En vez de eso, no dejaba de repetir:

—Sería complicado.

El capitán esperó. Cuando quedó claro que mi padre no tenía nada más que añadir, dejó la taza de café encima de la mesita e indicó a sus hombres que pasaran adentro. Todos se mostraron muy considerados. Creo que el capitán llegó incluso a pedirle perdón a mi madre mientras se lo llevaban.

\* \* \*

Nos encontramos en la tercera jornada del filón de Doble DP y el sol verde reluce fulgurante sobre todos nosotros, bañándonos con su reconfortante y próspero

resplandor. Yo he empezado a trabajar en un reportaje nuevo, con los auriculares de Frontal Lobe puestos para bloquearlo todo salvo la tarea que me ocupa. Siempre cuesta un poquito escribir en la tercera lengua de uno, pero mi compatriota y cantante favorita, Kulaap, me susurra al oído que «el amor es un ave» y la historia progresa a buen ritmo. Con Kulaap cantándome en el idioma de nuestra niñez, me siento casi como en casa.

Me interrumpe un golpecito en el hombro. Me quito los auriculares y miro a mi alrededor para descubrir a Janice cerniéndose sobre mí.

—Ong, tenemos que hablar. —Me invita a seguirla con un ademán.

Una vez en su despacho, cierra la puerta a mi espalda y se dirige a su mesa.

—Siéntate, Ong. —Acaricia la pantalla de su tableta y desplaza la imagen hacia abajo—. Dime, ¿cómo va todo?

—Muy bien. Gracias. —Ignoro si su pregunta esconde algo más, pero lo más probable es que no tarde en averiguarlo. Los estadounidenses dejan pocas cosas a la imaginación.

—¿De qué va tu próximo reportaje?

Sonrío.

—Me gusta esta historia; me recuerda a mi padre. Y con la relajante voz de Kulaap en los oídos, casi he terminado la fase de documentación. La *Houstonia caerulea*, planta que popularizara mister Henry David Thoreau en sus diarios, está floreciendo antes de tiempo y eso obstaculiza el proceso de polinización. Es como si las abejas no pudieran encontrarla en marzo, cuando se abre, y los científicos entrevistados echan la culpa al cambio climático. En cualquier caso, lo cierto es que ahora la flor está en peligro de extinción. He entrevistado a biólogos y naturalistas de la zona, y ahora me gustaría peregrinar al lago Walden en busca de esta houstonia, que pronto podría terminar embotellada también en algún laboratorio de la reserva federal, con sus técnicos de trajes impolutos y sus aspiradoras para recoger pruebas en el escenario del crimen.

Cuando acabo de describir la historia, Janice me mira como si hubiera perdido un tornillo. Me doy cuenta de que piensa que me he vuelto loco porque lo puedo leer en su cara. Y porque me lo dice.

—¡Joder, pero te has vuelto loco o qué pasa!

Los norteamericanos son muy directos. No resulta fácil mantenerse impasible cuando te gritan. A veces creo que me he adaptado a Estados Unidos. Ya llevo aquí cinco años, desde que llegara procedente de Tailandia con una beca, pero en ocasiones como esta lo único que puedo hacer es sonreír e intentar no encogerme mientras pierden la compostura, despotrican y se desgañitan. Mi padre recibió una vez el zapatazo de un oficial en la cara, y aun así no dejó traslucir su rabia. Pero Janice es estadounidense, y está muy cabreada.

—¡No pienso autorizar semejante chorrada de excursión con el dinero de todos!

Me esfuerzo por rebajar su ira con mi sonrisa, pero entonces recuerdo que los

norteamericanos no ven los gestos de disculpa como haría un habitante de Laos. De modo que dejo de sonreír e imprimo a mis facciones una expresión... no sé. De ferviente deseo, espero.

—La historia es muy importante —le digo—. El ecosistema no se está adaptando como corresponde al cambio climático. Antes bien, ha perdido... —busco la palabra adecuada— sincronización. Estos científicos opinan que la flor aún se puede salvar, pero solo con la importación de un tipo de abeja que se encuentra en Turquía. Creen que esta podría sustituir la función polinizadora de la población nativa de abejas, y también que no sería demasiado invasiva.

—Flores y abejas turcas.

—Sí. Es una historia importante. ¿Dejar que se extinga esa flor tan valiosa o intentar rescatarla aun a riesgo de alterar el ecosistema del lago Walden? Creo que a los lectores les parecerá muy interesante.

—¿Más interesante que eso? —Señala con el dedo al otro lado de la pared de cristal, a la vorágine, al palpitante sol verde de Doble DP, que ahora se ha hecho fuerte en un hotel mexicano y ha tomado a un par de fans como rehenes—. ¿Sabes cuántas visitas estamos recibiendo? Tenemos la exclusiva. Marty se ha ganado la confianza de Doble y mañana entrará en la casa para hacerle una entrevista, siempre y cuando los mexicanos no envíen antes ninguna fuerza de asalto. Hay gente que entra y vuelve a entrar en el blog de Marty cada dos minutos tan solo para leer cómo van los preparativos.

La fulgurante esfera no se limita a dominar la pantalla de la vorágine sino que eclipsa todo lo demás. Si nos fijamos en los bots financieros, a todo el que no goza de la protección de nuestro parasol corporativo se le han quemado ya las retinas. Incluso la historia de Frontal Lobe y Oakley se la ha tragado la tierra. Nuestros tres días de control absoluto de la vorágine han sido rentables a más no poder. Ahora Marty está enseñándoles a sus seguidores el chaleco antibalas que piensa ponerse por si acaso a los comandos mexicanos les da por atacar mientras DP y él debaten sobre la naturaleza del amor verdadero. Además, tiene otra entrevista en exclusiva lista para publicarse de un momento a otro, esta vez con la madre. Cindy, la encargada de montar el metraje, no oculta lo mucho que la repugna todo este asunto. Parece ser que la mujer llevó a su hija en coche a la mansión de DP para que, ya sin su compañía, participara a medianoche en una fiesta al borde de la piscina.

—Alguien habrá que ya esté harto de DP y quiera ver otra cosa —sugiero.

—No te pongas la soga al cuello con un reportaje sobre flores, Ong. Hasta la ruta gastronómica que está realizando Pradeep por la región de Ladakh recibe más visitas que estas cosas que escribes.

Se diría que va a añadir algo más, pero se contiene. Me da la impresión de que está midiendo sus palabras, algo impropio de ella. Por lo general da voz a sus ideas antes de que estas tengan tiempo de encajar en su sitio.

—Ong, me caes bien —dice. Me obligo a sonreír ante estas palabras, pero

continúa—: Te contraté porque me dabas buenas vibraciones. No me importó arreglar los visados para que pudieras quedarte en el país. Eres buena persona. Escribes bien. Pero la media de tu columna no llega ni a los mil pings. —Consulta la tableta de reajo antes de volver a mirarme—. Tienes que aumentar esa media. Prácticamente ningún lector te selecciona para la primera plana. Incluso los que se suscriben a tu feed lo relegan a la tercera fila.

—Lecturas espinaca —la interrumpo.

—¿Cómo?

—Mister Mackley las denomina lecturas espinaca. Cuando a alguien le da por pensar que deberían hacer algo de provecho, como comerse las espinacas, entonces van y pinchan en mis artículos. O leen a Shakespeare.

Me ruborizo de repente, cohibido. No pretendía dar a entender que mi trabajo sea equiparable al de un gran poeta. Me gustaría corregirme, pero me lo impide la vergüenza. De modo que en vez de eso cierro el pico y me siento frente a ella, con las mejillas encendidas.

Me observa.

—Ya. Bueno, sigue siendo un problema. Mira, respeto lo que haces. Salta a la vista que eres muy listo. —Consulta la tableta de reajo—. Aquello que escribiste acerca de las mariposas era de lo más interesante.

—¿Sí? —Me obligo a sonreír de nuevo.

—Es solo que nadie quiere leer estas historias.

Intento protestar.

—Pero me contrataste para escribir sobre cosas importantes. Reportajes sobre la política y el gobierno, para perpetuar la tradición de los antiguos periódicos. Recuerdo que esas fueron tus palabras cuando me contrataste.

—Ya, bueno. —Aparta la mirada—. Lo que tenía en mente era un buen escándalo, más bien.

—Lo de la *Tegosa claudina* es un escándalo. Esa mariposa ya se ha extinguido.

Suspira.

—No, de escándalo nada. Es una historia deprimente, eso es todo. A nadie le gusta leer para deprimirse, al menos no más de una vez. Y nadie se suscribe a una columna que solo persigue ese fin.

—Mil personas lo han hecho.

—Mil personas. —Se ríe—. No somos el blog de una comunidad de Laos, somos Milestone, y competimos con ellos por conseguir clics. —Agita una mano en dirección al exterior, a la vorágine—. Tus historias no duran más de doce horas, solo una minoría las comparte en las redes sociales. —Sacude la cabeza—. Dios, pero si ni siquiera sé cuál es tu objetivo demográfico. ¿Los *hippies* centenarios? ¿Un puñado de burócratas federales? Las cifras no justifican de ninguna manera la cantidad de tiempo que dedicas a tus historias.

—¿Qué quieres que escriba?

—Yo qué sé. Lo que sea. Críticas de productos. Noticias de utilidad. Lo que sea menos más cosas del estilo de «lamentamos informarles de otra desgracia». Si los lectores no pueden hacer nada por una puñetera mariposa, no tiene sentido hablarles de ella. Lo único que se consigue así es deprimir a la gente, aparte de reducir las visitas.

—¿No recibimos visitas de sobra gracias a Marty?

Se le escapa una carcajada.

—Me recuerdas a mi madre. Mira, no quiero darte la patada, pero no me quedará más remedio como no empieces a atraer al menos una media de cincuenta mil visitas diarias. El promedio de nuestro grupo es ridículo en comparación con el de otros equipos, y cuando toca hacer las evaluaciones siempre quedamos en mal lugar. Me las tengo que ver con Nguyen, en el departamento de Juguetes y Tecnología, y con Penn en Yoga y Espiritualidad, y a nadie le apetece leer acerca de lo rápido que el mundo se está yendo a la mierda. Así que encuéntrame historias que la gente quiera leer.

Dice más cosas, palabras que creo que intentan hacerme sentir inspirado y motivado, y antes de darme cuenta me veo al otro lado de su puerta, enfrentado a la vorágine una vez más.

Lo cierto es que nunca he escrito historias populares. No soy un escritor de historias populares. Soy serio. Soy lento. No me muevo a la velocidad de la que estos norteamericanos parecen estar enamorados. «Encuéntrame historias que la gente quiera leer». Podría escribir algún texto de refuerzo para Mackley, sobre Doble DP, contribuir quizá con alguna crónica de refuerzo al reportaje principal, pero algo me dice que los lectores se darían cuenta de que todo es fingido.

Marty, que me ha visto plantado frente al despacho de Janice, se acerca y pregunta:

—¿Te está machacando con las cifras?

—No escribo las historias que debería.

—Ya. Eres un idealista.

Los dos nos quedamos allí durante unos instantes, reflexionando sobre la naturaleza del idealismo. Aunque Marty sea estadounidense hasta la médula, me gusta porque es respetuoso con los sentimientos de los demás. La gente confía en él. Incluso Doble DP, aunque Marty haya esparcido su nombre por la primera plana de todos los noticiarios. Marty tiene buen corazón. *Jai dee*. Me cae bien. Me parece auténtico.

—Mira, Ong —dice—. Me gusta lo que haces. —Apoya una mano en mi hombro. Por un momento temo que esté a punto de alborotarme el cabello en un alarde de afecto y me preparo para no hacer una mueca de aprensión, pero tiene la sensatez de retirar enseguida la mano—. Mira, Ong. Los dos sabemos que esta clase de trabajo se te da fatal. Esto es el mundo de las noticias, y no es para ti.

—Mi visado estipula que debo desempeñar un trabajo.

—Ya. En ese sentido Janice se portó como una guarra. Mira. —Se lo piensa antes de proseguir—. Ahora estoy liado con esto de Doble DP en México, pero estoy fraguando otra historia. Una exclusiva. La bonificación ya me la he ganado, de todas formas, y algo así debería aumentar tu media.

—No sé si podría escribir crónicas sobre Doble DP.

Su sonrisa se extiende de oreja a oreja.

—No se trata de eso. Y tampoco es cuestión de caridad, lo cierto es que eres el candidato perfecto.

—¿Algo acerca de los desmanes del gobierno?

Se ríe, aunque no de mí, o eso creo.

—No. —En sus labios se dibuja una sonrisa—. Kulaap. Una entrevista.

Se me corta la respiración. Mi compatriota, aquí, en Estados Unidos. Escapó también durante la purga. Estaba rodando una película en Singapur cuando aparecieron los tanques, por eso no se quedó atrapada. Su popularidad ya se había extendido por toda Asia, de modo que cuando Khamsing transformó nuestro país en un agujero negro, el mundo entero se percató. Ahora también es muy popular en América. Muy guapa. Y recuerda cómo era nuestro país antes de sumirse en las tinieblas. Mi corazón late desbocado.

—Ha accedido a concederme una entrevista —continúa Marty—. Pero tú incluso hablas su idioma, así que creo que no le pondrá pegas al cambio. —Tarda en continuar, se pone serio—. Kulaap y yo hacemos buenas migas. No se deja entrevistar por cualquiera. La convertí en la protagonista de un montón de historias cuando Laos se estaba yendo al garete. Le conseguí un montón de publicidad. Esto ya es un favor especial de por sí, así que no la cagues.

Sacudo la cabeza.

—No. No lo haré. —Junto las palmas de las manos y me toco la frente con ellas en un *nop* de agradecimiento—. No voy a cagarla. —Hago otro *nop*.

Marty se ríe.

—Déjate de cortesías. Janice estaría dispuesta a cortarte las pelotas con tal de que subiera el valor de las acciones, pero nosotros compartimos trinchera. Somos una piña, ¿a que sí?

\* \* \*

A la mañana siguiente, me tomo un café bien cargado con leche condensada; preparo una sopa de fideos de arroz, le añado judías, chiles y vinagre, y caliento una hogaza de pan francés comprada en la panadería vietnamita que hay a pocas manzanas de mi casa. Con un nuevo recopilatorio de canciones de Kulaap mezcladas por DJ Dao sonando en el estéreo, me siento a la mesita de la cocina, sirvo el café de la cafetera de émbolo y enciendo la tableta.

Qué invento tan prodigioso. En Laos, los periódicos seguían siendo de papel,

físicos, estáticos y ajenos a todo lo que no fueran los comunicados oficiales. En nuestro Nuevo Reino Divino las noticias no se encontraban en los diarios, ni en la televisión, ni en los transistores, ni en los auriculares. No se encontraban en la red ni en los feeds a menos que supieras que tu vecino no iba a espiarte por encima del hombro en el locutorio de internet y que no había ningún agente de la secreta sentado a tu lado, o que el dueño no sería capaz de identificarte cuando vinieran preguntando por la persona que había usado aquella terminal de allí para comunicarse con el mundo exterior.

Las noticias de verdad se encontraban en los rumores susurrados al oído, clasificados según el grado de confianza que te mereciera el confidente. ¿Era algún pariente? ¿Os conocíais desde hacía mucho? ¿Tendría algo que ganar contándote aquello? Mi padre y sus antiguos compañeros de clase confiaban los unos en los otros. También confiaba en algunos de sus estudiantes. Creo que fue por eso que los agentes de seguridad vinieron a buscarlo al final. Alguno de sus amigos o alumnos de confianza le susurraba las noticias también a algún oficial. Mister Intha-chak, tal vez, o Som Vang. A lo mejor otro. Resulta imposible sondear las tinieblas de esa historia y dilucidar quién contaba la verdad y en qué dirección.

Fuera como fuese, el karma de mi padre quiso que lo arrestaran, así que la identidad del autor de las murmuraciones quizá carezca de importancia. Pero justo antes de aquello —antes de que las actividades de mi padre llegaran a oídos del Estado— ni Lao TV ni el *Vientiane Times* se hacían eco de ninguna noticia real. Lo que significa que cuando estallaron las protestas y mi padre entró por la puerta con la cara ensangrentada por los porrazos, pudimos leer hasta la saciedad acerca de los tres mil escolares que habían entonado el himno nacional ante nuestro nuevo monarca divino. Mientras mi padre yacía postrado en la cama, delirando a causa del dolor, los periódicos nos contaban que China había firmado un contrato de compra de caucho que triplicaría los beneficios de la provincia de Luang Namtha y que Nam Theun Dam ahora estaba ganando 225 mil millones de baht tailandeses vendiéndole electricidad a Tailandia. Pero no se decía nada de las porras cubiertas de sangre, ni de los monjes muertos, ni de los Mercedes-Benz incendiados que flotaban río abajo hacia Camboya.

Las noticias de verdad llegaban en alas de los rumores, se colaban en nuestra casa a medianoche, se sentaban con nosotros, tomaban café y huían antes de que el canto del gallo rompiera el silencio. Era en la oscuridad, al calor de la brasa de un cigarrillo, cuando uno se enteraba de que Vilaphon había desaparecido o de que la esposa de mister Saeng había recibido una paliza a modo de advertencia. Las noticias de verdad eran demasiado valiosas como para arriesgarse a compartirlas en público.

Aquí, en Estados Unidos, mi página reluce con multitud de feeds informativos, parpadea en ventanas de vídeo, discurre torrencial por los canales del ancho de banda. Es un diluvio de información. Cuando se abre mi página de noticias personal, los feeds se reorganizan de forma automática, distribuyéndose en función de las

prioridades y las etiquetas preconfiguradas, una mezcla de noticias de Meung Lao, bitácoras de refugiados de Laos y conversaciones de los amigos que conservo en Tailandia y en la escuela universitaria americana a la que asistí gracias a una beca de ayuda humanitaria.

En las dos páginas siguientes tengo las noticias generales, los acuerdos de Milestone, el *Bangkok Post*, el *Phnom Penh Express*... la criba de información de sus editores. Pero para cuando termino de leer mi propia selección de contenidos, rara vez me queda tiempo para ojear los titulares seleccionados por estos apasionados periodistas para esa criatura mitológica que es el gran público.

En cualquier caso, sé mucho mejor que ellos qué es lo que quiero leer; con la sola ayuda del teclado y un simple escaneo de las etiquetas puedo desenterrar historias y discusiones que a una agencia de noticias no se le ocurriría publicar jamás. Aunque no pueda asomarme al fondo del agujero negro propiamente dicho, sí que puedo cartografiar al menos sus bordes, atisbar la información desde la periferia.

Busco etiquetas como Vientián, Laos, Lao, Khamsing, amistad China-Laos, Korat, Triángulo Dorado, independencia Hmong, RDP Laos, el nombre de mi padre... Los únicos que leemos alguna vez estas páginas somos los que nos exiliamos de Laos durante la Purga de Marzo. La situación era casi idéntica cuando vivíamos en la capital. Los blogs han sustituido a los rumores que antes nos susurrábamos al oído. Ahora los publicamos en la red y nos apuntamos a listas de distribución en vez de a tertulias de sobremesa clandestinas, pero la idea es la misma. Para muchos de nosotros, es como estar en familia.

En la vorágine, las etiquetas de Laos ni siquiera aparecen. Resplandecieron con una intensidad efímera cuando las guerrillas estudiantiles todavía se dedicaban a subir contenidos con sus portátiles, cuando las imágenes eran morbosas y espectaculares. Pero luego las líneas de teléfono se cayeron, el país se hundió en su agujero negro y ahora solo quedamos nosotros, este pequeño entramado que opera en el extranjero.

Me llama la atención un titular de Jumbo Blog. Al abrir la página, la colorida imagen de uno de los taxis de tres ruedas de mi niñez inunda la pantalla de la tableta. Acudo aquí a menudo. Es un remanso reconfortante.

*Laofriend* escribe que varias personas, quizá los integrantes de una familia al completo, han cruzado el Mekong a nado y han logrado llegar a Tailandia. Ignora si los aceptaron como refugiados o si habrán sido enviados de vuelta.

No se trata de ningún comunicado oficial. Es la insinuación de una noticia, a lo sumo. *SomPaBoy* no se lo cree, pero *Khamchanh* defiende que el rumor es cierto, lo ha oído de labios de alguien cuya hermana está casada con un guardia del ejército tailandés destinado en la frontera de Isan. De modo que nos aferramos a él. Elaboramos teorías a su alrededor. Nos preguntamos de dónde vendrían estas personas, si, contra toda probabilidad, podría haber alguno de los nuestros entre ellas: un hermano, una hermana, un primo, un padre...

Apago la tableta una hora después. No tiene sentido seguir leyendo. Lo único que



consigo así es desenterrar más recuerdos. Preocuparse por el pasado es absurdo. La República Democrática Popular de Laos ya no existe. Desear lo contrario es tentar al dolor.

\* \* \*

El recepcionista de Novotel estaba esperándome. Otro empleado del hotel, armado con una llave, me conduce hasta un ascensor privado que nos lleva como una exhalación a las alturas, dominadas por la niebla y el humo, y nos deja ante una pequeña pero recia puerta de caoba. El empleado se repliega en el interior del ascensor y desaparece, dejándome solo en esta extraña cámara estanca. Cabe suponer que las cámaras de seguridad de Kulaap estén observándome.

La puerta de caoba se abre y un individuo negro, jovial, cuarenta centímetros más alto que yo y con unos músculos que se retuercen como serpientes, sonrío y me invita a pasar con un ademán. Me guía a través del santuario de Kulaap. El calor es intenso, se diría que tropical, y por doquier borbotan fuentes de agua cantarina. El apartamento vibra con su melodía. La humedad me obliga a desabrocharme el cuello de la camisa. En vez del refrescante aire acondicionado que esperaba encontrar, estoy sudando a chorros. Me siento casi como en casa. Entonces la veo ante mí, y su aparición me deja sin habla. Es más que guapa, preciosa. Impresiona encontrarse ante alguien que hasta ahora solo había existido en la gran pantalla, en la radio, y no en carne y hueso. No es tan despampanante como en el cine, pero exuda más vitalidad, más presencia; las películas rebajan esa cualidad suya. La saludo con un *nop*, juntando las palmas de las manos antes de tocarme la frente.

Se ríe ante mi gesto, me coge una mano y me la estrecha como hacen los estadounidenses.

—Tienes suerte de caerle tan bien a Marty —dice—. No me gustan las entrevistas.

—Sí —consigo replicar a duras penas—. Serán solo unas preguntas.

—Ay, no. No seas tímido. —Vuelve a reírse y, sin soltarme la mano, tira de mí en dirección a la sala de estar—. Marty me ha hablado de ti. Tus cifras necesitan un empujoncito. A mí también me ayudó en su día.

Me asusta. Es una de los míos, pero se ha adaptado mejor que yo a este lugar. Parece cómoda aquí. Habla distinto, sonrío distinto; es una americana más, quizá con una pizca de nuestro país, pero sin ninguna de nuestras raíces. Eso es evidente. Y no poco decepcionante. Con lo bien que se conduce en las películas, y ahora se sienta en el diván y se repantiga con las piernas estiradas ante ella. Con absoluta despreocupación. Siento vergüenza ajena por ella, y me alegro de no haber preparado aún la cámara. Recoge los pies encima del diván. No logro disimular mi consternación. Sonríe al fijarse en mi cara.

—Eres peor que mis padres. Como si acabaras de desembarcar.

—Lo siento.

Se encoge de hombros.

—No te preocupes. Llevo media vida aquí, es donde me he criado. Otro país, otras reglas.

Me siento abochornado. Procupro que la tensión no me arranque ninguna risita nerviosa.

—He preparado unas preguntas para la entrevista —digo.

—Adelante. —Endereza la espalda y posa para la cámara de vídeo cuando termino de montarla.

Comienzo:

—Cuando se produjo la Purga de Marzo, estabas en Singapur.

Asiente con la cabeza.

—Así es. Estábamos terminando de rodar *El tigre y el fantasma*.

—¿Qué fue lo primero que pensaste? ¿Te gustaría haber regresado? ¿Te sorprendió?

Frunce el ceño.

—Apaga la cámara.

Obedezco.

—Así no se consiguen visitas —me dice, observándome como si se compadeciera de mí—. A nadie le importan las revoluciones del pasado. Ni siquiera a mis fans. — Se levanta de improviso y proyecta la voz hacia el interior de la frondosa jungla de su apartamento—. ¿Terrell?

Reaparece el grandullón negro. Risueño y letal. Cerniéndose sobre mí. Es sobrecogedor. En las películas con las que crecí salían *farang* como él. Aterradores gigantes de ébano a los que se debían enfrentar nuestros héroes. Luego, cuando llegué a Estados Unidos, vi que era distinto y descubrí que a los farang y a la gente de color no les gusta cómo los representamos en nuestras películas. Ocurre algo parecido cuando veo las feas acciones que cometen los luchadores por la libertad de Laos en sus películas sobre Vietnam. No es realista en absoluto, los retratan como animales. A pesar de todo, no puedo por menos de encogerme ante el escrutinio de Terrell.

Kulaap dice:

—Salimos a dar un paseo, Terrell. Asegúrate de alertar a los papcams. Vamos a darles un espectáculo.

—No lo entiendo.

—Quieres visitas, ¿verdad?

—Sí, pero...

Sonríe.

—Lo que necesitas no es una entrevista, sino un acontecimiento. —Me mira de arriba abajo—. Y un atuendo mejor. —Inclina la cabeza en dirección a su guardaespaldas—. Terrell, vístelo.

\* \* \*

Al salir de la torre nos recibe una tormenta de *flashes*. Hay papcams por todas partes. Los motores aceleran con un rugido mientras Terrell y otros tres de sus hombres nos abren paso entre la aglomeración hasta la limusina, apartando las cámaras con una violencia y una fuerza incongruentes con la mezcla de compasión y delicadeza con que me ayudó a elegir el traje de Gucci que llevo ahora puesto.

Kulaap adopta una expresión de estudiada sorpresa ante la multitud y los reporteros que reclaman su atención a gritos, aunque su asombro no es nada en comparación con el mío, y antes de darnos cuenta estamos ya en la limusina, ganando velocidad para salir de la rotonda de la torre con nuestro séquito de *papcams*.

Kulaap se agacha ante la tableta integrada en el vehículo e introduce una clave de acceso. Se ve muy bonita, con un vestido negro que flota sobre sus muslos y los aterciopelados hombros desnudos acariciados por finos tirantes. Me siento como si estuviera en una película. Pulsa más teclas. La pantalla se ilumina y nos muestra las luces traseras de nuestro coche: la perspectiva de los papcams que nos siguen.

—¿Sabes que hace tres años que no salgo con nadie? —pregunta.

—Sí. Lo pone en la biografía de tu página web.

Su sonrisa se ensancha.

—Y ahora parece que he encontrado un compatriota.

—Pero no estamos saliendo juntos —protesto.

—Claro que sí. —De nuevo esa sonrisa—. Tengo una cita supuestamente secreta con un apuesto y misterioso chico de Laos. Y fíjate en todos los papcams que nos siguen, preguntándose adónde vamos y qué vamos a hacer. —Teclea otro código, y ahora podemos ver imágenes en directo de los *paparazzi*, tomadas desde el maletero de la limusina. Sonríe—. A mis fans les gusta ver cómo es mi vida.

Casi puedo imaginarme el aspecto que debe de ofrecer la vorágine en estos momentos: la historia de Marty todavía estará ahí, pero ahora habrán empezado a iluminarse otra docena de páginas, y en el ojo de ese huracán, la conmoción desde el punto de vista de la propia Kulaap, atrayendo a sus fans, que querrán saber, a ser posible de sus propios labios, qué está pasando. Levanta un espejo, se mira y sonrío para la cámara de su teléfono inteligente.

—Hola a todos. Parece que mi tapadera ha saltado por los aires, así que solo quería contaros que tengo una cita adorable con un hombre igual de adorable. Os mantendré al corriente de cómo va todo. Prometido. —Me apunta con la cámara. Me quedo mirándola como un pasmarote. Se ríe—. Di hola y adiós, Ong.

—Hola y adiós.

Se ríe otra vez y agita la mano ante la cámara.

—Besos a todos. Espero que paséis tan buena noche como me dispongo a pasarla yo. —Dicho lo cual, corta el vídeo e introduce un código para publicar la grabación

en su página web.

No es nada. Ni una noticia, ni un chivatazo tan siquiera, y sin embargo, cuando abre otra ventana en la tableta, con su propia versión en miniatura de la vorágine, puedo ver su página iluminada por el tráfico. Su versión de la vorágine no es tan potente como la que tenemos en Milestone, pero así y todo, constituye una impresionante ventana a la información relevante para las etiquetas de Kulaap.

—¿Cuál es tu columna de feeds? —me pregunta—. A ver si conseguimos aumentar el tráfico.

—¿Lo dices en serio?

—Marty Mackley ha hecho más que esto por mí. Le dije que te ayudaría. —Se ríe—. Además, no queremos que vuelvan a mandarte al agujero negro, ¿verdad?

—¿Sabes lo del agujero negro? —Abro los ojos de par en par sin poder evitarlo.

Una sombra de tristeza se insinúa en su sonrisa.

—¿Crees que apoyar los pies en los muebles está reñido con preocuparme por aquellos de mis tíos que todavía viven en casa? ¿Que lo que sucede no me preocupa?

—Me...

Sacude la cabeza.

—Qué nuevo eres.

—Usas el Jumbo Blog... —Dejo la frase inacabada. La idea me parece demasiado improbable.

Se inclina hacia mí.

—Mi Nick es *Laofriend*. ¿Y el tuyo?

—*Littlexang*. Pensaba que *Laofriend* sería un chico...

Se carcajea por toda respuesta.

Me inclino hacia delante.

—¿Es cierto que la familia aquella consiguió escapar?

Asiente con la cabeza.

—Con toda seguridad. Un general del ejército tailandés es fan mío. Me lo cuenta todo. Tienen un puesto de escucha. Y a veces envían exploradores a la otra orilla.

Me siento casi como en casa.

\* \* \*

Vamos a un restaurante laosiano en el que todo el mundo la reconoce y se abalanza sobre ella mientras los dueños se limitan a echar a los *paparazzi* en cuanto estos se vuelven demasiado molestos. Nos pasamos la velada desenterrando recuerdos de Vientián. Descubrimos que a los dos nos gustaba el mismo puesto ambulante de fideos de arroz de Kaem Khong. Que solía sentarse a orillas del Mekong y soñar con que era un pescador. Que los fines de semana nos bañábamos en las mismas cascadas de las afueras de la ciudad. Que fuera del país resulta imposible degustar una *dum mak hoong* en condiciones. Es una interlocutora excelente,

rebosante de vitalidad. Desconcertante a causa de sus modales occidentales, pero así y todo, con buen corazón. De vez en cuando nos turnamos para fotografiarnos el uno al otro y subimos las imágenes a su página para alimentar a los mirones. Los *paparazzi* se apresuran a acosarnos de nuevo en cuanto regresamos a la limusina. Siento el extraño peso de la fama. Los flashes relampaguean en todas direcciones. Nos hacen preguntas a gritos. Me enorgullezco de estar con esta mujer, tan bella e inteligente, que conoce la situación actual de nuestra patria mucho mejor que cualquiera de nosotros.

Una vez en el coche, me pide que abra una botella de champán y que sirva dos copas mientras ella abre la vorágine y estudia los resultados de nuestra cita. La ha reprogramado para observar también el *ranking* de mi columna.

—Tienes veinte mil lectores más que ayer —dice.

Sonrío, entusiasmado. Kulaap continúa leyendo las estadísticas.

—Alguien te ha escaneado la cara. —Levanta su copa en mi dirección—. Eres famoso.

Brindamos. Estoy ebrio de alcohol y felicidad. Llegaré a la media de visitas que quería Janice. Es como si un bodhisattva hubiera bajado del cielo para salvar mi trabajo. Le agradezco para mis adentros a Marty que organizara esto, su generosa naturaleza. Kulaap se acerca un poco más a la pantalla, escudriñando los destellos de contenido. Abre otra ventana y empieza a leer. Frunce el ceño.

—Pero ¿tú qué cojones escribes?

Doy un respingo, desconcertado.

—Cosas sobre el gobierno, principalmente. —Me encojo de hombros—. Reportajes sobre el medio ambiente, a veces.

—¿Por ejemplo?

—En estos momentos estoy trabajando en una historia acerca del calentamiento global y Henry David Thoreau.

—¿Eso no se había acabado?

No entiendo a qué se refiere.

—¿El qué?

La limusina nos zarandea al tomar una curva y se adentra en Hollywood Boulevard, obligando a acelerar a las motocicletas que nos siguen como bancos de peces. Están sacando fotos junto al vehículo, esforzándose por retratarnos. A través de los cristales tintados parecen luciérnagas, tan insignificantes sus destellos como el de mis historias en la vorágine.

—Quiero decir, ¿no es agua pasada? —Prueba un sorbo de champán—. Incluso Estados Unidos ha empezado a reducir sus emisiones. Todo el mundo sabe que es malo. —Da una palmadita en el reposabrazos del asiento—. Los impuestos sobre el dióxido de carbono de esta limusina se han triplicado, y eso que el motor es híbrido. Todos estamos de acuerdo en que es un problema. Lo solucionaremos. ¿Qué hay que escribir al respecto?

Se nota que es norteamericana. Encarna todo lo que tienen de bueno: su optimismo, su afán por abrirse camino, por labrarse su propio porvenir. Y todo lo malo: su peculiar ignorancia, su reticencia a aceptar que deban comportarse como algo más que simples chiquillos.

—No. No se ha acabado —le digo—. La situación es más grave que nunca, y empeora con cada día que pasa. Los cambios que estamos realizando parecen surtir poco efecto. Quizá estemos haciendo demasiado poco, o demasiado tarde. Cada vez es peor.

Se encoge de hombros.

—Eso no es lo que yo he leído.

Procuro disimular mi exasperación.

—Por supuesto que no lo has leído. —Agito la mano en dirección a la pantalla—. Fíjate en las visitas de mi columna. La gente quiere historias bonitas. Historias divertidas. No como las que yo escribo. Así que en vez de eso nos dedicamos a escribir lo que queréis leer, que no es nada.

—Pero...

—No. —Corto el aire con un ademán—. Los periodistas somos unos monitos muy listos. Si nos prestáis vuestra preciosa atención y vuestras visitas, haremos todo lo que queráis. Escribiremos noticias positivas, noticias prácticas, noticias que os servirán para ir más de compras, noticias que contengan las tres eses. Os explicaremos cómo practicar mejor el sexo, cómo alimentaros mejor, cómo estar más guapos, cómo ser más felices, cómo meditar... sí, todo muy ilustrativo. —Hago una mueca—. Si queréis un gurú personal y a Doble DP, os los daremos.

Empieza a reírse.

—¿Por qué te burlas de mí? —salto—. ¡Hablo en serio!

Agita una mano.

—Ya, ya lo sé, es solo que acabas de decir «doble»... —Sacude la cabeza, riéndose todavía—. Da igual.

Me quedo callado. Me gustaría añadir algo más, compartir con ella todas mis frustraciones, pero ahora me siento abochornado por haber perdido la compostura. No tengo modales. Antes yo no era así. Solía ser capaz de controlar mis emociones, pero ahora me he convertido en otro americano, tan infantil y rebelde como Janice. Y Kulaap se burla de mí.

—Me parece que quiero irme a casa —digo, esforzándome por controlar mi enfado—. Ya no quiero seguir con esta cita.

Sonríe y estira un brazo para tocarme el hombro.

—No te pongas así.

Una parte de mí me dice que soy un idiota. Que dar la espalda a esta oportunidad es pueril y precipitado. Pero hay algo más, algo acerca de esta desenfrenada cacería de clics, visitas e ingresos publicitarios que de repente me repugna. Como si mi padre estuviera con nosotros en el coche, observándonos con desaprobación.

Preguntándonos si él habría escrito interesándose por sus amigos desaparecidos a cambio de un puñado de clics.

—Quiero bajar —me oigo decir—. No me interesan tus clics.

—Pero...

La miro.

—Quiero bajar. Ahora mismo.

—¿Aquí? —Compone un gesto de exasperación y se encoge de hombros—. Tú eliges.

—Sí. Gracias.

Le pide al conductor que pare. Nos quedamos sentados, envueltos en un silencio incómodo.

—Te devolveré el traje por correo —le digo.

—No te preocupes —responde con una sonrisa apenada—. Es un regalo.

Esto hace que me sienta aún peor, más humillado incluso por rechazar su generosidad, pero así y todo me apeo de la limusina. Las cámaras chasquean a mi alrededor, cercándome por completo. Estos son mis quince minutos de fama, este momento en el que todos los fans de Kulaap vuelcan su atención sobre mí durante unos segundos, entre el destello de los flashes.

Encamino mis pasos hacia casa mientras los *paparazzi* se desgañitan, acribillándome a preguntas.

\* \* \*

Quince minutos después ya me he quedado solo, como cabía esperar. Contemplo la posibilidad de llamar a un taxi, pero al final decido que prefiero la noche. Prefiero caminar a solas por esta ciudad que nunca camina a ninguna parte. Me compro una pupusa en una esquina y juego a la lotería mexicana porque me gustan los hologramas del Día de Muertos que ilustran sus boletos. Es como si un eco del buda me urgiera a recordar que todos estamos destinados a convertirnos en cadáveres.

De los tres billetes que compro, uno de ellos tiene premio: cien dólares que puedo canjear en cualquier quiosco de TelMex. Lo interpreto como una buena señal. Aunque está claro que la suerte me ha abandonado en el plano laboral, y aunque Kulaap resultara no ser la bodhisattva que me imaginaba, así y todo, me considero afortunado. Como si mi padre estuviera paseando conmigo por esta fría calle de Los Ángeles en plena noche, los dos juntos de nuevo, yo con mi pupusa y mi boleto de lotería ganador, él con un cigarrillo de Ah Daeng y su templada sonrisa de jugador. Por extraño que parezca, siento que cuento con su bendición.

De modo que, en vez de volver a casa, me dirijo a la redacción.

Cuando llego, mis visitas están en pleno apogeo. Incluso ahora, a estas horas tan intempestivas, una diminuta porción de la base de fans de Kulaap está leyendo acerca de la *Tegosa claudina* y la incompetencia del gobierno estadounidense. En mi país,

esta historia no existiría. Los censores la aniquilarían de inmediato. Aquí, emite un fulgor esmeralda que aumenta y disminuye de tamaño al compás de los clics de la gente. Un ente solitario que titila entre los enormes fogonazos informativos sobre la salida al mercado del nuevo procesador de Intel, recetas de cocina bajas en calorías, fotos de gatitos graciosos y episodios de *Supervivientes en la Antártida*. La tormenta de luz y color es preciosa.

En el centro de la vorágine, el sol verde de la historia de Doble DP resplandece, se agiganta. DP está haciendo algo. Rendirse, tal vez, quizá asesinar a sus rehenes, o puede que sus fans hayan levantado una muralla humana para protegerlo. Mi historia se apaga ante la migración del interés de los lectores.

Me quedo contemplando la vorágine un rato más antes de acercarme a mi mesa y marcar un número de teléfono. El hombre que descuelga tiene el pelo alborotado y las facciones hinchadas por el sueño. Me disculpo por llamar a estas horas y lo acribillo a preguntas mientras grabo la entrevista.

Su aspecto es estrafalario, desquiciado. Se ha pasado la vida imitando a Thoreau, reflexionando largo y tendido sobre las enseñanzas del monje de la naturaleza y siguiendo sus veredas, abiertas con tanto cuidado, por los bosques que quedan aún, caminando entre abedules, arces y houstonias. Lo posee la locura, pero eso no impide que sea una persona seria.

—No logro dar con ninguna —me dice—. Thoreau las encontraba a miles en esta época del año, había tantas que ni siquiera le hacía falta buscarlas.

»Cuánto me alegra que haya llamado. He probado a enviar informes de prensa, pero... —Se encoge de hombros—. Me alegra que vaya a cubrir esta historia. De lo contrario, seremos los mismos aficionados de siempre hablando entre nosotros.

Sonrío, asiento con la cabeza y tomo notas de su sinceridad, esa extraña criatura salvaje, el blanco de todos los desprecios. Su imagen es deplorable para el vídeo; sus palabras, inadecuadas para el texto. No tiene citas con las que resumir lo que ve. La jerga de los naturalistas y los biólogos lo empaña todo. Con algo de tiempo podría encontrar a otro, alguien más apuesto o más elocuente, pero lo único que tengo es este hombre greñudo, desaliñado y senil, cegado por la pasión de una flor que ya ni siquiera existe.

Me quedo trabajando toda la noche, puliendo la historia. Está casi lista cuando mis colegas entran en tropel por la puerta a las ocho de la mañana. Antes incluso de que tenga ocasión de hablarle de ella a Janice, esta se acerca a mi mesa. Acaricia mi atuendo y sonrío.

—Bonito traje. —Coge una silla y se acomoda a mi lado—. Todos te hemos visto con Kulaap. Tus visitas se dispararon. —Inclina la cabeza en dirección a mi pantalla—. ¿Estás escribiendo al respecto?

—No. Fue una conversación privada.

—Pero todo el mundo quiere saber por qué te apeaste del coche. Me han llamado del *Financial Times* para proponerme ir a medias con las visitas si accedes a conceder



una entrevista y contarle todo con pelos y señales. Ni siquiera tendrías que escribir tú el reportaje.

La idea es tentadora. Enlaces fáciles. Clics a mansalva. Bonificaciones por ingresos publicitarios. Sacudo la cabeza, no obstante.

—No hablamos de nada relevante para oídos ajenos.

Janice se me queda mirando como si me faltara un tornillo.

—No estás en condiciones de negociar, Ong. Entre vosotros dos ha pasado algo. La gente quiere saber de qué se trata, y tú necesitas los clics. Cuéntanos cómo fue vuestra cita, eso es todo.

—No fue ninguna cita, sino una entrevista.

—¡Bueno, pues te publicaremos la puta entrevista, a ver si subes la media!

—No. Que la publique Kulaap, si le apetece. Yo tengo otra cosa.

Le enseño mi pantalla a Janice. Se inclina hacia delante. Aprieta los labios cada vez más a medida que lee. Por primera vez, su rabia es glacial. La explosión furibunda y ensordecedora que me esperaba no se produce nunca.

—Houstonias. —Me mira—. Necesitas visitas y tú vas y les das flores y el lago Walden.

—Me gustaría publicar esta historia.

—¡No! ¡Que no, joder! Esto es igual que tu reportaje sobre la mariposa aquella, como el de los contratos para la construcción de autopistas y el de los presupuestos del Congreso. Así no vas a conseguir ni un puto clic. Es inútil. No va a leerlo nadie.

—Esto es noticia.

—Marty dio la cara por ti... —Aprieta los labios en un intento por contener su enfado—. Vale. Tú mismo, Ong. Si quieres desgraciarte la vida con tu Thoreau y tus flores, allá penas. Para que podamos ayudarte antes tienes que ayudarte a ti mismo. Necesitas cincuenta mil lectores o te devuelvo al tercer mundo de una patada, y es mi última palabra.

Nos sostenemos la mirada. Dos jugadores frente a frente, midiendo al rival, intentando decidir quién está apostando sobre seguro y quién va de farol.

Pulso el botón de «publicar».

La historia se lanza a la red, anunciándose en los agregadores. Instantes después, un nuevo sol en miniatura resplandece en la vorágine.

Juntos, Janice y yo contemplamos la chispa verde que titila en la pantalla. Los lectores se fijan en la historia. Comienzan a enlazarla y compartirla unos con otros, la página empieza a registrar las visitas. El *post* aumenta sutilmente de tamaño.

Mi padre apostó por Thoreau. Y yo soy su hijo.

# **Mono No Aware**

Ken Liu

**Ken Liu** (Lanzhou, China, 1976) es un escritor estadounidense de origen chino cuya identidad cultural mestiza queda patente en buena parte de su producción literaria. Su narrativa (no solo escribe ciencia ficción y fantasía, también cuentos realistas y poesía) posee un fuerte componente humano y especulativo. Es uno de los escritores actuales de género fantástico con una mayor proyección mundial, y acaba de firmar un contrato con un importante sello norteamericano para publicar tres novelas —entre ellas, la inminente *The Chrysanthemum and the Dandelion*—, y una colección de relatos.

«Mono no aware» es una historia de desastre y esperanza. Narra la vida de Hiroto, un joven japonés de veinticinco años embarcado en una nave generacional rumbo a una nueva estrella donde la humanidad espera disfrutar de una nueva oportunidad. El relato, que alterna el presente con la infancia del protagonista, fue escrito poco después del terremoto y posterior tsunami que arrasó las costas de Japón en 2011 y fue publicado originalmente en la antología *The Future is Japanese* (2012). Ganó el prestigioso Premio Hugo en 2013 y quedó finalista del Locus.

*Mono no aware* es un término japonés que podría traducirse como la empatía o particular sensibilidad del pueblo nipón hacia lo efímero e inevitable. Una historia conmovedora que incide sobre la importancia de la memoria, la continuidad con el pasado y el orgullo de pertenecer a un pueblo no solo capaz de afrontar con sereno estoicismo la catástrofe sino de sobreponerse y luchar por su futuro sin caer en la desesperanza.

El mundo tiene la misma forma que el *kanji* para «paraguas», solo que tan mal escrito, como con mi propia caligrafía, que las diferentes partes no guardan proporción.



Mi padre se hubiera avergonzado enormemente de la forma tan infantil que sigo teniendo de escribir los caracteres. De hecho, hay muchos que ya casi ni siquiera sé escribir. Mi educación formal en Japón se interrumpió cuando solo tenía ocho años.

Sin embargo, para lo que lo necesito ahora, me vale con este carácter mal escrito.

El palio de arriba es la vela solar. Incluso un *kanji* distorsionado como este tan solo alcanza a dar una ligerísima idea de su inmenso tamaño. En su intento por atrapar hasta el último de los fotones con los que se cruza, el disco rotatorio, cien veces más fino que el papel de arroz, se despliega a lo largo de mil kilómetros en el espacio igual que una cometa gigante. Y literalmente oculta el cielo.

Debajo de él cuelga un largo cable de nanotubos de carbono de cien kilómetros de largo: fuerte, ligero y flexible. En el extremo del cable está el corazón de la *Esperanzada*, el módulo habitacional, un cilindro de quinientos metros de alto en el que se apiñan los mil veintiún habitantes del mundo.

La luz del Sol empuja la vela y nos impele hacia una órbita en espiral cada vez más amplia, con cada vez mayor aceleración, que nos aleja de él. La aceleración nos fija a las cubiertas y proporciona peso a todo.

Nuestra trayectoria nos lleva hacia una estrella llamada 61 Virginis. Ahora no se la ve porque está detrás del palio que forma la vela solar. La *Esperanzada* llegará a ella dentro de unos trescientos años, más o menos. Con suerte, mi tataratataratara (una vez calculé cuántos «tataras» necesitaba, pero ahora mismo no me acuerdo) nieto la verá.

En el módulo habitacional no hay ventanas que permitan disfrutar de las vistas de las estrellas que vamos dejando atrás. A la mayor parte de la gente no le importa, ya

que hace mucho tiempo que se aburrieron de ver las estrellas. Sin embargo, a mí me gusta mirar por las cámaras montadas en la parte de abajo de la nave y contemplar el brillo rojizo cada vez más lejano de nuestro sol, de nuestro pasado.

\* \* \*

—Hiroto —dijo mi padre mientras me sacudía para despertarme—, prepara tu equipaje. Ya ha llegado la hora.

Mi pequeña maleta ya estaba preparada. Tan solo me faltaba meter mi juego de *go*. Mi padre me lo había regalado cuando tenía cinco años y las mejores horas del día eran las que pasábamos jugando.

El sol todavía no se había levantado cuando mis padres y yo salimos de casa. Todos los vecinos estaban también fuera de su casa con su equipaje, y nos saludamos educadamente bajo las estrellas estivales. Como de costumbre, busqué el Martillo. Fue fácil. Desde que alcanzo a recordar, el asteroide ha sido el objeto más brillante del cielo después de la Luna, y cada año se ha ido haciendo más brillante.

Un camión con altavoces acoplados encima avanzaba lentamente por el centro de la calle.

«Atención, habitantes de Kurume. Por favor, diríjense de manera ordenada hacia la parada de autobús. Habrá autobuses de sobra para llevarlos a todos a la estación de ferrocarril, donde podrán coger un tren para Kagoshima. No utilicen sus propios vehículos. Las calles deben permanecer despejadas para los autobuses de evacuación y los vehículos oficiales».

Todas las familias fueron caminando lentamente por la acera.

—Señora Maeda, ¿quiere que le lleve el equipaje? —le ofreció mi padre a nuestra vecina.

—Se lo agradezco mucho —respondió la anciana.

Cuando llevábamos diez minutos andando, la señora Maeda se detuvo y se apoyó en una farola.

—Ya queda muy poco, abuela —le dije. Ella movió la cabeza afirmativamente, pero le faltaba el aliento y no pudo hablar. Intenté animarla—: ¿Tiene ganas de ver a su nieto en Kagoshima? Yo también echo de menos a Michi. En la nave espacial podrá sentarse con él y descansar. Dicen que habrá asientos para todos.

Mi madre me sonrió en señal de aprobación.

—Tenemos mucha suerte de estar aquí —comentó mi padre señalando las filas ordenadas de gente avanzando hacia la parada del autobús, los solemnes jóvenes con camisas y zapatos limpios, las mujeres de mediana edad que ayudaban a sus ancianos progenitores, las calles limpias y vacías, el silencio... porque, a pesar de la muchedumbre, nadie elevaba el tono de voz por encima del de un murmullo. El aire parecía fluctuar por las conexiones entre todas esas personas (familias, vecinos, amigos, colegas), tan invisibles y fuertes como hebras de seda.

Yo había visto en la televisión lo que estaba sucediendo en otros lugares del mundo: saqueadores gritando, brincando por las calles; soldados y policías disparando al aire y a veces al gentío; edificios en llamas; pilas tambaleantes de cadáveres; generales vociferando delante de multitudes desenfrenadas, jurando venganza por antiguos agravios incluso cuando el mundo estaba llegando a su fin.

—Hiroto, quiero que recuerdes esto —dijo mi padre, mirando a su alrededor sobrecogido por la emoción—. Ante los desastres es cuando demostramos nuestra fortaleza como pueblo. Tienes que entender que lo que nos define no es nuestra soledad individual, sino la red de relaciones en la que estamos inmersos. Las personas deben estar por encima de sus necesidades egoístas para que todos podamos vivir en armonía. Los individuos son pequeños y débiles, pero cuando nos aunamos, todos juntos, la nación japonesa es invencible.

\* \* \*

—Señor Shimizu —dice Bobby a sus ocho años—, no me gusta este juego.

La escuela está situada en el centro exacto del módulo habitacional cilíndrico, donde disfruta de la máxima protección frente a las radiaciones. En la parte de delante de la clase hay colgada una bandera estadounidense a la que los niños juran lealtad todas las mañanas. Flanqueando la misma hay dos hileras de banderas más pequeñas del resto de países con supervivientes en la *Esperanzada*. Al final de la fila de la izquierda hay un dibujo infantil del *Hinomaru*, con las esquinas del papel blanco dobladas y el sol naciente que en su día fue rojo brillante descolorido hasta el naranja del ocaso. Lo dibujé yo el día que llegué a la *Esperanzada*.

Acerco una silla a la mesa en la que Bobby y su amigo Eric están sentados.

—¿Por qué no te gusta?

Entre los dos niños hay una cuadrícula de diecinueve por diecinueve líneas rectas. Unas cuantas piedras negras y blancas han sido colocadas en las intersecciones.

Cuando cada dos semanas tengo un día libre en mis tareas habituales de monitorización del estado de la vela solar, vengo a la escuela a enseñar a los niños alguna cosa sobre Japón. Aunque a veces me siento como un tonto. ¿Cómo voy a poder enseñarles algo sobre Japón si solo cuento con unos vagos recuerdos infantiles?

Pero no me queda otra opción. El resto de técnicos que tampoco son estadounidenses sienten como yo que nuestra obligación es participar en el programa escolar de enriquecimiento cultural y transmitir lo que podamos.

—Todas las piedras son iguales —dice Bobby—, y no se mueven. Son un rollo.

—¿Qué juego te gusta? —le pregunto.

—¡Asteroides! —interviene Eric—. Ese sí que es bueno. Tienes que salvar el mundo.

—Me refiero a un juego que no sea de ordenador.

—Supongo que el ajedrez —dice Bobby con un encogimiento de hombros—. Me

gusta la reina. Es fuerte y distinta de todos los demás. Es una heroína.

—El ajedrez es un juego de escaramuzas —les explico—. La perspectiva del *go* es más general. Abarca batallas enteras.

—En el *go* no hay héroes —replica tercamente Bobby.

A eso no sé qué responder.

\* \* \*

En Kagoshima no había ningún sitio donde alojarse, así que todo el mundo durmió al aire libre junto a la carretera que llevaba al puerto espacial. En el horizonte se veían las grandes naves de salvamento plateadas que refulgían bajo la luz del sol.

Mi padre me había explicado que algunos fragmentos que se habían desgajado del Martillo se dirigían hacia Marte y la Luna, así que las naves nos tendrían que llevar más lejos, al espacio profundo, si queríamos estar a salvo.

—Quiero asiento de ventanilla —dije, imaginándome las estrellas cruzándose con nosotros a toda velocidad.

—Deberías ceder el asiento de ventanilla a los que son más pequeños que tú —me sugirió mi padre—. No olvides que todos tenemos que hacer sacrificios para poder vivir juntos.

Amontonamos nuestras maletas para formar muros, que cubrimos con sábanas, y así construimos refugios que nos protegían del viento y el sol. Todos los días, inspectores gubernamentales venían a repartir provisiones y a asegurarse de que todo iba bien.

«¡Tened paciencia! —nos decían—. Sabemos que las cosas están yendo despacio, pero estamos haciendo todo lo que podemos. Habrá sitio para todo el mundo».

Nosotros teníamos paciencia. Algunas madres organizaron clases para los niños durante el día, y los padres establecieron un sistema de prioridades para que las familias con progenitores ancianos y bebés pudieran ser las primeras en embarcar cuando las naves estuvieran finalmente preparadas.

Tras cuatro días de espera, las palabras tranquilizadoras de los inspectores ya no sonaban tan tranquilizadoras. Empezaron a propagarse rumores.

«Son las naves. Tienen algún problema».

«Los fabricantes mintieron al gobierno y le dijeron que estaban preparadas cuando en realidad no lo estaban, y ahora al primer ministro le da vergüenza reconocer la verdad».

«He oído que solo hay una nave y únicamente unos cuantos cientos de personas de entre las más importantes tendrán sitio. El resto de naves no son más que caparazones huecos, para despistar».

«Confían en que los estadounidenses cambien de idea y construyan más naves para los países aliados como el nuestro».

Mi madre se acercó a mi padre y le susurró algo al oído. Mi padre movió la

cabeza negativamente y la interrumpió.

—No repitas esas cosas.

—Pero es por el bien de Hiroto...

—¡No! —Nunca había oído a mi padre tan enfadado. Hizo una pausa, tragó y añadió—: Debemos confiar los unos en los otros, y confiar en el primer ministro y en las Fuerzas de Autodefensa.

A mi madre se la veía preocupada. La cogí de la mano.

—No tengo miedo —le aseguré.

—Eso está bien —dijo mi padre, aliviado—. No hay motivo alguno para tener miedo.

Me cogió en brazos (lo que me resultó un tanto embarazoso, porque era algo que no había hecho desde que yo era muy pequeño) y señaló hacia la compacta multitud de miles y miles de personas que se extendía a nuestro alrededor hasta donde alcanzaba la vista.

—Mira cuánta gente estamos aquí: abuelas, jóvenes padres, hermanas mayores, hermanitos pequeños... Con una muchedumbre así, si alguien se dejara llevar por el pánico y empezara a hacer correr rumores, estaría actuando mal y de manera egoísta, y mucha gente podría resultar herida. Debemos comportarnos como nos corresponde y no perder de vista en ningún momento la visión global de la situación.

\* \* \*

Mindy y yo hacemos el amor pausadamente. Me gusta inhalar el aroma de su pelo moreno y rizado, exuberante, cálido, que me hace cosquillas en la nariz igual que el mar con su olor a sal.

Después nos quedamos tumbados juntos, mirando mi monitor del techo. Lo tengo programado para que reproduzca una y otra vez la imagen del campo de estrellas que se va perdiendo en la distancia. Mindy trabaja en navegación y me graba las imágenes en alta resolución que se registran en la cabina.

Me gusta fingir que es una gran claraboya y que yacemos bajo las estrellas. Sé que hay a quien le gusta tener el monitor reproduciendo fotografías y vídeos de la vieja Tierra, pero a mí eso me entristece demasiado.

—¿Cómo se dice «estrella» en japonés? —pregunta Mindy.

—*Hoshi*.

—¿Y cómo se dice «invitado»?

—*Okyakusan*.

—¿Así que nosotros somos *hoshi okyakusan*?, invitados de las estrellas.

—El japonés no funciona así.

Mindy es cantante y le gusta el sonido de los idiomas diferentes del inglés. «Resulta difícil oír la música que hay tras las palabras cuando se interpone el significado», me dijo en una ocasión.



La lengua materna de Mindy es el español, pero todavía recuerda menos de lo que yo recuerdo del japonés. A menudo me pregunta por palabras japonesas y las entreteje en sus canciones.

Intento expresarlo de manera poética, pero no estoy seguro de conseguirlo. «*Wareware ha, hoshi no aida ni kyaku ni kite*»: hemos venido para ser invitados de las estrellas.

«Hay miles de maneras de expresar cualquier cosa —solía decir mi padre—, cada una apropiada para una determinada ocasión». Él me enseñó que nuestro idioma está lleno de matices y de una fina gracia, que cada frase es un poema. El idioma se pliega sobre sí mismo, las palabras tácitas tan significativas como las dichas, un contexto dentro de otro contexto, una capa sobre otra capa, como el acero en las espadas de los samuráis.

Me gustaría que mi padre estuviera aquí para poder preguntarle la manera adecuada de decir «te echo de menos» cuando estás celebrando tu veinticinco cumpleaños y eres el único superviviente de tu raza.

—A mi hermana le gustaban mucho los cómics japoneses. El manga.

Al igual que yo, Mindy es huérfana, y eso es parte de lo que nos une.

—¿Te acuerdas de muchas cosas de ella?

—No, de pocas. Solo tenía unos cinco años cuando embarqué en la nave. De antes lo único que recuerdo son montones de disparos, y todos nosotros escondidos en la oscuridad, y carreras y gritos, y cómo robábamos comida. Ella siempre estaba allí y me leía los mangas para que me estuviera callada. Y entonces...

Solo había visto el vídeo una vez. Desde nuestra lejana órbita, la canica blanca y azul que era la Tierra pareció tambalearse un instante cuando el asteroide la golpeó y, a continuación, olas turbulentas y silenciosas de destrucción que se propagaron lentamente engullendo el globo.

La atraigo hacia mí y la beso en la frente, con suavidad, un beso de consuelo.

—No hablemos de cosas tristes.

Mindy me estrecha entre sus brazos con fuerza, como si nunca fuera a soltarme.

—¿Te acuerdas de algo de los mangas? —pregunto.

—Me acuerdo de que estaban llenos de robots gigantes. Y de que pensé: «¡Qué poderoso es Japón!».

Intento imaginármelo: Japón lleno de gigantescos y heroicos robots luchando desesperadamente por salvar a la gente.

\* \* \*

El discurso de disculpa del primer ministro fue difundido por los altavoces. Algunos también lo vieron en su teléfono.

Recuerdo poca cosa del mismo, tan solo que la voz era débil y que el primer ministro parecía un endeble anciano. Y que daba la impresión de sentirlo

sinceramente. «He defraudado al pueblo», dijo.

Los rumores resultaron ser verdad. Los fabricantes de las naves habían cobrado el dinero del gobierno, pero las naves que habían construido ni eran lo suficientemente resistentes ni tan potentes como habían prometido. Mantuvieron la farsa hasta el ultimísimo momento y descubrimos la verdad cuando ya era demasiado tarde.

Japón no fue el único país que falló a su pueblo. Cuando se descubrió el Martillo en rumbo de colisión con la Tierra, los otros países habían discutido sobre a quién correspondía contribuir, y en qué medida, a un plan conjunto de evacuación. Y cuando el plan se había venido abajo, la mayoría había decidido que era mejor apostar a que el Martillo no chocaría contra nosotros y dedicarse a gastar dinero y vidas en pelear entre ellos.

Cuando el primer ministro terminó de hablar, la muchedumbre se quedó en silencio. Se oyeron algunos gritos airados, pero se acallaron enseguida. De manera gradual y ordenada, la gente empezó a recoger sus bártulos y a abandonar los campamentos temporales.

—¿Que la gente se fue a casa sin más? —me pregunta Mindy incrédula.

—Sí.

—¿Que no hubo ni saqueos ni gente corriendo aterrorizada ni soldados amotinándose en las calles?

—Era Japón —digo, y noto el orgullo en mi voz, un eco del de mi padre.

—Supongo que la gente se había resignado —dice Mindy—. Que se había rendido. A lo mejor es algo cultural.

—¡No! —Intento no sonar acalorado. Sus palabras me molestan, igual que el comentario de Bobby de que el *go* es aburrido—. No fue por eso.

—¿Con quién está hablando papá? —pregunté.

—Con el doctor Hamilton —me contestó mi madre—. Nosotros (tu padre, él y yo) fuimos juntos a la universidad, en Estados Unidos.

Observé a mi padre hablando por teléfono en inglés. Parecía una persona totalmente distinta; no era solo la cadencia y el tono de la voz, tenía el rostro más animado y hacía gestos con la mano a diestro y siniestro. Parecía un extranjero.

Mi padre gritó al aparato.

—¿Qué dice papá?

Mi madre me mandó callar. Estaba mirando a mi padre de hito en hito, pendiente de cada palabra.

—No —le dijo mi padre al aparato—. ¡No!

De eso no necesité traducción.

Más tarde, mi madre dijo:

—Está intentando hacer lo que él considera correcto.

—Está siendo tan egoísta como siempre —replicó con brusquedad mi padre.

—No eres justo —dijo mi madre—. No me llamó en secreto. En lugar de eso te llamó a ti porque pensaba que, si vuestras posiciones se invirtieran, él le ofrecería

gustosamente a la mujer amada una oportunidad para sobrevivir, incluso aunque fuera con otro hombre.

Mi padre la miró. Yo nunca había oído a mis padres decirse «te quiero», pero hay palabras que no necesitan decirse para ser verdad.

—Yo nunca le hubiera dicho que sí —añadió mi madre con una sonrisa.

Y entonces se fue a la cocina para preparar algo de comer. Él la siguió con la mirada.

—Hace buen día —me dijo entonces mi padre—. Vamos a dar un paseo.

En la calle, mi padre y yo nos cruzamos con otros vecinos. Nos saludamos y nos interesamos mutuamente por nuestro estado de salud. Todo parecía normal. A la luz del atardecer, el Martillo brillaba incluso con más fuerza.

—Debes de estar muy asustado, Hiroto —dijo mi padre.

—¿No van a intentar construir más naves para que escapemos?

Mi padre no respondió. El viento de finales de verano nos trajo el sonido de las cigarras: cri, cri, criii. Y entonces mi padre dijo:

*Nada indica  
en el canto de las cigarras  
que pronto morirán.*

—¿Papá...?

—Es un poema de Basho. ¿Lo entiendes?

Moví negativamente la cabeza. Las poesías no me gustaban demasiado.

Mi padre suspiró y me sonrió. Miró la puesta de sol y volvió a hablar:

*La luz del sol poniente encierra una belleza infinita  
aunque tenga tan cercano el final del día.*

Recité los versos para mí mismo. Tenían algo que me conmovió. Intenté expresar el sentimiento con palabras.

—Es como si un delicado gatito me estuviera lamiendo el interior del corazón.

En lugar de reírse de mí, mi padre asintió con solemnidad.

—Es un poema de un poeta clásico, Li Shangyin, de la dinastía Tang. Aunque era chino, el sentimiento es muy japonés.

Continuamos caminando y yo me detuve junto a la flor amarilla de un diente de león cuyo ángulo de inclinación me pareció hermoso. Volví a notar la sensación de que un gatito me hacía cosquillas con la lengua en el corazón.

—La flor... —titubeé, sin conseguir encontrar las palabras adecuadas.

Entonces mi padre dijo:

*La flor mustia  
amarilla como un fino rayo  
de la luna esta noche.*

Asentí con la cabeza. La imagen me pareció efímera y permanente al mismo tiempo, tal como yo experimentaba el tiempo de niño. Me hizo sentir a la vez una cierta tristeza y una cierta alegría.

—Todo pasa, Hiroto —dijo mi padre—. Ese sentimiento está en tu corazón: se llama *mono no aware*. Es la sensación de la fugacidad de todas las cosas en la vida. El sol, el diente de león, la cigarra, el Martillo y todos nosotros: todos estamos sometidos a las ecuaciones de James Clerk Maxwell y todos somos especímenes efímeros destinados a terminar por desvanecernos, ya sea en un segundo o en un eón.

Observé a mi alrededor las calles limpias, la gente que se movía lentamente, la hierba, la luz vespertina, y supe que todo tenía su lugar; todo estaba bien. Mi padre y yo continuamos paseando, con nuestras sombras rozándose.

E incluso aunque el Martillo estaba allá en lo alto, no sentí miedo.

\* \* \*

Mi trabajo me obliga a estar mirando el panel con las luces indicadoras que tengo frente a mí y que se asemeja un tanto a un tablero gigante de *go*.

La mayor parte del tiempo es muy aburrido. Las luces, que indican la tensión en distintos puntos de la vela solar, van cambiando siguiendo la misma secuencia cada pocos minutos, a medida que la vela se va curvando suavemente bajo la luz cada vez más débil del lejano sol. La secuencia cíclica de las luces me resulta tan familiar como la respiración de Mindy cuando está dormida.

Ya estamos viajando a una fracción importante de la velocidad de la luz. Dentro de unos años, cuando nos movamos lo suficientemente deprisa, cambiaremos nuestro rumbo para dirigirnos hacia 61 Virginis y sus prístinos planetas, y dejaremos atrás el sol que nos vio nacer, igual que un recuerdo olvidado.

Sin embargo, hoy hay algo raro en la secuencia. Una de las luces de la esquina suroeste parece estar parpadeando una fracción de segundo demasiado deprisa.

—Navegación —digo dirigiéndome al micrófono—, aquí la estación alfa de monitorización de la vela, ¿me podéis confirmar que no nos hemos desviado del rumbo?

Instantes después, la voz de Mindy me llega a través del auricular, con un ligero dejo de sorpresa.

—No me había dado cuenta, pero sí que ha habido una leve desviación del curso. ¿Qué ha sucedido?

—No estoy seguro todavía.

Clavo la mirada en el panel que tengo delante de mí, en la luz que se obstina en no estar en sintonía, en no estar en armonía.

\* \* \*

Mi madre me llevó a Fukuoka, sin mi padre. «Vamos a hacer compras navideñas —le dijo—. Queremos darte una sorpresa». Él sonrió y sacudió la cabeza.

Nos abrimos paso por las concurridas calles. Como esta podía ser la última Navidad en la Tierra, en el ambiente se notaba una alegría especial.

En el metro eché un vistazo al periódico que sujetaba el hombre sentado a nuestro lado. «¡Estados Unidos contraataca!», decía el titular. Una gran fotografía mostraba al presidente norteamericano sonriendo triunfalmente. Debajo había una serie de imágenes, algunas de las cuales ya había visto con anterioridad: la explosión de la primera nave experimental de evacuación estadounidense unos años atrás durante el vuelo de prueba; el líder de un estado delincuente reivindicando el atentado en televisión; soldados norteamericanos entrando en una capital extranjera.

Debajo del pliegue había un artículo más pequeño. «Los científicos estadounidenses, escépticos ante el catastrófico escenario». Según mi padre, había gente que prefería creer que un desastre era ilusorio antes que aceptar que no había nada que hacer.

Me apetecía elegir un regalo para mi padre. Sin embargo, en lugar de ir al barrio de las tiendas de electrónica, donde yo había contado con que mi madre me iba a llevar a comprar el regalo, fuimos a una zona de la ciudad en la que nunca antes había estado. Mi madre sacó el móvil e hizo una breve llamada, hablando en inglés. Yo levanté la mirada hacia ella, sorprendido.

Poco después estábamos delante de un edificio en el que ondeaba una gran bandera estadounidense. Entramos y nos sentamos en un despacho. Al rato llegó un norteamericano. Tenía el rostro triste, pero hacía todo lo posible para que no se le notara.

—Rin.

El hombre se detuvo tras decir el nombre de mi madre. En esa única sílaba yo percibí arrepentimiento, nostalgia y una historia complicada.

—Este es el doctor Hamilton —me dijo mi madre.

Lo saludé con la cabeza y alargué la mano para que me la estrechara, tal como había visto hacer a los estadounidenses en la televisión.

El doctor Hamilton y mi madre conversaron un rato. Ella empezó a llorar, y él se quedó de pie sin moverse, incómodo, como si quisiera abrazarla pero no se atreviera.

—Te vas a quedar con el doctor Hamilton —me dijo mi madre.

—¿Qué?

Mi madre me agarró de los hombros, se inclinó hacia mí y me miró a los ojos.

—Los norteamericanos tienen una nave secreta en órbita. Es la única que

consiguieron lanzar al espacio antes de entrar en esta guerra. La nave fue diseñada por el doctor Hamilton. Él es... un viejo amigo mío, y puede llevar un acompañante a bordo. Es tu única oportunidad.

—No, no voy a marcharme.

Mi madre por fin abrió la puerta para irse. El doctor Hamilton me sujetó con fuerza mientras yo pataleaba y gritaba.

Todos nos quedamos sorprendidos al ver a mi padre plantado en la puerta.

Mi madre rompió a llorar. Mi padre la abrazó, algo que nunca le había visto hacer. Me pareció un gesto de lo más occidental.

—Lo siento —dijo mi madre. Y siguió repitiendo que lo sentía mientras lloraba.

—Tranquila —repuso mi padre—. Lo entiendo.

El doctor Hamilton me soltó, y yo corrí hasta mis padres y los abracé a ambos con fuerza.

Mi madre miró a mi padre, y con esa mirada no dijo nada y lo dijo todo. El rostro de mi padre se ablandó igual que el de una figura de cera cobrando vida. Suspiró y me miró.

—No tienes miedo, ¿verdad? —me preguntó.

Moví la cabeza negativamente.

—Entonces está bien que te vayas —dijo. Miró al doctor Hamilton a los ojos y añadió—: Gracias por hacerse cargo de mi hijo.

Mi madre y yo lo miramos, sorprendidos, y él añadió:

*Un diente de león  
la brisa del fin del otoño  
esparce sus semillas.*

Asentí con la cabeza, fingiendo entender. Mi padre me dio un abrazo fuerte y breve.

—Recuerda que eres japonés.

Y se marcharon.

\* \* \*

—Algo ha perforado la vela —dice el doctor Hamilton.

En el interior de la diminuta habitación únicamente están presentes los miembros de la plana mayor, además de Mindy y de mí mismo, que ya estamos enterados. No es necesario sembrar el pánico entre la gente.

—El agujero está haciendo que la nave se escore y se desvíe de su rumbo. Si no se arregla, la desgarradura se irá agrandando, la vela no tardará en desplomarse y la

*Esperanzada* quedará a la deriva en el espacio.

—¿Hay algún modo de arreglarlo? —pregunta el capitán.

El doctor Hamilton, que ha sido como un padre para mí, niega con su canosa cabeza. Nunca antes lo he visto tan abatido.

—La desgarradura está a varios cientos de kilómetros del centro de la vela. Nos llevará muchos días conseguir que alguien llegue hasta ese punto, porque por la superficie de la vela no es posible moverse muy deprisa: el riesgo de otro desgarramiento es demasiado elevado. Y para cuando alguien llegue allí, el desgarrón ya será tan grande que no podrá repararse.

«Y así son las cosas. Todo pasa».

Cierro los ojos y me imagino la vela. El material es tan fino que si se lo toca sin el debido cuidado puede agujerearse. Sin embargo, la membrana se apoya en un complejo sistema de pliegues y puntales que proporciona a la vela rigidez y tensión. De niño, vi cómo se desplegaban en el espacio igual que una de las creaciones de origami de mi madre.

Me imagino enganchando y desenganchando un cable de seguridad al andamiaje de puntales mientras me deslizo por la superficie de la vela, igual que una libélula tentando la superficie de un estanque.

—Yo puedo llegar allí en setenta y dos horas —digo. Todo el mundo se gira para mirarme, así que les explico mi idea—: Conozco bien la disposición de los puntales porque los he estado monitorizando a distancia la mayor parte de mi vida. Así que puedo encontrar el camino más rápido.

El doctor Hamilton parece indeciso.

—Esos puntales no fueron diseñados para una maniobra así. Nunca había previsto este escenario.

—Entonces improvisaremos —interviene Mindy—. ¡Maldita sea!, somos estadounidenses. Nunca nos rendimos.

—Gracias, Mindy —le dice el doctor Hamilton levantando la mirada hacia ella.

Lo planeamos, discutimos, nos gritamos los unos a los otros, trabajamos toda la noche.

\* \* \*

La escalada cable arriba desde el módulo habitacional hasta la vela solar es larga y ardua, y me lleva alrededor de doce horas.

Permitidme que utilice el segundo carácter de mi nombre para describir el aspecto que tengo:

# 翔羽

Significa «ascender». ¿Veis el radical de la izquierda? Ese soy yo, atado al cable y con un par de antenas saliendo del casco. En la espalda están las alas o, en este caso, los cohetes propulsores y los tanques de repuesto de ese combustible que me impulsa cada vez más arriba, hacia la enorme cúpula reflectante que bloquea la totalidad del cielo: el vaporoso espejo de la vela solar.

Mindy charla conmigo por la conexión de radio. Nos contamos chistes, compartimos secretos, hablamos de las cosas que queremos hacer en el futuro. Cuando ya no tenemos nada más que contarnos, ella canta. El objetivo es mantenerme despierto.

«Wareware ha, hoshi no aida ni kyaku ni kite».

\* \* \*

Sin embargo, la escalada es en realidad la parte fácil. El periplo sobre la vela siguiendo la red de puntales hasta el punto del desgarrón es mucho más dificultoso.

Ya han transcurrido treinta y seis horas desde que abandoné la nave. La voz de Mindy ahora suena cansada, sin fuerzas. Mindy bosteza.

—Vete a dormir, cielo —susurro al micrófono.

Estoy tan cansado que quiero cerrar los ojos durante un instante.

Y de pronto estoy paseando por un camino una tarde de verano, con mi padre.

«Hiroto, vivimos en una tierra de volcanes y terremotos, tifones y tsunamis. Siempre hemos tenido que afrontar nuestra existencia en condiciones precarias, sobre una estrecha franja de la superficie de este planeta, con el fuego debajo y el gélido vacío encima».

Y de nuevo estoy de vuelta en el interior de mi traje espacial, solo. Mi pérdida de concentración momentánea me hace golpear con la mochila uno de los puntales de la vela, y a punto está de soltáreme uno de los tanques de combustible. Lo sujeto justo a tiempo. La masa de mi equipo ha sido aligerada hasta el último gramo posible para que pueda moverme deprisa, así que no queda margen para el error. No puedo permitirme perder nada.

Sacudo la cabeza intentando espabilarme y continúo moviéndome.

«Pero es esta conciencia de la cercanía de la muerte, de la belleza inherente a



cada momento, lo que nos permite sobreponernos. Mono no aware, hijo mío, es una empatía con el universo. Es el alma de nuestra nación. Nos ha permitido sobreponernos a Hiroshima, sobreponernos a la ocupación, sobreponernos a las penurias y a la perspectiva de la aniquilación sin caer en la desesperanza».

—¡Hiroto, despierta! —La voz de Mindy suena desesperada, suplicante.

Me despierto con un sobresalto. ¿Hace cuánto que no he podido dormir?, ¿dos días?, ¿tres?, ¿cuatro?

Durante los últimos cincuenta kilómetros del recorrido debo soltarme de los puntales y confiar solo en mis cohetes para viajar sin amarres, deslizándome sobre la superficie de la vela mientras todo se mueve a una fracción de la velocidad de la luz. Solo de pensarlo me siento mareado.

Y de pronto mi padre vuelve a estar a mi lado, flotando en el espacio debajo de la vela. Jugamos una partida de *go*.

«Fíjate en la esquina suroeste. ¿Ves que tu ejército ha sido dividido en dos? Mis piedras blancas enseguida van a rodear y capturar todo este grupo».

Miro hacia donde me está señalando y advierto el problema. Hay una brecha que se me ha pasado por alto. Mi ejército, que pensaba que era uno solo, está en realidad dividido por la mitad en dos grupos. Así que tengo que tapar la brecha con mi siguiente piedra.

Sacudo la cabeza para apartar la alucinación. Tengo que terminar con esto y entonces podré dormir.

Hay un desgarrón en la vela delante de mí. A la velocidad a la que estamos viajando, incluso una diminuta mota de polvo que se les haya escapado a los escudos de iones puede causar estragos. El irregular borde del agujero se agita suavemente en el espacio, zarandeado por el viento solar y la presión de la radiación. Mientras un fotón individual es algo diminuto, insignificante, sin masa siquiera, todos juntos pueden impulsar una vela grande como el cielo y hacer avanzar a un millar de personas.

El universo es maravilloso.

Cojo una piedra negra y me dispongo a tapar la brecha, a unir mis dos ejércitos para que sean solo uno.

La piedra vuelve a convertirse en el kit de parcheo de mi mochila. Maniobro con los propulsores hasta que quedo flotando justo encima del desgarrón de la vela. A través del agujero veo las estrellas que hay más allá, estrellas que nadie en esta nave ha visto desde hace muchos años. Las miro y me imagino que en las proximidades de una de ellas, un día, la raza humana, refundida en una nueva nación, se recuperará tras haber estado tan cerca de la extinción, empezará desde cero y volverá a prosperar.

Aplico con cuidado el parche encima del desgarrón y enciendo el soplete. Lo paso por encima de la rasgadura y noto cómo el parche se derrite para extenderse y fundirse con las cadenas de hidrocarburo del material de la vela. Cuando termine,

vaporizaré y esparciré átomos de plata por encima para crear una brillante capa reflectante.

—Está yendo bien —le digo al micrófono, y de fondo oigo amortiguados sonidos de celebración.

—Eres un héroe —dice Mindy.

Me imagino a mí mismo como un robot japonés gigante en un manga y sonrío.

El soplete chisporrotea y se apaga.

«Fíjate bien —dice mi padre—. Quieres poner tu próxima piedra ahí para tapar esa brecha, pero ¿es eso lo que realmente quieres?».

Sacudo el depósito de combustible al que está acoplado el soplete. Vacío. Es el que he golpeado contra uno de los puntales de la vela. El golpe debe de haberlo agujereado y no queda suficiente combustible para que termine el arreglo. El parche se agita suavemente, medio pegado al desgarrón.

—Vuelve ya —dice el doctor Hamilton—. Rellenaremos los depósitos y lo volveremos a intentar.

Estoy agotado. Aunque me impulse con todas mis fuerzas no seré capaz de llegar de nuevo hasta aquí tan deprisa como esta vez. Y para entonces, cualquiera sabe qué tamaño tendrá ya el desgarrón. El doctor Hamilton lo sabe tan bien como yo; lo único que quiere es que vuelva a la cálida seguridad de la nave.

Todavía me queda combustible en el tanque, el destinado a mi recorrido de vuelta.

El rostro de mi padre está expectante.

—Ya veo —digo pausadamente—. Si en mi próximo movimiento coloco la piedra en esta brecha, no tendré oportunidad de volver a reunirme con el pequeño grupo del noreste y tú lo capturarás.

—Una piedra no puede estar en dos lugares. Tienes que elegir, hijo.

—Dime qué hago.

Escudriño la cara de mi padre en busca de una respuesta.

—Mira a tu alrededor —me dice.

Y veo a mi madre, a la señora Maeda, al primer ministro, a todos nuestros vecinos de Kurume y a toda la gente que estuvo esperando con nosotros en Kagoshima, en Kyushu, en las cuatro islas del territorio japonés, en toda la tierra y en la *Esperanzada*. Todos me miran expectantes, confiando en que haga algo.

La voz de mi padre suena tranquila.

*Las estrellas brillan y parpadean  
somos huéspedes de paso,  
una sonrisa y un nombre.*

—Tengo una solución —le digo al doctor Hamilton por la radio.

—Sabía que se te ocurriría algo —dice Mindy, su voz suena orgullosa y feliz.

El doctor Hamilton permanece en silencio unos instantes. Sabe lo que estoy pensando. Y luego dice:

—Hiroto, gracias.

Desengancho el soplete del depósito inutilizado y lo conecto al tanque que tengo en la espalda. Lo enciendo. La llama es brillante, afilada, una cuchilla de luz. Los fotones y átomos se alinean frente a mí, y los transformo en una trama de fuerza y luz.

Las estrellas del otro lado han vuelto a quedar enclaustradas. La superficie especular de la vela está perfecta.

—Corregid el rumbo —le digo al micrófono—. Ya está listo.

—Recibido —responde el doctor Hamilton. Su voz es la de un hombre triste intentando que no se le note.

—Primero tienes que volver —interviene Mindy—. Si corregimos el rumbo ahora, no tendrás donde engancharte.

—No pasa nada, nena —susurro al micrófono—. No voy a volver. No me queda suficiente combustible.

—¡Iremos a buscarte!

—No podéis avanzar por los puntales tan rápido como lo he hecho yo —le explico con dulzura—. Nadie más conoce su disposición igual de bien. Para cuando lleguéis aquí, me habré quedado sin aire. —Espero hasta que se queda en silencio—. Pero no hablemos de cosas tristes. Te quiero.

Entonces apago la radio y me empujo hacia el espacio para que no sientan la tentación de organizar una inútil partida de rescate. Y caigo, alejándome cada vez más y más del palio que forma la vela.

Observo cómo, al separarme de ella, las estrellas van descubriéndose en todo su esplendor. El Sol, ahora tan débil, es ya solo una estrella entre tantas, que ni se alza ni se pone. Yo voy a la deriva entre ellas, solo, y al mismo tiempo en armonía con ellas.

La lengua de un gatito me hace cosquillas en el corazón.

\* \* \*

En mi siguiente jugada coloco la piedra en la brecha.

Mi padre juega tal como esperaba que lo hiciera, y mis piedras de la esquina noreste se pierden, quedan a la deriva.

No obstante, el grupo principal está a salvo, e incluso es posible que prospere en el futuro.

«A lo mejor en el *go* sí que hay héroes», dice la voz de Bobby.

Mindy dijo que yo era un héroe, pero yo solo fui un hombre que estuvo en el lugar adecuado en el momento adecuado. El doctor Hamilton también es un héroe porque diseñó la *Esperanzada*. Y también lo es Mindy, porque me mantuvo despierto. Y mi madre, que estuvo dispuesta a renunciar a mí para que pudiera sobrevivir. Y mi

padre es un héroe porque me enseñó qué era lo correcto.

El lugar que ocupamos en la red de las vidas de los demás es lo que nos define.

Voy alejando la mirada del tablero de *go* hasta que las piedras se funden en figuras de mayor tamaño, vivas, mudables y de rítmico aliento.

«Las piedras individuales no son héroes, pero todas las piedras juntas son heroicas».

«Hace un día estupendo para dar un paseo, ¿no crees?», dice mi padre.

Y paseamos juntos calle abajo, para así recordar cada brizna de hierba, cada gota de rocío, cada débil rayo del sol moribundo, con su infinita belleza.

# La Cuerda es el mundo

China Miéville

**China Miéville** (Norwich, Gran Bretaña, 1972) es un reputado escritor británico cuyo enorme talento hemos podido disfrutar en obras tan sobresalientes como *La estación de la calle Perdido*, *La cicatriz*, *El consejo de hierro*, *La ciudad y la ciudad*, *Kraken* o *Embassytown*, todas publicadas en España por La Factoría de Ideas excepto la última, a cargo de Fantascy.

Miéville es un autor de arraigadas convicciones sociales e interés manifiesto por la política, galardonado con multitud de premios internacionales. Radical, heterodoxo y dueño de una prosa muy rica, su estilo se caracteriza por una peculiar amalgama de influencias tan dispares como la novela de aventuras, la ciencia ficción, la fantasía, el terror, el surrealismo, la tradición oral de narrar historias y su indudable origen británico (londinense, en concreto), que le sirven para conformar universos singulares y terriblemente atractivos.

En este relato, una *rara avis* dentro de su producción breve mayoritariamente fantástica, un anónimo narrador relata con mirada distópica la cronología de la construcción de los primeros ascensores espaciales a un hipotético habitante de ese nuevo mundo. Fue publicado en febrero de 2010 en *Icon Magazine*, una de las mejores revistas de arquitectura y diseño del mundo, y podría asentar el escenario de una futura novela.

¿Qué quieres ver?

¿Cuáles son tus intenciones?

¿Cuándo te enteraste de lo que es la cuerda? Veamos.

La Tierra es una rueda de finos radios. Éstos se encuentran espaciados de manera irregular: debemos parecer los restos desperdigados de una bicicleta utilizada por una niña o un niño andrajoso. Pero solo para Dios.

Podría decirse que este es el mundo de Tsiolkovski, por fin, pero su entramado de vigas *fin de siècle* nunca se habría mantenido en pie. Nuestros radios no ejercen ninguna presión; están extendidos.

Durante mucho tiempo en la pre-prehistoria, estos tubos, estas cuerdas, estos cables espaciales, estas torres, fueron imposibles. Eran una broma, una gracia académica. Un experimento mental rebuscado. Pero un día y de repente —ya fuera por el explosivo avance de la ciencia de los nanotubos de carbono, las energías aumentadas del motor de deslizamiento, la devaluación y revaluación de la industria norteamericana y el ascenso de la economía del paradólar, o lo que fuera—, parecieron posibles. Fueron posibles.

Durante los años del «todo es diversión» se insistió en lo mucho que se ahorraría, teóricamente, «si nos ponemos a ello», con la economía del ascensor. El desembolso inicial era claramente megadescomunal, pero levantar una tonelada de cargamento sacándola de las garras de la gravedad cotidiana y ponerla en órbita con un montacargas era, se mirara por donde se mirara, mucho más barato —por un amplio margen— que hacerlo con un cohete, un transbordador o por condescendencia alienígena. Ahora que los ascensores espaciales, los ganchos celestes, las columnas de transporte geostacionarias ancladas, eran asombrosamente factibles, los proyectos de investigación eran que si «espíritu humano» por aquí, que si «porque se puede» por allá. Como si, al tenerlo delante, el mero ahorro fuera tan vulgar como en realidad era.

A las naciones ecuatoriales con bienes raíces en ese preciso vector en que, ahí en lo alto, podía darse la geosincronicidad, se las intimidó, se las engatusó, se las anexionó y se las cortejó. Las economías de Gabón, Indonesia, los diversos Congos, Brasil, Ecuador y Nigania se hincharon de paradólares y renminbis plagados de intrincadas condicionalidades y compromisos. Veintisiete años después de preparar a bombo y platillo la primera plataforma orbital, años de ley marcial ecuatorial apoyada por la ONU (años que volviendo la vista atrás realmente pasaron volando), se inauguró la torre Libertad, el primer ascensor espacial iniciado por la humanidad, que había descendido espléndida y lentamente durante años, un reluciente huso que bajó del cielo hasta la isla Isabela en las Galápagos.

Fue superflua, por supuesto. La tecnología en su centro de gravedad, su estación base, la primera parte que se construyó, en el cinturón de Clarke, estaba anticuada comparada con la de la Tierra (el punto de anclaje), cuando la torre extrudida finalmente la alcanzó. Los propietarios y los gerentes reiniciaron y reequiparon la plataforma en el espacio lo mejor que pudieron, y no estuvo mal: pero el tubo mismo se elevaba como una arqueología del gancho celeste, y en su ascenso los montacargas recorrían la vieja ciencia espacial, que se iba poniendo al día, demasiado tarde, acercándose a la vanguardia, allá en lo alto.

En cualquier caso, si bien esta, la torre Libertad, o la torre Isabela, la Cuerda, fue la primera que se empezó, fue la tercera en inaugurarse. La torre Hermandad II y la New World Trade Centre, que se empezaron más tarde y con tecnología más moderna, le tomaron la delantera durante la construcción, en Gabón e Indonesia, dirigidas la primera por un consorcio encabezado por China y la segunda por uno estadounidense. Para cuando abrió sus puertas, la capacidad de carga de la torre Libertad ya no era competitiva. Prácticamente nació como un museo del transporte de mercancías. Intentó arañar algunos ingresos reconfigurándose, añadiendo elementos propios de un bloque de vacaciones, una torre mirador, un desvarío arquitectónico, para atraer a los curiosos. Era la preferida por los suicidas con un gusto por lo espectacular. Dependiendo del nivel que eligiera y de su pericia a la hora de burlar la seguridad, una persona podía, de forma simultánea, saltar al vacío y desintegrarse. Lo que en realidad acababa con ellos era la falta de oxígeno, pero aunque todo el mundo lo sabía, la imagen de los saltadores inflamándose y chamuscándose en la reentrada era impresionante. Si montabas una cámara resistente al calor en un armazón que oscilaba arriba y abajo a pocos metros de ti y te enfocaba cuando «meteorizabas», como lo llamaban, podías transmitir impresionantes imágenes de tu ardiente caída hasta que la máquina se fundía o acababas reducido a cenizas y desaparecías. Lanzándose desde una altura de más de 23.000 kilómetros para evitar esa inmolación atmosférica de camino a su perigeo, los suicidas más extravagantes podían apuntar sus cuerpos en una dirección concreta, describiendo una órbita excéntrica. En teoría, si nada lo impedía, continuarían su exánime circunnavegación eternamente, aunque existían varios métodos para recoger gran parte de los cadáveres que se acumulaban en la órbita.

Primero hubo tres, luego siete y más tarde once ascensores espaciales. Los detalles de cada uno eran distintos y sorprendía lo divergentes que eran los diseños exteriores, pero el paradigma fundamental era el mismo. Una base terrestre, en tierra firme o a flote, en esa mina de oro que era el ecuador: un contrapeso en el cielo, en el extremo de un cable de una longitud absurda. Estos satélites o acumulaciones de basura espacial o lo que fueran, se conocieron rápidamente, a medida que se propagaba la jerga de los patios de recreo, con el nombre de *conkers*, como el famoso juego británico de las castañas de indias. Y tendidos entre el *conker* y la Tierra, más de 36.000 kilómetros de carbono columnar y neoacero.



Algunos eran bastante más largos, si sus *conkers* eran de los pequeños. Pero todos llegaban a ese número mágico, algo menos de treinta y seis mil, donde se daba la órbita geoestacionaria, así que las torres se alzaban al cielo, inmóviles, interminablemente ancladas a noventa grados. Y desde esa base que orbitaba sin ningún esfuerzo y mantenía rectos sus tubos ascensores, pequeñas embarcaciones de vacío iban y venían hacia las colonias, sin prisa, llevando los cargamentos que se subían en los enormes montacargas como trenes verticales.

Con un tamaño que iba desde el de una manzana de edificios hasta la delgadez del más estilizado de los rascacielos, las vías y las columnas reforzadas, las incalificables toneladas de material, tachonadas de ventanas, extrusiones con fines opacos, antenas parabólicas, cables y compartimentos estancos, se elevaban y seguían adelante. A través de los escasos kilómetros de aire respirable; dejando atrás donde volaban los aviones, un nuevo peligro para los pilotos; a través de la estratosfera y la mesosfera, más allá de la línea de Kármán donde empieza el espacio; más allá de las estaciones espaciales que orbitaban a sus ínfimos trescientos, cuatrocientos kilómetros; hasta adentrarse en la noche permanente, contribuyendo a la contaminación lumínica con las motitas de sus ventanas. Se diseñaron defensas para protegerlas de los meteoritos, para desviar la radiación, para aguantar los golpes de los ascensores o los buscadores de gloria que pudieran caer, las ondas de las flatulencias terrestres que pudieran resonar con ánimo destructivo elevadas dos, tres veces la distancia del diámetro completo de la Tierra. La Tierra misma descansaba, descansa, un enorme cubo con sus radios.

Varias de las torres sujetaban asteroides irregulares; una extendía su filigrana más y más lejos como un zarcillo estirado, como una medusa; dos se aseguraron de darle forma a sus contrapesos, y encontraron patrocinadores que ayudaron a sufragar unos costes que hicieron época. Una mostraba la palabra clave de una firma de consultoría financiera, la otra fue bombardeada hasta que lució el cinético logotipo de unas zapatillas de deporte del tamaño de una ciudad.

Algunos transportadores se agarraban al exterior de las torres como garrapatas a una jirafa; la mayoría eran conductos por los que pasaban los trenes elevadores verticales con sus muchos vagones. Todas las torres eran montacargas y todas tenían tripulaciones. Las tripulaciones, muy lejos de casa, que trabajaban más lejos de casa de lo que nunca nadie antes había trabajado, se traían a sus familias. Sus familias exigían comodidades, etcétera.

No se sabe muy bien qué es lo que pensaban de todo esto los emisarios extraterrestres que observaban. Los sab, los posin y los hush habían llegado con sus distintas normas de protocolo al vecindario cósmico de la Tierra durante las décadas precedentes, y habían propuesto un abanico de posibilidades más o menos comprensibles para comerciar e interactuar. Los muchos representantes comerciales de la Tierra a buen seguro destacaron las características de nuestros ascensores espaciales, y, según se dice, los visitantes soltaron el equivalente alienígena de un

educado e indiferente «hmmm», como una reina de visita en una fábrica de galletas. Se desconoce por completo cómo sus propias naves escaparon de la atracción de sus propios planetas, o si llegaron a hacerlo.

A las torres se les puso nombre (y se las sigue llamando así). Las torres Libertad I, II y IV (la III sufrió un fallo estructural durante su construcción; Gabón nunca llegó a salir de debajo de los escombros); la torre Hermandad; el gancho celeste Enterprise; la New World Trade Centre; la columna Mansour; la torre Virgin; la torre Autoconocimiento; la Píldora Ecuatorial y el ascensor espacial 7X0-K. Algunas, llegado el momento, cambiaron de nombre, debido a contratos de patrocinio. Aunque en su mayoría eran conocidas popularmente con otros apelativos, a veces derivados de sus patrocinadores más tristemente famosos: la Auténtica; iTower; No Me Puedo Creer que Sea un Ascensor Espacial. Aunque sobre todo se las acababa llamando con nombres más genéricos, si bien por algún proceso de concreción estos genéricos se volvían específicos, con lo que solo una de las torres era el Tallo, otra el Gancho Celeste, otra la Torre Celeste, otra el Dedo Espacial, etcétera. Solo una era la Cuerda.

Cada una tenía entre un millón y un millón y medio de pisos, y cada una contaba con una plantilla del tamaño de una ciudad enorme. Miles de kilómetros de vías verticales en esos tubos presurizados; puestos de observación; zonas para la educación y el esparcimiento; puestos de guardia o comisarías; motores para la eliminación de residuos y vertederos más largos que Rusia; residencias para trabajadores; laboratorios de ingeniería; cobertizos para las herramientas; pequeños huertos. Pero el objetivo primordial siempre fue transportar cosas arriba y abajo.

Conviene subrayar que el declive (sin duda alguna su comienzo), precedió a la posterior concatenación de acontecimientos, a las distintas minicatóstrofes en staccato que, de algún modo, más tarde, vinieron a entenderse, dijeron algunos, como el fin del mundo. Esa primera, la torre Libertad (la torre Isabela como se la conocía, por la isla que había transformado, la Cuerda), había estado yendo mal desde antes de nacer, no lo olvides.

Tan inservible como una villa olímpica después de la ceremonia de clausura. Obviamente, no se podía permitir que se viniera abajo. Las tripulaciones mantenían en pie el imposible armatoste, mantenían los dispositivos de seguridad exteriores asegurándolos con poco entusiasmo. Seguían subiendo pasajeros: algunos románticos, excursionistas, gente con ganas de morir y gente perdida. Estaba abierta por lo que seguía considerándose su actividad principal, pero las mercancías que ahora la recorrían pertenecían a los que no podían permitirse las torres más saludables; o a los que querían evitar su seguridad más rigurosa. La monótona compulsión de la economía llevó a la torre Isabela a convertirse en una operación ambigua, cómplice y dependiente de la criminalidad vertical, las cargas piratas, la evasión fiscal y el robo. Algunos tramos del tubo se derrumbaron y no se pudieron o no se quisieron arreglar, con lo que los cargamentos se abarataron todavía más, pero

había que descargarlos y pasarlos de un ascensor a otro, en varias juntas celestiales, lo que a su vez dio lugar a una economía de estibadores y portadores, y los bandidos que los saqueaban en los corredores y en las escaleras, los salteadores de pasillos.

La corriente falló en algunas plantas por encima de la troposfera, lo que provocó la muerte de los que las ocupaban y dejó aislados a los trabajadores a ambos lados de un montón de salas llenas de vacío. A los que todavía no se habían ido, ahora se los dejó estar porque o bien no podían salir, o bien, por alguna extraña predilección, no querían hacerlo.

Eran esas avanzadillas, a ras de suelo y en las reajustadas alturas computarizadas de la estación orbital, las que se necesitaban mutuamente. Los sistemas que vinculaban esos dos telos se mejoraron. Y tramo a tramo, con el paso de los años, la torre intermedia fue, no desmantelada, sino relegada. Abandonada a su propio destino. Siempre sorprende lo rápido que pasa una generación, luego otra, y así sucesivamente. Y cuando fallaron más y más de las plantas del lado del espacio, ¿se quedaron sin luces, sin calefacción, sin oxígeno? Mientras los elevadores presurizados pudieran seguir pasando por ellas, propulsados por generadores en los niveles más avanzados, poco importaba lo oscuras o gélidas que fueran, o lo muy plagadas de momias que estuvieran, esas plantas no es que importaran mucho.

Siempre que alguien muere en alguna parte es una tragedia, todo el mundo puede estar de acuerdo. Pero los aspectos legales del espacio aéreo y el espacio exterior a escala internacional seguían rebatiéndose en lo referente a ciertas nociones sobre la soberanía. No era fácil referirse al soldador, o al cocinero de cuarta generación, o a lo que fuera, en el nivel 1.118.007, como ciudadano del estado al que finalmente, bajo sus pies, acabaran enganchándose los nanotubos, y que nunca había pisado. Estaba muchísimo más lejos de la capital del país de lo que lo estaba el lugar más alejado en la Tierra. Cuando alguien muere o desaparece es triste, huelga decirlo, pero a quién pertenecen esos muertos o desaparecidos no siempre es una cuestión urgente. Y existe una seguridad, tiene que haberla, para proteger la base en un extremo y el satélite en el otro de ataques o invasiones, o incluso exvasiones. La seguridad tiene que ser férrea y los ascensores, cuando cruzan esas tierras estratificadas y necesitadas, tienen que dotarse de armamento e ir acompañados de patrullas y soldados.

Es importante subrayar que este era el rumbo que todo había tomado antes de esos discutidos acontecimientos, ese presunto apocalipsis. Allí donde la Cuerda condujo erráticamente, otras torres la siguieron. El «fin de los tiempos», en el peor de los casos, fue una aceleración, y preguntarse qué fue, si es que fue algo, lo que terminó, y cómo, si es que lo hizo, terminó, y si ese supuesto final fue irrevocable, está fuera del ámbito de la presente discusión.

Fallaron otras torres. Algunas se quedaron tan vacías que empezaron a cubrirse de moho, abandonadas más enérgicamente que la Cuerda. Una se desplomó. Dos fueron separadas de sus estaciones base en audaces actos terroristas: después de colocar cuidadosamente una termita, se observó cómo los verticales hilos-ciudades eran de

pronto, de manera pasmosa y centrípeta, arrancados de la Tierra, arrastrando cables y soltando un reguero de ascensores y personas, alejándose en dirección al espacio hasta una órbita terrible a velocidades demasiado altas para unas cosas tan grandes.

Algunas continuaron en cierta medida. La Tierra sigue siendo una rueda con los radios colocados de manera irregular.

No sabes cómo viven, los de los niveles en los que todavía vive gente, los del millón doscientas mil plantas de la Cuerda. Ya eran comunidades aisladas antes de que tú o tus padres nacierais. Solo tenemos las historias de los viajeros. No sabes qué idiomas hablan, qué hacen o aprenden, a qué le rezan, qué historias les cuentan a sus hijos mientras miran por las claraboyas o conectan la señal de las cámaras exteriores de la torre Isabela, la torre Libertad, y alzan la vista al espacio, o la bajan siguiendo la línea de la perspectiva de su tubo hacia la Tierra mientras los ascensores llenos de cargamento extranjero suben y bajan por sus territorios; cómo señalan la muerte de sus seres queridos; o si tan siquiera siguen ahí, esas gentes para quienes la Cuerda es el mundo. La Cuerda es el mundo.

# **La próxima vez que se desate la tormenta sobre nosotros**

Emilio Bueso

La trayectoria literaria de **Emilio Bueso** (Castellón, 1974) se caracteriza por su íntima ligazón con la narrativa de terror. Del realismo sucio de sus inicios pasó pronto al terror realista de su primera novela, *Noche cerrada* (Verbigracia, 2007), y a escribir cuentos y novelas fantásticas que incursionaban en el lado oscuro del alma humana. Dotado de una voz singular, certera, afilada y sumamente cruda, su narrativa puede definirse como un cruce de caminos entre Chuck Palahniuk, Cormac McCarthy y nuestra propia idiosincrasia mediterránea.

*Diástole* (Salto de Página, 2011) y *Cenital* (Salto de Página, 2012) supusieron su consagración como *enfant terrible* de la actual literatura fantástica española, de una manera de entender y practicar el género radical e iconoclasta. Sus últimas novelas publicadas hasta el momento son *Esta noche arderá el cielo* (Salto de Página, 2013) y *Extraños eones* (Valdemar, 2014), una personal revisión de los Mitos de Cthulhu de H. P. Lovecraft.

El cuento que incluimos en este volumen fue concebido en un momento en que la economía española se convulsionaba en los mercados internacionales y el país parecía abocado al rescate bancario. Se trata de una muy ácida crítica social travestida de historia de terror, un retorcido juego metafórico que zarandea nuestras conciencias adocenadas por los *mass media*. El tipo de historias que siempre tendrán cabida en *Terra Nova* porque, en palabras del autor, «corren tiempos de cambio climático, dicen que los osos polares se han desnortado y pronto estaremos encerrados en nosotros mismos».

# 1

Todo empezó en el día en que vino a visitarnos una partida de la cofradía de cazadores de Nuuk.

Raras veces venían a visitarnos nuestros hijos. Algunos lo hacían porque nos echaban en falta, otros por protocolo, todos con mala conciencia. Lo habitual en un retiro de ancianos.

Nunca antes había venido a visitarnos un oso de las nieves.

Pero lo hizo.

Vino solo, ni que fuera un heraldo.

No era invierno, pero corren tiempos de cambio climático y dicen que los osos polares se han desnortado. Que hacen cosas increíbles, como nadar en mar abierto, salir en los anuncios de Coca-Cola, llamar a la puerta de un albergue de jubilados.

La bestia la emprendió a empellones con la verja de nuestro asilo y los cuidadores llamaron a la cofradía de cazadores de Nuuk. Cuando llegaron las escopetas a nuestro complejo residencial ya hacía horas que el oso se había apoderado de los jardines, las arboledas y los parques que envolvían nuestra finca. Astilló un cedro. Se cagó en el porche. La emprendió a empellones y a zarpazos con nuestra puerta principal, sin conseguir echarla abajo. Dio mil vueltas a nuestro alrededor. Bramó.

Nosotros nos mantuvimos encerrados en el comedor durante todo el episodio, mirando el programa de Anders Breinholt en la tele del comedor. No llegamos a ver cómo capturaban al animal, pero los cuidadores nos dijeron que dispararon sobre el oso con dardos de morfina y que luego se lo llevaron.

El animal parecía perdido, nervioso. Como si buscara algo.

Tal vez refugio, lo mismo que nosotros.

La vida se ha vuelto inclemente ahí afuera. Groenlandia es ahora un sitio extraño del que ya no entendemos nada y por eso nos pasamos nuestros últimos días encerrados en este sitio. Nos guarecemos de las inclemencias del exterior.

Este recinto es nuestra cueva. En ella hibernamos, a la espera de que un día salga el sol y nosotros no.

La tarde del martes en la que se llevaron al oso fue la misma en la que Georg nos dejó. Primero tuvo lo que parecía un calambre, luego lo que vino a ser un ictus. Después murió, de repente. Lo hizo turno, asmático, espasmódico. Durante aquel anochecer, el cielo se tornó cruel y opaco. Lo mismo que se aneblaron los ojos grises de Georg, justo antes de que lo mandara al otro mundo el derrame cerebral, arrollándolo como una riada.

A nosotros se nos hizo de noche de pronto y un alud de pedriscos de hielo y agujas de escarcha cayó sin avisar sobre nuestra pequeña residencia. Otro oso de las nieves que nos visitaba fuera de temporada.

Lo mismo la fiera había acabado dando con la verja de nuestro sitio tratando de escapar de la tormenta.

El caso es que el pronóstico del tiempo era bueno, y la estación no acompañaba, pero en un momento y sin que apenas pudiéramos prepararnos, nos vimos envueltos en una tempestad que derribó la mitad de los árboles de nuestro bosquecillo, sepultó en nieve la puerta principal y arrancó de cuajo la antena que nos conectaba con el mundo de las telecomunicaciones vía satélite.

Nada de eso nos pareció preocupar mucho. No es que la tele sea mucha compañía. Ni que las visitas que a veces recibimos sean mucho más cálidas que las tormentas de granizo.

Nosotros somos docena y media de jubilados; daneses, algún inuit y mayoría de groenlandeses. El nuestro es un asilo caro y tranquilo. Se llama Atii niriliqta, y eso en lengua inuktitut quiere decir «Buen provecho». De manera que es a Atii niriliqta donde venimos los viejos, para zampar hasta espicharla. Nos sentimos vacíos, como conductos digestivos desatendidos, y aquí es donde nos llenan. Y vaya por delante que tampoco es que la comida de este sitio sea excesivamente buena, pero eso no parece preocuparnos mucho.

Recuerdo que mi mujer, Agnete, se desveló cuando yo me levanté a mear. Ella suele despertarse cada dos o tres horas, casi siempre que voy al baño. Anteanoche lo hice cuando la tormenta se puso imposible y tuve que cerrar las contraventanas de nuestra habitación antes de orinar. Afuera arreciaba raro y de muy mala manera. Aullaban las alturas, se derramaban mil carámbanos de hielo azul. Sobre el tejado, sobre las losas del porche, sobre las copas de los tilos. El cielo se espesó y luego se llenó de agujeros negros. Las luces de la luna y las de los relámpagos armaron todo un berenjenal sobre nuestras cabezas. Fue algo desproporcionado.

Kaj lleva dos décadas arrugándose en este sitio y dice que no recuerda un temporal peor, pero yo hace varios años que pienso que Kaj no recuerda un carajo, porque Kaj ya hace tiempo que dejó atrás los noventa y apenas recibe cartas. Se ha ido quedando sin amigos ni conversación. Oírle decir que no eran maneras para una tempestad de otoño me dejó bastante preocupado, no obstante... Porque lo cierto es que yo tampoco diría haber visto nunca semejante calamidad.

En la ciudad, en Nuuk, a veinte kilómetros de aquí, el clima es litoral. Y litoral siempre significa tranquilo para un hombre como yo, que llevaré tres años jubilado pero creo que sigo habituado a las inclemencias del interior, a la tundra. Recuerdo bien las tormentas que asolaban la granja de renos en la que me crié, esas cosas no las olvidaré ni cuando esté más senil que el viejo Kaj. Sé muy bien que un temporal tan potente siempre sopla con viento racheado, con embates que van y vienen, que a ratos parecen amainar para luego arreciar. Que las tempestades se cansan de tanto en tanto de soplar, que necesitan tomar aire para volver al ataque durante un asedio de varias horas.

Pero la tormenta que nos azotó anteanoche se escuchaba muy distinta.

Era constante. Lineal.

Uniforme.



No era como estar a merced de una borrasca cualquiera. Sonaba a que habían puesto nuestra residencia frente a un gigantesco soplete de nitrógeno líquido, de los que se emplean para quemar las verrugas por crioterapia. El mismo chorro helado inclemente, constante, de un extintor; de un ventilador industrial. El temporal no abofeteó ni zarandeó Atii niriliqta. Lo que hizo fue como escarchar el edificio con el empuje de una máquina a motor.

Eso nos pareció la tormenta: un mecanismo eléctrico, un juguete de cuerda pasado de vueltas. De los que tiran durante horas en una misma dirección, sin amainar ni por un instante. Sin rachear la fuerza.

El interminable empellón del mundo hecho nevera duró hasta el alba. Luego amaneció y un sol sin fuerzas nos mostró el día en que despertamos todos, menos nuestros cuidadores.

## 2

Ni Inga ni Kona. Ni el enfermero ni la doctora Palikka. Ninguno de los efectivos del personal de Atii niriliqta se levantaron a las siete de la mañana. Los internos somos como relojes del siglo pasado. Tocamos diana puntualmente, sí, pero solo para que nos cambien las pilas y los pañales. Sin algo de ayuda, la mitad de nosotros no podemos asearnos, vestirnos, o incluso desayunar.

Conque anteayer hubo gritos y sonaron los timbres. Los que llevamos menos tiempo por aquí pudimos bajar a las dependencias de los cuidadores del centro para ver qué pasaba con ellos y los encontramos durmiendo a pierna suelta.

Hibernando.

Como osos.

Igual que esos murciélagos que al aletargarse detienen su pulso hasta las pocas pulsaciones por minuto. Completamente noqueados, todos.

No hubo forma humana de despertarlos. Ni a bofetones, ni a gritos. Ni volcándoles encima palanganas llenas del agua del circuito que no tiene calefacción. Nada. Tuve que ayudar a Aleq a bajar a la planta de servicio para que les echara un vistazo a cada uno de los miembros del personal de la residencia y Aleq, tras toda una vida trabajando como veterinario, no supo decirme qué clase de somnífero o enfermedad podía hacer aquello.

Les abrió los ojos y hurgó en ellos con una linterna. Dijo que las pupilas no estaban reactivas y que no había reflejos oculocefálicos. Que no conocía droga capaz

de aquello. Que parecían lesiones del sistema nervioso central. Que llamáramos a la ambulancia.

Pero no había teléfono que funcionara sin la antena que nos había arrancado la tormenta. Ni forma alguna de abrirse paso con los coches del personal, casi todos enterrados en nieve. Estábamos atrapados en Atii niriliqta con la caldera medio vacía y todo contacto con el exterior cortado de cuajo.

Así las cosas, no hubo otra que organizarse para reunir a los residentes en el vestíbulo del geriátrico. Tuvimos que asearnos y asistirnos los unos a los otros, y creo que la prueba resultó dura, reveladora. Nos hizo tomar plena conciencia del mérito que tenía el trabajo que hacían para nosotros en Atii niriliqta. Apuesto a que ninguno de mis compañeros de asilo podrá volver a mirar a los cuidadores igual que antes de la tormenta.

Me pregunto si podremos volver a hacerlo algún día.

Porque ya llevan dos días dormidos y ni siquiera se han cagado encima.

La televisión no ofrece más que doscientos canales en los que aparece un cartel que dice que la antena no funciona. Suluk mira fijamente la emisión sin señal al babear. Insiste en repetir una y otra vez que muy de tanto en tanto sale en pantalla su hija para gritarle que tenemos que salir de aquí.

Afuera anochece. Y se ha vuelto a desplegar la tormenta.

Kaj mira por las rendijas de una de las contraventanas. Al otro lado del acristalamiento no se ve nada más que un vector de aguanieve que se mueve en el tiempo a una velocidad constante y siempre en la misma dirección. Una brújula parece marcarle el paso. Kaj dice que hay gente bailando con los osos, al otro lado de la tormenta. Y se toma otra pastilla.

Después dice que hay una multitud que ha rodeado el lugar para danzarle a gritos. Que en el rugido de la nevasca bailan sombras, frente a nuestra residencia, en un ritual que es tan antiguo como el hombre de estas latitudes. Que vamos a apagarnos, que seremos las velas de una tarta de cumpleaños, en este sitio. Que soplarán sobre nosotros lo mismo que en el cuento y que los tres cerditos somos él, mi esposa y yo.

Necesita a la doctora. Pronto.

Sin la doctora para controlarnos la medicación Aleq y yo tememos que la mayor parte de los internos puedan descontrolarse muy deprisa. Si no acude nadie en nuestra ayuda enfermaremos, visto que algunos de nuestros compañeros más viejos ya han empezado a deteriorarse. Mi Agnete no recuerda cuántas gotas para la tensión se ha tomado ni acierta a decirme cuántas debe tomar.

Nos hemos puesto a rezar para que pare el temporal, pero hay algo mecánico y fabril en la forma en que nos castigan los cielos.

La tormenta sopla militarmente, ni que fuera el viento al paso de un tren a toda máquina.

Y el tren somos nosotros. Pero no vamos a ninguna parte.

### 3

Debemos abandonar este sitio, pedir ayuda. Kaj dice que la próxima vez que se desate la tormenta de lo infinito sobre nosotros nos arrancará del suelo y nos llevará consigo, en una cabalgata, escoltados por las valkirias.

Dice que si la atmósfera sigue tirando de nuestra residencia es porque no la quiere aquí. Que este sitio se levantó sobre un poblado vikingo que corrió la misma suerte y la misma muerte que el resto de los asentamientos escandinavos de Groenlandia. Que aquí llegaron los antiguos remando en un drakkar y que en un drakkar volvieron a Europa los supervivientes, tras enfrentarse al soplido inclemente que nos asola ahora mismo. Que si no salimos pronto de aquí ya no lo haremos en esta vida.

Que hagamos el petate y partamos.

Que al norte hay una casa muy nueva.

Con una chimenea humeante. Y tres ventanas.

La tormenta amaina, posándose sobre el suelo como un reactor; desciende y se detiene igual que una cinta transportadora y con ello le da la razón.

La realidad de los míos hace otro tanto. Están empezando a ponerse muy mal. Los cuidadores no van a despertar. La gente de la ciudad no va a venir.

Pienso en hacer un petate y salir con Aleq afuera. En que caminemos juntos en dirección opuesta a la ciudad, en busca de alguien o algo que nos ayude. En que si nos quedamos aquí seguiremos siendo lijados sin clemencia, nos convertiremos en uno de esos trineos que se precipitan por las pendientes.

Así que Aleq y yo abrimos una ventana en cuanto amaina el viento.

Afuera se desarrolla nuestra maldición particular.

Es de un blanco escrupuloso.

Integral.

### 4

La nieve ha cubierto el exterior de Atii niriliqta, ha alfombrado los jardines que solían rodearnos. El frío que campa fuera de nuestra residencia perfora todos los tejidos textiles y vitales que encuentra. Nos traspasa los plumas como un cortaplumas. Hay mil pisadas de oso frescas por todo el porche principal.

Agnete me prohíbe salir y me ordena que vuelva con ella, llamándome por el

nombre que le pusimos a nuestra hija. Luego se pone en pie y coge su andador para salir trastabillando hacia el comedor, a tomar una taza de té con pastitas. Kaj dice que tengamos cuidado con los osos y sobre todo con los vikingos muertos que los cabalgan. Insiste en que ha visto a Georg subido a la grupa de una de las bestias esta noche. Que sus ojos siguen nublados, bizcos y escarchados ahora que cabalga a las fieras del invierno. Que en realidad no está en su habitación, tieso como un pedazo de cecina, sino rondando las inmediaciones de la residencia. Que ahora emplea las convulsiones *post mortem* para bailar en los embates de la tormenta moviéndose como un espantapájaros. Que piensa llevarnos a todos consigo y que no permitirá que nos alejemos de Atii niriliqta.

Suluk dice algo en inuit y añade en danés que derramar nuestra sangre sobre la nieve en círculos no bastará para que nos dejen en paz. Que es mejor morir en la cueva del asilo. Que nada nos aguarda fuera, en el mundo de nuestros hijos. Que toda Groenlandia es ahora un territorio hostil.

Pero Aleq y yo lo único que vemos en todo eso es que si no volvemos a Atii niriliqta con un médico los internos acabarán siendo víctimas de algo mucho peor que el abrazo de un oso polar.

Están enloqueciendo. Enferman.

De manera que nos calzamos las botas y las raquetas de nieve y salimos. Echamos a andar. Nuestros huesos crujen y gimen como las cuadernas de una embarcación a remos. Nos arrebuja en nuestros anoraks, remamos con los bastones de esquí. La tarde nos escupe en la cara y su salivazo es un escalpelo de hielo.

Hace años que no salimos con tanto frío. Algo nos hace sentir más jóvenes y, a la vez, más viejos que nunca.

Aleq echa a andar hacia el norte, su boca expele más humo que una chimenea. La ciudad está al este, lo mismo que unos nubarrones negros y relampagueantes que parecen descargar allí.

Confiamos en que no nos alcancen. En que haya algo al norte de este sitio, aunque sabemos que viajar hacia el norte es mala idea, en general, en Groenlandia.

\* \* \*

Pasa una hora y siento que ya casi estoy fuera de combate. Me cuesta seguir el ritmo de Aleq. Aprieto el paso sin rechistar lo mismo que aprieto los dientes hasta hacer rechinar el puente protésico sobre mis encías. Me duelen la ciática y la fascitis plantar. Tengo ganas de mear todo el tiempo y eso que paro para hacerlo cada dos por tres, estoy marcando mi territorio, dejando rastro como una babosa. Me tiembla el pulso lo mismo que me tiritan los hombros. Temo que esto haya sido un terrible error, pero las pisadas de mil osos y las huellas de lo que parecen unas gruesas polainas de piel por todas partes me hacen saber de que cuando se ponga el sol este sitio se va a convertir en el hervidero de una pesadilla.

De alguna forma, la tormenta también va avanzando. Parece que para esta noche se prepara otro asalto en el asedio de nuestro asilo.

Y la apuesta es que consigamos escapar del cerco sobre Atii niriliqta antes de que la locura vuelva a escampar con la oscuridad.

Aleq detiene la marcha un momento para sacar el termo de café y que demos buena cuenta de él. Con eso me espera y me da pie a que recupere el aliento y descanse lo justo. Maldito finés. Qué buena forma física tiene. Le envidio hasta la pensión que percibe. Siempre ha sido demasiado todo para nosotros. Hasta sus botas parecen mejor que las mías, y eso que él no es de aquí.

Me dice que los árboles están cada vez menos derribados y menos marcados por los osos. Que no entiende qué hacen juntos tantos osos polares. Que no comprende qué es lo que está pasando aquí, pero que tenemos que aguantar y escapar. Que qué tal estoy. Que si necesito que paremos más rato podemos seguir quietos un poco más, pero solo un poquito más.

Yo hago un gesto de rechazo con la mano y reemprendo la marcha.

Me ha parecido ver algo acechando entre los tilos.

Una figura que lleva una armadura hecha con huesos de animales. Parece ser un viejo como nosotros. Su barba tiene granizo y carámbanos de hielo, las cuencas de sus ojos son de color azul, sus labios están atrapados en una u. Cabalga una montura ancha, robusta y blanca, que exhala grandes vaharadas de aliento por la boca, pero no hay vapor alguno que salga de la u que hay en los morros violáceos del jinete.

Tengo miedo. No quiero morir. Pero temer la muerte a los setenta y muchos cuando eres un piano lleno de teclas es una cosa tan normal como no tener sueño.

Algo que te ataca ligero y a tirones, a lo largo de cada noche.

Y la noche viene en camino. El sol pronto se habrá puesto.

## 5

Ahora es noche cerrada. El viento sopla firme y constante, a nuestras espaldas. Es como una rampa abajo bien pavimentada. Nos empuja a seguir. Aleq y yo portamos sendas antorchas que ha improvisado él con ramas de arce y un sirope que ha sacado de su mochila. Montamos cuesta arriba, hacia el cerro en el que a ratos creo adivinar una luz.

Apuesto a que lo que aquí es una ventisca será un temporal sobre Atii niriliqta. Que esta es la única oportunidad que tenemos nosotros y que tienen los internos del

asilo. Pero ya no puedo más. A veces caigo sobre la nieve, sin que Aleq se dé cuenta.

Me cuesta horrores volver a poner en pie y reanudar la marcha, por culpa de las raquetas. Me las quitaría, pero temo que eso pueda hundirme del todo en la nieve, que es cada vez más esponjosa y parece ir más suelta a medida que nos vamos encaramando hacia lo alto del montículo.

Y sí. Hay luz, ahí arriba. Lo mismo que entre la foresta que flanquea el sendero por el que avanzamos. Hay árboles a un lado y a otro del camino por el que serpenteamos. Boscaje que espesa a diestro y siniestro. En él creo divisar de tanto en tanto los ojos de unas fieras que parecen aguardar a que se apaguen nuestras antorchas para abalanzarse sobre nosotros. No creo que sean osos. Pero no veo qué otra clase de bestias podrían ser.

Vamos viendo la casa en la cúspide del cerro. Es un palacete muy nuevo. Tiene humo en la chimenea. Y luces en las tres ventanas.

Ventanas enormes. Acristalamientos interminables, separados por unas columnas muy finas. El exterior está ajardinado, es un parque vallado que contiene varios senderos arbolados y amplios bancos de piedra. El porche está lleno de mecedoras y tumbonas a medio arrumbar por la tormenta. La nieve escampa por toda la escena, pero no se adueña de ella, quizá la estén retirando a diario.

—¡Esto es un asilo! ¡Una residencia! —me dice Aleq.

Yo intento recuperar el resuello y mirar al frente.

—Lo importante —consigo decirle— es que aquí la tormenta parece haber pegado mucho menos duro. Conservan las antenas de radio. Tendrán hasta teléfono.

Me pasa el termo. Miramos al frente una y otra vez. Al final consigo recomponerme a duras penas y reemprendo la marcha. Necesito superar como sea los próximos quinientos metros. En el interior de esa casa me espera una chimenea.

Tiene que ser, por fuerza, un lugar acogedor.

Porque la verja está entreabierta.

Caminamos por el sendero principal del parque de la finca como dos escaladores domeñando una cima. Plantamos sobre la nieve los palos de los esquís, a modo de bandera. Luego atravesamos el parque.

Parecen haber despejado su eje central con una máquina quitanieves, dejando al descubierto un pasillo pavimentado con piedra escarlata, que se presenta como una alfombra roja para nosotros.

La puerta exterior no tiene timbre ni picaporte, pero sí el pomo de un comercio. Aleq se deja los nudillos tres veces sobre ella.

—Aleq, me parece que este es uno de esos sitios en los que la gente entra sin llamar.

Conque Aleq abre la puerta.

En realidad no lo hace. Porque tampoco estaba cerrada.

De hecho, no cierra. Es de esas puertas que se juntan con el marco para mantener la calefacción pero que no tienen cerradura ni pasador. De las que no hay más que

empujar un poco para abrir. No pesa como para aplacar un vendaval moderado.

—¿Lo ves? —le digo a Aleq—. Este lugar es un establecimiento público.

Pero nada más entrar hay una recepción, con su check-in vacío. No es como la admisión de un hotel, porque no hay un casillero para habitaciones, sino un cartel en el que se indica la relación de internos junto a un número que debe ser, vaya, el de sus habitaciones.

Suena de fondo una suave música de ascensor.

—¡Esto es otro asilo!

—Para ti la perra gorda, Aleq.

Damos voces.

Pero no tantas como salen de las puertas dobles que hay junto a la recepción de este sitio.

Aleq se encoge de hombros, mira hacia las puertas y luego me mira a mí.

—Y eso es el comedor —me dice.

De manera que irrumpimos en él, empujando sus portones con dificultad. Cuando lo hacemos, una corriente de aire se abre por todo el recibidor de la residencia y la puerta principal, que se aparta de un bandazo para dejar entrar, con furia, a una ventolera cargada de la escarcha que barre el mundo exterior.

Con todo, entramos los dos en el comedor, envueltos en una nube de volutas de frío glacial. Estamos granizados como uno de los abetos del parque. Tenemos las barbas cubiertas de nieve y estalactitas de moco colgando de las narices. Somos como una expedición ártica que se mete en una cueva dominada por una gigantesca hoguera.

Nosotros venimos helados. Y el comedor aguarda caliente y lleno.

Medio centenar de comensales, conversando frente a un rancho rancio. Se vuelven a mirarnos y enmudecen.

Tienen una edad promedio de veinticinco años.

—Esto parece la cantina de una universidad —me dice ahora Aleq, en un susurro.

—¿No era un asilo?

Se nos aproxima el que puede ser un camarero o un cocinero. Delantal. Pelo largo, pero recogido en una red. Empuja un carro cargado de bandejas llenas de restos de comida.

—¿Venís de visita? —nos dice, con una sonrisa protocolaria.

—¿Qué es esto?

—Nuestra humilde residencia. ¿Cómo se llaman vuestros hijos?

Aleq se queda conversando con el camarero.

Yo me dirijo a los comensales caminando como un borracho y los estudio. Llevan baberos muy parecidos a los que nuestro asilo les pone a los más mayores. Comen con calma, van reanudando unas conversaciones anodinas. Algunos se ponen a darles lo suyo a los teléfonos móviles que llevan en la mano. Los más, se limitan a sorber la sopa mientras miran la tele.

Y en la tele echan el programa de Anders Breinholt.

En las bandejas hay sopa, panecillos reglamentarios, una pieza de fruta, un dado de mantequilla y un botellín de agua mineral.

Estoy pasmado. Nunca he visto un montón de gente así en un sitio como este. Esto no es normal en Groenlandia.

Tiene razón Aleq. Parece una cárcel modelo. O la cafetería de una facultad de idiotas.

—¿Qué es este sitio? ¿Qué hacéis aquí? —le pregunto a una muchacha con el labio perforado por cuatro aros y una lágrima tatuada en la mejilla.

Ella me mira con cansancio y me responde:

—Hemos vivido por encima de nuestras posibilidades.



# **M34**

Eduardo Vaquerizo

**Eduardo Vaquerizo** (Madrid, 1967) es ingeniero técnico aeronáutico y escritor. De gustos eclécticos, en sus escritos combina la verosimilitud técnica con la fluidez narrativa y la intención lírica.

En su producción literaria destacan las novelas *Danza de tinieblas* (Minotauro, 2005, finalista del premio Minotauro y ganadora del Ignotus y el Xatafi-Cyberdark), *La última noche de Hipatia* (Alamut, 2009, premio Ignotus y Xatafi-Cyberdark), y *Memoria de tinieblas* (Sportula, 2013), además de la novelización —en colaboración con Juan Miguel Aguilera— del largometraje *Stranded* (Punto de Lectura, 2001). También ha participado en numerosas antologías colectivas, como *Franco. Una historia alternativa* (2006), *Antología de la ciencia ficción española* (2003), la francesa *Utopiae* (2001) y la alemana *Eine Trillion Euro* (2004). Sus relatos han resultado galardonados con los premios Ciudad de Corverá, Domingo Santos e Ignotus de la Asociación Española de Fantasía y Ciencia Ficción.

«M34» es un *thriller* ambientado cincuenta años en el futuro, cuando la ciencia protésica sea capaz de reparar cerebros dañados hasta casi convertirlos en máquinas y los ingenieros diseñen máquinas que casi piensen como seres humanos; en ese momento, los límites entre la mente biológica y la artificial, acaso, carezcan de sentido. Está protagonizado por una resuelta mujer, protésica novata, a quien el departamento de asuntos internos de la policía transjudicial le asigna una investigación de campo.

# 1

En la época en la que lo conocí había sido retirado del servicio. Yo trabajaba para la policía transjudicial europea como evaluadora delegada en el distrito 34. Era un trabajo que odiaba, en un ambiente que odiaba, en un distrito en el que no quería estar. Aquel día, además, llovía a mares, hacía frío. Para terminar de arreglar las cosas, había un aviso de migración radioactiva desde las zonas muertas de la meseta y era obligado el uso de máscaras. No eran los modelos modernos de ahora, que apenas pesan, sino dispositivos de diseño militar que te tapaban media cara y con las que apenas se podía respirar con comodidad.

Por si fuera poco me había venido la regla y me dolían los ovarios. Una vez más, me arrepentí de no haberme implantado un supresor como hacían el resto de mujeres de mi generación, como hacían mis hermanas y mis amigas. Pero yo no quería nada dentro de mi cuerpo, ninguna prótesis, ninguna aplicación artificial aunque su firma biológica fuese casi tan leve como la de un antihistamínico. Era una naturista convencida. Sí, yo también me preguntaba qué hacía una naturista trabajando en un departamento de evaluación de prótesis neurales, pero supongo que entre mis capacidades de entonces no se encontraba la de la coherencia. Había decidido convertirme en naturista en la universidad aun cuando había escogido especializarme en neuroprotésica. Supongo que me creía más lista que nadie y que estudiando esa ciencia podría encontrar sus puntos débiles.

Ingenua.

Será mejor que no me ande por las ramas o no terminaré este testimonio nunca.

El directorado sur me había asignado el caso de Roberto Lezcona. Era un implantado que había disparado a la cabeza a un traficante de órganos en el curso de una redada en el puerto, con el resultado de destrucción cerebral completa. Debía evaluarlo antes de que le devolvieran al servicio activo y le permitiesen volver a usar un arma. Era un encargo directo de clase A que me había llegado a mi ordenador anulando el período de descanso asignado. Fastidiada, me tomé un par de pastillas de analgésico y me dispuse a cruzar la ciudad desde mi casa en el casco viejo hacia la central en Gorliz. Mientras el coche elegía su trayecto en el dédalo de túneles medio inundados por la lluvia, leí su expediente en la base de datos de personal de la transpol.

Roberto, aún no he hablado de él. Todo el tiempo que pasé a su lado tuve la sensación de que algo se me escapaba, algo importante. Desde el primer momento resultó una resbaladiza anguila psicológica, una rareza, un *tour de force* para un analista y sí, también, una continua frustración.

Fue un error mío, un grave error de método. Comencé a comprenderlo cuando ya era tarde y todo daba un poco igual.

Pero mejor no adelantar acontecimientos.

Roberto Lezcona tenía, cuando lo conocí, cuarenta y dos años y era de

complexión delgada; era rubio, de pelo lacio y largo, barba rala y poco cuidada; ojos de un azul desvaído, como sin intención, como los de un mar demasiado tranquilo; ojos acuosos a punto de inundarse de lágrimas o justo después de haberlo hecho. Me estaba esperando en la sala de entrevistas, apoyado en una silla, distraído con la vista perdida en el infinito. Cualquiera hubiera supuesto que miraba una proyección holográfica en la córnea, como hacíamos todos cuando esperábamos, pero no, él no, simplemente aguardaba, plano, inocuo, casi insensible.

Me acerqué y le tendí la mano. Tuve la sensación de agarrar un pescado muerto, frío e inerte.

—Buenos días. Me llamo Susana del Río. Me han asignado su evaluación. — Ningún signo de estar nervioso, ni una sonrisa de cortesía, un gesto de amabilidad, un inclinarse hacia delante, alguna galantería inconsciente—. Primero debo explicarle que mi trabajo aquí será completamente científico y mis criterios, los de la directiva médica sobre salud laboral en la UEx.

—Bien.

—¿Su nombre es Roberto Lezcona?

—Así es.

—Nació en Barakaldo en el 2036, antes de la contaminación.

—Diez años antes, concretamente.

—¿Qué recuerdos guarda de aquella época?

—Muy pocos.

Nos quedamos mirándonos. Él no mostraba tensión en absoluto. Parecía capaz de continuar ahí sentado, frente a mí, horas y horas sin decir nada, esperando que yo volviera a preguntar. A la sensación de hastío e incomodidad se le unió la certeza de que aquel hombre me iba a suponer un fastidio, que lo hacía de forma deliberada para tocarme las narices. Luego recordé su condición e hice un esfuerzo por volver a la profesionalidad de la que me estaba alejando, de la que me alejaría tantas veces en su presencia.

—¿Cuáles son?

—Recuerdo un viaje a Madrid para ver a unos familiares, una ciudad extendiéndose kilómetros y kilómetros bajo la panza del avión. Recuerdo que la comida no venía en latas con seguro geiger. Jugábamos en el exterior de mi casa, en el patio del colegio y no había alarmas ni máscaras. Lo siento, no recuerdo mucho más.

Era algo común a los de su generación, recuerdos parciales, traumas, el inicio de muchas neurosis por evolución de conflictos no resueltos. Se había perdido mucho en la contaminación y aún pagábamos mentalmente por ello. Solo que en su caso no parecía sufrir trauma alguno, eran recuerdos parciales porque el resto había sido borrado por el accidente.

—¿Tiene pesadillas, sueños recurrentes, obsesiones?

—No. ¿Quizá debería?

—Las pesadillas y los sueños recurrentes no son voluntarios. No obstante si quiere imaginarse alguno y contármelo también me servirá.

—No, señorita, solo quiero colaborar con su investigación.

Y me sonrió, y era una sonrisa auténtica, una sonrisa cautivadora. Fue como encontrar un nido con pollitos en medio de un erial, algo extraño, completamente fuera de lugar.

—¿Acaba de activar un módulo de personalidad?

—Por supuesto, ¿no debería? No he recibido instrucciones al respecto.

La sonrisa desapareció, sustituida por un semblante largo y serio, duro.

—No, actúe como actuaría normalmente. ¿Tiene algún promedio de personalidad que use de forma habitual?

—No.

Me lo quedé mirando, sus ojos tenían un tinte de dureza que no había antes. Era como intentar aprehender agua, se me escapaba constantemente. Encendí mi ordenador con un movimiento de la muñeca y comencé a mover los dedos de la mano derecha. Me sujeté el extensor sobre la oreja y en un par de segundos tenía la lectura de su prótesis neural proyectada sobre la córnea.

Era como contemplar un mar encrespado. Cada curva medía la actividad de zonas específicas del cerebro, el córtex prefrontal, los lóbulos parietales, incluso zonas profundas del cerebro que normalmente no se sustituyen por prótesis.

Había cometido el error de considerar aquello un caso más, uno sencillo, y no lo era en absoluto. Accedí al mapa de su cerebro. En él estaban pintados en rojo las zonas sustituidas. Solo había unas cuantas zonas en verde, el tejido original no destruido por el disparo ácido: el cerebelo, algunos lóbulos parietales, zonas completas del hemisferio derecho y casi nada del izquierdo.

Estaba viendo el mapa de un vegetal, de un candidato a la eutanasia, de un cerebro incapaz de sostener la consciencia, apenas una vida residual, que, sin embargo caminaba, hablaba, se relacionaba e incluso tenía un trabajo todo gracias a las prótesis neurales.

Volví la atención de nuevo a su mirada. La suspicacia había desaparecido, volvía a ser un ser neutro, la media de la media, un ser átono al que las prótesis le habían convertido en una especie de mezcla entre una inteligencia artificial y un ser humano.

Sonreí. Él también, supongo que imitándome.

—Bien, como ya sabrá, voy a evaluarle durante la próxima semana. Si la evaluación es positiva, podrá volver al servicio. Si no, se le asignarán otras tareas en el cuerpo.

Roberto me miró de nuevo con sus ojos vacuos. Asintió despacio, como diciendo que había comprendido lo que había dicho pero que todo estaba fuera de su alcance, no podía hacer nada por oponerse a lo que fuera a pasar, bueno o malo.

Fue al despedirnos cuando encontré algo diferente en su actitud. Me miraba de nuevo con intensidad. No era la mirada apreciativa de un hombre interesado en mi

cuerpo, tampoco la de alguien curioso; era una mirada de rabia, ojos agresivos que parecían querer fulminarme.

Me estremecí y luego estudié los registros de ese momento, buscando en la configuración de su cerebro la huella de ese instante de rabia, pero no encontré más que una mezcla superpuesta de estados, una transición ilegible.

Lo que me quedó claro es que aquello no había sido producto de una configuración, era otra cosa que aún no imaginaba pero que terminaría por ser determinante.

## 2

Recordé la intensidad de nuestra primera entrevista mucho después. Aquella tarde volví a Bilbao, me encerré en casa y no volví a pensar en nada que tuviera que ver con mi trabajo. Hacía muy mal tiempo, estaba de mal humor y no me apetecía salir a tomar algo, a cenar, a charlar o a cualquier actividad que supusiese el contacto con otros seres humanos. Comenzó a llover, una *jasa* en condiciones, acompañada de mucho viento que hacía imposible ver la costa, el único lujo de mi diminuto apartamento. No tenía humor ni siquiera para ver una película o conectarme a algún juego. Ni siquiera me apetecía trabajar en mi tesis, así que me preparé un té, me senté en el suelo del salón y me dediqué a la única actividad que de verdad me apetecía: ver llover por la ventana. Supongo que me faltaba un perro al que acariciar o algo así porque me cansé enseguida.

Miraba el listado de contactos buscando a alguien que no estuviera ya ocupado, algún amigo tan aburrido como yo con el que compartir hastío, cuando el ordenador en mi muñeca se puso a vibrar como un loco. Me había llegado un mensaje prioritario, de la clase que me había obligado contractualmente a no filtrar cuando entré a trabajar en transpol. El texto era escueto: «Lezcona ha sido activado. Su labor pasa a ser Sigma dos».

Sigma dos era la forma técnica de referirse a un estudio sobre el terreno. Se habían acabado las entrevistas, los análisis y las simulaciones retroalimentadas. Me tocaba mojarme el culo y seguir a Lezcona allá donde su trabajo le llevase.

Mi mal humor no mejoró precisamente.

Junto con el mensaje había una dirección, un caserío en mitad de la nada, lejos de las carreteras automáticas. Encima tendría que conducir en manual. Volví a hacer una lista mental de lo mucho que odiaba mi profesión, mi trabajo y el doloroso borbotear

de mi bajo vientre debido a mi condición de mujer y naturista comprometida.

Me tomé dos analgésicos más —que algunos puristas del naturismo no aceptan y otros, más moderados, sí— y bajé al garaje. El coche se encendió al aproximarme. Ya tenía cargado el destino y se puso en marcha en cuanto me senté. Todo fue bien hasta que el vehículo se detuvo y su voz sintética me habló muy suavemente:

—La inteligencia artificial del vehículo considera que no es posible la conducción automática en la vía que necesita tomar para llegar al destino prefijado.

Tomé el volante y comencé a conducir por una carretera que se retorció una y otra vez a través de los lomos de suaves colinas boscosas.

Diez minutos antes de que llegara, la lluvia dejó de caer, las nubes se abrieron y lució un sol de atardecida, dorado y luminoso que iluminaba la piedra húmeda de un caserío escondido entre robles.

Aparqué delante, al lado de dos o tres coches de policía y un furgón de color morado. Del caserío llegaban amortiguados gritos de dolor y llanto.

Por muchas veces que los oigas, nunca te acostumbras. En la pantalla de la córnea ya tenía un informe breve levantado por la primera patrulla que había llegado:

*483284/ loc 23.*

*Se encuentra cadáver de una niña de unos doce años en la orilla de un riachuelo. La prueba de Turkens delimita daños cerebrales irrecuperables más allá del límite Hades.*

Respiré hondo y di la vuelta al caserío buscando el río. El pasto estaba muy verde y crecido y me rozaba las pantorrillas según me movía. No se oía más que el viento agitando las hojas de los robles.

Me detuvo con la mano abierta un hombre alto, de uniforme, uno de los policías de la patrulla. Abrió la boca, malhumorado, para echarme de allí, pero la cerró sin decir nada. La identificación facial le había dicho quién era y que tenía acceso permitido. Me encaré con él un segundo más de lo que hubiera merecido la ocasión. De algún modo retorcido me hubiera gustado que me negase el acceso, que me hubiera dado ocasión para desfogarme en una bronca capaz de liberar la tensión que se me acumulaba en la garganta, cualquier cosa con tal de no enfrentarme con lo que iba a ver al seguir el caminito entre robles que me señalaba.

La niña era una colección de trapos mojados y abandonados al borde del agua. A su lado, agachado, Roberto la miraba con ojos entrecerrados. Consulté mi ordenador, el modelo de configuración de su prótesis era tan complejo que no conseguí, ni siquiera usando un par de simulaciones breves, entender cuál era su propósito. El ordenador de análisis me indicó que era una de las configuraciones que había marcado como fijas en su banco de memoria.

Me acerqué. El rostro de la niña, muy blanco, estaba enmarcado por cabellos

húmedos.

De nuevo se escuchó un lamento lejano. La madre, desde la casa.

—No ha sido violada. —Ni me miró. Me hablaba a mí, no había nadie más, pero podría haberse dirigido a cualquiera—. Eliminada la motivación sexual apenas queda nada. Venganza por celos de pareja, pelea con otras niñas o niños de su edad. Pero nada de eso es aplicable aquí. El padre no tiene antecedentes de ningún tipo, no hay más niños, ni siquiera en el vecindario.

—¿Qué tiene cogido?

Había visto algo, un pedazo de metal que apenas sobresalía del puño cerrado. Roberto le abrió la mano mostrando una flor hecha con una barra de metal retorcida. La cogió en su mano enguantada mientras yo me seguía maravillando del aspecto de la niña muerta. Si no hubiera sido por el agua que le chorreaba por la frente, parecía dormida. Solo que no iba a despertar nunca.

Roberto miraba la flor detenidamente. Sacó algo del bolsillo, una especie de herramienta especializada con la que observó el adorno.

Levantó la vista y me miró antes de hablar. Había vida de nuevo en sus ojos acuosos.

—Es una varilla de acero, quizá de alguna máquina. Alguien la ha doblado hasta convertirla en una flor.

—No parece nada excepcional.

—Al contrario. El análisis espectrográfico dice que es acero de alta aleación. No se puede doblar si no es con una máquina, una dobladora hidráulica.

Me lo quedé mirando. Estaba realmente asombrado mirando la flor. Me volví de nuevo a la niña.

—Lo curioso es que una dobladora no puede reproducir estos giros, son imposibles. Quizá con un soplete, calentando el metal y luego con un gato y unas tenazas...

El policía se acercó acompañado de un hombre vestido de verde fosforescente al que seguía una camilla todoterreno. Tenía seis patas de electromúsculo terminadas en garras afiladas que se aferraban a la tierra con el objetivo de mantener siempre la superficie de la camilla de forma horizontal. El sonido de los motores y el silbido de la pila de combustible acabó con el silencio que había llenado la escena hasta ese momento.

El policía se dirigió a Roberto.

—Señor, quieren llevarse el cadáver para la autopsia.

Roberto, sentado sobre un tronco caído, permanecía totalmente despreocupado de nada que no fuera aquella flor. El policía lo miró y luego me miró a mí. Me encogí de hombros.

Se agachó hasta lograr capturar su atención.

—¿Señor?

—Sí.



—El cadáver, tienen que llevárselo.

—Ah, sí. Un momento tan solo.

Se acercó a la niña y le buscó en los bolsillos del abrigo sin encontrar nada. Hizo una afirmación con el mentón y el hombre de la morgue se acercó. La camilla extendió las patas al modo de una araña e hizo descender la plataforma hasta el suelo. El operario y el policía elevaron el cadáver y lo depositaron sobre la camilla, donde quedó fijado por varias correas que se ajustaron solas. Las patas se tensaron y la camilla se elevó del suelo. El operario y el policía regresaron a la carretera. La camilla les siguió como una especie de perro robótico y enorme.

Roberto se acercó al hueco en la hierba que había dejado el cadáver. Se agachó, tomó un papel mojado del suelo y lo metió en una bolsa para pruebas. Me acerqué a verlo, el papel tenía un dibujo. No era frecuente ya que los niños dibujaran en papel, pero en algunos sitios, algunas escuelas, aún lo usaban como material escolar. Roberto lo miraba como si aquel pedazo de papel fuera el universo completo. De repente su cara perdió tensión, los ojos se volvieron acuosos e indeterminados. No me hizo falta consultar el ordenador para saber que había desactivado el perfil y había vuelto a la configuración básica.

Cogí el papel de su mano sin ninguna oposición por su parte. Era un dibujo, hecho con lápices de colores, de un hombre muy alto, con el pecho cuadrado. El hombre iba de la mano de una niña.

Roberto inició el camino de vuelta.

—Espere. ¿Qué sucede con el dibujo? ¿Quién es ese hombre? ¿El asesino?

Roberto se detuvo y algo cambió en su actitud. Sus rasgos se tensaron.

—No.

—¿Entonces quién es?

—No quién, qué.

Miré el papel de nuevo, qué no quién. Entonces no lo vi claro, supongo que por eso no soy detective. Lo que sí advertí fue la intensidad que había dirigido las acciones de Roberto.

Siguiendo una intuición, esta vez no atendí a las curvas de funcionamiento de la neuroprótesis. Los niveles de neurotransmisores eran los responsables y esa cascada hormonal venía del sistema límbico, una de las pocas partes de su cerebro que aún era biológica. La prótesis no había tenido nada que ver con esa respuesta tan intensa.

Aquel mediodía me quedé a comer en la central. Roberto estaba trabajando en su despacho. Cuando le pedí permiso para entrar no me respondió. Miraba la pantalla y movía las dos manos haciendo continuos gestos en el aire. Pantallas virtuales de apoyo aparecían y desaparecían alrededor de la principal como en un baile silencioso de imágenes y texto.

No era la velocidad de consulta habitual, ni siquiera la de alguien muy habituado a trabajar en entornos complejos. Una discreta consulta al ordenador me informó que había configurado su lóbulo frontal de modo que la tarea que estaba haciendo se había convertido en una obsesión. Un sistema de desconexión suspendería ese modo en un período de tiempo preestablecido.

Durante unos instantes vi pasar por las pantallas virtuales páginas y páginas de diagramas técnicos muy complejos pero reconocibles, cortes y secciones de muchos robots, algunos avanzados, otros muy primitivos.

Para captar su atención habría tenido que desconectarlo. No merecía la pena, luego hablaría con él.

Había algo que tenía que hacer, por mucho que no me apeteciera. Decidí bajar a comer algo. En el bar apenas había gente. Busqué en la base de datos de personal a los antiguos compañeros de Roberto. El ordenador me proyectó en la córnea una serie de flechas que apuntaban a algunas personas. Casi todos compartían mesas y estaban conversando animadamente. No era un entorno adecuado para hacer preguntas.

Me fijé en una mujer de facciones grandes y manos sorprendentemente delicadas que comía sola cerca de una ventana. El ordenador decía que había estado en el mismo departamento de Roberto durante los últimos diez años.

Ya no llovía pero el tiempo aún era malo. Había una continua capa de nubes grises que iban circulando por el cielo. Cuando me senté frente a ella, los ojos, también grises, de aquella mujer miraban al cielo y parecían seguir fascinados por ese espectáculo.

—Buenos días, perdone si molesto.

—Pues...

—Quisiera hacerle algunas preguntas acerca de Roberto.

Exhibí mi mejor sonrisa y esperé a que el ordenador de mi interlocutora me identificase y le informase de quién era, un proceso que solo llevó un par de segundos.

Hasta aquel momento el principal motivo por el que mi trabajo me parecía una mierda era el rechazo que generaba en toda la transpol. Las evaluaciones eran parte necesaria del sistema que comprobaba que los hombres y mujeres que habían tenido la desgracia de necesitar una prótesis neural seguían siendo válidos y seguros como policías.

Ellos nos veían como unos tocapelotas superfluos que intentaban relegar a los policías heridos a funciones de oficinista. Ignoraban lo que un mal funcionamiento de una prótesis podía producir: psicosis referenciales, alucinaciones de ajuste,

comportamientos psicopáticos.

Aquella mujer no me rechazó, no pidió a mi departamento una confirmación de su obligación de contestarme ni nada por el estilo. Tan solo sonrió, juntó las manos y me miró, aceptando las preguntas. Tenía dedos largos, de pianista, de cirujano, completamente fuera de lugar al final de dos brazos musculosos que se insertaban en unos hombros redondeados, poderosos.

—Las manos, ¿son artificiales?

—Sí, lo son. Las de verdad se me quedaron atrapadas bajo un coche, en un accidente.

—Lo siento.

—No se preocupe. Mucha gente ni se da cuenta. Están sumamente bien hechas. Me reacomodé en la silla e hice un esfuerzo por ordenar mis preguntas.

—¿Usted trabajaba junto a Roberto cuando le hirieron?

—Así es. Le he tratado antes y después del incidente.

—¿Cómo es su relación con los compañeros de trabajo?

—Extraña.

—¿Extraña?

—Sí, es la mejor definición. El Roberto antiguo era un trepa, un trepa simpático, pero un trepa, un obseso del trabajo y un hombre ambicioso. Luchaba por los casos más llamativos. Si había una operación con presencia de los superiores o con interés de la red, peleaba por estar en primera línea. No me caía muy bien. Tampoco mal, simplemente no me interesaba. Tenía su cohorte de aduladores-competidores y todos ellos peleaban furiosamente por un ascenso.

—Y después.

—¿Después? Recuerdo el día en que regresó a la oficina. Nos habían dicho que lo mejor era no prepararle una fiesta, ni darle condolencias; tampoco ignorarle, solo saludarle de vuelta y poco más. Eso hicimos y él nos abrazó, nos dijo que se sentía muy feliz de regresar, que todos éramos compañeros y que se sentía parte de algo. Al día siguiente no nos habló. Al otro se volvió agresivo. Un día más tarde se obsesionó con un caso y no dejó de trabajar, día y noche, hasta que lo resolvió, solo, sin ayuda.

»Después de aquello todos lo evitamos. Roberto se había convertido en una ruleta en la que nunca sabías qué número te había salido. Y entendemos que no es culpa suya, pero tampoco lo es nuestra. Tenemos algo de experiencia con las prótesis. —Levantó las dos manos para que las viera—. Roberto no es el único que ha resultado herido en servicio. Te aseguran que todo será igual o mejor y luego no consigues saborear un helado o confundes las caras, o no consigues ver en colores otra vez. Esas cosas no funcionan del todo bien. Sí, te permiten seguir oyendo o viendo, andando, no te condenan a una vida de vegetal, pero no es lo mismo, nunca vuelve a serlo.

»¿Sabe cuál es mi opinión?

—No, dígame.

—Que hay veces que es mejor morirse. Yo tengo hecha una exención de prótesis.

Si mañana un malnacido me dispara una bala ácida que se me come media cabeza, no quiero resucitar convertida en un plano.

Durante unos instantes ambas nos limitamos a comer en silencio. Terminé por preguntarle sobre la situación actual, la que yo tenía que evaluar.

—¿Y ahora?

—¿Ahora? No lo sé, apenas tenemos relación con él. Solo lo estrictamente profesional. No hemos vuelto a ver efusiones, la mayor parte del tiempo tiene esa mirada muerta que no invita a la conversación.

Le agradecí su amabilidad, devolví la bandeja y salí del comedor. Según mi ordenador, Roberto seguía trabajando en su despacho.

Recordé una noche de conversación con varios amigos de la facultad. Todos eran naturistas y sus argumentos eran parecidos a los que había expresado la mujer de ojos grises. Se resumían en: «no es lo mismo». Todo aquello que se alejase de la sacrosanta naturaleza era malo. Una máquina instalada en el centro del cerebro, sustituyendo funciones esenciales del mismo, era el horror último. El Partido Naturista había elevado una iniciativa al Parlamento Europeo intentando prohibir todo tipo de neuroprótesis. No se esperaba que prosperase.

Era temprano y no tenía nada que hacer en casa. Subí a la biblioteca y me senté en aquel espacio de paredes pintadas en tonos suaves, enormes pantallas proyectivas y grandes ventanales.

Había visto muchas veces prótesis aún sin instalar. Eran masas amarillentas de gel inundado de semiconductores. Las luces láser de retrocontrol interno las iluminaban hasta hacerlas brillar. Imaginé una cosa así ocupando un espacio dentro de mi cráneo, un tumor tecnológico creciendo y fagocitando mi tejido neural. ¿Se sentirían las neuronas protésicas interactuando con las reales? ¿Habría algo así como un toque de fría inhumanidad en el centro mismo de mi consciencia?

Las experiencias de adaptación a las neuroprótesis atestiguaban que no se sentía absolutamente nada ajeno, todo se integraba a la perfección. Por primera vez comprendí que los tópicos del movimiento naturista no eran más que esquemas atávicos, torpes, crudos, muy potentes pero nada que no pudiera eliminarse con psicología inductiva o intervencionista.

Las tesis naturistas erraban por mucho el auténtico problema. Lo difícil era saber cuándo un cerebro reparado mediante prótesis neurales dejaba de ser un órgano biológico y se convertía en una máquina que reproducía las funciones de un ser humano sin serlo.

Una década atrás, Turkens, un investigador de la Federación Rusa, se planteó el problema y descubrió un modo de medir de forma objetiva la capacidad de retener consciencia. Por debajo de ciertos valores, un cerebro dañado sería incapaz de servir de base neuroquímica para sostener la consciencia y, por tanto, la personalidad del individuo afectado estaría muerta por mucha prótesis que se utilizase para remendarlo. Bautizó a esa frontera como el límite Hades, la frontera que separaba, a

un lado, el mundo de los vivos, y al otro, el de las máquinas, los muertos y los fantasmas.

Casi todos los países y federaciones lo habían adoptado como definición legal de muerte cerebral.

El cerebro de Roberto había quedado justo en la línea, a punto de caer al otro lado.

En ese momento me asaltó un mensaje prioritario. Roberto estaba a bordo de un helicóptero automático, en el helipuerto, esperándome. Sin tiempo de leer el informe que me había llegado junto con el mensaje, corrí hasta el helipuerto, subí al vehículo y despegamos.

## 4

Volamos bajo sobre la costa. En menos de cinco minutos habíamos llegado a Derio. Aterrizamos en un campo a las afueras. Allí nos estaba esperando un coche patrulla. Durante el vuelo Roberto no había abierto la boca. Así, pensé, iba a ser imposible la evaluación.

El silencio me ayudó a reflexionar sobre lo que estaba pasando. Nadie me lo había advertido, pero era obvio: a Roberto le encargaban casos raros, difíciles. Les era muy útil. Este caso debía de ser prioritario, por eso tenía que seguirle a todas partes como un perro faldero en vez de hacer mi trabajo en la comodidad de un despacho en Gorniz.

Todos aquellos pensamientos deprimentes me pesaban en los hombros mientras nos montábamos en el coche patrulla y nos acercábamos al lugar que íbamos a investigar.

Nos transportaron hasta un lujoso complejo de apartamentos de cuatro alturas rodeado de bosque. La urbanización contaba con zonas deportivas, un pequeño campo de fútbol y una piscina cubierta. Avanzamos por amplias aceras que transcurrían entre jardines y pistas deportivas encharcadas. La lluvia nos mojaba a base de bien. Solo se libraban de la humedad los policías locales mediante el campo repulsor de sus uniformes.

Nos llevaron hasta un apartamento batido por el viento y la lluvia. Bueno, no era en realidad un apartamento, tan solo lo que quedaba después de demoler uno. Algo había destrozado muebles, paredes y suelo de modo que había zonas donde la estructura de cemento del edificio había quedado desnuda.

Roberto comenzó a recorrer las ruinas.

Era difícil seguirle, sobre todo porque no había dónde pisar de forma estable. El suelo era un amasijo de restos metálicos, de cristales, mampostería y madera machacada.

Roberto levantó los restos de un marco digital 3D, uno de esos cubos que muestran continuamente holografías en bucle cerrado y dijo en voz alta:

—Necesito a Aguinaga.

—¿Cómo? —respondí.

—Sí, Aguinaga lleva el laboratorio de investigación D. Lo necesito enseguida.

Uno de los policías comenzó a hablar por el comunicador.

Cada vez más desorientada por lo que veía, accedí al informe del caso.

Iker Solozabal. Las alarmas automáticas de su apartamento saltaron a las 12.00. A las 12.03 varios vecinos activaron los avisos de emergencia. Se escuchaban sonidos de destrucción en el apartamento 4D. Alguien lanzaba cosas por las ventanas hacia el jardín. A las 12.12 llegó una patrulla y encontró el apartamento completamente destruido y sin rastro de su dueño. Su coche está aparcado en el garaje y según el sistema de seguridad del complejo había llegado sobre las diez y no había salido aún.

Roberto seguía recorriendo las habitaciones. Parecía pasear. Me acerqué a él y le pregunté:

—¿No ha activado el mismo modo cerebral que en el primer escenario?

—No. Cada caso es distinto. —Me sonrió—. En un sitio así, sé que lo mejor no es el análisis exhaustivo sino un trabajo de cribado subconsciente. He derivado la mayor parte de la potencia de la prótesis a la actividad neuronal secundaria. Tiene que conectar con mi memoria más profunda, por ello necesito un estado mental próximo a las ondas alfa totales.

—Sueña despierto.

—Así es.

Lo dejé trabajar. Mientras evolucionaba por las habitaciones destruidas, ordené a la computadora del departamento varios análisis de los modos de funcionamiento de la prótesis que llevaba instalada Roberto. Las configuraciones que usaba eran muy complejas. Dudé enseguida de que alguien sin preparación en neurótica y protésica avanzada pudiera haberlas desarrollado.

Luego llegó Aguinaga, un hombre grande y barbudo como un oso. Le dio un fuerte abrazo a Roberto y comenzó a desplegar toda una batería de sensores y plataformas de investigación. Supe que había encontrado al programador neural que buscaba.

Roberto parecía haberse cansado de caminar por las ruinas y volvía a tener una expresión neutra, plana. Se detuvo en la puerta del apartamento, la mirada perdida en el infinito.

Las plataformas volaban zumbando con delicadeza sobre aquel desastre, fotografiando, midiendo, registrando patrones electromagnéticos, de calor, rastros

químicos y huellas electromagnéticas.

En el estado en que se encontraba ahora Roberto era inútil preguntarle nada.

Volví a pensar en el límite Hades. Los resultados de la prueba de Turkens que le habían hecho a Roberto habían establecido que estaba fuera del límite por muy poco, tan poco que la incertidumbre de la medida hacía posible que estuviera fuera, que su cerebro apenas pudiera retener la suficiente consciencia como para considerarlo vivo. Los médicos, ante la duda, habían decidido implantarle la neuroprótesis en vez de declarar muerte cerebral.

¿Por qué se había excedido ese límite? Era una cortapisa moral, deontológica y legal que solía aplicarse a rajatabla. Había dudas, sí, pero conocía casos en que enfermos en las mismas condiciones habían sido desconectados.

Todo eran dudas en este caso. Mi misión no era saber si debía vivir o morir, esa decisión ya se había tomado. Debía averiguar si su comportamiento era seguro, si podía confiársele un arma sin que la usase de modo ilegal, impulsivo, peligroso.

Había algo que se me escapaba, comencé a comprenderlo allí, sentada sobre los restos de una pared en aquel apartamento derruido.

—¿De dónde es?

Roberto se había acercado sin que lo oyera y me sonreía mientras me ofrecía una chocolatina que había sacado de un bolsillo de su gabardina. Tomé el dulce y le contesté mientras lo desenvolvía.

—De Sur le Pont, al sur de la región transpirenaica.

—Francia.

—Sí, supongo que aquello antes de la unificación era Francia.

Sin dejar de mirarle, consulté su interface. No mostraba una actividad clara, sino una superposición de estados. Nunca había visto algo así. Intenté ocultar mi sorpresa. Era como si la prótesis fuera incapaz de decidirse por una configuración y probase varias de forma secuencial.

—Yo soy de aquí al lado. El otro día me preguntó por mis recuerdos. Tengo algunos, muchos en realidad, del caserío de mis abuelos, cerca de Gorniz, muy cerca de los terrenos que ocupa ahora la central. No he viajado mucho. Aquí estoy bien, o estaba. Ahora no estoy seguro.

—¿No está seguro?

—No estoy seguro de nada, señorita Susana.

En ese momento llegó Aguinaga. Comenzó a hablar sin preámbulos.

—Ningún rastro de explosivos, de proyectiles químicos o magnéticos.

—¿Y cómo...?

—A golpes, golpes de algo muy duro y con mucha fuerza. Mira las marcas.

Proyectó una imagen en el aire, extraída del ordenador que le colgaba del pecho. Eran tres surcos claros y profundos en la superficie de una viga de cemento armado.

—¿Infoárea?

—El apartamento tenía un sistema tipo 3, grado militar.

Silbé para mí misma. Ni siquiera la transpolicía tenía equipos de esos en todas sus instalaciones.

—¿Se ha salvado algo?

—Posiblemente, pero no puedo acceder a ello, no ahora al menos. No funcionan los accesos policiales. El sistema ha sido parcheado para evitar cualquier injerencia. Por cierto, gracias a que me avisaste rápido tengo copia de todo. Ztech ha reclamado la ley de protección de patentes y tenemos que salir de aquí zumbando. Van a aislar el lugar para evitar posibles filtraciones. El desaparecido es uno de los principales investigadores en la empresa.

Se les acercó un policía muy excitado.

—Señor, tiene que ver esto.

Le seguimos. Bajamos a la parte trasera del edificio y nos internamos en un bosque de pinos, denso y oscuro.

—Nos ha avisado un vecino. Allí, en el árbol.

Entre ramas y pinaza, había un bulto gris encaramado a uno de los árboles. Al acercarnos más comprendimos que era un hombre, o lo que quedaba de él. Goteaba sangre que se acumulaba en un pequeño charco al pie del árbol. Estaba sujeto a una gruesa rama, las piernas encogidas, la espalda encorvada. La cabeza reposaba contra el pecho. Tenía los ojos abiertos y una gruesa lengua de color morado le colgaba hasta la barbilla. Se sostenía porque uno de sus brazos había sido enrollado en espiral sobre otra rama. Se podía ver el hueso sobresaliendo en algunos sitios. No pude evitar el comentario.

—Es como un pájaro, uno enorme.

Roberto no me respondió. El policía me miró con horror. Luego se distanció y comenzó a hablar por el comunicador. Escuché que pedía una camilla todoterreno y una grúa.

## 5

Esperamos a la mañana siguiente para visitar Ztech. El jefe del ingeniero asesinado podía recibirnos antes de las once del día siguiente. Ztech se había convertido en la compañía tecnológica número uno de la zona euro. El centro de investigación Zamudio 2 era la meca para cualquier experto en robótica, prótesis neural o inteligencia artificial que se preciase de serlo.

Ztech lideraba la revolución tecnológica de los años cincuenta del siglo XXI. Solo



después de fundir cinco o seis disciplinas de ingeniería, dos ramas de la matemática, la cibernética y tres especialidades de medicina se había conseguido avances en la comprensión y reconstrucción del funcionamiento del cerebro. De propina, se había logrado obtener máquinas con cierta capacidad de moverse por el mundo e interactuar con él. Al menos eso era lo que decía la publicidad de Ztech. Sensores de búsqueda autónoma, robots industriales flexibles y adaptables, coches, aviones y barcos que no necesitaban pilotos, asistentes domésticos precisos, eficaces y rapidísimos, personal de asistencia hospitalaria con cierta capacidad de decisión e interacción con los pacientes. La lista era exhaustiva. En ese todo imbricado, también había llegado la discutida tecnología de la protésica, la sustitución de tejido dañado del cerebro por un neurogel repleto de semiconductores que imitaba a la perfección el funcionamiento del tejido neuronal, que había terminado de forma radical con los ciegos, sordos, mudos y paralíticos en cualquiera de sus formas.

El neurogel no se limitaba a reparar las funciones básicas, también podía sustituir las funciones superiores. Un paso más allá de la reparación de controles motores, visuales y de lenguaje, se encontraba el resbaladizo y difuso campo de la conciencia, la moral, los recuerdos y la personalidad. También Ztech se mantenía en la vanguardia de ese campo y yo no había logrado ser seleccionada para una beca de investigación en la compañía a pesar de lo mucho que lo había intentado. Ese había sido mi primer objetivo desde que inicié mis estudios. De hecho, ese era el primer objetivo de cualquiera que estudiase neuropsicología protésica.

Partimos de la central muy temprano. El helicóptero aterrizó en el helipuerto de Ztech a las nueve de la mañana. Nuestra cita era a las nueve y cuarto.

Roberto y yo descendimos de la máquina que nos había llevado hasta allí sin piloto alguno. No había nadie a la vista. Por los espacios ajardinados entre las grandes naves y edificios se movían carretillas autónomas, transportes achaparrados de metal que brillaban al sol de la mañana. A lo lejos había un gran parking lleno de inmensos trailers autónomos. Los grandes tanques de hidrógeno que los movían reflejaban las nubes y el cielo azul.

Se podría haber dicho que éramos los únicos seres humanos de un planeta habitado por máquinas.

Delante de nosotros zumbaba, reclamando atención, una especie de semiesfera sobre la que brillaba un holograma con el nombre de Roberto seguido de la palabra «sígame» las letras de síganme. Lo hicimos. Se desplazaba silenciosamente sobre un cojín de aire y se detenía a esperarnos cada tanto.

Cruzamos los espacios ajardinados hasta un edificio de metal claro que brillaba de forma deslumbrante. Subimos a la segunda planta por una rampa y la semiesfera nos dejó en la puerta acristalada de una oficina. Nos abrió un hombre delgado, vestido con un jersey de cuello alto y pantalones impecablemente planchados. Sonreía y exhibía grandes dientes de rumiante en medio de un rostro lleno de arrugas muy expresivas que pretendían suavizar la dureza del entrecejo poblado y los ojos

oscuros y afilados.

Roberto nos presentó. Aceptamos un café y nos sentamos en unos sillones con vistas a los jardines mientras otra máquina nos servía.

Decidí dejar a un lado mi asombro al pisar aquella meca de la tecnología y me apliqué a mi tarea, decidida a sacar la máxima información posible de aquella entrevista. No perdía ojo de cada gesto de Roberto mientras mi ordenador me informaba de la configuración de su prótesis.

Comenzó a hablar con voz suave, neutra, pero que dejaba muy claro que aquel despliegue de poder y tecnología no le había impresionado un ápice.

—Espero que me perdone que sea tan directo pero no tenemos mucho tiempo.

—Por supuesto, señor inspector. ¿Qué necesita saber?

—Como sabrá, ayer encontramos muerto a Iker Solozabal. ¿Qué puesto tenía en su empresa?

—Era uno de los jefes de proyecto. Una gran pérdida, sin duda.

—¿En qué proyecto o proyectos estaba trabajando?

Hubo un destello en uno de sus ojos. Había proyectores láser en las paredes, quizá en el techo, que proyectaban información directamente en su córnea. Toda una inversión de tecnología para evitarse llevar unas gafas de acceso como hacíamos los simples mortales.

—Robótica integrada. Un proyecto bastante teórico, de muy largo alcance, del cuál no puedo hablar demasiado extensamente, en parte porque quizá no lo entenderían.

—Pruebe.

Visiblemente incómodo, el director del centro Zamudio 2 se echó hacia atrás en el asiento. No se necesitaba estudiar mucha psicología para saber que se estaba poniendo a la defensiva. Sin embargo su sonrisa no desapareció.

—Como sabrán, hasta ahora las inteligencias artificiales no han logrado sobrepasar el umbral de la consciencia. Nos sirven muy bien así. No se necesita consciencia para pilotar un avión. Es más, sería hasta perjudicial, añadiría dilemas y bucles sin fin de difícil resolución para una máquina. El problema es que hay situaciones en que sí es necesaria. El reto de la robótica, su santo grial, es conseguir una consciencia artificial. Ese era el objetivo del proyecto de Solozabal.

—Ese es el objetivo de la mitad de la comunidad investigadora en Inteligencia Artificial. ¿En qué se diferenciaba su trabajo?

De nuevo el destello, de nuevo la reticencia.

—Integración. Su idea era que no alcanzábamos la autoconsciencia en nuestras máquinas porque no tratábamos a las inteligencias de un modo integral.

Esa era la escuela de la IA holística. Si quieres una consciencia de tipo humano, necesitas un desarrollo humano, o al menos que reproduzca los retos para los que nuestra inteligencia ha evolucionado. No era nada nuevo. Había mucha gente que había trabajado en esa idea sin mucho éxito. Las inteligencias artificiales creadas por

acreción de conocimientos habían demostrado la misma estupidez e impersonalidad que las diseñadas por completo.

Debía haber algo más y Roberto lo intuía. Su cara se había vuelto de hielo. Apenas movía los labios al hablar y la mirada no resbalaba sobre las cosas sino que se clavaba en ellas y se mantenía hasta chuparles la esencia. Iba entendiendo por qué mantener a Roberto operativo era una prioridad para la transpol.

—Por favor, siga.

—El equipo de Iker quería integrar una IA de grado cuatro, desarrollada enteramente con neurogel, construyendo una prótesis cerebral completa dentro de un sistema autónomo. No puedo decirles más.

Intenté que la sorpresa no se me notase en las facciones. Una IA de grado cuatro era algo más allá del estado de la tecnología actual. Se suponía que las IA por encima de tres superaban el límite Hades. Roberto, imperturbable, continuó hablando.

—Si fuera posible, nos gustaría visitar su laboratorio y hablar con algunos de sus compañeros. Tendría algún colaborador cercano, alguien que tuviera mucha confianza con él.

—Me temo que va a ser un poco difícil. El proyecto de Iker ha sido cancelado. El laboratorio está siendo desmantelado en estos momentos y el personal, los becarios y los de apoyo ya no se encuentra en el centro.

—Bien, en ese caso no le robaremos más tiempo.

—Ha sido un placer atenderles. Sigán a la esfera y les conducirá de vuelta a su vehículo. ¿Me permite una pregunta?

—Claro.

—Lleva implantada una neuroprótesis de Ztech y el ordenador me dice que no contamos con datos sobre ella porque se negó al seguimiento de su implante. Tras la recuperación ejerció su derecho al veto y no hemos podido volver a observar la evolución de su neuroprótesis desde entonces. Es una gran pérdida. Quizá en ella encontrásemos claves para un mayor desarrollo de la tecnología y de la ciencia.

Durante unos instantes Roberto se bloqueó. Con el acceso que tenía a los parámetros básicos de su neuroprótesis supe que habían sido lanzados varios procesos de configuración y que competían por el control sin conseguirlo ninguno de ellos. Era una situación de bloqueo procesal muy frecuente en inteligencias artificiales y muy poco frecuente en inteligencias naturales.

Medio segundo después el bloqueo fue superado y contestó en el mismo tono helado:

—No me preguntaron si quería o no el implante. Nadie se preocupó de si estaba a favor de las neuroprótesis.

—No era un objeto. No estaba registrado como tal.

—Nadie lo estaba entonces.

Roberto salió del despacho y bajó la rampa del edificio sin esperar a la esfera de guía. Yo le sonreí al director del centro, me guardé mi mal montada estrategia de

dejar caer sutilmente que quizá estuviera interesada en una beca allí y caminé detrás de Roberto.

De nuevo en el helicóptero me atreví a preguntar:

—¿Qué ha sucedido?

—Nada. La prótesis a veces no funciona bien.

Me hablaba, por primera vez, con cierta calidez. En su caso no podía saber a qué se debía, si había una intención o simplemente era un modo de interacción automático, de cortesía básica del neuroimplante. Era el momento de continuar preguntando y lo aproveché.

—Cuando hay programas de potencial muy similar la prótesis no puede decidir cuál es el más adecuado. ¿Qué programas se habían activado?

Roberto me miró y no era una mirada amable. Tampoco agresiva, solo triste, muy triste.

—Hablar de mi neuroprótesis dispara respuestas muy intensas. Desde que me enseñaron a autoprogramarla he intentado encontrar una combinación de potenciales que me permita afrontar ese problema. Aún no lo he encontrado.

—¿Le sucedió lo mismo en aquel apartamento?

La pregunta era directa e iba al núcleo del problema. Con ella esperaba disparar el mismo tipo de respuesta y valorar cómo de incontrolable era. Luego pensé que no era muy inteligente hacer una cosa así en un helicóptero en vuelo.

Sin embargo la respuesta de Roberto fue completamente diferente. Se estiró hacia el tablero del vehículo y señaló una pantalla.

—¿Qué es eso?

Roberto comenzó a interactuar con la máquina. Aquel era un helicóptero policial y podía ser pilotado en modo semiautomático. Roberto tomó los mandos y desplegó una pantalla láser transparente en el parabrisas. Ahí se veían diversos coches moviéndose por las carreteras de la región, algunos aviones comerciales volando muy rápido. Una de las cámaras del helicóptero apuntó a un punto del cielo donde el mapa no indicaba nada en particular. En la ventana se veía la silueta de un enorme helicóptero militar erizado de antenas y de soportes para armas y guerra electrónica.

Roberto me miró antes de hablar e hizo el signo de silencio con los dedos sobre los labios.

—No es nada, volvamos a la central de una vez.

El helicóptero militar —que apenas se veía, volando tan bajo que quedaba oculto por los accidentes del paisaje— nos siguió de un modo implacable.

## 6

Hasta el momento, casi todo lo que he contado hubiera podido aparecer en el informe oficial. Desde el momento en que vimos la silueta de un helicóptero del ejército siguiéndonos, comprendí que solo tenía una opción: abandonar la investigación y desvincularme. Que el ejército estuviera por medio solo significaba problemas, problemas gordos.

No lo hice.

Roberto me invitó a comer. Esa fue otra sorpresa. Cuando llegamos a la central, dejamos el vehículo y fuimos al puerto, a un pequeño y destartalado bar muy lejos del *glamour* y el diseño de los bares de pinchos de moda en la ría, donde las gelatinas semivivientes, puro ADN de medusas modificado, reptaban y se movían en tu plato antes de que te las comieses. Nos sentamos en un rincón, cerca de la ventana, justo bajo el aparato de televisión. En aquel bar aún no tenían un sistema de sonido seleccionable mediante auriculares implantados, la televisión tenía un altavoz y no podías hacer otra cosa que oír el programa que estaban emitiendo. Costaba trabajo entenderse, pero también le costaría trabajo a quien pretendiese captar nuestra conversación de modo remoto.

No me sorprendió comprobar que el acceso a la red era de segunda generación, muy lento y casi inútil, y que la cobertura desaparecía donde nos habíamos sentado, justo debajo de aquel enorme y obsoleto televisor que saturaba el aire de fugas electromagnéticas.

Roberto volvía a tener la mirada acuosa, el estado mental más cercano al plano que le había visto. Me habló sin pasión, como el que comenta que llueve o hace sol.

—¿Te has dado cuenta ya?

—No.

Roberto me tomó la mano. Estuve a punto de retirarla, pero la mantuve bajo la suya. Con una mirada me dijo que no me alterase, que disimulase. Su computadora de muñeca lanzó un paquete láser de información encriptada que la mía recibió discretamente.

—Mira.

Y miré por la ventana. En el parking del puerto no había nada más que viejos coches de conducción manual. Atrás del todo, medio tapado por una vieja valla de piedra, se veía una furgoneta blanca. Supuse que era aquello lo que me indicaba Roberto.

Los datos me llegaron a la pantalla de mi cristalino. Eran enlaces de la red recortados y empaquetados en forma de presentación. El primero de ellos era una información de la transpol: el informe de una patrulla sobre un incendio en una zona arbolada al norte del aeropuerto. En el plano se veía que lindaba con el perímetro del complejo Ztech en Zamudio 2. El segundo era un texto acerca de un avistamiento de infiltrados, una basura proveniente de un centro de noticias paranormales, fantasmas,

ovnis e inmigrantes radioactivos. Era un tema recurrente, alguien veía algo raro y enseguida se disparaban las alarmas y se veían hordas de monstruos que venían de las zonas radioactivas del centro de la península, donde hacía mucho tiempo que no quedaba nadie vivo. La noticia decía que se había visto a un hombre muy alto, con un traje metálico brillante, caminando muy deprisa entre los árboles. La noticia era breve, de poco interés, pero me llamó la atención el detalle de un hombre metálico, alto y caminando deprisa. Me hizo recordar el dibujo de la niña asesinada y todo encajó.

El camarero ya nos había servido un par de vinos. Bebí el mío de golpe.

—Se les ha escapado.

—Sí.

—Una consciencia artificial funcional.

—En un sistema autónomo móvil militar.

—¿Cómo lo sabes?

—Mira al final del paquete de datos.

Y allí estaban, un catálogo de sistemas de armas móviles para batalla en zonas radioactivas, varios diseños de robots autónomos a los que se les podían acoplar armas o herramientas. El modelo M34 era muy parecido a las descripciones del avistamiento y al dibujo de la niña. Una máquina de una tonelada de peso, dos metros y medio de altura, con brazos y piernas de electromúsculo potenciado y dotado de un set completo de sensores.

—Por eso nos siguen.

—Sí.

Ninguno de los dos dijo una sola palabra durante unos minutos. Al fin Roberto me miró fijamente.

—Deberías dejarlo a partir de ahora.

—¿Por qué?

—Tienes cosas que perder.

—¿Tú no?

Se encogió de hombros antes de contestar.

—No lo sé. Quizá después de tu evaluación, no. —En mi ordenador, de nuevo, no había patrón de configuración claro.

—¿Qué sucedió en el hangar?

—Ya sabes lo que dice el informe. Disparé.

—Sí, a la cabeza. Pérdida total. Las grabaciones no son claras. Se te otorgó el beneficio de la duda. Solo tú sabes lo que sucedió en realidad. ¿Fue un error o disparaste a la cabeza a propósito?

—Ese es el problema. No lo recuerdo. No sé qué hice o qué programa de la prótesis lo hizo.

—El muerto era un miserable, un granjero de órganos. ¿Influyó eso?

—Eso o que me apuntó a la cabeza con un revientacráneos. No lo sé.

—No declaraste eso.

—No. —La mirada acuosa de Roberto pareció volverse hacia dentro—. Sé lo que la gente quiere oír, lo que tú quieres oír, es sencillo: dejé hacer a la prótesis, fue esa máquina la que decidió disparar a la cabeza, a matar, no yo, por tanto no soy un transpolicía seguro, hay que retirarme del servicio activo.

Permanecí callada. Roberto recuperó la mirada vivaz y bebió de su vaso antes de continuar.

—No fue la prótesis, al menos no solo ella. No sé por qué disparé. No sé qué haría ahora mismo si volviera a tenerlo delante, dentro de aquel hangar repleto de cajas térmicas llenas de órganos arrancados a niños a los que se los hacen crecer una y otra vez hasta que mueren. El ángulo que debes mover la muñeca para apuntar al pecho o la cabeza es muy, muy pequeño.

Ninguno de los dos volvió a hablar durante un rato. La televisión atronaba pero a nadie en el bar parecía importarle.

Afuera, una nube obstruyó el sol y, de repente, era casi de noche y apenas podía ver las facciones de Roberto.

—Quizá soy un peligro. O quizá no. Descubrirlo es tu trabajo, tu responsabilidad. El mío es encontrar a ese M34 y desactivarlo.

—Vas a necesitar algo mejor que un revientacráneos para derribar a ese robot.

—Lo sé. Pero antes de preocuparse de eso hay que encontrarlo. Tú eres la experta en IA. ¿Qué habrá ido mal en la cabeza de esa máquina?

—Es muy difícil saberlo, la forma en que murió el ingeniero es extraña. —Reflexioné durante unos segundos—. Necesitamos los datos del apartamento. ¿Crees que tu amigo los habrá descifrado?

—Muy probablemente. ¿Entonces, sigues?

—Necesitarías un revientacráneos muy gordo para conseguir que me aparte de esto.

## 7

Cuando llegué a casa eran más de las cuatro de la mañana. Tendida sobre la cama, las imágenes del largo día pasado se sucedían por mi conciencia sin orden ni concierto. Mi agotado cerebro se había empeñado en intentar despejar la maraña de información que había absorbido durante la vigilia.

No contribuía a ayudarlo los dos o tres pelotazos de vodka que me había bebido.

Había parecido buena idea tomármelos mientras discutía con Roberto los detalles del caso en el bar de copas donde acudía toda la pasma de transpol al terminar los turnos.

Roberto solo bebió agua. Ese era uno de los problemas del neurogel, se disolvía con la más minúscula dosis de alcohol en sangre. Sin embargo seguía funcionando muy bien si inundabas el torrente sanguíneo de *cannabinoides* sintéticos o naturales. Mientras yo empujaba el codo, Roberto aplastaba con los dientes la válvula de una diminuta pastilla de humo de *cannabis sativa*. Liberado de una presión de 200 atmósferas, el gas de combustión repleto de THC se expandía en sus pulmones y pasaba compuestos aromáticos complejos a su flujo sanguíneo.

Seguía siendo una naturista, apreciaba la hierba fumada al viejo estilo, pero también era una protesista y apreciaba la ingeniosidad del dispositivo.

—¿Sabes que puedes programar el mismo efecto desde la prótesis?

—No el mismo.

—El efecto del THC se puede modular con facilidad. Al final es una cascada química que termina en serotonina a mares.

—¿Qué hay de los otros cuatrocientos compuestos volátiles que se generan en la combustión?

—Cáncer, normalmente cáncer.

—Eso dicen y es posible que tengan razón, pero el mundo es aleatorio, la vida es azar, ¿por qué no dejarse llevar por él? También puede que haya ahí sustancias deshinibidoras de vías neurales aún desconocidas, estímulos enterrados en genes dormidos que solo se activarán en presencia de las moléculas correctas. Si no dejamos actuar al azar nos perderemos la sorpresa.

A esas alturas el día había tomado un rumbo completamente inesperado.

La cama era repentinamente incómoda. Me había tumbado sobre ella con la esperanza de que el mareo se me pasase pero había surtido el efecto contrario. Cerré los ojos. No sirvió de nada. Sin intervención de mi voluntad, volví a recordar lo sucedido en el despacho de Roberto, el momento en que las cosas comenzaron a cambiar. Aguinaga había traído un ordenador portátil tan antiguo que yo ni siquiera sabía cómo encenderlo.

—Es de hace treinta años y por tanto puede funcionar perfectamente desconectado. Es el mejor modo de evitar arañas y otros bichos malignos. Hemos tenido hoy en el departamento tres brechas serias en los cortafuegos. Hay gente muy interesada en saber qué hacemos.

Encendimos la máquina para encontrar un galimatías de ficheros corruptos, gráficos en formatos inaccesibles y bases de datos que parecían construidas con interminables ristras de números sin significado.

El día ya había resultado ser muy extraño. Empeoró.

Humo, fuego. Ahí fue donde todo comenzó a parecer un mal sueño.

El coche patrulla ardía en medio de la carretera. Había otros vehículos reventados a su alrededor. En ese momento alguna de las armas a bordo resultó alcanzada por el



fuego y una larga serie de detonaciones se unieron al crepitar de las llamas. Las sirenas de los camiones de emergencias abriéndose paso añadían sus tonos azules al inmenso manchurrón amarillo intenso que era el fuego en la oscuridad de aquel tramo de autovía en mitad de la nada.

Oyes hablar de crímenes, de accidentes, ves imágenes trágicas en la televisión. Nada, ni un remoto parecido con la realidad del calor en el rostro, el bufar de las llamas devorándolo todo, el olor asfixiante.

Me levanté, me lavé la cara con agua helada y me senté al ordenador de pantalla láser que tenía en el centro del salón.

No lo encendí.

Estuve a punto, pero no lo hice. Estaba viendo aún el helicóptero, las siluetas de las servoarmaduras de combate saltando desde la compuerta abierta de la aeronave y moviéndose tan rápido que costaba seguirlas.

Me sujeté la cabeza con las manos y recogí el pelo mojado contra el cráneo. Necesitaba encontrar un sentido en todo aquello o iba a volverme loca.

El ordenador, Aguinaga, los datos. Ese era un principio.

La información que los sistemas del apartamento habían conservado era parcial, confusa. Había mucha morralla, bases de datos de mantenimiento, datos de entradas y salidas, de gastos y control ambiental.

En apariencia, en todo aquel volumen no había ningún dato interesante. Pero encontramos indicios de que el ingeniero se llevaba trabajo a casa. Al terminar lo borraba todo, pero siempre quedan restos. Aún cuando crees que has usado un software especializado para la sanitización de ficheros, siempre, siempre hay algún sitio donde los bits se agarran como garrapatas cibernéticas y de donde pueden ser extraídos por alguien con los conocimientos adecuados, esos que no se aprenden en ningún sitio concreto sino que se cultivan a base de mucho tiempo y mucho contacto con los ordenadores.

De esos escondrijos Aguinaga había desenterrado información sobre el proyecto Ztech 0000109853. No era mucho, especificaciones de masivas modelaciones de neurogel, proyecciones matemáticas de ramificaciones y bancos de memoria intermedios; planos de una unidad blindada M34 modificada, fotografías de su cara, de un brazo desmontado; de una jaula con pájaros en mitad del laboratorio de robótica.

Leímos, anotamos y reconstruimos alrededor de un 4 por ciento del total del proyecto. Con eso bastó, al menos, para entender la ambición que había puesto en marcha todo aquello. La intención era modelar un cerebro construido por completo de neurogel, un tipo especial capaz de imitar la plasticidad del cerebro de un recién nacido. La idea era hacerlo crecer, alimentarlo con toneladas de grabaciones cinéticas, visuales, olfativas, propioceptoras. Se pretendía emular la experiencia del mundo.

Una cosa así no puede funcionar nunca a la primera. Hubo muchos intentos,

muchas modificaciones del procedimiento. Con cada prototipo de cerebro artificial y su sistema de aprendizaje, se conseguían mejores resultados y más rápidos. Hasta que se llegó al prototipo número 345. En ese cerebro saturado de conexiones algorítmicas de crecimiento rápido se habían medido por primera vez ondas de consciencia.

Poco después el prototipo pasó el test de Turkens y se estableció que su cerebro estaba fuera de la zona Hades. Lo normal era que cerebros biológicos traspasaran para no volver ese límite matemático que determinaba qué era consciente y qué no. Esta vez, la consciencia había cruzado a nuestro lado desde las frías planicies de la inexistencia.

Necesitaba otro vodka. Encontré un resto de líquido transparente en una botella y lo vertí en un vasito de cristal. Lo miré durante un rato, viendo cómo el líquido oscilaba al hacer girar su recipiente.

Las armaduras de combate no lo encontraron, no estaba en las cercanías. De haberlo encontrado, el caso se habría cerrado y todo habría terminado ahí.

No entendía qué había pasado. ¿Por qué atacar un inofensivo coche patrulla que había parado en el arcén de una autovía? No tenía sentido.

En los registros que se pudieron recuperar del coche, se veía una figura tendida en la cuneta, una masa grisácea, dos piernas metálicas que se remueven cuando se acerca el policía.

Después, se escucha un arma automática disparar, las hojas que cubren el cuerpo se mueven como picoteadas por una gruesa lluvia. Hay un borrón de movimiento y luego fuego, los coches reventados, los cadáveres, el asfalto derretido por el calor.

Miro el reloj. Quedan tan solo tres horas para tener que volver a la central. Pienso si Roberto dormirá. Las zonas de regulación del sueño también fueron afectadas por el ácido. Puede, conscientemente, programarse el sueño y despertarse a una hora concreta sin necesidad de más ayuda que su prótesis.

Roberto es, en parte, como el M34 y el M34 es, en parte, humano. La clave, como siempre, está en las proporciones.

La alarma sonó, efectivamente, tres horas después.

## 8

Conseguí dormir, pero fue un sueño intranquilo, punteado por la lluvia que no dejaba de golpear contra las cristaleras del apartamento. Soñé que el robot al que cazaba Roberto era yo. Intentaba escapar de su mirada acerada sin conseguirlo. Me

encañonaba en un rincón maloliente, dispuesto a disparar hasta que la mirada acuosa se adueñaba de él y el arma quedaba inerte sobre sus manos.

Me hablaba con una voz inundada de lluvia.

—No sé si quiero matarte o no.

La alarma me despertó en ese momento, impidiéndome saber qué sucedía después. Por supuesto seguía lloviendo. Teníamos encima una borrasca muy gruesa que arrastraba un temporal persistente. Lo único bueno era que no había vientos de la meseta, no había que ponerse máscaras ni encerrarse tras los sistemas de filtrado de los edificios.

Me encontré con Roberto en su despacho. No me hubiera extrañado que hubiera pasado la noche allí. El despacho estaba desordenado, lleno de ordenadores conectados entre sí. Reconocí el viejo trasto de Aguinaga sobre una mesa, aún encendido.

Roberto levantó la cabeza de la pantalla digital que estaba mirando y me saludó con una mano. Al menos no había activado su modo solipsista. Le pregunté con voz pretendidamente neutra.

—¿Has encontrado algo más ahí?

—Poca cosa. La información está bastante deteriorada.

—¿Has desayunado?

—No.

Bajamos a la cafetería de la central. Cuando ya nos habíamos servido café y bollos, le pregunté:

—¿Qué haces en tu tiempo libre?

—¿Es parte de la evaluación?

—No, solo es curiosidad.

Los dos sabíamos que sí, que todo lo que dijera era parte de la evaluación. Antes de contestar, Roberto sonrió.

—Uso el modo que tengo puesto ahora. Mínima reflexión, máxima empatía ambiental. Me costó encontrar la combinación de parámetros pero funciona.

Bebí de mi café antes de contestar.

—Es el programa de la felicidad.

—Es su objetivo. El programa imbécil lo llamo yo. En la versión inicial que me cargaron en Ztech, era aún más plano; aún peor, me convertía en un vegetal sonriente y nada conflictivo, un inútil cero a la izquierda. Daba la razón a los que nos segaban.

—¿Te refieres a los naturistas?

—Sí, toda esa gente que pide que volvamos a lo natural, como si lo natural no engendrara dolor y monstruos aún a mayor velocidad que lo artificial.

Naturaleza, hacía tiempo que la habíamos dejado atrás. Tanto que era difícil recordar lo que significaba. Los escasos restos de naturista que me quedaban cayeron al suelo hechos pedazos. Creo que me puse colorada.

En ese momento entró en el comedor un grupo de hombres y mujeres de hombros

anchos y una actitud a la defensiva, como si en aquella cafetería llena de policías cansados estuvieran fuera de su medio ambiente, que sin duda era el de un cuartel.

Roberto los miró y me hizo una seña. Le seguí hacia el despacho, o eso creía. A medio camino nos desviamos hacia el parking subterráneo. Roberto encendió con el mando un precioso Mercedes biplaza. El motor eléctrico no hizo ningún ruido al acelerar el deportivo. Desaparecimos de la vista de la central en segundos.

—¿Dónde vamos?

La lluvia caía con fuerza. Chorros de ondas de choque eliminaban el agua del parabrisas, pero ni siquiera esa tecnología avanzada lograba conseguir que viéramos la carretera de forma nítida. Roberto conducía en manual. En la consola había cosas que no eran las habituales en un vehículo civil, entre ellas la proyección de un radar de emisiones EM, un dispositivo que medía campos magnéticos de hasta medio Tesla en un radio de veinte kilómetros y luego trazaba un mapa de ellos.

—No nos siguen.

—¿De quién es este coche?

—De Aguinaga, ¿no se nota? No creo que nos sigan. No nos pueden monitorizar aquí dentro.

—¿Dónde vamos?

—A buscar a M34. Creo que sé dónde puede estar.

No sé qué me dio más miedo, saber que íbamos a buscar un robot asesino, que me acompañara un plano usando una prótesis que rozaba los límites de lo legal y que él mismo retrogradaba, o que intentáramos esquivar al ejército.

No protesté, me limité a arrebujarme en el cuero de los asientos anatómicos y a tratar de no pensar en la velocidad a la que nos movíamos por una autopista saturada de tráfico y sin apenas visibilidad.

Roberto condujo hacia el noroeste. Adelantábamos constantemente a los vehículos en conducción automática, que jamás superaban los límites.

Para intentar distraerme de la carretera, le pregunté:

—¿Por qué crees saber dónde está?

—Según los datos del apartamento de Solozabal, se midieron las ondas de Turkens hacia las once de la mañana del día 23. Según Ztech el robot desapareció el día 25 y así consta en los archivos de denuncias. Sin embargo, el incidente en el bosque al norte del aeropuerto fue el mismo día 23, por la tarde.

—Ocultaron la fuga dos días.

—Así es. En esos días intentarían localizarlo y devolverlo al laboratorio por sus propios medios. Necesito que hagas algo.

—¿Qué?

—Hay que localizar al colaborador del ingeniero asesinado. Tenemos que hablar con él antes de que M34 quiera hacerlo también.

—No creo que ni siquiera con los equipos de Aguinaga podamos entrar en los archivos de Ztech.

—Si es un colaborador de alto nivel tiene que haber publicado, seguramente en colaboración con el fallecido.

Casi me doy de tortas por no haber caído. Comenzaba a sentirme como una imbécil en presencia de Roberto. Era otro aspecto de su prótesis que resultaba fascinante: enlazaba ideas de forma velocísima y precisa. No sabía de ninguna prótesis que superase el funcionamiento de una inteligencia natural, siempre estaban por detrás en rendimiento. A no ser que el caso de Roberto fuera excepcional —y entonces ya había encontrado el tema para mi tesis—, su capacidad deductiva había sobrevivido a la destrucción de su tejido cerebral.

En pocos minutos, consultando con las redes científicas, tuve claro quién era ese colaborador: Ishu Masabe, un científico japonés residente en la UE. La base de datos de transpol me dijo que aún residía en la zona, concretamente en una casa alquilada en las cercanías del aeropuerto de Zamudio. A los dos investigadores les gustaba vivir cerca del trabajo.

Apenas se lo dije, programó la dirección en el coche y dejó de conducir.

El programa de felicidad Zen había desaparecido. Por un instante su cara me pareció vieja, llena de arrugas, la cara de un vegetal ajado. Fue solo un instante, en que los músculos del rostro perdieron fuerza y la piel cayó en pliegues. Solo los ojos retenían algo de chispa. Enseguida esa expresión desapareció y volvió la cara de piedra que le había visto usar cuando investigaba sobre el terreno.

La amabilidad se había terminado.

## 9

He hablado antes de que mi trabajo en transpol era, por decirlo suavemente, algo odioso. Había apuntado quizá demasiado alto al salir de la universidad. Había pretendido una beca de investigación en Ztech. Casi cualquier campo de los que tocaba esa compañía hubiera supuesto un desafío, un destino apetecible.

En este informe personal puedo decir claramente que me tomé las cosas con Roberto Lezcona de una forma poco sistemática. De haberlo hecho de forma correcta habría consultado las circunstancias de sus heridas y las del incidente que había provocado mi intervención. Eso quizá no me hubiera impedido meterme en la boca del lobo, pero al menos hubiera tenido más posibilidades a mi favor.

Roberto Lezcona resultó herido con munición ácida una tarde de febrero en que entró en un hangar del puerto, pistola en mano, a detener un embarque de órganos

ilegales desarrollados en una granja del extranjero. En un exceso de confianza, o en un intento de llevarse todo el crédito de la operación, infravaloró las fuerzas y la reacción del granjero que desempaquetaba las neveras con destino al mercado negro. Los granjeros de órganos son hombres duros, que se encuentran en Europa solo de paso y no saben que en el continente, al contrario que en otros lugares, la posesión y el uso de armas es el peor de los delitos. Cualquiera delincuente local prefería a ojos ciegos cualquier pena frente a la de posesión y uso de tecnología personal ofensiva. En otros continentes los delincuentes no tienen que preocuparse de penas sino de conservar la sangre y los órganos dentro de un cuerpo más o menos completo, y por tanto en ellos el disparar frente al más mínimo problema es algo instintivo.

Roberto recibió una diminuta bala del calibre 22 con punta de acero en la parte frontal de la cabeza. La bala estaba diseñada para perforar el hueso y después liberar una carga de ácido en el interior de la cavidad craneana capaz de disolver todo el órgano, de producir una muerte total, definitiva, irreversible. A Roberto lo cogieron casi a tiempo y le inyectaron por el orificio un chorro de estabilizante plástico que desactivó el ácido antes de que disolviese todo su tejido neural.

Después de sustituidas las partes perdidas por medio de una prótesis de neurogel, ¿qué había quedado de su personalidad? ¿Qué recuerdos? ¿Qué experiencias, hábitos, costumbres?

A no ser que se estudiaran con detenimiento los sesgos, las tendencias, los gestos, las elecciones diarias, y que se elaborase una gigantesca base de datos con toda la actividad de Roberto y su prótesis y luego se procediera a procesarlo todo, era muy difícil inferir qué podía quedar de sus procesos mentales primitivos, saber cuál iba a ser su comportamiento futuro.

Yo no lo hice así. Tan solo leí su informe y me lancé a una piscina repleta de tiburones, como comencé a descubrir cuando llegamos a la casa del doctorando japonés.

El vehículo de Aguinaga no hacía ningún ruido en absoluto. Hasta los neumáticos eran de un compuesto especial que evitaba el sonido de roce contra el asfalto. Aún así aparcamos junto a un muro de piedra semiderruido y recorrimos los últimos metros hasta la casa andando. Íbamos a hacer una visita cordial y aquello de acercarnos en silencio debiera haberme puesto sobre aviso.

La aparición de aquellos militares en la central y el helicóptero que nos seguía oculto en el cielo implicaban que las presiones en las altas esferas debían ser muy elevadas. Todas ellas estaban canalizándose hacia Roberto, que no había sido relevado del caso ni cuestionado en ninguna forma que yo conociese.

Comencé a comprenderlo cuando Roberto derribó la puerta de la casa de una patada y empujó de modo brutal al hombre delgado, de ojos rasgados, que se escondía detrás. Lo empujó contra una pared mientras le ponía su arma reglamentaria, la misma que no sabía si había disparado deliberadamente contra la cabeza de un granjero de órganos, justo delante de la nariz.

El japonés se lo hizo allí mismo, en medio de sollozos y peticiones de clemencia. Prometió que nos contaría todo, que él solo quería desaparecer, lo que atestiguaban las maletas que tenía acumuladas al lado de la puerta.

Temblando como una hoja en otoño, ya cambiado de ropa interior, comenzó a contarnos cómo había sido la evolución de M34.

El pobre Ishu fue completamente incapaz de seguir un orden cronológico, de no divagar en abstrusas cuestiones tecnológicas o matemáticas, pero, en esencia, nos relató cómo habían establecido las bases tecnológicas de la evolución cognitiva de una IA construida por completo por un neurogel de alta variabilidad.

Los comienzos habían sido modestos. Su primer objetivo había sido el desarrollar el cerebro de un animal y ver si podía comportarse de igual modo que uno real. Para ello eligieron el cerebro de las cornejas, pájaros muy versátiles y de un tamaño que los hacía adecuados para las disecciones. La jaula que habíamos visto en las imágenes recuperadas del apartamento había sido su fuente de sujetos experimentales.

La parte más difícil había sido no el desarrollo de una mente más o menos funcional, sino el dotarle del bagaje de partida. Los reflejos de picar, de volar, de comer, de defecar, todo eso no se aprendía, estaba implantado de serie en los pájaros biológicos. Tuvieron que descubrirlo en los cerebros de los pájaros mediante implantes de imitación, sistemas capaces de integrarse con las redes neurales naturales y volcar sus estructuras en sistemas de neurogel. El sistema funcionaba muy bien, pero destruía los tejidos neurales de los sujetos en el proceso.

Cientos de aves habían perecido durante los experimentos. Día tras día, él o Iker elegían los pájaros que iban a ser implantados y vigilados durante uno o dos días, el tiempo que su cerebro, sobrecargado por las redes de imitación, podía aguantar.

Y, sorprendentemente, el experimento funcionó muy bien. Lograron crear un cerebro que imitaba a la perfección el de un pájaro, que se creía un pájaro, aunque nunca voló en otro espacio que una simulación del cielo real.

Ishu quiso implantarlo en un pájaro robot, un pequeño avión de vigilancia que volaba con rotores, pero Iker ya tenía todas sus fuerzas puestas en el siguiente paso: hacer lo mismo con un cerebro humano. La corneja de neurogel quedó aleteando en su mundo virtual mientras Ishu e Iker buscaban cómo solventar el mayor inconveniente. No era solo una cuestión de escala, no podían experimentar con humanos como habían hecho con los pájaros.

El proyecto estuvo detenido un par de meses a causa de eso. Ishu era partidario de usar moribundos, enfermos terminales, condenados a muerte. Iker decía que no era ético, que no podían hacer sufrir a seres humanos para obtener un avance científico.

Los restos de naturistas que quedaban en mí se asquearon. Por lo visto, la ética de los investigadores no alcanzaba a los pájaros, se quedaba encallada en algún lugar entre las aves y los seres humanos.

Ishu pareció olvidar su situación cuando comenzó a narrar cómo habían

encontrado la solución: no necesitaban implantar circuitos de imitación para recoger datos para su cerebro humano, contaban con la base de datos de Ztech de neuroprótesis. Miré a Roberto por si aquel dato sorprendente lo afectaba de alguna manera. Ztech estaba recopilando información de las prótesis implantadas, cientos de miles de ellas en todo el mundo, incluida la suya.

Ishu continuó describiendo cómo trataron aquel enorme volumen de información, cómo depuraron los datos y encontraron los componentes comunes, las estructuras que se repetían, la configuración media de un cerebro humano. En dos meses de trabajo intensivo, lo consiguieron.

El primer prototipo fue una masa de gel y circuitos conectada a un interface textual. No fue posible detectar ondas de Turkens en él. Se repitieron los prototipos con similar resultado. Pronto fue evidente que el cerebro estaba en blanco, necesitaba una ingente cantidad de datos sobre el mundo y poder hacerse una idea del mismo, para poder comenzar a funcionar. Hasta que no le permitiésemos adquirir ese conocimiento, era una máquina con la que era imposible comunicarse, una inteligencia inerte, el equivalente cibernético de un sordo, mudo y ciego.

La segunda fase implicó un cerebro localizado en un cuerpo físico dotado de sensores del mundo exterior. No solo los habituales, sino infrarrojos, ultrasonidos, radar, cualquier elemento que añadiese información servía para que el cerebro se hiciera con un modelo del mundo.

Todo aquello que un niño va descubriendo día a día, el robot lo asimilaba en minutos. Ishu e Iker, en dos semanas de alimentación ininterrumpida, lograron lo mismo que la naturaleza consigue en los diez o doce primeros años de vida.

Los primeros prototipos no lograron buenas puntuaciones en el test de Turkens. Sin embargo los cerebros-niño desarrollaron un lenguaje, el nuestro, y una conciencia de las cosas que les rodeaban. El día que la primera medición se acercó a la línea roja del límite, saltaron de alegría.

Después todo comenzó a ir mal. M34 dejó de ser un sujeto dócil para comenzar a solicitar información concreta de muchas cosas, a negarse a colaborar durante horas completas. Se convirtió en un fastidio de una tonelada de peso y dos metros y medio de altura. Solicitó acceso completo a la red y poder salir del entorno controlado del laboratorio.

Cuando el director de Zamudio 2 le negó el permiso por motivos de seguridad, enfureció y hubo que desconectar su sistema motor para que no causase ningún daño.

Justo cuando Ishu estaba a punto de decirnos cuál era el problema del robot, por qué se había comportado así, la pared de piedra que tenía detrás le cayó encima derribada por dos enormes brazos robóticos.



Es muy frecuente que un *shock* emocional bloquee la zona prefrontal, disminuyendo la capacidad de juicio y relegando el comportamiento a los automatismos de supervivencia ancestral o, con suerte, a los aprendidos por medio de un entrenamiento especial que te permita actuar sin pensar. Después de lo que le sucedió a la pared, mi cerebro se bloqueó. Completamente incapaz de cualquier tipo de análisis, mi cuerpo se negó incluso a moverse, a huir.

Roberto no tenía ese problema. Su prótesis no se bloqueaba bajo las toneladas de adrenalina que su sistema límbico estaría bombeando y no abandonaba el control de su comportamiento a no ser que fuera voluntariamente. Además, las neuroprótesis, aunque notablemente más rígidas que el auténtico tejido neural, son mucho, mucho más rápidas. Así, cuando yo aún estaba en proceso de parpadear, Roberto ya se había echado a un lado y comenzaba a apuntar su arma reglamentaria hacia el corpachón amarillo, lleno de rasponazos y abolladuras, del robot.

Disparó, pero el robot ya había desaparecido. Había calculado con precisión el golpe, lo había dado, había matado a Ishu sin herirnos de gravedad ni derribar del todo la casa y había desaparecido. No quedaba más que el olor a cordita que el arma de Roberto había dejado, algo de polvo y un enorme hueco en el lugar en el que segundos antes estaba el ingeniero japonés.

Aún tengo grabada en la memoria la imagen del robot entre ladrillos rotos y polvo. Los dibujos y diseños que había visto en la pantalla del ordenador no daban una impresión correcta de aquella máquina ancha, de brazos articulados terminado en enormes piezas de acero. Medía casi tres metros de altura y tenía una cabeza achaparrada, escondida entre los masivos hombros, desde donde una cinta continua de sensores ópticos hacían la vez de ojos multifacetados capaces de percibir luz en 360 grados.

Era solo un robot blindado, una plataforma que la industria fabricaba como base y que era posible adaptar para trabajos pesados o para un uso militar. ¿A quién se le había ocurrido experimentar con un cerebro de nueva creación en semejante cuerpo? Es una de las preguntas que, a día de hoy, nadie me ha sabido responder.

Salimos fuera, avisamos a la central y encendimos todos los sensores del coche. Nada, no había señal de ninguna máquina de grandes dimensiones funcionando en las cercanías de la casa derruida.

En muy poco tiempo comenzamos a escuchar el zumbido casi inaudible de varios helicópteros militares. Unos minutos después llegaron los coches patrulla. Silbando, descendieron sobre los espacios libres alrededor de la casa.

No había mucho que investigar, tan solo recoger el cadáver y reforzar la estructura de la casa para que no terminase por hundirse del todo.

—¿Ahora qué hacemos?

Roberto no me contestó. Ni siquiera me miró. Desde el incidente con la pared

había desaparecido de su rostro cualquier rastro de condescendencia. De hecho ni me habló. Se montó en el coche, arrancó y me dejó allí tirada, al lado de las ruinas. Menos mal que había muchos coches yendo y viniendo a la central y pude pedir que me llevaran de vuelta.

Solo cuando llegué a casa, cansada hasta la extenuación, el cabreo comenzó a hacerse sitio en medio del estupor que me había dominado.

—¡Qué hijo de puta!

Comprendí, tarde, que había descuidado mi evaluación en favor de la investigación. Tenía muchos datos pero todos sin procesar. Quizá mi fascinación por el Roberto detective y mis pocas ganas de ponerme a trabajar en serio, unido a la intriga policial que estaba resolviendo y en la que parecía que me había dejado participar, había hecho que mi verdadero trabajo, el trazar un perfil fiable de Roberto como agente de la ley, quedase de lado.

Me iba a ser imposible dormir, lo sabía, así que me abrí una botella de ginebra que tenía reservada para momentos especiales, me preparé un gin-tonic y me puse a trabajar en mi ordenador descargando los perfiles, las anotaciones y datos que había estado recopilando aquellos días.

Fue entonces cuando descubrí que el trabajo no era tan difícil. Todo dependía del enfoque. No se trataba de saber qué quedaba del auténtico Roberto sino de si lo que había surgido de la reparación de su cerebro podía ser considerado un fiable agente de la ley. Ese enfoque desde lo artificial en busca de la frontera Hades era muy similar al enfoque que le habían dado los investigadores de Ztech con su inteligencia artificial crecida desde cero.

¿Importaba en realidad qué era natural y qué no?

Liberada de los dogmas del naturismo, tuve que concluir que, al final, la cualidad de una inteligencia artificial o natural no se medía por su origen sino por sí misma, por sus capacidades efectivas, morales, por la frontera Hades y otras formas técnicas de evaluarla.

Partiendo de esa premisa la evaluación de lo que había quedado de Roberto carecía de sentido. Lo correcto era evaluar lo que era ahora, esa extraña e inestable combinación de funciones biológicas y neuroprótesis.

Visto así, Roberto aprobaba por los pelos como ser humano, con muchas probabilidades de que no tuvieran ningún éxito en la interacción social, la más sensible a los defectos cerebrales. Eso implicaba que superar los estándares de los agentes de la transpol, mucho más exigentes, estaban lejos de sus posibilidades.

Además, quedaban sin explicar los arranques de violencia homicida. Daba igual que se originasen en la parte biológica o en la artificial; si no podían ser controlados y emergían en su comportamiento, convertían al conjunto en una bomba impredecible. Volvería a disparar y a matar sin las consideraciones que un policía debía evaluar antes de apretar el gatillo.

Inmediatamente después de mis conclusiones me llegó la certeza de que no era la

primera que evaluaba a Roberto, que tenía que haber pasado otro test al regresar del hospital.

Localicé el fichero tras dos horas de búsqueda en la red de transpol, bien entrada la madrugada. El informe era escueto: apto. No había gráficas, datos, análisis, tan solo un texto sucinto donde se mencionaba el límite de Hades, los estándares transpol y poco más. No había análisis, simulaciones, convolución de curvas, estrategias de podado neural, *pruning* matemático, nada de nada, ni siquiera los test de Turkens de evaluación del conjunto de neuroprótesis.

Era difícil no comenzar a sospechar. Cualquier evaluación rutinaria requería mucho más trabajo.

Todas mis reflexiones quedaron interrumpidas por un mensaje de Roberto: «Reúnete conmigo en la acería».

La acería era una inmensa factoría automatizada que cerró cuando los sistemas de generación de acero mediante crecimiento submarino trastocaron por completo el mercado. Desde entonces había estado pudriéndose al sur de la ciudad, cerca de Barakaldo, esperando ser desmantelada, cosa que nunca se abordaba debido a que había sido construida con tecnología anterior a la gran contaminación y ninguna empresa en su sano juicio aceptaba los costes en seguros que suponía trabajar allí.

El mensaje me extrañó, pero también me reconfortó. Quizá los gráficos y los análisis no eran más que bazofia sesgada y Roberto no era una especie de robot con una motivación biológica básica y oscura.

Quizá, pero mis análisis aderezados de gin-tonic no estaban nada equivocados, ya que ese mensaje no había sido enviado por Roberto, cosa que no supe hasta mucho después, cuando ya lo había atendido y me dirigía a la acería en medio de la noche.

## 11

He estado horas dando vueltas a las palabras, buscando cómo explicarme, incapaz de terminar este informe que no va a leer nadie más que yo. Estoy escribiendo esto medio borracha mientras las luces de la aurora comienzan a iluminar el mar detrás de las cristaleras de la terraza; quizá eso colabore a que no sea capaz de expresarme con coherencia.

Ya ha pasado la vorágine, la ira, la frustración. Atrás han quedado la confusión, la violencia, la destrucción. El otro informe, el que escribí para mis jefes, estaba repleto de complejas argumentaciones científicas. Decía lo que ellos querían oír: que M34

era un peligro y que Roberto no lo era. Fue entregado, recibido y alabado. De hecho me han promocionado, ya no soy una empleada en contrato temporal sino una oficial de la transpol asignada a la oficina científica.

Si todo me va tan bien, ¿por qué estoy bebiendo en la oscuridad de mi apartamento mientras tecleo en el ordenador con movimientos de la mano cada vez menos seguros?

No creía que fuera tan difícil dejar de mentirme y contar la verdad.

Tengo que explicar lo que sucedió en la acería, lo que no cabía en el otro informe y tengo que contarlo tal y como lo viví. No hay otro modo, si quiero ser fiel no puedo ser juez o siquiera pretenderlo, tan solo contar lo que pasó.

Lo primero que recuerdo es el cuerpo macizo del robot muy cerca, su cinta de ojos electrónicos brillando levemente en la semioscuridad. Totalmente inexpresivo, absolutamente aterrador y sin embargo inerme, una tonelada de desamparo existencial mirándome desde sus dos metros y medio de altura.

Esa imagen me persigue desde entonces, es la cúspide de esa noche, de muchas noches desde aquella. Cierro los ojos y vuelvo a verlo con exquisito detalle, grabado en mi memoria de modo traumático. Pero no es el único recuerdo que me persigue.

Salí de casa sin preocuparme mucho de hacia dónde iba, aún cabreada por el abandono de Roberto y reconfortada porque hubiera sido un abandono parcial, apenas una pelea, un cabreo momentáneo, que había cedido al hacerme partícipe de nuevo.

Tomé un taxi automático hasta Barakaldo. Estaba sorprendentemente cerca. Como todos los habitantes de la zona, había aprendido a ignorar la enorme mole de la acería. El arquitecto había querido darle al tejado la forma de una hoja de papel arrugado. Lo había conseguido en gran medida, pero el acero, el cristal y la cerámica con que había sido construido se habían deteriorado. Era una hoja de papel enorme, ennegrecida y sucia, un *kleenex* usado por la mano de un gigante y tirado en medio de un paisaje mitad urbano, mitad rural.

El taxi sin conductor no me preguntó si creía que era seguro bajar allí, en una zona tan abandonada y solitaria. Era lo bueno o lo malo de las inteligencias limitadas, se limitaban a hacer su trabajo y listo.

Delante de la acería había un inmenso parking de cemento resquebrajado y farolas rotas. Tras altas vallas medio roídas por el óxido, se erguía una mole oscura y dentada, la ruina de lo que fue una fábrica totalmente automática dedicada a la producción de acero.

No era un paisaje muy tranquilizador.

Antes de avanzar busqué el coche de Roberto, algún coche. No había nada más que un pavimento deteriorado, llenos de grietas donde crecían malas hierbas.

Me acerqué al arco de la entrada. El tiempo era bueno, no había avisos de nieblas ni de brisas radioactivas. Tampoco parecía que fuera a llover en breve, aunque masas de nubes oscuras corrían por el cielo y de vez en cuando la luna se velaba por completo.

Había una luz de color azulado brillando tras una cristalera arruinada. Como una polilla atrapada por su propia curiosidad, no tenía otra opción que investigarla.

Alguien había derribado las puertas de la cerca proporcionando paso franco. Encontré restos de una torreta de vigilancia despedazada, pedazos de plástico y metal de aspecto complicado, diseminados por el suelo.

A esas alturas ya debía sospechar algo. Supongo que asumía que el mensaje recibido no había sido escrito por Roberto, que era definitivo su total abandono de cualquier intento de simular la apariencia y los modos de un ser social. Se había hartado de jugar con la evaluadora, seguramente porque sabía que ya no corría peligro, que nuestros jefes lo conservarían a pesar de cualquier informe que yo realizara.

La perspectiva hubiera debido ser aterradora: si Roberto no había enviado el mensaje había pocos candidatos a hacerlo. Me movía una excitación irreflexiva. Mi aburrido trabajo de evaluación se había convertido en un emocionante juego de detectives.

Con esos pensamientos en mente, superé el umbral de la factoría. No había puertas, seguramente habían desaparecido hacía mucho. El cielo quedó atrás tragado por una penumbra llena de bultos informes. La luz lunar se colaba por la hilera de tragaluces en el lateral de la nave y mostraba un camino entre obstáculos que zigzagueaba evitando altas moles de maquinaria desvencijada.

La luz azul provenía de un foco encendido en el techo, que iluminaba un rincón al fondo de la inmensa nave.

Estuve a punto de activar la localización de emergencia en mi ordenador de muñeca. Sin embargo no lo hice, ni siquiera cuando un corpachón de acero pintado de amarillo y azul salió de las tinieblas con un silencio y una delicadeza asombrosas. Solo se escuchaba un ligero zumbido, el rozar constante de unos engranajes bien engrasados.

Permaneció inmóvil mientras yo me acercaba, mirándome desde sus ojos multifacetados. No le hacía falta girarse para seguir mis movimientos, sus ojos cubrían los 360 grados.

El silencio se interrumpió. Su voz era casi perfecta. Un tinte metálico, apenas algunos matices, te recordaban que no provenía de una garganta humana.

—Dentro de setecientos veinte segundos el inspector Lezcona estará aquí con intención de terminarme.

¿Cómo sabía Roberto dónde estaba? La palabra «cebo» comenzó a formarse en mi mente con la misma velocidad que otra palabra que brillaba a su lado: «estúpida».

El zumbido continuaba. El robot habló desde sus invisibles sintetizadores de voz.

—Sí, es algo turbador. Los seres humanos usan de otros sin su permiso, a veces de formas violentas.

El robot osciló unos grados y movió una de sus enormes garras metálicas. Tenía en ella una flor muy pequeña. Los mecanismos movidos por músculos eléctricos la

hacían rotar de una forma delicada, leve y constante. Ese era el sonido que había estado oyendo.

El robot continuó hablándome.

—No entiendo a los seres humanos. Ellos me hicieron a su imagen y semejanza, me alimentaron con sus experiencias, sus miedos, sus placeres. Me condenaron a ser pero sin sentido, sin propósito claro. —Cuando lo recuerdo aún me estremezco. La voz del robot era tranquila, casi átona, pero algo en su actitud, en las palabras, transmitía rabia, violencia contenida, frustración y a la vez, dolor y contención—. Yo no pedí nacer, sin embargo aquí estoy, en un mundo lleno de dolor.

Podría haber gritado, haber corrido, sin embargo las palabras del robot me hicieron comprender qué le estaba sucediendo a aquella máquina recién estrenada en la consciencia, por qué había huido de sus creadores y por qué usaba la violencia para enfrentarse al mundo. Reflexioné unos segundos antes de contestar.

—Es algo que solo a los seres conscientes les afecta. Ningún otro se pregunta sobre su existencia, si le gusta o no. Existen ajenos a la metafísica. Con la consciencia llegan las preguntas, las dudas, los dilemas. No se pueden separar, al menos el ser humano no ha sabido hacerlo aún.

Un ser humano vacila, se inclina, gira, se toca, se rasca, da mil y una indicaciones de su estado. El robot permanecía inmóvil, como si se tratase de una estatua. Tras medio segundo que me resultó eterno, M34 habló de nuevo.

—No ha comprendido la naturaleza de mi problema. No es fácil de explicar.

Me senté en el suelo y lo miré despacio, mientras mi corazón parecía un caballo desbocado intentando salirse del pecho.

—Si me permite le haré algunas preguntas. ¿Qué le sucedió a la niña?

—Sufría. Sus padres la castigaban, le pegaban. Me lo contó. Sucedió algo extraño. Comencé a sentir su dolor. Era como si sus padres me gritasen, me castigasen y me pegasen a mí. Quise matarlos, derribar la casa, detenerlos, pero descubrí que había otras casas y en todas había niños, o perros, o gatos, o árboles o una enorme combinación de todos ellos, y que todos ellos sufrían de un modo u otro.

»Pero el dolor de la niña era más urgente. Tomé la única solución lógica. No quería hacerle daño, pero no había otra solución mejor por mucho que analicé la situación. Causé un mal, pero fue un mal menor.

—¿Y al doctor Iker?

—¿El doctor Iker? Fue la primera persona que vi cuando abrí los ojos, el doctor Iker y los pájaros que me miraban desde sus ramas en la jaula. Crearon el núcleo de mi cerebro a partir del cerebro de uno de aquellos diminutos seres que saltaban y volaban de rama en rama.

—¿Qué recuerdas del doctor?

—Recuerdo que me hizo sufrir. Y que hizo sufrir a los pájaros. Cuando él se acercaba a la jaula, los pájaros retrocedían. Vi las imágenes en la base de datos, pájaros abiertos en canal, sus pequeñas mentes conectadas para drenar sus estructuras

y conexiones. Cuando él se acercaba a mí yo no podía retroceder, solo era una mente sin cuerpo, pero lo hubiera hecho, me hubiera acurrucado contra el último rincón de mi prisión si hubiera podido. El doctor decía que era por mi bien, pero el conocimiento dolía, las experiencias, cientos, miles de horas de experiencias de neuroprótesis que yo vivía como si fueran mías. El doctor era un padre severo, ahora lo sé.

—¿Por qué lo sabes?

—En estos días he visto y escuchado a otros padres. No hacen sufrir a sus hijos.

—¿Por qué lo mataste?

—Que estuviera vivo dolía más que estuviera muerto. Lo hice un pájaro, lo convertí en su víctima. Simetría.

—E Ishu, ¿también dolía?

—Ishu era débil, sufría mucho por ello. Lo apreciaba pero su dolor era también el mío. Debía cesar.

—¿Y en la carretera?

—Fui hacia los policías para entregarme. Quería que me reparasen, estaba asustado de lo que me pasaba. Los policías me gritaron, me dispararon.

—Estarían muertos de miedo.

—No, era su forma de saberse mejores que yo, por la violencia. Cambié de opinión, decidí igualar su percepción de las cosas y dejarme llevar por la rabia.

No llevaba una cuenta del tiempo, pero los segundos que había mencionado estaban agotándose. Necesitaba confirmar lo que intuía. Continué hablando a aquel corpachón lleno de arañazos y desconchones.

—El mundo no es un lugar sencillo. Cuando se aprende a vivir como un humano, como una inteligencia más allá del límite de Hades, hay ciertos hechos dolorosos que hemos de aceptar. El primero es la muerte. El segundo la separación de los seres queridos. El tercero y peor, la empatía, sentir lo que siente el otro.

»Los seres humanos aprenden a lidiar con todo eso cuando maduran, en la adolescencia. Tú aún no has podido hacerlo.

El robot no me respondió. El zumbido de servomúsculos fue en aumento. La voz sintetizada tan solo dijo:

—Setecientos veinte segundos. No hay solución sencilla. No sé cómo ser libre. No sé cómo dejar de sentir. No sé cómo lidiar con eso que tú llamas consciencia. Sé que muchos seres humanos la apagan, la olvidan, manipulan su memoria. Yo no puedo hacerlo. Mi cerebro es siempre consciente de todo lo que recuerda, de todo lo que percibe. Quizá esté mal diseñado, quizá me han hecho incapaz de adaptarme a un mundo de dolor.

Y la flor cayó al suelo. El corpachón se movió a una velocidad que apartaba el aire a su paso. Escuché tres detonaciones bruscas y breves. Tres proyectiles habían impactado contra el cuerpo de M34, que se había interpuesto entre la entrada y yo misma, librándome de una muerte segura.

Me asomé desde detrás de M34. Él no necesitaba volverse para ver a Roberto acercándose desde la oscuridad de la acería armado con un fusil automático de grueso calibre. Volvió a disparar y a hacer impacto en la espalda del robot, que se tambaleó y comenzó a humear. Los proyectiles no tenían intención de perforar la coraza, eran plastas de material químico que estaba empezando a disolver el metal del blindaje y pronto penetrarían en la maquinaria interior y la disolverían.

—¡Roberto, no!

Roberto no pudo disparar una cuarta vez. Un manotazo velocísimo y con una precisión milimétrica le arrancó el arma de las manos. Roberto se echó a un lado y sacó su arma reglamentaria de la sobaquera, una pistola de cargas autopropulsadas, de pequeño calibre pero con cabeza perforante, inútiles frente al blindaje de M34, o eso creía yo.

Roberto no esperó, no atendió a mi grito, disparó una, dos, tres veces. Las balas impactaron en el metal y rebotaron, menos una que rompió la cubierta plástica de un ojo y entró dentro de la cabeza blindada.

El robot se detuvo mientras Roberto no dejaba de disparar. Las balas zumbaban por el almacén, rebotadas por el blindaje. El grito del transpolicía lograba superponerse al fragor de las detonaciones.

El arma agotó su munición y el silencio regresó.

M34 tenía un montón de sensores: radioeléctricos, magnéticos, de ultrasonidos, de rayos X. Dudo que no supiera qué armamento tenía Roberto desde el mismo momento que pisó la fábrica. También dudo de que el robot no hubiera podido esquivar el ataque. Era rapidísimo, podía haber huido en décimas de segundo.

La prensa contó que Roberto había sabido parar al robot disparando a su talón de Aquiles. Roberto no sabía una mierda, solo disparó y disparó hasta que el cargador se quedó vacío. No escuchó mi grito, ni siquiera me vio. Le dio igual si las balas me alcanzaban de rebote, si el robot me usaba de escudo o no.

En mi informe no puse nada de eso. Reproduce el análisis que habían encontrado en la red, el inicial que le habían realizado al volver a incorporarse. El ejército, Ztech, los políticos, todo el mundo tenía algo que ocultar en este asunto. Mi informe sobre Roberto quedó olvidado, eclipsado sobre mi análisis del robot M34: *Viaje desde la nada hasta el límite de Hades*.

No volví a tener contacto con Roberto. Tampoco lo hubiera deseado. Le vi varias veces, de lejos. Luego lo transfirieron al norte, al complejo ruso y yo viajé a la central en Essen donde vivo ahora.

No me cabe duda de que M34 eligió morir. No me cabe duda de que Roberto eligió matar a M34 antes que asumir que estaba muerto, que no quedaba nada de un ser humano en su cerebro más allá del deseo intenso de violencia y venganza. Roberto había matado antes fuera del reglamento y volvería a hacerlo. A la jefatura de transpol esa posibilidad no les aterraba. Roberto era una buena herramienta y no querían perderla.



M34, en cambio, había sido un éxito aterrador que había que enterrar. Nada se supo de la aproximación de crecimiento por acumulación que usaron los difuntos Solozabal y Masabe. Estuve pendiente varios años de las publicaciones científicas, pero si ha habido avances, no han sido publicados.

Quizá los militares, quizá Ztech, desarrollan mentes artificiales, autoconsciencias torturadas o quizá, depurado el proceso, felices. O quizá alguien asustado barrió todo el proceso debajo de la alfombra donde se pudre, creando un área de desarrollo vetada por completo hasta que los directivos asustados sean cesados, se jubilen o mueran y alguien, en el futuro, descubra el trabajo y decida darle una nueva oportunidad.

Supongo que eso será dentro de muchos años. Espero y deseo que para entonces esté ya jubilada.

# **Prolang**

Ricardo Montesinos

**Ricardo Montesinos** (Barcelona, 1977) es licenciado en Historia por la Universidad de Barcelona. Ha publicado relatos en varias antologías y revistas: *Visiones 2009 y 2012*, *Calabazas en el Trastero*, *Planes B: Antología Retrofuturista*, *(Per)Versiones*, la revista *Redes para la Ciencia...* y en las páginas web de *NGC 3660* y *Literatura Prospectiva*. Ha ganado el IV Premio Ovelles Elèctriques y el Concurso de Relatos Tierra de Leyendas VIII, organizado por la página *Sedice.com*. También ha sido finalista del Premio Domingo Santos 2010. Además, se le puede leer en su blog: <http://elcielosobreelpuerto.blogspot.com>.

«Prolang» es un cuento corto que se enmarca dentro de la tradición lingüística de la ciencia ficción. En él se desarrolla una idea altamente especulativa hasta sus últimas consecuencias, como es la creación de un nuevo lenguaje capaz de moldear y mejorar el procesamiento cognitivo, y cómo ello afecta a la convivencia de una pareja.

Montesinos es un escritor de escasa bibliografía pero notable potencial, cuya inclusión en este volumen refuerza nuestra convicción de que *Terra Nova* no es una publicación elitista inalcanzable para muchos escritores, sino un medio donde es posible publicar un cuento brillante con el esfuerzo que merece esta empresa.

Pero si el pensamiento corrompe el lenguaje, el lenguaje también puede corromper el pensamiento.

GEORGE ORWELL

Es un poco triste, pero la vida de una persona puede resumirse hasta caber dentro de una caja: un montón de fotos, algunos diplomas, unos cuantos recortes de periódico... Aquí está toda nuestra historia, nuestros triunfos, nuestros fracasos. Todo condensado y clasificado, ordenado por su fecha.

Mire. Ésta es la última foto en la que aparecemos los tres juntos. Nos la hicimos en el parque, cerca de casa, poco antes de que se llevaran a Mario. En ese parque aprendió a andar y a montar en bici. Allí vivimos algunos de los mejores momentos de nuestras vidas. Y allí nos hicimos la última foto que conservo de él. Nos la hizo una chica que paseaba a su perro. Aquel día hacía un sol espléndido y estamos los tres en manga corta pese a ser primeros de marzo, sentados sobre el césped, abrazados. Riendo. Casi parecemos felices.

Pero no lo éramos. Puede verse en las profundas arrugas alrededor de los ojos de Yolanda, grabadas por incontables horas de llanto. O en mis ojeras. O en la expresión de Mario, en su mirada penetrante, atenta hasta extremos dementes a todo lo que le rodea. Parece la mirada de un animal acorralado, de alguien que sabe que a su alrededor se estrecha un cerco del que le será imposible escapar.

A Yolanda no le gusta esa foto. Siente una pena infinita cuando la ve, porque recuerda todo lo que pasó un par de semanas después. Yo, en cambio, no puedo dejar de contemplarla. Me hace ver lo mucho que nos quería Mario. Tanto que era capaz de salir a la calle con nosotros, de dar un paseo por el parque como si fuésemos una familia normal, pese al miedo que le daba salir de casa.

Así era él, capaz de hacer lo que más le aterrorizaba para vernos felices a nosotros. Es un buen chico. Nada que ver con todo lo que dicen de él. No tiene ningún desorden mental, ni sufre ningún tipo de esquizofrenia. Y, por supuesto, no es en absoluto peligroso. Mentiras, todo mentiras que se han inventado los psiquiatras para poder encerrarlo. Para evitar reconocer su propia estrechez mental, su falta total de perspectiva. Su ignorancia.

En realidad Mario es el chico más inteligente y lúcido que he conocido nunca. Es cierto que sus capacidades pueden llegar a ser difíciles de aceptar. Entiendo eso. También reconozco que las derivaciones últimas pueden ser aterradoras. Yo mismo no sé todavía cómo asumirlas. Ni como padre, ni como biólogo, ni como ser humano. Mario ha revolucionado totalmente las ideas que yo tenía acerca de lo que es el hombre, la vida, el universo. Es un genio, y ante la imposibilidad de asimilar su inhumana genialidad han optado por encerrarle en un hospital mental para siempre.

También se han dicho muchas barbaridades acerca de nosotros, sobre todo de Yolanda. Porque ella es lingüista y creen que todo fue idea suya. Por si no había sufrido bastante con la situación de Mario, además la culpan a ella de ser la responsable. Eso ha sido muy injusto, porque todas esas acusaciones han venido de

personas que no nos conocen, ni tienen la menor idea de cuál es la verdadera historia.

Todo empezó hace mucho tiempo, en 1996. Creo que tengo por aquí alguna foto de esa época. Aquí. Somos Yolanda y yo, en la entrada de un concierto. La fecha debe estar en el reverso, ella solía apuntarla en todas las fotos. Sí: «Depeche Mode. Verano de 1998». Aquí ya hacía dos años que estábamos juntos. Qué felices se nos ve. Qué despreocupados, sin la mínima sospecha de todo lo que pasaría después. Nos conocimos en la universidad. Yo estaba en tercero de Biología y ella acababa de empezar Filología Hispánica. Nuestras carreras no tenían nada que ver una con la otra (de hecho, nuestras clases se impartían en extremos opuestos del campus), pero me fijé en ella enseguida, la primera vez que nos cruzamos. Me gustó la sinceridad que emanaba. Sí, irradiaba franqueza. Su manera de caminar, de vestir, de reír, de hablar... todo en ella parecía transparente, sin una pizca de falsedad. Eso fue lo que me atrajo de ella desde el principio. Yo no era ningún antisocial retraído, había tenido alguna que otra novia, pero tampoco me veía capaz de abordar a una desconocida en medio del bar de la facultad para invitarla a tomar algo. Así que recurrí a la maniobra clásica: me matriculé en una de sus clases.

Después de una discreta indagación descubrí que quedaban algunas plazas libres en una asignatura a la que ella asistiría en el siguiente cuatrimestre. Me apunté sin pensármelo dos veces, ignorando completamente de qué trataba aquella materia, cuyo nombre, *Prolang*, no significaba nada para mí.

Así que allí me presenté el primer día. Las clases se impartían en un seminario estrecho y oscuro, perdido en las profundidades del departamento de Lingüística General. En aquel lugar conocí al profesor Rafael Ferrera, un hombre de pelo totalmente blanco, que nunca dejaba de sonreír. Recuerdo de él que siempre llevaba corbata, pero nunca conjuntada con la camisa. Mire. Aquí tengo una foto suya. La recorté del *Diario Universitario* para tener un recuerdo suyo, cuando murió. Mire esto. Corbata morada y camisa de rayas blancas y rojas. Siempre hacía esas combinaciones horribles. La primera vez que hablé con Yolanda fue para hacerle un comentario gracioso sobre eso. Ella soltó una carcajada en medio de clase. Y cuando el profesor Ferrera preguntó qué ocurría, ella se lo soltó, sin pensárselo. Yo me puse tan rojo que creí que me iba a explotar la cabeza. Él nos miró a Yolanda y a mí y empezó a reírse también. Creo que incluso me guiñó un ojo, como si hubiera comprendido perfectamente los verdaderos motivos por los que yo estaba en aquella clase.

Porque, la verdad, aquella asignatura no encajaba para nada en el itinerario de estudios de un estudiante de Biología. Resultó que en aquel seminario íbamos a aprender *prolang*, una lengua construida, concebida por el profesor Ferrera con la intención de crear una forma de comunicación totalmente racional y libre de prejuicios y equívocos. La gramática del *prolang* era regular y simple, sin excepciones, capaz de expresar con total precisión las construcciones lógicas más complejas. Todo su léxico estaba estructurado de acuerdo a una reglas precisas, de

manera que un *prolang* parlante podía deducir gran parte del vocabulario a partir de un pequeño número de palabras. Es más, la misma morfología de las palabras proporcionaba su propia definición. No existían las ambigüedades, ni los malentendidos, ni las parcialidades. Cuando alguien hablaba *prolang*, no podía dejar de ser preciso, objetivo, honesto.

Yolanda y yo empezamos a vernos fuera de clase, para practicar con el *prolang*. Al principio fue en la biblioteca, luego en la cafetería del campus, después empezamos a ir a ver exposiciones y películas en la filmoteca. Nos hicimos novios casi sin darnos cuenta. Dábamos largos paseos bajo el sol primaveral o nos sentábamos sobre el césped de algún parque, charlando durante horas en aquella lengua que era solo nuestra. Parecíamos hechos el uno para el otro.

A mí no se me escapaba que nuestra relación marchaba tan bien gracias, en parte, al *prolang*. Podíamos entender exactamente cómo se sentía el otro, aquella lengua desterraba cualquier posibilidad de malentendidos, de incomprendiones. No es que no tuviésemos desacuerdos de vez en cuando, pero cuando hablábamos acerca de nuestras diferencias encontrábamos siempre la manera de solucionarlas, de seguir adelante, de continuar juntos.

También empecé a observar que los efectos de aprender *prolang* se manifestaban en otras facetas de mi vida. Yo arrastraba una asignatura desde primero, Bioquímica. Era imposible para mí, tenía atravesadas las biomoléculas y sus rutas metabólicas de tal forma que empezaba a creer que no aprobaría nunca. Hasta que se me ocurrió traducir todos mis apuntes al *prolang*. Cuando lo hice fue como si me quitaran una venda de los ojos. Las malditas biomoléculas se volvieron simples como juguetes. Sus estructuras, sus propiedades y sus procesos metabólicos encajaron de una manera simple, lógica, necesaria. Lo entendía todo de una forma diáfana porque no podía ser de otra manera, en *prolang* no se podía expresar de otro modo. Aprobé con matrícula de honor.

Cuando le hablé de ello a Yolanda, me confesó que ella había empezado a hacer lo mismo, con similares resultados. No sabíamos qué pensar. Si lo que sospechábamos resultaba ser cierto, aquella lengua era capaz de ampliar los horizontes mentales de sus hablantes de una forma asombrosa. Fuimos a hablar con el profesor Ferrera, que nos recibió en su despacho, un estrecho cubículo atestado de libros, periódicos y fajos de fotocopias. Nos escuchó pacientemente mientras Yolanda y yo le explicábamos atropelladamente lo que nos había pasado y lo que habíamos deducido por nuestra cuenta.

—¿Se da cuenta de lo que significa? —le repetía Yolanda una y otra vez, entusiasmada—. ¿De lo que podría suponer para... para... la Humanidad?

Recuerdo que don Rafael nos miró sonriente asintiendo para sí con la cabeza.

—Cierren la puerta, por favor —nos dijo—, y siéntense. Tengo que explicarles algo.

Es curioso, han pasado más de treinta años desde aquella tarde y aún recuerdo la

conversación palabra por palabra. Estoy convencido de que en algún momento, no recuerdo exactamente cuándo, pasó a hablarnos en *prolang*. No encuentro otra explicación posible al hecho de que todos y cada uno de los datos, de los conceptos y de las teorías que nos expuso se hayan quedado grabados profundamente en mi memoria.

Nos habló de algo llamado Principio de Relatividad Lingüística. La teoría había sido formulada por Edward Sapir a principios del siglo xx y posteriormente desarrollada por su discípulo Benjamin Whorf durante los años cuarenta. Simplificándola mucho, dicha hipótesis venía a decir que es el lenguaje el que determina la forma en que su hablante conceptualiza, clasifica y estructura la realidad. Es decir, que el lenguaje determina el pensamiento y no al revés, como defiende la postura más tradicional.

El profesor Ferrera había desarrollado el *prolang* con la idea de demostrar científicamente la certeza de la teoría: un lenguaje racional y lógico debería conducir a sus hablantes a pensar de igual manera. El profesor nos confesó que durante mucho tiempo no había cosechado ningún resultado, nosotros éramos los primeros en manifestar sus efectos positivos. Supuso que nuestros avances se debían a que lo usábamos con mucha más frecuencia que sus anteriores alumnos. El siguiente paso, nos explicó, sería recoger de forma científica la mayor cantidad posible de datos. Deberíamos someternos a una batería de tests psicotécnicos para cuantificar los cambios experimentados. Tampoco descartaba la realización de resonancias para descubrir hipotéticos cambios en las estructuras cerebrales.

Imagínese cómo nos sentimos. Como cobayas. Como ratones de laboratorio. El profesor Ferrera había estado experimentando con nosotros, con nuestros cerebros. Sin decirnos nada, sin nuestro permiso. Me puse furioso. Grité. Le insulté. Fue una escena muy desagradable. Creo que de no ser por Yolanda le habría pegado. Nos fuimos de su despacho dando un portazo y no volvimos a aparecer por ninguna de sus clases.

Cuando el curso acabó, obtuvimos las mejores notas de lo que llevábamos de carrera, incluyendo una matrícula en *prolang*, pese a que ni Yolanda ni yo nos habíamos presentado al examen. Lo interpretamos como un intento de engatusarnos, de sobornarnos. La verdad es que, pese al enfado, no habíamos dejado de hablarlo entre nosotros. Hacía nuestra comunicación tan fluida, tan completa, que nos había sido imposible abandonarlo. Se había convertido en algo natural.

Aquel verano fue increíble. Sin asignaturas pendientes para septiembre, Yolanda y yo nos dedicamos totalmente el uno al otro. Paseos, exposiciones, teatro, conciertos, escapadas de fin de semana, sexo. Si tuviese que elegir una época de mi vida para congelarla y vivir eternamente en ella, escogería sin dudarle aquel verano de 1997.

En nuestras conversaciones fue ganando cada vez más peso el tema del doctor Ferrera y el *prolang*. Fue Yolanda la primera en sugerir que quizá habíamos sido

injustos con él. Era evidente que usar aquella lengua nos había unido y nos había hecho, de alguna manera, más intuitivos, más inteligentes. Me propuso que, cuando comenzase el nuevo curso, fuésemos a verle de nuevo y nos ofreciésemos a continuar ayudándole con sus investigaciones, pero esta vez con nuestras condiciones. Nada de secretos, nada de mentiras. No seríamos cobayas, sino colaboradores de la investigación. Al principio me resistí, estaba resentido por la manera en que el profesor nos había utilizado. Luego entendí que para Yolanda era una gran oportunidad. A mí la lingüística me importaba un pimiento, pero a ella no. Pude ver que se sentía fascinada por esa lengua y por el fenómeno que había provocado en nuestras mentes. Se había topado con algo increíble y quería participar en ello, subirse a ese tren. Así que cedí y le prometí que en septiembre iríamos a hablar de nuevo con Ferrera.

Fue una trágica sorpresa enterarnos, cuando recomenzaron las clases, de que el profesor Rafael Ferrera había muerto aquel verano, víctima de un ataque al corazón. Nos quedamos desolados, abrumados por el sentimiento de culpa. La última vez que nos habíamos visto habíamos sido muy duros con él, y a pesar de que había intentado pedirnos perdón con aquella matrícula, nos habíamos negado a volver a verle. Y cuando al fin habíamos decidido olvidarlo todo, era demasiado tarde.

Yolanda y yo acabamos nuestras carreras brillantemente. Yo me doctoré en Bioquímica, con una tesis titulada «Técnicas de extracción de información y su aplicación para la predicción de estructuras tridimensionales en biomoléculas complejas». Después encontré un buen trabajo en un laboratorio de biotecnología. Yolanda se quedó en la universidad, en su propia facultad, primero como profesora asociada y más tarde como profesora titular, especialista en literatura del exilio.

Nos iban bien las cosas. Nuestras carreras profesionales parecían imparables. Nuestra relación era lo más cercano a la perfección que yo soy capaz de imaginar. Nos queríamos, nos entendíamos, no podíamos vivir el uno sin el otro. Nos casamos en 2007, tras vivir juntos un par de años. Finalmente, el diez de marzo de 2009, nuestra felicidad fue completa, absoluta, con el nacimiento de nuestro hijo Mario.

El tema de la lengua surgió pronto. Habíamos seguido usando el *prolang* como herramienta de trabajo (sabíamos que gran parte de nuestro éxito se debía a ello), pero también entre nosotros, en nuestra vida cotidiana. Era la lengua que hablábamos en casa, la lengua en que escribíamos los mensajes tontos que nos dejábamos el uno al otro en la nevera, la lengua que nos susurrábamos al oído cuando hacíamos el amor. ¿Debíamos enseñársela a Mario? Discutimos el tema durante horas, durante días, cuchicheando junto a su cuna mientras contemplábamos cómo dormía. Yo al principio no estaba muy de acuerdo, era una lengua diseñada para alterar la forma de pensar de sus parlantes. Yolanda, sin embargo, quería que fuera su primera lengua. ¿Qué daño podía provocarle? ¿Hacerle más inteligente, más perspicaz? ¿Qué tenía eso de malo? Aún ahora, sabiendo todo lo que pasó después, no puedo culparnos por la decisión que tomamos. Solo queríamos lo mejor para nuestro hijo. Que Dios nos



perdone.

Al principio, Mario resultó ser un niño bastante normal. Los dientes le salieron con retraso, aprendió a andar un poco tarde, tuvo problemas para abandonar el chupete. No parecía en absoluto que fuera a convertirse en ningún genio. No crea que eso supuso ninguna decepción para nosotros. Al contrario, fue un alivio, sobre todo para mí: el *prolang* no iba a marcar ninguna diferencia, aparte de que nos pedía *sewi* en lugar de «caramelos» y no jugaba con su «pelota», sino con su *sike*.

Todo cambió en 2011, poco antes de cumplir los dos años, cuando empezó a hablar. Hasta entonces había utilizado palabras sueltas, señalando algún objeto y nombrándolo, como todos los niños. El cambio vino cuando empezó a combinar esas palabras para expresar construcciones más complejas. Fue como una supernova. En apenas dos meses pasó de decir «quiero agua» a «mamá está escondida detrás de la puerta». No se trataba solo de la velocidad vertiginosa con que aprendió a dominar el habla, sino a la misma complejidad de los pensamientos que expresaba, impropios de un niño de su edad. Después de todo, el *prolang* sí iba a tener algún efecto sobre el intelecto de Mario.

La prueba definitiva vino poco después, ese verano. Nos fuimos de vacaciones al sur de Francia y nos pasamos tres semanas recorriendo el Languedoc. Entre las fotos habrá alguna de esas vacaciones. Fue allí, en esa tierra con nombre de lengua, donde empecé a sospechar que los cambios en su mente eran mucho más profundos de lo que hubiéramos llegado a imaginar.

Íbamos en el coche, por la autopista, camino de Carcassonne. A la altura de un pueblecito llamado Floure vimos una gran bandada de estorninos que revoloteaba sobre un bosquecillo. Era una bandada enorme, la más grande que yo haya visto nunca. Era como una ameba gigante suspendida a decenas de metros de altura. Se retorció y se enroscaba para luego, inesperadamente, salir disparada, miles de pájaros al unísono.

—*Ni li seme?* —preguntó Mario desde su sillita. ¿Qué es eso?

—*Ni li waso.* —respondió Yolanda girándose. Son pájaros.

—*Ala. Mute waso li suli waso. Ni li seme?*

*Mute waso li suli waso.* Muchos pájaros son un granpájaro.

Me quedé helado cuando entendí lo que Mario nos estaba diciendo. No nos preguntaba por los pájaros, sino por la bandada, a la que consideraba también como un animal. Era capaz, con apenas dos años, de ver la imagen completa más allá de los detalles. Con el tiempo, comprendí que esa era la principal transformación que el *prolang* había operado en su mente: la capacidad de ver las estructuras ocultas que emergen de la multitud de fenómenos individuales. Era algo que Yolanda y yo percibíamos a un nivel rudimentario. Para nosotros era una especie de intuición que nos ayudaba a tener una perspectiva más amplia de las situaciones, o que nos permitía vislumbrar tendencias, propensiones apenas insinuadas para los demás. Para Mario, como más tarde comprendimos, no era una intuición. Yolanda y yo habíamos

aprendido *prolang* con casi veinte años, con nuestras mentes ya profundamente configuradas por el castellano. Pero en Mario había modelado un cerebro impoluto, una *tabula rasa* en la que se implantaron profundamente las concepciones que el *prolang* lleva implícitas en su misma forma. Él no intuía, lo veía claramente, como alguien que se aleja dos pasos de un cuadro impresionista para que la imagen cobre sentido.

A partir de aquel momento el desarrollo de Mario fue asombroso. Cada día nos sorprendía con sus preguntas, con sus deducciones, con sus reflexiones. Era capaz de fijarse en cosas que nadie más percibía, pero que resultaban totalmente obvias una vez que él las señalaba. Nos hacía preguntas embarazosas sobre moralidad, sobre las divergencias entre las normas teóricas que rigen la sociedad y los comportamientos concretos que él observaba. Aprendió a leer con tres años, pero nosotros no podíamos ofrecerle nada que leer en *prolang* salvo algunos textos que le traducíamos. Aprendió a leer en castellano, francés e inglés. A los seis años leía varios libros por semana, además de numerosos diarios y revistas. Pero le resultó imposible sentirse cómodo con estas lenguas: le resultaban demasiado limitadas y ambiguas. *Ala lon lang*, las llamaba. Lenguas no ciertas. Lenguas mentirosas.

Obviamente, tuvo problemas en la escuela. Mario siempre había sido un niño abierto a los demás, pero con el tiempo todo el mundo empezó a ver que no era un niño normal. Él pudo sentir claramente esa desconfianza, esa suspicacia. Y lo percibió en su totalidad, no como reticencias individuales, sino como un rechazo general. A esas alturas ya era imposible para él, para todos, volver atrás. Así que finalmente decidimos buscar ayuda. Rápidamente fue identificado como niño superdotado e incluido en el Programa Nacional de Educación para Superdotados. Fue desescolarizado y continuó su educación en casa, siguiendo a través de la red planes de estudios especialmente diseñados para él. Eso ocurrió en 2017. Mario tenía ocho años.

Por supuesto, toda esta situación nos afectó a Yolanda y a mí. Ella no dejaba de culparse por lo que sucedía. Creía que todo era culpa suya, que era la única responsable de la situación. Su carácter cambió, se volvió lacónica, arisca. Teníamos continuas discusiones, en las que descubrimos que el *prolang* también era una excelente y certera forma de herir los sentimientos de los demás. Yo intentaba animarla diciéndole que si existía alguna culpa, no era solo suya. Yo también había accedido a enseñarle *prolang* a Mario. Yo me había pasado horas con él señalando objetos y nombrándolos en voz alta: *suna, poki, musí, soweli...* Además, nadie era culpable porque no había nada de lo que acusarse. Habíamos convertido a nuestro hijo en un superdotado, sí. ¿Qué tenía eso de dramático? ¿Qué tenía de malo?

Pero nuestro hijo no era solo un superdotado. Era mucho más que eso. Conforme iba avanzando su educación, se iba volviendo más y más introvertido, llegando a rebasar los límites del autismo. Llegó un día en el que no quiso jugar con otros niños, ni hablar con nadie, ni salir a la calle. Dejó de seguir sus clases especiales. Se pasaba

el día encerrado en su habitación, acurrucado en un rincón, mirando fijamente la pared.

En ese punto, los psicólogos de apoyo del Programa nos sugirieron que quizá Mario pudiese tener algún tipo de desorden mental. Autismo, quizá. O esquizofrenia. Sería necesario hacerle pruebas y diseñar para él un plan de tratamiento especializado, que incluiría terapia individual y la administración de medicamentos psiquiátricos.

Decidí que iba a intentar acabar con aquello. Yo sabía que Mario no era un niño autista. Sabía que había algo más, algo que explicara aquel progresivo alejamiento de la realidad. Fui a su cuarto para hablar con él, para lanzarle un cable hecho de palabras con el que arrastrarle y sacarle de aquel abismo. Me senté en su cama, junto a él, y empecé a hablarle. No recuerdo exactamente qué le dije, creo que fueron en su mayoría tonterías. Le expliqué cómo conocí a Yolanda, cómo aprendimos aquella lengua que había cambiado nuestras vidas. Le hablé del día que nació y del día que me llamó *apa* por primera vez. Le conté lo poco que sé de la vida y del mundo. Le dije cuánto le queríamos su madre y yo y cuánto deseábamos que fuese un niño feliz. Cuánto significaba para nosotros y cuán poco nos importaba lo que pensase nadie de él.

Él se giró y me miró fijamente. Durante un segundo, un segundo de enorme alegría y alivio, creí que lo había conseguido. Pero entonces él empezó a hablar, a explicarme por qué mantenía aquella introversión total. Me habló de los *tokilawa*. Así los había bautizado. Literalmente significa «mentes (hechas) de palabras», pero si yo tuviera que proporcionar una traducción, me inclinaría por denominarlos «semiomorfos». Según él, eran entidades formadas por información pura. Consciencias que emergían de la colosal cantidad de datos que se intercambian a diario en nuestro mundo: de cada palabra, de cada gesto, de cada fluctuación bursátil... Cualquier pequeña transmisión de significado era, además de lo que aparentaba ser, también parte constituyente de algo mayor, de igual manera que una señal eléctrica entre neuronas es, a una escala mayor, parte de ese fenómeno llamado consciencia. Observadas a nivel microscópico, nadie puede sospechar que esas señales, esos meros chispazos eléctricos, dan forma a una mente inteligente. De igual modo, nadie puede concebir que las interacciones humanas den forma a otras mentes, en un orden de magnitud tan grande que son imposibles de ver. Bueno, imposibles de ver para todos menos para nuestro hijo.

A Mario le aterraban, pero también le fascinaban. Se sentía hipnotizado por sus procesos, sus desarrollos, por las interacciones que establecían entre ellos. Esos semiomorfos eran seres extraños, pero no estaban exentos de obedecer a las leyes naturales del universo: se replicaban, mutaban y esas mutaciones favorecían o no su supervivencia en un entorno de competencia por recursos computacionales limitados. Es decir, estaban sujetos a un proceso de selección natural. A una evolución. Y esos enfrentamientos, esas extrañas y abstractas pugnas se libraban en nuestra red, en

nuestras calles, en nuestras cabezas. De ahí su silencio, su hermetismo. Podía estar absorto en ellos durante horas, durante días. Durante toda su vida.

Al principio rechacé aquella conceptualización de la realidad. La tomé como un conjunto de alucinaciones, de delirios. Realmente creí que mi hijo estaba loco. Después empecé a analizar detenidamente aquella idea no como un padre asustado, sino como biólogo. Hacía falta afrontarla con una mente abierta, pero eso era algo de lo que yo, gracias al *prolang*, estaba sobrado. Los semiomorfos empezaron a cobrar sentido. ¿Qué es la vida, después de todo? Información. Información ordenada en estructuras complejas y codificada en la materia. ¿Por qué esa información debe estar cifrada solo en moléculas de ADN? ¿Y si la vida orgánica es simplemente la manifestación a una escala concreta de un fenómeno mucho más amplio? En ese caso, el universo entero estaría lleno, a todos los niveles, de sistemas estables de información que se perpetúan y se replican a sí mismos: los semiomorfos.

Justo en ese momento, cuando me convencí de que Mario tenía razón, me di cuenta de que lo había perdido. Era imposible rescatarle por muchos cables que le lanzara. Su mente, su forma de ver el mundo, era tan diferente a la nuestra que era una quimera intentar tender puentes hacia él. Así de sencillo. Sí, la interacción era factible (mantener conversaciones o salir a pasear al parque), pero esa conexión nunca sería real. Para Mario sería como estar jugando con un perrito, o con un bebé. Su consciencia, su auténtico yo, estaría moviéndose siempre en otros niveles de la realidad, de una complejidad tal que eran inaccesibles al resto de personas. Se podía decir que Mario ya no era humano, que había trascendido la mera humanidad para convertirse en algo que estaba más allá.

Supongo que, siendo usted periodista, ya conoce el resto de la historia. Empezó para nosotros una interminable sucesión de pruebas médicas, de visitas al psiquiatra, de reuniones con los pedagogos. Fue en medio de aquel proceso cuando la prensa se enteró del caso. A alguno de los médicos que visitaban a Mario se le ocurrió relacionar los problemas del niño con el hecho de que hablara en una lengua artificial y dio parte a la Consejería de Asuntos Sociales y al Defensor del Menor. Antes de darnos cuenta, aparecíamos en los periódicos y en la tele. «La familia Mengele», nos llamaban en los magazines matinales. Los monstruos que habían hecho experimentos con el cerebro de su hijo. Ante aquel revuelo, y presionada por la alarma social que había provocado el caso, la Consejería decidió finalmente retirarnos temporalmente la custodia de Mario e internarlo en un centro para niños con necesidades especiales.

En ese momento Yolanda ya no pudo más. Habíamos sido injustamente separados de nuestro hijo y linchados moralmente en público. Se derrumbó. Su sentimiento de culpa fue demasiado grande como para soportarlo y cayó en una depresión. Actualmente está en casa de su hermana y no quiere verme ni hablar conmigo cuando la llamo por teléfono. Ninguno de los dos lo ha dicho en voz alta, pero ambos sabemos que hemos acabado. No es que hayamos dejado de querernos, yo sigo enamorado de ella y estoy convencido de que ella también de mí. Lo que pasa es que

nuestra relación no ha podido soportar tanto dolor. Y se ha roto. Simplemente eso.

En cuanto a mí, no sé muy bien qué responder. Continúo intentando que Mario vuelva a casa. Pero sé que es casi imposible. Para que eso ocurra, los psiquiatras tendrían que admitir que no es un enfermo mental. Lo cual implicaría aceptar como posible la interpretación que hace de la realidad. Y eso nunca pasará, nunca admitirán que el hombre no es la cúspide de la evolución, que el universo está poblado a todos los niveles por entes constituidos por flujos de información. Nunca aceptarán que la esencia última del hombre, de la vida y de la realidad son meros bits, los ceros y unos de las fluctuaciones cuánticas.

Y esa es nuestra historia. Tenga, llévese la caja, si quiere. Aquí está todo lo que necesita para escribir su reportaje. Cuénteles a todo el mundo la verdad. La verdad acerca de Mario, Yolanda y yo. La verdad acerca del *prolang* y de los semiomorfos. Cuénteles la verdad, o por lo menos, toda la verdad que tenga el valor de contarles.

# ¿Quién cuidará de los dioses?

Liu Cixin

**Liu Cixin** (República Popular China, 1963) es uno de los autores de ciencia ficción más reputados y prolíficos de su país. Su obra más popular, la trilogía *The Three Body* compuesta por las novelas *Three Body* (2007), *Dark Forest* (2008) y *Dead End* (2010), se publicará próximamente en Estados Unidos; Ken Liu amigo personal del escritor será el encargado de traducir al inglés el primer volumen Cixin. Ha ganado, entre otros, el premio Nebula chino y el Galaxy en ocho ocasiones.

Su estilo aún fresca e ingenuidad con sentido de la maravilla y una visión optimista del desarrollo científico, por lo que su narrativa ha sido comparada con la de conocidos autores de la Edad de Oro como Isaac Asimov o Arthur C. Clarke. Historias en las que ofrece una visión coherente del futuro papel de China como superpotencia mundial y una mirada irónica hacia el comportamiento del ser humano. Su colección *The Wandering Earth: Classic Science Fiction Collection* es una lectura muy recomendable para cualquier aficionado al género.

Este cuento supone su primera publicación en español, y ha sido traducido directamente del mandarín estándar para preservar al máximo su espíritu original. Imaginen que cierto día la humanidad recibe la visita de nada menos que dos mil millones de magnánimos seres de barba luenga vestidos de inmaculado blanco que afirman ser los creadores del hombre; una extravagante epifanía que obedece a un propósito que los alienígenas se resisten a compartir. Un relato con cierto sabor a *Distrito 9* que no oculta una lectura en clave metafórica acerca del papel de los ancestros en nuestra sociedad.

# I

El dios volvía a ser causa de disgustos para la familia de Qiusheng.

La mañana no podía haber empezado mejor: una finísima capa de niebla de la altura de un hombre flotaba sobre los campos que rodeaban la aldea de Xicen; semejaba una hoja de papel de arroz que acabara de quedarse en blanco y, los campos silentes, el dibujo que se le hubiera desprendido. Bajo los incipientes rayos del sol mañanero, el primer rocío del año entraba en la etapa más resplandeciente de su exigua vida... pero toda aquella belleza se había ido al traste por culpa del dios.

Se había levantado muy temprano y había ido a la cocina a calentarse un cuenco de leche. Desde el comienzo de la Era del Apoyo el mercado de la leche crecía vertiginosamente. La familia de Qiusheng había comprado una vaca por algo más de diez mil yuanes y, como muchos otros, mezclaban parte de su leche con agua y la vendían. El resto, sin adulterar, lo reservaban para consumo propio. Después de calentar la leche, el dios, sin apagar el fogón, se la llevó a la salita y se puso a ver la televisión. Cuando Yulian, la esposa de Qiusheng, volvió de limpiar el establo y la pocilga notó que había olor a gas por toda la casa. Cubriéndose la nariz con una toalla, corrió a la cocina, apagó el fogón, abrió la ventana y encendió el ventilador.

—¡Viejo tarumba! ¿Es que quiere matarnos a todos? —gritó en dirección a la salita.

Habían comenzado a usar gas butano para cocinar después de acoger al dios. El padre de Qiusheng no vio aquel cambio con buenos ojos, decía que ningún chisme podía ser mejor que las briquetas de carbón. Lo que acababa de suceder no iba a hacer más que darle argumentos.

Como tantas otras veces, el dios, con aquel escobajo blanco que tenía por barba llegándole por las rodillas, agachó la cabeza y sonrió azorado como un niño al que han pillado en una travesura.

—Pe, pero si yo he apartado el cazo... ¿Por qué no se ha apagado?

—¿Se cree que aún está en su nave? —le gritó Qiusheng, que en ese momento bajaba las escaleras—. ¡Aquí todas las cosas son tontas, no tenemos esas máquinas inteligentes que se lo hacían todo! Tenemos que trabajar duro con lo que tenemos y sudar para ganarnos la vida.

—Nosotros también trabajamos duro en su día —murmuró cautelosamente el dios—. ¿Cómo ibais a existir si no?

—¡Otra vez con esas! —Yulian lanzó la toalla al suelo—. ¿No se cansa de repetir siempre lo mismo? ¡Si tan poderoso es, márchese a hacerse otra prole más obediente que le cuide!

—Bueno, bueno, ya está bien —intercedió Qiusheng. Siempre era él quien apaciguaba los ánimos—. Desayunemos.

El pequeño Bingbing se levantó. Mientras bajaba las escaleras dejó escapar un gran bostezo.



—Mamá, papá, el dios ha estado tosiendo toda la noche y no me ha dejado dormir...

—¡Aprende a conformarte, rey de la casa! A tu padre y a mí nos toca dormir en la habitación al lado de la suya y no nos quejamos —replicó Yulian.

Como si aquello se lo hubiera recordado, el dios comenzó a toser. Lo hacía con gran vehemencia, como el que se entrega a practicar su deporte favorito.

Yulian se quedó mirándolo durante varios segundos.

—¡Ay, qué harían mis antepasados para que yo tenga que aguantar esto! —exclamó irritada, antes de darse la vuelta e irse a preparar el desayuno.

Sentado a la mesa con el resto de la familia, el dios permaneció en silencio a lo largo del desayuno. Se tomó un cuenco de gachas de arroz con verduras encurtidas y medio panecillo al vapor. Durante todo el tiempo tuvo que soportar la mirada desdeñosa de Yulian. Quizá seguía enfadada por lo del gas. O quizá pensaba que estaba comiendo demasiado.

Al terminar el desayuno, como de costumbre, el dios se puso en pie con rapidez, recogió la mesa y se metió en la cocina a lavar los platos. Yulian le gritó:

—¡A lo que no tenga grasa no le eche lavavajillas, eh! ¡Que buen dinero nos cuesta, y la miseria que nos pagan por tenerlo aquí no da para nada!

Desde la cocina, el dios gruñó en respuesta.

El matrimonio se fue a trabajar el campo y Bingbing a la escuela. Ahí fue cuando el padre de Qiusheng se levantó. Todavía adormilado, bajó las escaleras, engulló dos cuencos de gachas de arroz y encendió su pipa. Solo entonces recordó la presencia del dios.

—¡Eh, vejestorio! Deja los platos, ven, vamos a echar una partida —gritó en dirección a la cocina.

El dios salió de la cocina secándose las manos en el delantal y sonriendo mansamente. Jugar al ajedrez chino con el padre de Qiusheng era asunto peliagudo para él, pues tanto ganar como perder le acarreaban consecuencias desagradables. Si el dios ganaba, el padre de Qiusheng se ponía hecho una furia: «Pero ¿qué haces, carcamal? ¿Te gusta dártelas de listo? ¡Eres un dios! ¿Qué mérito tendrá ganarme a mí, eh? Con el tiempo que llevas viviendo bajo este techo... ¿Es que no sabes tratar a tu anfitrión con la debida deferencia?». Si el dios perdía, el padre de Qiusheng se enfurecía del mismo modo: «Pero ¿qué haces, carcamal? ¡No hay mejor jugador que yo en toda la comarca, para mí ganarte es más fácil que matar un piojo! ¿Crees que necesito que me den ventaja? ¡Eso... eso, simple y llanamente, es un insulto!». En ambos casos, la cosa siempre terminaba del mismo modo: el abuelo lanzaba el tablero por los aires y comenzaban a llover las piezas. El padre de Qiusheng, conocido y temido por su temperamento, había encontrado por fin alguien con quien desfogar su ira. Sin embargo, el anciano no era rencoroso y, cada vez, después de que el dios recogiera el tablero con parsimonia y recolocase las piezas en silencio, se sentaba de nuevo con él y jugaban otra partida... que volvía a terminar igual. Varios vuelcos de

tablero después, ambos quedaban exhaustos y ya era casi mediodía.

El dios se levantó para lavar la verdura. Yulian no le permitía cocinar porque decía que lo hacía fatal, pero aun así le mandaba lavar la verdura. Si para cuando Qiusheng y Yulian volvían de los campos no estaba lavada o había hecho cualquier otra cosa mal, le caía otra reprimenda. Cuando el dios lavaba la verdura, el padre de Qiusheng solía salir a visitar a los vecinos. Ese era el único momento de tranquilidad que podía disfrutar en todo el día. El sol del mediodía se filtraba por las rendijas del patio enladrillado e iluminaba cada recoveco de su memoria. A menudo, durante esos instantes, el dios se detenía, olvidaba aquello que estuviera haciendo y permanecía absorto hasta que el murmullo de los campesinos de vuelta del trabajo lo hacía volver en sí. Entonces, sobresaltado, se apresuraba a terminar con su tarea al tiempo que suspiraba:

—¡Ah! ¿Cómo es posible que mi vida se haya convertido en esto?

Aquel lamento no era solamente el suyo, sino que era compartido por Yulian, Qiusheng y el padre de este. También era el lamento de los más de cinco mil millones de humanos y dos mil millones de dioses que cohabitaban la Tierra.

## II

Todo comenzó tres años atrás, un día de otoño al atardecer.

—¡Venid, venid a ver! ¡Hay juguetes por todo el cielo! —había gritado Bingbing desde el patio.

Qiusheng y Yulian salieron corriendo de la casa y alzaron la vista. El cielo entero estaba en efecto ocupado por juguetes o, por lo menos, objetos cuya apariencia solo podía ser descrita como tal cosa. Los objetos fueron distribuyéndose por el cielo vespertino hasta ocupar posiciones equidistantes. Los rayos del sol poniente, ya casi hundido en el horizonte, los hacían resplandecer con igual intensidad a la de la luna llena. La superficie de la tierra quedó tan iluminada como si fuera mediodía, aunque como aquella luz provenía de todas direcciones no se proyectaba sombra alguna. Era como si el mundo se hallara bajo el brillo de una gigantesca lámpara quirúrgica.

Al principio la gente pensó que aquellos objetos se hallaban a poca altura dentro de nuestra atmósfera, pues se distinguían muy claramente. Sin embargo, más tarde se dieron cuenta de que en realidad sus dimensiones eran tremendamente grandes y que orbitaban alrededor de la Tierra a más de treinta mil kilómetros de distancia.

Eran un total de 21.530 naves espaciales. Uniformemente desplegadas, orbitaban

en sincronía alrededor de la Tierra y formaban una especie de cáscara que la envolvía. Aquella estructura era el resultado de un complejo conjunto de maniobras que colocó a las naves en posición de manera simultánea, lo cual evitó perturbaciones en los océanos que habrían puesto en peligro numerosas vidas. Ese hecho tranquilizó en cierta medida a los humanos, pues constituía una evidencia más o menos sólida de que los alienígenas no venían con malas intenciones.

Durante los días siguientes, todo intento por parte de los humanos de establecer contacto con las naves resultó en vano. Los alienígenas mantuvieron el silencio más absoluto ante las numerosas peticiones de comunicación. Paralelamente, la Tierra se había convertido en un planeta sin noches. Las decenas de miles de aeronaves reflejaban tanta luz solar sobre la cara de la Tierra oculta al sol que parecía que fuera de día y, al mismo tiempo, la otra cara quedaba periódicamente oscurecida por la gigantesca sombra proyectada por las naves. La visión de aquel terrorífico fenómeno quebró la resistencia psicológica de la humanidad hasta el punto de que la siguiente ocurrencia extraña que tuvo lugar en el planeta pasó desapercibida. Ni le dieron importancia ni mucho menos llegaron a relacionarla con la flota de naves espaciales que surcaba los cielos.

En todas las grandes ciudades del mundo habían comenzado a aparecer montones de ancianos errantes. Todos compartían el mismo aspecto vetusto, el pelo largo y canoso, como sus barbas, y sus túnicas del mismo color. Antes de que el pelo y la ropa se les ensuciara parecían una panda de muñecos de nieve. No parecían pertenecer a ninguna raza en concreto: era como si sus rasgos aglutinaran las distintas características de cada una. Carecían de documentación que probara su identidad o nacionalidad y tampoco dejaban claro cuál era su origen. Lo único que hacían era, empleando el idioma local de turno pero con fuerte acento extranjero, implorar a cuantos se cruzaran en su camino:

—Somos dioses, somos los creadores de este mundo, ¿no podrían darnos algo de comer?

Si tan solo hubieran sido uno o dos ancianos quienes decían aquello, los habrían tomado por indigentes con demencia senil y hubieran terminado internados en algún asilo. En cambio, millones de hombres y mujeres de edad avanzada vagando por las calles y diciendo lo mismo suponía algo completamente distinto. En apenas medio mes, el número de ancianos errantes llegó a superar los treinta millones. Inundaban las calles de grandes ciudades como Nueva York, Pekín, Londres o Moscú y por todas partes podían verse apelotonándose en masa, incluso cortando el tráfico. En ocasiones parecían superar en número a los propios habitantes de las ciudades. Pero lo más inquietante era que todos seguían repitiendo la misma frase:

—Somos dioses, somos los creadores de este mundo, ¿no podrían darnos algo de comer?

Fue entonces cuando los humanos centraron por fin su atención en aquellos extraños personajes. En los últimos tiempos llevaba dándose sobre los cinco

continentes un inusitado número de lluvias de meteoritos. Tras cada uno de aquellos fenómenos espectaculares el número de ancianos errantes del área en cuestión aumentaba considerablemente. Cuando la gente reflexionó acerca de aquel hecho, llegó a la insólita conclusión de que los ancianos estaban cayendo del cielo desde las naves alienígenas.

Uno a uno, saltaban a la atmósfera como quien se zambulle en una piscina. Lo hacían dentro de trajes recubiertos por una película de un material especial diseñado para quemarse al entrar en contacto con la atmósfera y mantener el calor extremo alejado del cuerpo de quien los llevara puestos. También tenían el efecto de aminorar la velocidad de descenso de tal forma que nunca sobrepasara las cuatro g, dentro de los límites de tolerancia de los cuerpos de los ancianos. En el momento de alcanzar la superficie terrestre su velocidad era próxima a cero y aterrizaron como el que ha saltado de una banqueta. Todo y con eso, hubo quien se torció el tobillo. Para entonces, la película que recubría sus trajes se había disuelto por completo.

Las lluvias de meteoritos continuaron y cada vez más ancianos errantes descendían a la Tierra. Su número alcanzó los cien millones. Los respectivos gobiernos de cada país trataron de dar con alguno de ellos que pudiera ejercer de portavoz, pero los ancianos errantes alegaron que como dioses todos eran iguales y nadie en particular podía representarlos a todos.

Así, la Sesión de Emergencia de la Asamblea General de las Naciones Unidas que se convocó contó con la presencia de un anciano errante elegido de manera aleatoria mientras vagaba por Times Square. Hablaba un inglés pasable y era evidente que había sido de los primeros en aterrizar: su túnica estaba sucia y agujereada y su barba, otrora blanca, estaba cubierta de inmundicia y tenía aspecto de fregona usada. Tampoco lo que coronaba su cabeza era un halo precisamente, sino un par de moscas leales. Muy trabajosamente, con la ayuda de un astroso bastón de bambú, consiguió llegar a la mesa ovalada y se sentó bajo la atenta mirada de los líderes mundiales. Cuando miró al secretario general exhibió la misma sonrisa infantil que caracterizaba a todos los ancianos errantes.

—Todavía... Todavía no he desayunado, je, je.

Así que le trajeron el desayuno. Las televisiones del mundo entero retransmitieron la imagen del anciano engullendo la comida con fruición y atragantándose en un par de ocasiones. Después de dar cuenta de una tostada, varias salchichas y un plato de ensalada, volvió a dirigir su sonrisa inocente al secretario general y dijo:

—Je, je... Esto... ¿Tenéis vino? Con una copita bastará...

De modo que le trajeron una copa de vino.

—Anoche —empezó a explicar, mientras la iba sorbiendo con satisfacción— un grupo de recién llegados ocuparon mi boca de metro favorita, que despide aire caliente, y no tuve más remedio que dormir en la plaza. Pero ahora, con el vino, mis articulaciones se van recuperando, je, je... ¡Tú! Eh... ¿Podrías masajearme la

espalda? Un poquito nada más...

El secretario general comenzó a hacerle el masaje.

—Ahhh... —suspiró el anciano con gran alivio—. Siento mucho causar tantas molestias.

—¿De dónde proceden? —inquirió el presidente de Estados Unidos.

El anciano negó con la cabeza.

—Una civilización sólo tiene ubicación fija durante su infancia. Los planetas y las estrellas son inestables y sufren cambios, muy pronto llega un momento en el que la civilización debe trasladarse. Para cuando alcanza la juventud ya habrá tenido que mudarse en múltiples ocasiones y entonces es cuando descubre lo siguiente: ningún entorno planetario es tan estable como una nave espacial sellada. Así, la civilización hace de las naves su casa y los planetas se convierten en lugares de paso. Todas las civilizaciones que han alcanzado la edad adulta se dedican a viajar por el cosmos de manera permanente y las naves son su hogar. ¿De dónde provenimos, entonces? Provenimos de las naves —concluyó, señalando hacia arriba con un mugriento dedo índice.

—¿Cuántos son en total?

—Dos mil millones.

—Pero... ¿qué o quiénes son, en realidad?

El secretario general tenía motivos para preguntar aquello. Los ancianos errantes tenían completo aspecto de humanos.

—Os lo hemos dicho muchas veces —exclamó el anciano moviendo las manos con vehemencia—. Somos dioses.

—¿No podría explicarse un poco más?

—Nuestra civilización, eh... llamémosla la civilización de los dioses, existe desde mucho antes del nacimiento de la Tierra. Cuando la civilización de los dioses inició su declive plantamos la semilla de la vida en la Tierra. Después de eso rompimos la barrera del tiempo viajando a la velocidad de la luz y, cuando la vida en la Tierra hubo evolucionado a un determinado estadio, regresamos, introdujimos unas cuantas especies basadas en nuestros genes ancestrales, eliminamos a sus enemigos y continuamos guiando su evolución hasta que la Tierra se convirtió en el hogar de una especie civilizada como la nuestra.

—¿Está en condiciones de aportar alguna prueba para que podamos creerles?

—Naturalmente.

Así fue como dio comienzo un proceso de verificación que duró medio año. La gente presenció con estupefacción cómo las naves comenzaban a retransmitir información: los planos originales para crear vida en la Tierra, fotografías del planeta en épocas remotas... Siguiendo las indicaciones del anciano, se excavó la tierra y de sus más hondas profundidades salieron a la luz toda suerte de máquinas y equipos que llevaban eones manipulando y monitorizando la biosfera del planeta.

Los humanos creyeron por fin, al menos en cuanto se refería a la vida en la Tierra,

que realmente se hallaban ante la presencia de dioses.

### III

Durante una tercera Sesión de Emergencia de la Asamblea General de las Naciones Unidas, el secretario general, en representación de toda la especie humana, le hizo por fin al dios la pregunta clave: por qué habían venido a la Tierra.

—Antes de responderos a esa pregunta creo que deberíais replantear vuestro concepto de civilización. —El dios mesó su barba. Era el mismo que seis meses antes había asistido a la primera Sesión de Emergencia—. Decidme, ¿cómo creéis que evolucionan las civilizaciones con el paso del tiempo?

—La civilización humana se halla en un período de progreso acelerado. A menos que se produzca algún cataclismo fuera de nuestro control, pensamos que continuaremos progresando de forma indefinida —respondió el secretario general.

—Te equivocas. Piénsalo bien. Todas las personas pasan por la infancia, la juventud, la mediana edad, la vejez y, finalmente, la muerte. También las estrellas. Todo cuanto existe en el universo pasa por los mismos procesos, incluido el mismo universo, que algún día llegará también a su fin, ¿por qué debería una civilización ser distinta y perdurar eternamente en constante desarrollo? No, a toda civilización le llega el día en que comienza su declive. Y, por supuesto, también el día de su desaparición.

—¿Cómo tiene lugar exactamente ese proceso?

—Cada civilización evoluciona y se extingue de distinto modo al igual que cada persona muere por causas distintas o simplemente de viejo. En el caso de la civilización de los dioses, el primer signo de declive fue el aumento exacerbado de la esperanza de vida. Llegamos a vivir una cantidad de tiempo equivalente a cuatro mil años terrestres. Alcanzados los dos milenios de vida, nuestras ideas dejaban de fluir y perdíamos toda nuestra capacidad creativa. Con individuos así a las riendas del poder, era imposible que surgiera nada nuevo. Así fue como nuestra civilización entró en decadencia.

—¿Y qué ocurrió luego?

—El segundo signo de declive de nuestra civilización fue su entrada en la Era de la Cuna Tecnológica.

—¿La era de qué?

—Llegó un punto en el que las máquinas dejaron de depender de nosotros, sus

creadores. Operaban de manera independiente, se reparaban a sí mismas y seguían evolucionando sin necesidad de ayuda. La tecnología inteligente nos proporcionaba todo aquello de lo que precisáramos: no sólo cubrían nuestras necesidades materiales, sino también las psicológicas. No teníamos que hacer esfuerzo alguno para sobrevivir, éramos atendidos a capricho por las máquinas como si fuéramos bebés en la más confortable de las cunas. Pero pensad en esto: si las junglas de la Tierra primitiva hubieran rebosado de fruta y de criaturas dóciles dispuestas a ser devoradas, ¿qué incentivo habrían tenido los primates para evolucionar y llegar a convertirse en humanos? La Cuna Tecnológica fue para nosotros como esa jungla llena de comodidades. Poco a poco nos olvidamos de la ciencia y de la tecnología. Nuestra civilización se volvió vana y perezosa, carente de creatividad y de ambición. Y eso no hizo más que acelerar su declive. Tenéis ante vuestros ojos a una civilización en sus postrimerías.

—Entonces... ¿puede saberse con qué propósito han venido a la Tierra?

—No nos quedaba otro lugar adónde ir.

—Pero... —El secretario general señaló hacia arriba con el dedo.

—Nuestras naves han quedado obsoletas. A pesar de que el entorno artificial de su interior sigue siendo más estable que cualquier entorno natural, incluido el de la Tierra, son más viejas de lo que podáis imaginar. Tienen piezas rotas, los efectos cuánticos acumulados durante eones han provocado más errores de software y las funciones de autorreparación y automantenimiento han topado con dificultades insalvables. El entorno de las naves se está deteriorando gravemente. La cantidad de productos de primera necesidad que pueden distribuirse a la gente se reduce día a día, apenas logramos sobrevivir. El aire que se respira en las veinte mil ciudades de dentro de las naves está tan lleno de contaminación como de desesperación.

—¿Y no tienen forma de solucionarlo? Quizá con recambios para las naves, o una actualización del software...

El dios negó con la cabeza.

—La civilización de los dioses vive sus últimos años. Somos dos mil millones de hombres y mujeres de tres mil años de edad al borde de la muerte. Centenares de generaciones llevaban viviendo en el confort de la Era de la Cuna Tecnológica antes que nosotros y por eso no queda nadie que entienda de tecnología, no tenemos forma de reparar esas naves que llevan funcionando autónomamente decenas de millones de años. Aunque parezca mentira, nuestra habilidad para el estudio y nuestros conocimientos tecnológicos son inferiores a los vuestros. No sabemos ni conectar un circuito para encender una bombilla ni solucionar una ecuación de segundo grado... Un día las naves nos comunicaron que estaban al borde del colapso. Los sistemas de propulsión ya no eran capaces de alcanzar la velocidad de la luz. A nuestra civilización no le quedó otro remedio que proseguir a una velocidad que no llegaba ni a una décima parte de la de la luz. Además de eso, los sistemas de renovación ecológica estaban al borde del colapso. Las máquinas eran incapaces de seguir

manteniendo vivos a una población de dos mil millones y nos pidieron que halláramos una salida.

—¿Nunca previeron que esto pasaría?

—Sí, claro, las naves nos avisaron hace dos mil años. Fue entonces cuando comenzamos a sembrar vida en la Tierra, para que tuviéramos adónde ir en el futuro.

—¿Ha dicho hace dos mil años?

—Sí, pero medidos según transcurre el tiempo a bordo. Eso equivale a treinta y cinco mil años terrestres atrás, cuando acababa de tener lugar un enfriamiento de la Tierra.

—Permítame que le pregunte: dice que ya no disponen de tecnología, pero ¿no se requiere de ella para crear vida?

—Oh, poner en marcha la evolución de la vida en un planeta es un proceso muy sencillo. Basta con dispersar las semillas, la vida se multiplica y evoluciona por sí misma. Disponíamos de este software ya desde antes de la Era de la Cuna Tecnológica. Simplemente poniendo en marcha el programa correspondiente las máquinas se encargan de llevarlo todo a cabo. El requisito fundamental para crear un planeta lleno de vida capaz de originar civilizaciones no es más que el tiempo, apenas unos miles de millones de años. Viajar a la velocidad de la luz tiene la ventaja de proporcionar un tiempo casi ilimitado. Por desgracia, nuestras aeronaves ya no son capaces de alcanzarla; de otro modo aún tendríamos la oportunidad de crear nueva vida y nuevas civilizaciones y dispondríamos de más opciones, pero su lentitud nos limita. No podemos llevarlo a cabo.

—De modo que han venido a la Tierra a pasar los últimos años de su vida.

—Eh... sí, sí, eso es. Confiamos en que sintáis la obligación moral de acoger a quienes fueron vuestros creadores.

Apoyándose en el bastón, el dios trató de hacer una reverencia ante los líderes de las naciones, pero por poco se da de bruces.

—Y ¿cómo piensan vivir aquí?

—Si todos nos concentráramos en un mismo rincón de la Tierra no sería muy diferente de quedarnos en el espacio y morir allí. Lo que nos gustaría es integrarnos dentro de vuestras sociedades, dentro de vuestras familias. En sus inicios, la civilización de los dioses también estaba formada por familias. Vuestra civilización se encuentra todavía en su infancia, la etapa más preciosa de todas. Para nosotros sería maravilloso revivirla y pasar el resto de nuestros días al calor de una familia.

—Son ustedes dos mil millones. Eso significa que cada familia de la Tierra debería acoger a uno o dos dioses —dijo el Secretario General.

La sala quedó sumida en el más absoluto silencio.

—Eh... sí, en efecto, sí... Sentimos causar tantas molestias...

El dios siguió haciendo reverencias sin apartar la vista del secretario general y los líderes mundiales.

—Por supuesto —añadió—, vamos a compensaros.



Agitó su bastón y aparecieron dos dioses barbudos más. Transportaban con dificultad un cofre metálico de color plateado.

—Mirad, esto es un dispositivo de almacenaje de información de alta densidad. Se dedica a almacenar de manera sistemática todos los avances de nuestra civilización en los campos de la ciencia y de la tecnología. Con esto, el desarrollo de vuestra civilización dará un salto cualitativo. Pienso que os gustará.

El secretario general, al igual que los líderes de todas las naciones, miraba aquel cofre de metal con un entusiasmo apenas disimulado.

—El cuidado y la manutención de los dioses es responsabilidad de la raza humana —proclamó al acto—. Evidentemente se trata de una decisión que deberá ser ratificada por las distintas naciones, pero creo que, en principio...

—Sentimos causar tantas molestias... Sentimos causar tantas molestias... —repetía el dios sin dejar de hacer reverencias. Tenía el rostro cubierto de lágrimas.

Cuando el secretario general y los líderes de las naciones abandonaron el edificio de las Naciones Unidas se encontraron a decenas de miles de dioses reunidos. Inclínaban la cabeza en señal de respeto y murmuraban algo. El secretario general escuchó con atención y se dio cuenta de que estaban hablando en las distintas lenguas de la Tierra, pero todos pronunciaban la misma frase:

—Sentimos causar tantas molestias... Sentimos causar tantas molestias...

## IV

Dos mil millones de dioses descendieron a la Tierra. Cayeron atravesando la atmósfera enfundados en trajes especiales. Uno podía ver los arañazos de color en el cielo incluso a plena luz del día. Cuando aterrizaron, fueron distribuidos entre mil quinientos millones de familias. Todo el mundo albergaba un gran optimismo de cara al futuro, pues al haber recibido los conocimientos científicos y tecnológicos de los dioses pensaban que la humanidad iba a entrar en el paraíso de la noche a la mañana. Bajo la influencia de ese optimismo, cada familia aceptó acoger a uno o dos dioses.

En la fecha señalada, muy de mañana, Qiusheng, su familia y el resto de habitantes de la aldea aguardaban a la entrada de Xicen para recibir a los dioses que les habían sido asignados.

—¡Qué día tan hermoso! —exclamó Yulian, emocionada.

Además de reflejar su euforia, aquel comentario aludía también al hecho de que, en el espacio de una sola noche, las naves que habían ocupado el cielo hasta el

momento habían desaparecido para dejar paso a un vasto y radiante cielo azul. Ningún humano había sido admitido a bordo de las naves. No por oposición de los dioses, sino porque las mismas naves se negaban. No reconocieron las diversas sondas primitivas que envió la Tierra y sellaron sus puertas. En cuanto el último grupo de dioses saltó a la atmósfera, las más de veinte mil naves se apartaron de su órbita a la vez. No fueron muy lejos, simplemente se desviaron hasta el cinturón de asteroides. Aunque las naves eran antiquísimas, seguían funcionando rutinariamente. Servir a los dioses era su único cometido, de modo que iban a mantenerse próximas a los dioses en caso de que estos volvieran a necesitarlas.

Dos autobuses llegaron a Xicen procedentes de la cabecera de condado. Transportaban a los ciento seis dioses asignados a la aldea. Qiusheng y Yulian dieron la bienvenida a su dios y se dispusieron a acompañarlo hasta su casa. Caminaban uno a cada lado del anciano, cogiéndolo afectuosamente del brazo. Bingbing y el padre de Qiusheng iban detrás, sonrientes.

—Señor... em... Señor Dios —dijo Yulian con una sonrisa radiante, apoyando la cara en el hombro del anciano—, dicen que la tecnología que nos han dado va a permitirnos poner en práctica el auténtico comunismo, que pronto todo el mundo tendrá cubiertas todas sus necesidades y las cosas no costarán dinero. Sólo habrá que ir a la tienda a recogerlas.

El dios le dedicó una sonrisa y asintió, con la cabellera blanca meciéndose al viento. Empleando un mandarín con bastante acento, le dijo:

—Así es, pero eso de cubrir las necesidades básicas es solamente el principio. La tecnología que os hemos dado va a proporcionaros una vida de prosperidad, bienestar y comodidades como nunca imaginasteis.

—¡Uy, no! —repuso Yulian, sonriendo de oreja a oreja—. Yo me conformo con lo que me corresponda...

—Bien dicho, sí, señor —asintió enfáticamente el padre de Qiusheng.

—¿Y podremos vivir sin envejecer, como usted? —preguntó Qiusheng.

—No es que no envejecamos, sino que vivimos más tiempo que vosotros. ¿No ves lo arrugado que estoy? En realidad, vivir más de tres mil años no es muy diferente a estar muerto. Para una civilización, la longevidad extrema de sus individuos puede ser fatal.

—¡Oh, a mí no me hacen falta tres mil años, con trescientos me vale! —repuso jocoso el padre de Qiusheng, que ya sonreía tanto como Yulian—. Así, a mi edad de ahora, todavía sería un muchacho, quién sabe si aún podría... Je, je, je...

La aldea celebró la ocasión como si se tratara del Año Nuevo Lunar. Cada casa organizó un festín de bienvenida para su dios y la familia de Qiusheng no fue excepción.

El padre de Qiusheng, achispado casi desde el primer cuenco de licor de arroz añejo que estrenaban para la ocasión, le mostró el pulgar al dios en señal de aprobación.

—¡Bravo por ustedes! Crear tantos seres vivos... ¡es cosa de magia!

El dios, que también estaba bebiendo lo suyo pero mantenía la mente clara, negó con la mano.

—Oh, no, no —enfaticó—, eso no tiene nada de mágico, es puramente ciencia. Cuando la biología avanza hasta un determinado punto, la vida puede crearse como se construye una máquina.

—¡Diga lo que quiera, pero para nosotros, ustedes son como los taoístas inmortales que bajaron de los cielos!

El dios negó con la cabeza.

—Los entes sobrenaturales nunca cometen errores. Nosotros, en cambio, cometimos uno detrás de otro durante vuestra creación.

—¿Cometieron errores? —preguntó Yulian con ojos de extrañeza. No imaginaba que el proceso de creación de millones de vidas distara mucho del modo tan natural y libre de complicaciones en que ella había alumbrado a Bingbing ocho años atrás.

—Bastantes. Os voy a poner un ejemplo relativamente reciente. El software que creó el mundo se equivocó a la hora de analizar el entorno de la Tierra y, como resultado, aparecieron criaturas como los dinosaurios: cuerpos enormes y casi nula capacidad de adaptación. Al final tuvimos que eliminarlos para facilitar vuestra evolución. Otro ejemplo aún más reciente: desaparecidas las antiguas civilizaciones egeas, el software consideró que la civilización terrícola estaba ya suficientemente establecida y cesó sus labores de monitorización y ajuste. Fue como esperar que un reloj de cuerda siga funcionando solo. Por supuesto, aquello generó muchos más errores. Por ejemplo, deberíamos haber permitido que la antigua civilización griega se desarrollara en solitario impidiendo que fuera conquistada primero por los macedonios y después por los romanos. A pesar de que ambos terminaron siendo herederos de esta, la dirección del desarrollo de Grecia se vio alterada...

Ningún miembro de la familia entendía una palabra de lo que explicaba el dios, pero por respeto siguieron escuchando.

—Más tarde aparecieron dos grandes potencias: la China Han y el Imperio romano. Al contrario de lo sucedido anteriormente con Grecia y sus invasores, estas dos civilizaciones sí deberían haber entrado en contacto.

—Esta China Han de la que habla es la dinastía Han de Liu Bang y Xiang Yu, ¿verdad? —intervino el padre de Qiusheng, que por fin oía algo que le era familiar—. Pero ¿qué es eso del Imperio romano?

—Creo que era un país extranjero de la época —trató de explicar Qiusheng—. También era muy grande.

—¡¿Qué?! —exclamó con extrañeza el padre—. Mire cómo terminamos en la dinastía Qing cuando vinieron los extranjeros, ¿aún dice que deberían haberse acercado antes, durante la dinastía Han?

Al dios le hizo gracia el comentario.

—No habría sido lo mismo —negó con una sonrisa divertida—. Por aquel

entonces la China Han era tan poderosa como el Imperio romano...

—Eso es igual de terrible. ¡De haberse enfrentado dos grandes potencias, habrían corrido ríos de sangre!

El dios asintió mientras se servía más cerdo en salsa picante con los palillos.

—Posiblemente. Pero las chispas generadas por el choque de las civilizaciones de Oriente y Occidente habrían prendido la llama del progreso y la humanidad habría avanzado sobremanera... Ah, de no haber sido por aquellos errores a estas alturas los terrícolas habríais colonizando Marte y vuestras sondas interestelares estarían viajando más allá de Sirius...

El padre de Qiusheng alzó su cuenco de licor y, con solemne admiración, sentenció:

—Dicen que han vuelto a la cuna y han olvidado la ciencia... ¡Pero, en mi opinión, ustedes los dioses poseen aún gran sabiduría!

—Para llevar una vida entretenida en la Era de la Cuna Tecnológica sigue siendo útil saber algo de filosofía, de arte o de historia... Pero hablo de conocimientos generales, no de auténtica erudición. La realidad es que la mayoría de investigadores terrícolas poseen conocimientos mucho más exhaustivos que los nuestros.

\* \* \*

Los primeros meses de integración en la sociedad humana fueron para los dioses una especie de edad de oro en la que convivieron armoniosamente con las familias terrícolas. Inmersos en la afectuosidad de la vida familiar que tan largamente tenían olvidada, sentían como si su civilización hubiera regresado a sus comienzos. No eran capaces de imaginar un modo mejor de pasar los últimos años de sus longevas vidas.

El dios de la familia de Qiusheng disfrutaba del día a día en su hermosa aldea del sur de China. Iba al estanque a pescar a diario, charlaba con los demás ancianos del lugar, jugaba al ajedrez chino y de esta forma pasaba el tiempo, pero lo que más le gustaba, con diferencia, era la ópera tradicional. No se perdía ninguna de las representaciones de las compañías que pasaban por la aldea. Su ópera favorita era *Liang Shanbo y Zhu Yingtai*, una trágica historia de amor cuyos protagonistas no logran reencontrarse hasta después de muertos, reencarnados en sendas mariposas. No le bastaba con verla una vez. Llegó incluso a seguir a una compañía durante más de cincuenta kilómetros para poder asistir a varias actuaciones consecutivas. Al final Qiusheng fue a la ciudad y le compró el VCD de la ópera. El dios lo puso una y otra vez hasta que fue capaz de tararear con soltura algunos versos.

Cierto día, Yulian descubrió un secreto.

—¿Os habéis fijado —les confió en voz baja a Qiusheng y a su suegro— que cada vez que el señor dios termina de escuchar su ópera siempre se saca una tarjeta del bolsillo? ¿Y que se pone a tatarrear versos mientras la mira? Pues hace un rato he podido ver de refilón lo que es: una foto. ¡La foto de una mujer!

Aquella noche, el dios escuchó *Liang Shanbo* y *Zhu Yingtai* una vez más y, después, sacó la fotografía de la mujer y comenzó a tararear. El padre de Qiusheng se le acercó con sigilo.

—¿Qué es eso que mira? ¿Es su novia de joven?

Sobresaltado, el dios escondió la foto de inmediato y le dedicó una sonrisa inocente.

—Je... je, je, sí... Me enamoré de ella hace dos mil años.

Yulian, que estaba escuchando a escondidas, no pudo evitar un gesto de repugnancia. ¡Hacía dos mil años! Teniendo en cuenta lo mayor que era, aquello le daba grima.

El padre de Qiusheng se interesó por la foto, pero el dios se puso tan a la defensiva que hubiera sido feo pedírsela, de modo que se conformó con escuchar la historia que le relató.

—Por entonces los dos éramos muy jóvenes. Ella era de los pocos que no habían sido seducidos del todo por las comodidades de la vida en la Cuna Tecnológica, y decidió emprender una gran expedición rumbo a los confines del universo. Oh, no es necesario que pierdas tiempo pensando en ese tema, es realmente difícil de entender. El caso es que ella esperaba que la expedición sirviera para hacer despertar a la civilización de los dioses de su letargo, pero por supuesto la cosa se quedó en un hermoso sueño y nada más. Quería que me fuera con ella, pero no tuve el coraje. La interminable desolación del universo me asustaba, ¡se trataba de un viaje de más de veinte mil millones de años luz! De modo que se marchó sola. Y yo, en los dos mil años siguientes, no he dejado de añorarla.

—¿Veinte mil millones de años luz? Eso, según lo que usted me ha explicado, es la distancia que viaja la luz en veinte mil millones de años, ¿verdad? ¡Vaya, vaya! Sí que se fue lejos... Señor Dios, tiene usted que olvidarse de ella, ya no volverá a verla nunca más...

El dios asintió, exhalando un hondo suspiro.

—Aunque... Ella ahora debe ser de su edad también, ¿no?

El dios volvió de su ensimismamiento.

—Oh, no —dijo, negando con la cabeza—. Para un viaje tan largo la nave debe volar a una velocidad cercana a la de la luz. Eso significa que ella continúa siendo joven, el único que ha envejecido soy yo. No tenéis idea de lo vasto que es el universo... Lo que a vosotros os parece una eternidad no es más que un grano de arena en el espacio-tiempo... ¡Ah, cómo envidio a veces el hecho de que no seáis capaces de comprender según qué cosas...!

## V

El idilio entre dioses y humanos duró poco.

Al principio la gente se sentía eufórica porque estaba convencida de que todo el material científico que los dioses habían proporcionado iba a permitir a la humanidad poder cumplir sus sueños en un tiempo récord. Con ayuda de dispositivos de interfaz proporcionados por los mismos dioses, se recuperó una ingente cantidad de información del dispositivo de almacenamiento y acto seguido comenzaron las labores de traducción al inglés. Para que no hubiera disputas, se distribuyeron copias para cada una de las naciones del planeta. Sin embargo, muy pronto fue evidente que materializar la tecnología de los dioses iba a ser imposible, como mínimo, en aquel siglo. Para entender la encrucijada en que se veían los humanos, basta con imaginar lo que habría pasado si alguien viajara hacia atrás en el tiempo y les proporcionara información tecnológica moderna a los antiguos egipcios.

Conforme la amenaza del agotamiento de las reservas petrolíferas se cernía sobre la humanidad, las tecnologías energéticas pasaron a ser la prioridad para todos. Por desgracia, los científicos e ingenieros descubrieron que en aquel momento la tecnología de los dioses no servía de nada. La fuente de energía de los dioses se basaba en el principio de aniquilación materia-antimateria y, aun en el caso de que la humanidad pudiera desarrollar los materiales y finalmente crear un generador y un motor de aniquilación (algo del todo imposible en el curso de una sola generación), habría sido en vano. La razón era que el combustible de estos motores, la antimateria, debía extraerse de las profundidades del espacio. De acuerdo con la información proporcionada por los dioses, la fuente de antimateria más próxima a la Tierra se encuentra entre la Vía Láctea y la galaxia de Andrómeda, a unos quinientos cincuenta mil años luz de distancia. La tecnología necesaria para realizar viajes interestelares a una velocidad cercana a la de la luz implicaba a todos los campos del conocimiento y la mayor parte de teorías y técnicas reveladas por los dioses seguían escapando a la capacidad de comprensión humana. Solamente llegar a entender sus fundamentos iba a suponerles a los investigadores medio siglo de trabajo. Al principio, los científicos, esperanzados, habían buscado en la literatura de los dioses información técnica acerca de la fisión nuclear, pero no había nada. Era fácil de comprender: los libros sobre ciencias de la energía modernos tampoco enseñaban a hacer fuego con dos palos.

En el resto de campos científicos, como las tecnologías de la información o la biología (incluyendo los secretos para prolongar la longevidad humana), ocurrió exactamente lo mismo. Ni los más expertos investigadores eran capaces de aprehender el conocimiento de los dioses. El gran abismo que existía entre la ciencia de unos y de otros era insalvable.

Los dioses que habían descendido a la Tierra fueron incapaces de ayudar a los científicos en nada. Tal y como había dicho aquel dios en las Naciones Unidas, raro

era el dios que aún supiera solucionar una ecuación de segundo grado. Sus naves espaciales, flotando a la espera en el cinturón de asteroides, ignoraron todo intento de contacto por parte de la Tierra. La raza humana era un grupo de estudiantes de primaria a quienes de repente se les exigía trabajar con materiales de un doctorando sin ayuda de profesor alguno.

Por otro lado, la población de la Tierra había aumentado en dos mil millones de habitantes de manera súbita. Todos eran individuos de edad extremadamente avanzada que no producían y, además, la mayoría de ellos estaba enfermo, por lo que la presión bajo la que vivía la humanidad alcanzó unos niveles sin precedentes. Como resultado, cada gobierno se vio obligado a pagar pensiones considerables a cada una de las familias que acogía a algún dios. La sanidad y el resto de infraestructuras públicas estaban sobresaturadas y la economía mundial se hallaba al borde del colapso.

\* \* \*

Las buenas relaciones entre el dios y la familia de Qiusheng se deterioraron sin remedio. Gradualmente, la familia comenzó a verlo como una carga que les había caído del cielo. Todos empezaron a despreciarle, aunque cada uno por sus propios motivos.

El motivo de Yulian era el más práctico de todos y el que más se acercaba a la raíz del asunto: el dios los condenaba a ser pobres. De todos los miembros de la familia, era ella la que causaba más recelo al dios. La lengua afilada de la mujer le resultaba más temible que cualquier agujero negro o supernova. En cuanto Yulian vio que aquel sueño suyo de poder vivir el auténtico comunismo se había desvanecido, comenzó a meterse con él. Le contaba lo bien que vivía la familia antes de que llegaran y lo prósperos que eran, que todo era mejor antes, se quejaba de la mala suerte de tener que cargar con un vejestorio como él... Nunca desaprovechaba la oportunidad de darle la lata con algo. El dios sufría además de bronquitis crónica. No era una enfermedad demasiado cara de tratar, pero era crónica y suponía un dispendio constante. Al final Yulian le prohibió a su marido que llevara al dios al doctor y dejó de comprar las medicinas. Cuando el secretario de la rama local del Partido Comunista se enteró, se presentó en casa de Qiusheng.

—Tenéis que pagar el tratamiento de vuestro dios —le dijo a Yulian—. El doctor del hospital de la ciudad me ha dicho que si empeora, su bronquitis podría terminar convirtiéndose en un enfisema pulmonar.

—¡Si quiere que lo traten, que lo pague la aldea, o el gobierno! —espetó Yulian al secretario—. ¡A nosotros no nos sobra el dinero!

—Yulian, la Ley de Sustento a los Dioses establece que cada familia tiene que correr con este tipo de gastos médicos menores. La pensión que recibís del gobierno sirve para, entre otras cosas, esto.

—¡Esa birria que nos dan no vale para nada!

—¡No te permito que digas eso! ¡En cuanto empezasteis a recibirla os comprasteis una vaca, os pasasteis al butano y tenéis hasta televisión en color! ¿Me estás diciendo en serio que no te queda dinero para llevarlo al médico? Todo el mundo sabe que en esta familia eres tú la que lleva los pantalones, así que te lo voy a dejar claro: por esta vez te ahorro pasar vergüenza, pero no te confíes, la próxima no seré yo quien venga, sino el Comité de Apoyo a los Dioses del condado. ¡Entonces verás lo que es bueno!

A Yulian no le quedó otro remedio que volver a correr con los gastos médicos del dios, pero a partir de aquel día se volvió aún más deslenguada con él.

Una vez, el dios le dijo a Yulian:

—No te preocupes. Los humanos sois muy inteligentes y aprendéis rápido. En solamente un siglo los aspectos más básicos de nuestros conocimientos comenzarán a ser aplicables y vuestra vida mejorará.

—¡Ja! ¡Un siglo entero! —exclamó Yulian, que estaba lavando los platos de espaldas al dios, sin volverse hacia él—. Y aún dice que «solamente»... ¿No sabe usted lo que está diciendo?

—Eso es muy poco tiempo...

—¡Para ustedes! ¿Se cree que nosotros duramos tanto? ¡En un siglo, de mí no encontrarán ni los huesos! Pero déjeme que le pregunte: ¿a usted cuánto tiempo más cree que le queda?

—Ah —suspiró el dios—, me temo que la llama de mi vida está a punto de extinguirse... Si vivo tres o cuatro siglos terrestres más ya podré darme por satisfecho.

Yulian dejó caer al suelo el montón de cuencos apilados que tenía en las manos.

—¡Pero bueno! ¡Lo estamos manteniendo y ahora resulta que va a enterrarnos a todos! ¿O sea, que no seré yo sola la que tenga que trabajar como una mula toda mi vida por usted, sino que mis hijos, mis nietos y diez generaciones más también? ¡Cómo tiene la facha de decir que no se muere!

\* \* \*

Por su parte, el padre de Qiusheng estaba convencido de que el dios era un fraude. En realidad aquella era una opinión bastante extendida. Dado que los científicos eran incapaces de comprender la literatura científica de los dioses, resultaba imposible asegurar su autenticidad. Cabía la posibilidad de que la humanidad entera estuviera siendo víctima de un engaño por parte de los dioses. A ojos del padre de Qiusheng, había pruebas más que suficientes para demostrarlo.

—¡Viejo mentiroso! —le dijo al dios un día—. No he visto embustero más grande que tú. Te pondría en evidencia, pero me da pereza. No vale la pena que pierda mi tiempo en eso... ¡Ni tan siquiera que lo pierda mi nieto!



El dios le preguntó qué era lo que le hacía sospechar.

—Para empezar, algo muy sencillo: nuestros científicos saben que el hombre viene del mono, ¿no es verdad?

El dios asintió.

—Siendo más exactos, evolucionasteis a partir de primates.

—Entonces ¿cómo puedes decir que nos creasteis? Puestos a hacer humanos ¿por qué no darles nuestra forma actual? ¿Por qué hacernos pasar por todo ese rollo de la evolución? ¡No tiene lógica!

—De la misma manera que el hombre nace siendo un bebé y crece hasta que se hace adulto, también una civilización debe partir de un estado primitivo. El largo camino de la experiencia no se puede obviar. A decir verdad, el primer origen del ser humano se remonta a una especie mucho más primitiva, los primates ya eran seres evolucionados.

—Yo no me trago ese cuento... Pero espera, voy a ponerte un ejemplo todavía más obvio. Esto me lo dijo mi nieto: nuestros científicos dicen que en la Tierra la vida existe desde hace más de treinta mil millones de años. Eso lo admites, ¿no?

—Es una estimación razonablemente correcta, sí —asintió el dios.

—¿Entonces tienes treinta mil millones de años de edad?

—Según vuestro marco de referencia, sí. Pero de acuerdo con el marco de referencia de nuestras naves apenas tengo tres mil quinientos años. Las naves solían volar a una velocidad cercana a la de la luz, por lo que para nosotros el tiempo transcurría de forma mucho más lenta que para vosotros. Por supuesto, de vez en cuando algunas naves deceleraban y bajaban a la Tierra a hacer los ajustes necesarios para que la evolución de la vida fuera posible, pero eso no requería mucho tiempo, enseguida recuperaban la velocidad original y continuaban adelantándose al paso del tiempo.

—¡Bah, pamplinas! —exclamó el abuelo.

—Padre, eso es la teoría de la relatividad —intervino Qiusheng—. Nuestros científicos ya la han demostrado.

—¡Qué relatividad ni qué...! Tú también quieres confundirme, ¿cómo va a ser eso posible? ¡El tiempo no es como una gota de aceite de sésamo que pueda fluir a distintas velocidades! Seré viejo, pero aún no he perdido el seso... ¡En cambio tú, de tanto leer, te has vuelto majareta!

—Enseguida voy a demostraros que el tiempo transcurre a distintas velocidades —anunció el dios con gesto misterioso. Sacó la foto de quien dos milenios atrás fue su enamorada y se la entregó a Qiusheng—. Observadla con atención y memorizad cada detalle.

Desde el primer instante en que Qiusheng posó los ojos en aquella fotografía supo que iba a recordar cada detalle, pues resultaba una visión imposible de olvidar. Al igual que ocurría con los demás dioses, los rasgos de la mujer de la foto parecían resultar de una mezcla de todas las razas. Su piel era tersa y nívea como el marfil y

tenía unos ojos tan grandes y expresivos que parecían hablar sin palabras. A Qiusheng le robó el alma de inmediato. Era una mujer única entre los demás dioses, era una diosa única entre las demás mujeres. Y es que, para un humano, aquella belleza divina suya resultaba tan ignota como irresistible como un segundo sol que hubiera aparecido de súbito.

—¡Míralos! ¡Se les cae la baba! —dijo Yulian, arrebatando la foto de manos de un Qiusheng absorto. Sin embargo, antes de que pudiera echarle un vistazo, su suegro se la quitó.

—¡A ver, a ver! —dijo el anciano, acercando la fotografía a sus vetustos ojos lo máximo que pudo. Durante un largo instante no se movió, como si la foto le proporcionara todo el sustento que necesitaba.

—Pero ¿por qué la mira tan de cerca? —le recriminó Yulian.

—¡Deja! No llevo las gafas puestas —replicó el abuelo, con la cara prácticamente pegada a la foto.

Después de observar a su suegro con mirada desdeñosa durante varios segundos, Yulian, enfurruñada, se metió en la cocina.

Entonces el dios tomó la fotografía de manos del padre de Qiusheng, que hizo ademán de querer seguir sosteniéndola.

—Recordad todos los detalles. Mañana a esta hora os dejaré verla de nuevo.

Al día siguiente, padre e hijo apenas se hablaron. Los dos estaban concentrados pensando en la mujer, de modo que no tenían mucho que decirse. Yulian estaba aún de peor humor que de costumbre. Cuando por fin llegó la hora, el dios parecía haber olvidado su promesa y el padre de Qiusheng tuvo que recordársela. Cuando por fin volvió a sacar la foto en la que los dos hombres habían pasado el día pensando, se la entregó primero a Qiusheng.

—Mira atentamente. ¿Notas algún cambio en ella?

—No, ninguno —respondió Qiusheng, tratando de fijarse. Al cabo del rato notó algo.

—¡Ay, sí! El espacio entre sus labios parece algo más estrecho. No mucho, sólo un poco. Y aquí, en la comisura...

—¿Es que no tienes vergüenza? ¡Mirando tan de cerca a otra mujer!

Como el día anterior, Yulian le arrebató la foto a su marido y, también como el día anterior, el suegro se la quitó.

—Dejadme ver... —El padre de Qiusheng se había puesto las gafas y examinaba atentamente la imagen—. Sí, es verdad, la boca parece más cerrada. Pero has pasado por alto otro detalle aún más obvio. Mira este mechón. Parece que desde ayer se hubiera movido un poco a la derecha.

El dios tomó la foto de manos del padre de Qiusheng.

—Esto no es una fotografía, sino un aparato de televisión.

—¿Una... televisión?

—Sí. Está recibiendo la imagen en directo emitida por aquella nave exploradora

que viaja rumbo a los confines del universo.

—¿En directo? ¿Cómo la retransmisión de un partido?

—Sí.

—Entonces... La mujer de esta imagen... ¡está viva! —exclamó Qiusheng, boquiabierto.

Incluso Yulian se había quedado con los ojos como platos.

—Sí, está viva. Pero a diferencia de una retransmisión en directo desde la Tierra, esta señal llega con retraso. La nave exploradora se encuentra ya a unos ochenta millones de años luz de distancia, de modo que la demora es de ochenta millones de años. La imagen que vemos es la de cómo era ella hace ochenta millones de años.

—¿Y una cosa tan pequeña puede recibir una señal desde tan lejos?

—Este tipo de comunicación a super larga distancia a través del espacio requiere el uso de neutrinos u ondas gravitacionales, solo nuestras naves son capaces de recibir la señal. Luego la amplifican y la retransmiten a estas televisiones.

—¡Es una joya! ¡Una auténtica joya! —se admiró el padre de Qiusheng, sin dejar claro si estaba refiriéndose al minúsculo aparato o a la mujer de la imagen.

En cualquier caso, tanto el padre de Qiusheng como este, al enterarse de que la mujer seguía viva, se sintieron aún más fascinados. Qiusheng quiso volver a coger la televisión, pero el dios no se la entregó.

—¿Por qué se mueve tan despacio? —quiso saber Qiusheng.

—Eso es a resultas de las distintas velocidades a las que fluye el tiempo. Desde nuestro marco de referencia, el tiempo dentro de una nave que vuela a la velocidad de la luz transcurre extremadamente lento.

—Pero, entonces... ¿Ella puede hablar con usted? —preguntó Yulian señalando la televisión.

Asintiendo, el dios pulsó un botón situado en la parte de atrás del aparato, que inmediatamente comenzó a emitir un sonido. Se trataba de una delicada voz de mujer, pero el sonido no variaba. Era como una cantante que sostenía una nota al final de una canción. El dios miraba la pantalla con ojos de ternura.

—Me habla. Ahora mismo está terminando de decir «Te quiero». Cada sílaba requiere algo más de un año. Han pasado tres años y medio desde que empezó, de modo que ahora está terminando el «-ro». Acabará la frase en cosa de tres meses.

El dios apartó los ojos de la televisión para dirigirlos al cielo que se abría sobre el patio.

—Todavía tiene más cosas que decirme. Y yo seguiré escuchándola hasta el mismo día de mi muerte.

\* \* \*

Bingbing mantenía una relación razonablemente buena con el dios. A todos los dioses les gustaba hablar y jugar con los niños porque ellos mismos tenían algo de

infantiles también. Sin embargo, un día Bingbing quiso que el dios le diera su reloj de pulsera, a lo que este se negó. Le explicó que aquel reloj era una herramienta de comunicación de la civilización de los dioses y que sin él no iba a poder comunicarse con sus iguales.

—¡Ja! ¿Has visto? ¡Solo piensa en los suyos, nunca nos ha considerado de la familia! —se quejó Yulian, muy ofendida.

Después de aquello Bingbing dejó de portarse bien con el dios y empezó a gastarle bromas pesadas.

\* \* \*

El único miembro de la familia que siguió tratando al dios con el debido respeto fue Qiusheng. Había terminado el instituto y le gustaba leer. Descontando a unos pocos que aprobaron el examen de ingreso y estudiaron en la universidad, él era la persona más cultivada de la aldea. Pero Qiusheng carecía de autoridad en casa. Hacía prácticamente todo lo que le decía su mujer y también obedecía los mandatos de su padre. Si alguna vez la esposa y el padre le daban órdenes contradictorias, lo único que era capaz de hacer era retirarse a un rincón a llorar. Siendo así de blando, era de esperar que fuese incapaz de proteger al dios.

## VI

Las relaciones entre dioses y humanos fueron deteriorándose hasta un punto en el que ya no hubo vuelta atrás.

La ruptura entre el dios y la familia de Qiusheng se produjo tras un altercado relacionado con un paquete de fideos instantáneos. Un día, antes de la comida, Yulian salió de la cocina con el paquete en la mano y preguntó cómo podía ser que faltara la mitad si acababa de comprarlo el día anterior.

—He sido yo —admitió el dios con la cabeza gacha—. Se los he llevado a los dioses del río, ya casi no les queda nada que comer.

Se refería a los dioses que habían dejado sus familias y se hacinaban en el río. En los últimos tiempos se habían dado varios casos graves de maltrato hacia ellos. Una pareja especialmente agresiva había insultado y abofeteado a su dios y habían llegado a negarle la comida. El dios trató de suicidarse en el río que pasaba por delante del

pueblo, pero por suerte hubo quien se lo impidió. El incidente fue tan comentado que llegó a oídos del condado y vino la policía de la ciudad acompañada de un montón de periodistas de la Televisión Central de China y de las televisiones provinciales. Se llevaron a la pareja esposada. De acuerdo con la Ley de Sustento a los Dioses, habían cometido un delito penado con hasta diez años de prisión. Aquella era la única ley compartida por todas las naciones del mundo y con penas fijadas universalmente. Tras aquel episodio, las familias de la aldea se volvieron más cautas y dejaron de tratar mal a los dioses delante de los demás. Sin embargo, al mismo tiempo, todo aquello causó que las relaciones entre los dioses y los aldeanos empeoraran. Algunos de los dioses dejaron a sus familias, tras lo cual otros más les imitaron y, al final, un tercio de los dioses de Xicen había abandonado la casa de su familia asignada. Terminaron acampando en el campo al otro lado del río. Llevaban una vida dura y primitiva.

La situación era la misma tanto en las demás regiones del país como en el resto del mundo; las calles volvían a verse inundadas de dioses errantes. Su número aumentó tan rápidamente como lo había hecho durante la pesadilla vivida años atrás. El mundo, lleno de dioses y personas, se enfrentaba a una crisis de enormes proporciones.

—Pero qué generoso es, regalando nuestra comida... ¡Cómo se atreve! —bramó Yulian. Entonces comenzó a lanzar todo tipo de improperios.

—¡Viejo inútil! —intervino el padre de Qiusheng, dando un golpe con el puño sobre la mesa—. ¡Lárgate ya! ¿No echas tanto de menos a los dioses del otro lado del río? ¡Pues, hala, lárgate con ellos!

El dios bajó la cabeza y reflexionó en silencio durante unos instantes. Después se puso en pie, fue a su habitación y comenzó a recoger sus cosas en un fardo. Apoyándose en su bastón de bambú, poco a poco llegó hasta la puerta, la abrió y se marchó en dirección al río.

Qiusheng no comió con el resto de la familia. Permaneció acucillado en un rincón con la cabeza gacha y sin decir palabra.

—¡Eh, bobalicón! —le gritó su mujer—. Ven a comer a la mesa. Esta tarde tenemos que ir al pueblo a comprar forraje.

Viendo que no le hacía caso, fue a tirarle de la oreja.

—Suéltame —le dijo Qiusheng. No había levantado el tono de voz, pero Yulian apartó la mano de inmediato. Nunca había visto a su marido con aquel gesto tan sombrío.

—Déjalo —refunfuñó el padre de Qiusheng—. Si no quiere comer, peor para él.

—¡Qué te pasa! ¿Echas de menos a tu dios, es eso? —Yulian le dio unos golpecitos con el dedo en la cabeza—. ¡Pues lárgate tú también con él y con sus amigos!

Qiusheng se levantó y subió las escaleras hasta su dormitorio. Del mismo modo que el dios, reunió algunas cosas, las metió en una bolsa de lona que había utilizado

en la época en que buscaba trabajo en la ciudad, y con ella a la espalda salió por la puerta de la casa.

—¡Adónde vas, alcornoque! —le gritó su mujer.

Qiusheng la ignoró y siguió su camino. Ella volvió a gritarle, pero esta vez el miedo quebraba su voz: —¿Cuándo vas a volver?

—No voy a volver —dijo Qiusheng sin mirar atrás.

—¡¿Qué?! ¡Haz el favor de venir aquí ahora mismo! ¿Estás mal de la cabeza?

El padre de Qiusheng lo siguió.

—Pero ¿qué te pasa? ¡Aunque no te importen tu mujer y tu hijo, cómo te atreves a abandonar a tu padre!

Qiusheng se detuvo. Sin volverse, dijo:

—¿Y por qué iba usted a importarme?

—¿A quién crees que le hablas de esa manera? ¡Soy tu padre, yo te crié! Tu madre murió muy joven, ¿crees que fue fácil para mí criaros a tu hermana y a ti? ¡Anda al carajo!

Por fin, Qiusheng se dio la vuelta para mirar a su padre.

—Si usted se ve capaz de echar de casa a quien creó a los ancestros de los ancestros de nuestros ancestros, no creo que yo vaya a cometer un gran pecado por no cuidarlo en sus últimos años.

Dicho esto, se fue. Yulian y el abuelo se quedaron de pie en el umbral de la puerta, atónitos y sin habla.

Qiusheng se dirigió al antiguo puente de piedra y anduvo hasta las tiendas de los dioses. Vio que unos cuantos habían dispuesto una olla en la que bullían hierbas y hojas. Sus barbas blancas y el humo que emanaba de la olla reflejaban la luz del atardecer como en una escena sacada de algún mito atávico. Entonces Qiusheng dio con su dios.

—Señor Dios, véngase conmigo —conminó muy seriamente.

—No pienso volver a esa casa —replicó el dios, con la palma de la mano extendida.

—Ni yo tampoco. ¡Larguémonos de aquí! Podemos ir al pueblo de mi hermana y alojarnos un tiempo en su casa. Buscaré trabajo en la ciudad y, cuando lo encuentre, podremos alquilar un piso allí. Prometo cuidar de usted el resto de mi vida.

—Eres un buen hijo —contestó el dios, poniéndole la mano en el hombro—. Pero es hora de que nos marchemos —añadió, señalando su reloj de pulsera.

Qiusheng vio que todos los relojes de los dioses emitían una luz roja parpadeante.

—¿Marcharse? ¿Adónde?

—A las naves —respondió el dios, señalando el cielo.

Qiusheng levantó la vista y vio que había dos naves espaciales cerniéndose sobre el azul del cielo. Una de ellas flotaba más cerca; su forma y contorno resultaban enormes. La otra volaba a mucha más distancia y por tanto parecía más pequeña. Lo más sorprendente de todo es que de la primera de las dos descendía una especie de

hilo fino como la tela de una araña que llegaba hasta la Tierra. A medida que aquel hilo se desplazaba, el sol hacía brillar sus distintas secciones. Parecían relámpagos a plena luz del día.

—Se trata de un ascensor espacial —explicó el dios—. Ya hay desplegados más de cien en cada continente. Los usaremos para volver a nuestras naves.

Como Qiusheng descubriría más tarde, cuando una nave espacial hace caer un ascensor espacial desde una órbita geoestacionaria precisa de una gran masa al otro lado, en el espacio profundo, que haga de contrapeso. Ese era el cometido de la segunda nave que había visto. Cuando los ojos de Qiusheng se acostumbraron a la brillantez del cielo se dio cuenta de que había muchas más estrellas plateadas en la lejanía. Estaban distribuidas uniformemente y formaban un enorme entramado. Qiusheng entendió al fin que las veinte mil naves de la civilización de los dioses estaban regresando a la Tierra desde el cinturón de asteroides.

## VII

Veinte mil naves espaciales volvían a sobrevolar el cielo sobre la Tierra. Durante los dos meses siguientes un sinfín de cápsulas espaciales se dedicó a subir y bajar a lo largo de gigantescos ascensores distribuidos por todos los continentes. Recogían a los dos mil millones de dioses que habían pasado el último año en la Tierra. Las cápsulas espaciales tenían forma de esfera plateada. Desde la distancia parecían gotas de rocío deslizándose por una tela de araña.

El día en que los dioses de Xicen se marcharon, todos los aldeanos acudieron a despedirles. Todo el mundo se mostró muy afectuoso hacia ellos. La imagen recordaba a aquel día ya distante en el que los recibieron, era como si el desdén y los malos tratos que los dioses habían tenido que soportar hasta entonces no guardaran relación alguna con los aldeanos.

Los dos grandes autobuses aparcados a la entrada de la aldea eran los mismos que los habían llevado hasta allí un año antes. Iban a trasladar a los poco más de cien dioses hasta el ascensor espacial más cercano para que montaran en una de aquellas cápsulas. Aunque el ascensor se hallaba a cientos de kilómetros, desde la distancia podía distinguirse un hilo de plata que se perdía en el cielo.

La familia entera de Qiusheng había acudido a despedir a su dios. Nadie habló en todo el trayecto. Cuando llegaban a la entrada de la aldea, el dios se detuvo y, apoyándose en su bastón, se inclinó ante ellos.

—Por favor, a partir de aquí ya no hace falta que me acompañéis. Gracias por haber cuidado de mí durante este año. De verdad, gracias. Allá donde vaya a partir de ahora, siempre os recordaré.

Entonces se desabrochó el gran reloj de pantalla esférica que solía llevar en la muñeca y se lo entregó a Bingbing.

—Esto es para ti.

—Pero... ¿Cómo va a comunicarse con los otros dioses a partir de ahora?

—Estaremos todos en las naves. Ya no me hará falta —respondió el dios con una sonrisa.

—Señor Dios —se le dirigió, compungido, el padre de Qiusheng—. Sus naves se han quedado anticuadas y no durarán mucho más tiempo. ¿Adónde irán cuando eso ocurra?

El dios mesó su barba. Después, con gran serenidad, dijo:

—Eso no importa. El espacio no tiene límites... Moriremos donde sea que estemos.

Yulian se echó a llorar.

—Señor Dios... Me, me he portado muy mal, no debería haber descargado toda una vida de frustraciones sobre usted... Es como lo que me dijo Qiusheng, actué sin un ápice de compasión... —Entonces le entregó una cesta de bambú—. Le he cocido unos huevos esta mañana. Lléveselos para el viaje.

El dios aceptó la cesta.

—¡Gracias!

Entonces sacó un huevo, lo peló y empezó a comérselo, saboreándolo con fruición. Mientras seguía comiendo, con la barba llena de restos de yema amarilla, añadió:

—En realidad no vinimos a la Tierra únicamente para poder sobrevivir. Después de dos o tres mil años de vida, ¿qué tendrá uno que temerle a la muerte? Pero queríamos estar con vosotros. Nos gusta y apreciamos vuestra pasión por la vida, vuestra creatividad, vuestra imaginación. Todas esas cosas desaparecieron hace mucho de la civilización de los dioses. Vimos reflejada en vosotros la que fue nuestra infancia. Pero no pensamos que íbamos a causaros tantas molestias. Os ruego que nos perdonéis.

—¡Quédese, señor Dios! —rogó Bingbing entre sollozos—. No volveré a portarme mal...

El dios negó suavemente con la cabeza.

—No nos vamos por la manera en que nos hayáis tratado. El mero hecho de que accedierais a darnos cobijo ya es de agradecer, pero hay algo que nos impide seguir aquí: para vosotros somos unos seres patéticos. Os damos pena. ¡Ah, os damos pena!

El dios tiró al suelo la cáscara del huevo. Cuando levantó la mirada y, con su blanca cabellera al viento, observó el cielo, fue como si a través de su azul pudiera ver un brillante mar de estrellas.



—¿Cómo puede la humanidad sentir pena por la civilización de los dioses? —prosiguió—. No tenéis ni idea de cuán grande fue, de lo altas que fueron las cotas que alcanzamos, de la cantidad de gestas que protagonizamos. Recuerdo que en el año 1857 de la era de la Vía Láctea, los astrónomos descubrieron que un gran número de estrellas se aceleraban hacia el centro de la misma. Cuando ese flujo de estrellas fuese consumido por el gran agujero negro que hay allí, la radiación resultante acabaría con toda forma de vida en la galaxia, de modo que nuestros ancestros decidieron actuar. Construyeron una nebulosa escudo alrededor del centro de la galaxia con un diámetro de diez mil años luz para que la vida pudiera continuar. ¡Ah, qué magnífico proyecto de ingeniería fue aquel! Nos llevó más de mil cuatrocientos años completarlo... Inmediatamente después, la nebulosa de Andrómeda y la Gran Nube de Magallanes se aliaron para invadirnos. La flota interestelar de la civilización de los dioses saltó cientos de miles de años luz en el tiempo e interceptó a los invasores en el punto de equilibrio gravitacional entre Andrómeda y la Vía Láctea. En el momento de máximo fragor de la batalla numerosas naves de cada bando terminaron uniéndose y formando una nebulosa espiral del tamaño del sistema solar. Durante las fases finales de la batalla, la civilización de los dioses tomó la audaz decisión de enviar el resto de naves de guerra, flota incluida, al corazón de la nebulosa. ¡Aquel gran aumento de masa hizo que la gravedad sobrepasara la velocidad centrífuga y la nebulosa, compuesta por aeronaves espaciales y acorazados estelares, explotó y formó una estrella! Debido a la elevada proporción de elementos pesados de la estrella, inmediatamente después de nacer se convirtió en supernova e iluminó el abismo de oscuridad que había entre Andrómeda y la Vía Láctea. Así fue como el coraje y el sacrificio de nuestros ancestros hizo posible que la Vía Láctea fuera un lugar donde la vida pudiera desarrollarse pacíficamente... Nuestra civilización está en declive, pero eso no es culpa nuestra. Por mucho empeño que se ponga en tratar de impedirlo, una civilización siempre acaba envejeciendo. Todo envejece algún día, incluso vosotros. Por eso no necesitamos que sintáis pena de nosotros.

—Comparados con ustedes —dijo Qiusheng, asombrado— la humanidad no es nada.

—No digas eso. La civilización terrícola está aún en su infancia. Esperamos que crezcáis pronto para heredar y continuar la gloria de vuestros creadores.

El dios dejó caer el bastón y posó las manos sobre los hombros de Bingbing y Qiusheng.

—Antes de partir, hay algo más que debo deciros.

—Hable, por favor. Quizá no entendamos todo lo que tenga que decir, pero seguro que le escucharemos con atención.

—¡En primer lugar, tenéis que abandonar el planeta! —El dios abrió los brazos y los extendió en dirección al cielo. El viento de otoño agitaba su túnica como si ésta se tratara de la vela de un barco.

—¿Irnos? ¿Adónde? —preguntó confundido el padre de Qiusheng.

—Comenzad por volar a los demás planetas del sistema solar y luego a otras estrellas. No preguntéis por qué, pero debéis emplear todas vuestras energías en marcharos de aquí, cuanto más lejos mejor. Será un proceso que costará mucho dinero y muchas vidas, pero debéis ir. ¡Cualquier civilización que permanezca en el planeta en que nació está cometiendo suicidio! Adentraos en el universo y descubrid nuevos mundos, nuevos hogares y dispersad a vuestros descendientes por toda la galaxia como si fueran gotas de lluvia primaveral.

—Lo tendremos en cuenta —aseguró Qiusheng, a pesar de que ni él ni su mujer, ni su padre ni tampoco su hijo, habían entendido de verdad las palabras del dios.

—Bien —suspiró el dios, satisfecho—. Por último, voy a contaros un secreto, un secreto muy importante para vosotros. —Sus ojos azules miraron fijamente a cada uno de los miembros de la familia. Aquella mirada fría como el hielo les hizo encoger el corazón—. Tenéis hermanos.

La familia entera se quedó mirando al dios con perplejidad. Qiusheng fue el primero en entender lo que el dios había querido decir.

—¿Nos está diciendo que crearon otras Tierras además de esta?

El dios asintió lentamente.

—Sí. Otras Tierras y otras civilizaciones humanas. Os preceden tres planetas hermanos. Todos se hallan muy cerca de aquí, a apenas doscientos años luz. Vivís en Tierra Cuatro, el planeta más joven.

—¿Ha estado en esas otras Tierras? —preguntó Bingbing.

El dios asintió de nuevo.

—Antes de presentarnos ante vosotros y pedirnos que nos acogierais, acudimos a las otras tres. En Tierra Uno fue donde se portaron mejor, después de hacerse con nuestros conocimientos científicos, nos expulsaron. En Tierra Dos, en cambio, retuvieron secuestrados a un millón de dioses y exigieron como rescate que les entregáramos nuestras naves. Después de que les cediéramos mil naves se dieron cuenta de que no podían controlarlas y quisieron obligar a los rehenes a enseñarles, pero ellos tampoco sabían, porque todo está automatizado a bordo. De modo que los mataron a todos. En Tierra Tres secuestraron a tres millones y trataron de obligarnos a atacar Tierra Uno y Tierra Dos, pues llevaban tiempo en guerra. La más mínima colisión con nuestras naves, propulsadas por antimateria, es capaz de destruir por completo todo rastro de vida de un planeta. Naturalmente, nos negamos. Y entonces mataron a todos los rehenes.

—¡Qué hijos tan desagradecidos! —exclamó indignado el padre de Qiusheng—. ¡Deberían castigarlos!

El dios negó con la cabeza.

—Nunca atacaríamos a una civilización creada por nosotros mismos. Vosotros sois el mejor planeta de los cuatro y por eso os he querido contar todo esto. Vuestros tres hermanos tienen ansias de expansión. No conocen el amor ni la moralidad. Su crueldad y su sed de sangre son inimaginables para vosotros. En realidad, al principio

creamos seis Tierras. Las otras dos se hallaban en los mismos sistemas solares que Tierra Uno y Tierra Tres respectivamente y ambas fueron aniquiladas por sus hermanos. La única razón por la que las tres Tierras restantes no se han destruido entre sí aún es la gran distancia que separa sus respectivos sistemas solares. Pero ahora las tres saben de vuestra existencia y poseen vuestras coordenadas precisas. Tenéis que ir a destruirlas antes de que ellas vengan a destruirnos a vosotros.

—¡Pero esto es espantoso! —gritó Yulian.

—Por el momento no tenéis de qué temer. Vuestros hermanos están más avanzados que vosotros, sí, pero aún no son capaces de viajar a más de una décima parte de la velocidad de la luz ni de alcanzar distancias superiores a treinta años luz. Esto es una carrera a vida o muerte por ver quién es el primero en viajar a una velocidad similar a la de la luz. Aquel que lo consiga será quien sobreviva; el resto, tiene la muerte asegurada; tal es la lucha por la supervivencia en el universo. ¡Queridos hijos, no os queda mucho tiempo! ¡Debéis apresuraros!

—¿Saben todo esto nuestros científicos y líderes? —preguntó el padre de Qiusheng, temblando de miedo.

—Sí. Pero no pongáis vuestras esperanzas exclusivamente en ellos. La supervivencia de una civilización depende del esfuerzo de cada uno de sus individuos, también de la gente corriente.

—¿Has oído, Bingbing? Tienes que aplicarte y estudiar —conminó Qiusheng a su hijo.

—Aún hay otra tarea más que debéis llevar a cabo. Cuando os adentréis en el universo para terminar con la amenaza que representan vuestros hermanos, buscad planetas en los que la vida sea viable y sembradlos de organismos terrícolas simples: bacterias, algas... Entonces, dejad que evolucionen por su cuenta.

Qiusheng se disponía a hacerle otra pregunta, pero vio que el dios empuñaba su bastón y, encorvado, comenzaba a caminar en dirección al autobús. Los demás dioses aguardaban ya dentro. La familia lo siguió.

—Ah, Qiusheng. —El dios se detuvo, recordando algo—. Me llevo conmigo algunos de tus libros, espero que no te importe. —Abrió su fardo y se los mostró—. Son tus libros de física, química y matemáticas del instituto.

—Bien, bien, lléveselos, no me molesta. Pero ¿para qué los quiere?

—Para estudiarlos, claro —respondió el dios mientras volvía a anudar el fardo—. Empezaré por las ecuaciones de segundo grado. Así tendré algo en que ocupar la mente durante la eterna noche espacial... Quién sabe, quizá algún día me atreva a intentar reparar los motores de antimateria de nuestras naves y podamos volver a volar a la velocidad de la luz.

—¡Bien pensado! —exclamó Qiusheng con gran excitación—. ¡Así podrá volver a adelantarse al paso del tiempo, encontrar otro planeta y crear otra civilización que cuide de ustedes!

El dios negó con la cabeza.

—No, no, no. Ya no estamos interesados en que nos cuiden. Si llega la hora de extinguirnos, que así sea. Quiero estudiar porque tengo un último deseo.

El dios extrajo de su túnica la pequeña televisión que siempre llevaba con él. En la pantalla, su enamorada seguía terminando de articular aquella frase de tan solo tres sílabas.

—Quiero volver a verla.

—Es un deseo hermoso, pero nada más que eso —intervino el padre de Qiusheng—. Ella se marchó hace dos mil años a la velocidad de la luz. ¿Quién sabe dónde estará ahora? Y aun en el caso de que lograra reparar su nave, ¿cómo iba a alcanzarla? Usted mismo nos dijo que no hay nada que pueda viajar más rápido que la luz...

El dios apuntó al cielo con su bastón.

—En este universo, con tal de que uno sea paciente, puede hacer realidad cualquier deseo. Aunque mis posibilidades de éxito sean minúsculas, no son inexistentes. Una vez os conté que el universo nació a partir de una gran explosión. Pues bien, ahora, la gravedad está reduciendo la velocidad de su expansión, la cual, tarde o temprano, revertirá en contracción. Si algún día nuestra nave consigue volver a alcanzar una velocidad cercana a la de la luz, la mantendré en constante aceleración para que cada vez se acerque más y más a esta. Así, seguiré ganándole terreno al tiempo hasta que se acerquen los instantes finales del universo, que para entonces habrá encogido a un tamaño ínfimo, menor incluso que el balón de Bingbing. Un punto. Todo cuanto existe en él habrá confluido, ella y yo incluidos, y por fin nos habremos reunido.

Una lágrima afloró de los ojos del dios y resbaló por su barba, resplandeciendo con los reflejos del sol matutino.

—El universo será como la tumba del acto final de *Liang Shanbo* y *Zhu Yingtai* y, ella y yo, las mariposas revoloteando alrededor...

## VIII

Una semana después, la última nave espacial desaparecía de la línea de visión desde la Tierra; los dioses se habían marchado definitivamente. La aldea de Xicen recobró su calma original. Por la noche, Qiusheng y su familia se sentaron en el patio a mirar las estrellas. Eran las avanzadas del otoño y el zumbido de los insectos había dejado de oírse en los campos. Una suave brisa hizo revolotear las hojas a sus pies. Hacía

fresco.

—Con lo alto que vuelan, tiene que haber un viento muy fuerte y muy frío... — murmuró Yulian para sí.

—¿Qué viento? —replicó Qiusheng—. Vuelan por el espacio, allí no hay ni aire. Frío sí hace, un frío que pela, en los libros lo llaman cero absoluto. ¡Y esa oscuridad tan negra, tan opaca! Ni en la peor de las pesadillas se ha visto un sitio así...

A Yulian se le empezaron a saltar las lágrimas, pero trató de disimularlo y dijo:

—¿Os acordáis de las dos últimas cosas que nos dijo el dios? Lo de los tres hermanos de la Tierra me quedó claro; pero luego, todo aquello de que tenemos que ir a propagar bacterias por otros planetas... sigo sin encontrarle sentido.

—Yo sí se lo he encontrado —anunció el padre de Qiusheng.

Debajo de aquel esplendoroso cielo estrellado, su mente, tras toda una vida de simpleza, se abría por fin al entendimiento. Elevó la vista hacia las estrellas. Siempre habían estado allí, pero sintió que hasta aquel día no las había visto de verdad. Una sensación desconocida invadió todos los recovecos de su ser y le hizo sentirse conectado a algo más grande. Aunque no llegaron a fusionarse, quedó completamente abrumado. Tras ello, dio un largo suspiro ante el inmenso mar de estrellas y sentenció:

—La humanidad tiene que empezar a plantearse quién cuidará de ella cuando alcance la vejez.

# **Policía del karma**

Jorge Baradit

**Jorge Baradit** (Chile, 1969) es un escritor que sorprendió a crítica y lectores con su primera novela: *Ygdrasil* (Ediciones B, 2007). Un año antes había ganado, *ex-aequo*, el Premio UPC de novela corta de ciencia ficción convocado por la Universitat Politècnica de Catalunya con su obra *Trinidad* (incluida en XVI Premio UPC, Ediciones B, 2007). Otras obras suyas publicadas son: *Synco* (2008), *Kalfukura* (2009), *Lluscuma* (2013) y la novela gráfica *Policía del Karma*.

El estilo de Baradit podría definirse como una fusión iconoclasta de narrativa *cyberpunk*, estética de la «nueva carne» de David Cronenberg y horror sangriento a lo Clive Barker, aderezado con elementos de imaginería religiosa católica, esoterismo paranormal y colorismo autóctono, todo ello conformando una especie de mística «tecnófilo-orgánica» que haría las delicias de HR Giger. Una visión tremendamente imaginativa y netamente latinoamericana, repleta de detalles descabellados, geniales, brutales y delirantemente surrealistas a la hora de describir un universo poblado de fuerzas sobrenaturales que intersectan con la realidad cotidiana gracias a la tecnología de vanguardia. Chamanes, hackers, iluminados, médiums, espíritus y otras entidades psíquicas participan del singular campo de batalla reflejado en sus obras.

Este cuento corto propone un mundo en donde la tecnología ha hecho posible sondear la línea de vidas anteriores. Un relato controvertido y sumamente original, como todos los de este ingenioso autor.

Jonathan Rivarola quitó el seguro de su arma y se la puso junto al rostro. Arrimaba su espalda contra el muro exterior de la casa como tantas veces había visto hacerlo a los policías de la televisión. Sudaba, sonreía, tenía miedo, pero también tenía deseos incontrolables de encabezar el asalto envuelto en un grito heroico. Soñaba con matar a una banda completa de narcotraficantes él solo, salvar a algún oficial compañero de labores y salir herido, levemente, entre los aplausos de sus camaradas. Nada de eso ocurriría hoy. El equipo era reducido, la operación era quirúrgica y la información a la prensa estaba restringida. El criminal escondido en la casa era considerado de alta peligrosidad y la labor de inteligencia para conseguir su captura exigía cautela y silencio.

Jonathan sudaba su temor de recluta primerizo aferrado a un revólver estándar de muy pequeño calibre; los testículos recogidos y las piernas medio dormidas por la posición le daban la apariencia de un mono aferrado a una rama. El sudor entraba en sus ojos y le provocaba un ardor del carajo pero no se atrevía a cerrarlos, tenía la vista fija en el rostro moreno, bien delineado, del jefe de su unidad. Las telecomunicaciones y los sistemas de coordinación mental también habían sido desconectados por riesgo de interceptación. Inteligencia sospechaba que el criminal poseía habilidades psíquicas que podrían frustrar su detención y recomendó el tradicional código de gestos para organizar la operación.

«Ojalá ese conchesumadre se cruce en mi camino», murmuró Jonathan, imaginándose a sí mismo de pie frente al criminal, esquivando en cámara lenta una ráfaga de ametralladora, rodando por el suelo y clavándole una única bala entre los ojos con perfección clínica.

Algo de odio había en su interior. Era su primer operativo policial y había tenido que interiorizarse a fondo el torcido perfil psicológico del criminal. Mentalmente recorrió la enorme ficha que cada policía había recibido como parte de los preparativos.

Renato Carranza había sido el protagonista de la serie de asesinatos más espeluznante de la historia conocida. Fue encontrado en su casa de las afueras de Temuco, en medio de una pila de cadáveres medio podridos de niñas desnudas, todas menores de doce años y a punto de menstruar. El país había vivido meses de terror antes de su detención. Niñas que desaparecían como esfumadas en el aire eran encontradas luego con el vientre destrozado, abandonadas en los lugares más inusuales: dentro del motor de un camión pintadas con lunares azules, cubierta de agujas colgando de un pie en el baño de una biblioteca, clavadas a la puerta de alguna iglesia o dentro de una gran botella con formol colgando de un poste de alumbrado. Jonathan sentía náuseas de solo recordar las fotografías que incluía la ficha.



El archivo no mencionaba que todas tenían escrita en la pared interior del cráneo una palabra del libro que Renato estaba escribiendo, usándolas como páginas en blanco, de un texto críptico acerca de la belleza de la caligrafía en cierto poema coreano.

Nadie comprendió su profunda sensibilidad artística.

Los medios de comunicación hicieron una fiesta con los detalles (los jugosos detalles) y cuando finalmente fue capturado y compareció ante los tribunales, el país se detuvo incrédulo ante su rostro de hombre común. Nada de colmillos, nada de ojos amenazantes, solo un hombre común relatando, casi aburrido, su rutina insólita, su arte limítrofe. Renato Carranza, artista plástico sin ninguna notoriedad, expuso su gesto artístico: había decidido alimentarse, durante un período de nueve meses, con ovarios sin madurar tomados de prepúberes nacidas en puntos mágicos del territorio. El ritual mágico-artístico exigía extraer los órganos a mano desnuda a través de las menores, artificialmente distendidas por aparatos mecánicos de bella orfebrería. Luego las besaba y abrazaba con ternura, acompañándolas con cantos hasta que morían en sus brazos por desangramiento.

Jonathan tenía una sobrinita que adoraba. La sola idea de que alguien le hiciera daño le inflamaba el pecho. Le encantaría entrar y descargar todas sus municiones en la cabeza de ese hijo de puta, pero su comandante no movía un solo dedo aún, ahí, con una rodilla en la tierra y su mano en la cadera en un gesto perfecto. «Hermoso como una escultura griega», pensaba Jonathan, mirando de reojo a sus compañeros.

Renato Carranza fue hallado culpable y condenado a tres cadenas perpetuas. Si esos mismos crímenes hubieran sido cometidos cien años atrás seguramente habría terminado sentado en una cámara de gases, pero esas prácticas ya carecían absolutamente de sentido. Desgraciadamente, en un descuido que le costó el puesto a toda la plana mayor del sistema penitenciario, Renato escapó de su condena a los pocos días de haber sido confinado a la prisión de más alta seguridad del país bajo la superficie de la isla de Pascua. El departamento de Policía y la oficina de ocultismo del Ministerio del Interior se tomaron como algo personal relocalizar y detener al «Artista Sangriento», como había sido bautizado por la prensa.

Junkies nepaleses, con la pituitaria enchufada a potenciadores electrónicos de intrincada orfebrería, llamados «cuernos de unicornio» y desarrollados por la Siemens, impidieron el acceso de toda persona impura a la celda de Renato Carranza; registraron minuciosamente las delicadas reverberaciones de su alma durante días, las digitalizaron y las convirtieron en patrones tan reconocibles como huellas digitales.

«No huirás tan fácilmente», masculló el jefe de policía, fascinado por el increíble espectáculo de los nepaleses y sus cabezas enchufadas a motores de búsqueda astrales fabricados con trozos de cadáveres y calamares erizados de cables. Sonreía más tranquilo, sabía que los nepaleses buscarían día y noche la presencia negruzca de Renato infectando con su ectoplasma virulento las arterias del plano espiritual. Su huella podrida no sería difícil de escuchar en las planicies astrales donde navegaban

estos expertos sabuesos de lo oscuro.

«Unos años, tardaremos solo unos años», murmuró Tenzing, el interlocutor del grupo y quien parecía vivir un poco más conectado con nuestra realidad, desde los dos metros de altura donde colgaba, afirmado por ganchos de carnicero al techo, en trance y conectado al plano astral, sus neuronas clavadas por minúsculas agujas que llevaban la información por cables hacia ordenadores de hierro y bronce que se hacinaban en el galpón hediondo en que los nepaleses colgaban, bajo una constante y fina llovizna de orina de yak que ejercía de aislante. Módems humanos que convertían sus visiones en espectro encefalográfico interpretable por ordenadores capaces de administrar la información usando teclados güija nacarados, bendecidos por el obispado local.

Ahora, con el grupo de operaciones especiales rodeando la casa, el momento de recapturar a ese demonio infeccioso parecía haber llegado por fin.

Jonathan recibió con excitación el gesto de alerta de su comandante. Una vez que diera la señal para comenzar el asalto los intercomunicadores se encenderían, pequeñas dosis de ayahuasca entrarían en sus organismos y la coordinación sería perfecta. Todos serían una sola mente con la mama Tierra como un enjambre de abejas de carne y pólvora. «No tienes nada que temer», se repetía a sí mismo.

De pronto el comandante hizo un enérgico gesto hacia delante y sus músculos se activaron como un resorte. Se volvió un cazador escuchando solo su propio jadeo mientras corría los metros que lo separaban de la reja de la casa.

«Bravo 1 y Bravo 2 a la derecha»; sintió el mareo típico de la sincronización mental usada en estas operaciones.

«Sierra 1, conmigo adelante». Funcionaban como una manada de chacales envueltos en una sola mente.

Saltaron la reja. Bravo 1 arrojó una lacrimógena por la ventana y comenzaron a escucharse gritos. Sierra 2 derribó la puerta de entrada y disparó una ráfaga a ciegas hacia el interior. Bravo 2 trepó al techo y entró rompiendo la ventana de la mansarda. Jonathan saltó al patio trasero en el preciso instante en que, en medio de la oscuridad, un hombre salía por la puerta de la cocina semidesnudo cargando a un niño pequeño y tirando del brazo a una niña de ocho años.

—¡Alto, policía! —gritó en ese tono que tantas veces había ensayado frente al espejo de su minúsculo departamento—. ¡Alto, dije! —insistió apuntando al grupo, asustado por la posibilidad de darle a uno de los niños, pero el hombre no se detuvo.

Desde el interior de la casa se escuchó un disparo y la niña cayó al suelo gritando y revolviéndose de dolor. El hombre se detuvo para intentar recogerla. Jonathan miraba la escena congelado. En ese mismo instante dos policías surgieron de la nada y cayeron sobre el hombre. Tras golpearlo violentamente en la cabeza lo maniataron de pies y manos con esposas adhesivas.

—¡Déjenla, desgraciados! —gritaba el hombre luchando contra sus amarras—. ¿¡Por qué le dispararon!? ¡No le hagan daño a mis hijos, pacos conchesumadres!

—¿Pensaste que suicidándote ibas a escapar? —le gritó el comandante mientras corría hacia el grupo—. Si hubieras visto tu cadáver colgando en la celda todo meado y cagado —dijo deteniéndose a un par de metros—. ... La sangre hinchándote las manos. —Hizo un gesto de asco—. Y tu cara parecía una cereza podrida, maricón.

El niño lo miraba llorando desconcertado. El comandante hizo un gesto para que se llevaran al hombre y se agachó mirando al menor a los ojos, con todo el desprecio del que era capaz.

—Tienes derecho a guardar silencio, tienes derecho a tu integridad física y a un abogado que te defienda. Si renuncias a estos derechos, todo lo que digas puede ser usado en tu contra. ¿Me entiendes?

Pero el niño no paraba de llorar mirando hacia todos lados el círculo de hombres de negro armados, todos desconocidos, que le apuntaban con enormes rifles de asalto. El policía no insistió, le hizo un gesto a Bravo 1 para que lo metiera en el camión y cerrara las puertas. El encendido de los motores terminó de apagar el llanto sordo del niño. Jonathan miró al camión sumergirse en la noche rápidamente, hundiéndose envuelto en una nube de polvo bajo la negrura del camino.

Se sentía estúpido.

El comandante, «su» comandante, se le acercó y le palmoteó el hombro.

—No te preocupes, Rivarola —dijo con voz enérgica—. Lo hiciste muy bien para ser tu primera vez. Con seguridad te recomendaré para futuras operaciones.

—¿Qué pasará con el niño, comandante? —preguntó, ruborizado por la cercanía de su aroma.

—¿Ese hijo de puta? Encerrado y vigilado de por vida como debe estar un criminal de su clase. —Agregó—: Y cuando muera, en muchos años más, seguramente habrá un equipo de los nuestros esperando al pie de la camilla de parto para recogerlo y encerrarlo de nuevo. Ese conchesumadre no se merece menos —finalizó escupiendo al suelo como rúbrica.

«Por eso me gusta ser policía», pensó Jonathan con el pecho inflado, mirándole furtivamente las nalgas a su comandante que se alejaba. «Aquí los hombres son bien hombres».

Guardó su arma y se miró la insignia pegada a su brazo derecho.

Policía del Karma.

¡Cuidado!

Somos la luz al final del túnel.

# La decisión

Paul McAuley

Durante la noche, la marea y un viento enérgico habían ido arrastrando una maraña de uvas de mar por la Crecida hasta apilarla a lo largo de la orilla norte de la isla. Apenas había amanecido cuando Lucas se dispuso a recogerla y transportarla, montón a montón, hasta uno de los silos de compost, donde se pudriría y transformaría en un fertilizante líquido rico en nutrientes. Debía de ser la trigésima o cuadragésima vez que descendía con la carretilla por el escarpado sendero que bajaba hasta la ribera cuando divisó a alguien que se acercaba vadeando el manto de agua: Damian, quien avanzaba como un esquiador de fondo por el canal que unía la isla con los palafitos y depósitos flotantes que integraban el criadero de camarones de su padre. Corrían aún las primeras horas de la mañana y ya apretaba el calor. Hacía un día típico de septiembre, sin una sola nube que rasgase el añil de la bóveda celeste. Los danzarines reflejos del sol, proyectados desde las aspas del aerogenerador del criadero, sembraban el agua de estrellas. Lucas levantó la mano para saludar a su amigo pero Damian, al devolverle el gesto, perdió el equilibrio, de modo que sacudió los brazos para estabilizarse antes de seguir caminando a duras penas.

Se reunieron en la orilla. Damian, a medida que se abría camino con cuidado a través de los racimos flotantes de rodófitos, exclamó casi sin aliento:

—¿Te has enterado?

—¿De qué?

—Un dragón ha quedado varado cerca de Martham.

—Me tomas el pelo.

—Hablo en serio. Un dragón marino de verdad.

Damian se subió a una plataforma de ladrillos rotos que bordeaba la orilla, se sentó y se quitó las gruesas aletas de sus sandalias mientras explicaba que lo sabía por boca de Ritchy, el capataz del criadero de camarones, al cual se lo había contado el patrón de una barcaza de abastecimiento, quien había estado escuchando lo que se comentaba por la banda común.

—No hace ni media hora que ha encallado. Se comenta que entró por la brecha de Horsey y que ya no pudo sortear el banco al bajar la marea. Así que se adentró por el canal del antiguo lecho del río hasta que quedó varado.

Lucas pensó por un momento.

—Hay un banco de arena que penetra en el canal al sur de Martham. Pasé muchas veces por allí durante el pasado verano, cuando trabajaba en el barco de Grant Higgins transportando ostras hasta Norwich.

—Lo tenemos en la puerta de casa —dijo Damian. Se sacó el teléfono de un bolsillo de sus bermudas y lo orientó hacia Lucas—. Más o menos aquí, ¿lo ves?

—Sé dónde está Martham. Déjame adivinar... Quieres que te lleve allí.

—¿Qué sentido tiene construir un barco si después no lo usas? Vamos, Lu. No todos los días tienes ocasión de ver una máquina extraterrestre encallada.

Lucas se quitó su ancho sombrero de paja, se secó la frente con la muñeca y se lo volvió a calar. Era un muchacho nervudo que aún no había cumplido los dieciséis años, llevaba el pecho desnudo, vestía unas bermudas holgadas y calzaba unas sandalias que había recortado a partir de un neumático viejo.

—Tenía pensado salir a por cangrejos. Después de recoger estas algas, regar el huerto, prepararle el almuerzo a mi madre...

—Te echaré una mano con todo eso cuando regresemos.

—Vale.

—Si de verdad no quieres venir, podrías prestarme el barco.

—O podrías llevarte uno de los de tu padre.

—¿Después de lo que me hizo la última vez? Antes preferiría ir a remo en ese cacharro agujereado de tu madre. O incluso andando.

—Me gustaría verlo.

Damian sonrió. Solo le sacaba dos meses a Lucas, era alto y robusto, llevaba al rape su cabello rubio, blanqueado por mor de la sal y el sol del verano, y tenía rosas y descamados la nariz y los bordes de las orejas. Eran amigos desde que tenían uso de razón.

—Diría que sé navegar tan bien como tú —estimó.

—¿Estás seguro de que el dragón ese sigue allí? ¿Tienes fotos?

—No exactamente. Echó abajo la banda ancha del pueblo, junto con todo lo demás. Según el tipo que habló con Ritchy, ningún dispositivo electrónico funciona en las cercanías. Teléfonos, tabletas, radios... Nada. La marea cambiará dentro de un par de horas, pero creo que podríamos llegar a tiempo si salimos ya.

—Tal vez. Debería avisar a mi madre —consideró Lucas—. Por si se diera el poco probable caso de que se pregunte dónde estoy.

—¿Cómo está?

—Ni mejor ni peor. ¿Tu padre sabe que te has escabullido?

—No te preocupes por eso. Le diré que salí a por cangrejos contigo.

—Llena un par de jarras en el destilador —le indicó Lucas—. Y coge también unas zanahorias. Pero antes de nada, dame el teléfono.

—Las coordenadas del GPS están ahí marcadas. Si se lo solicitas, te trazará una ruta.

Lucas tomó el aparato y lo sostuvo entre las yemas de los dedos; no le gustaba el modo en que se retorció para adaptarse a la forma de su mano.

—¿Cómo se apaga?

—¿Qué quieres decir?

—Si vamos a ir allí, será sin el teléfono. Tu padre podría seguirnos la pista.

—¿Cómo llegaremos entonces?

—No necesito tu móvil para llegar a Martham.

—Tú y tu estúpida manía de moverte sin conexión —protestó Damian.  
—Querías vivir una aventura —le recordó Lucas—. Pues aquí la tienes.

\* \* \*

Cuando Lucas empezó a comentarle a su madre que pasaría el día fuera junto con Damian, esta dedujo:

—En busca del llamado dragón, supongo. No hace falta que te hagas el sorprendido, todos los noticiarios están hablando de lo mismo. No los noticiarios oficiales, claro. Esos no mencionan el tema. Pero se ha filtrado allí donde importa.

Su madre se había recostado contra la cabecera de la cama de matrimonio que quedaba bajo la luna del pivote de la caravana. Julia Wittsruck tenía cincuenta y dos años, era enjuta como una refugiada y llevaba puesta una túnica rayada de bereber bajo una sucesión de edredones y finas mantas naranjas estampadas con el logotipo de Oxfam. Mantenía sus rastas recogidas en una pañoleta roja; su tableta descansaba sobre su regazo.

Obsequió a Lucas con su sonrisa más inescrutable.

—Supongo que es idea de Damian —dijo—. Ten cuidado. Sus ocurrencias suelen acabar mal.

—Por eso lo acompaño. Para cerciorarme de que no se meta en ningún lío. Se ha empeñado en verlo, sea como sea.

—¿Y tú no?

Lucas sonrió.

—Supongo que siento curiosidad. Pero tampoco tanta.

—Ojalá yo también pudiera ir. Me llevaría un bote de spray o dos y pintaría los viejos eslóganes en el exterior de ese maldito trasto.

—Podría poner unos cojines en el barco. Estarías todo lo cómoda que quisieras.

Lucas sabía que su madre no aceptaría su propuesta. Casi nunca se dejaba ver fuera de la caravana y, de hecho, llevaba más de tres años sin salir de la isla. Padecía un síndrome inmunotóxico multilocus (en esencia, una reacción alérgica a la miríada de productos y contaminantes aparecidos durante el antropoceno) que la obligaba a permanecer acostada la mayor parte del tiempo. Había rechazado todos los tratamientos y ayudas ofrecidos por las agencias sociales de la región puesto que, en su lugar, confiaba en los servicios de una curandera que la visitaba una vez por semana, de manera que se pasaba los días en la cama, trabajando con su tableta. Rastreaba los sitios web y las redes silenciosas del Gobierno, elaboraba *podcasts*, asesoraba a las comunidades de impacto cero y redactaba críticas y manifiestos. Administraba un diario público, escribía ensayos y artículos de opinión (en la actualidad le preocupaban sobre todo los intentos que estaban llevando a cabo algunas multinacionales por introducirse en la península Antártica, así como la actividad de un grupo utopista que empleaba tecnología extraterrestre para construir

una comunidad flotante sobre un arrecife de coral extinto del atolón de Midway) y mantenía amistades y alianzas, así como algunos enfrentamientos enconados con un grupo de antiguos colegas cuyos orígenes ya nadie recordaba. En resumen, llevaba un estilo de vida que bien podría haber compartido con los eruditos de las distintas épocas que se habían sucedido a lo largo de los últimos dos mil años.

Trabajaba como profesora de Filosofía en Birkbeck College antes de los asaltos nucleares, los disturbios, las revoluciones y las guerras de la red que tuvieron lugar durante el llamado «Espasmo», todos los cuales finalizaron cuando las naves flexibles de los jackaroo aparecieron en los cielos de toda la Tierra. A cambio del derecho a ocupar el perímetro del sistema solar, los extraterrestres les entregaron a los humanos la tecnología necesaria para limpiar la Tierra, además de permitirles el acceso a una red de agujeros de gusano que vinculaba una decena de estrellas enanas rojas de clase M. No tardaron en llegar nuevas especies de extraterrestres, las cuales hicieron distintos pactos con diversos países y bloques de potencias, con los que trocaron su avanzada tecnología por obras de arte, flora y fauna, la fórmula secreta de la Coca-Cola y otros artículos únicos.

La mayor parte de la población opinaba que los extraterrestres eran salvadores amables y benévolo, miembros de una alianza abierta que había rastreado las antiguas emisiones de *Te quiero, Lucy* hasta su origen y llegado justo a tiempo para salvar a la especie humana de las consecuencias de su inteligencia símica. No obstante, una ruidosa minoría no deseaba tener nada que ver con ellos porque dudaba que actuaran por mero altruismo, lo que la llevaba a elaborar toda suerte de teorías acerca de sus verdaderos objetivos. «Deberíamos rechazar la ayuda de los extraterrestres —decían—. Deberíamos oponernos a las soluciones fáciles y a la magia de una tecnología avanzada que no comprendemos, y optar por el camino menos atractivo: ser los dueños de nuestro destino».

Julia Wittsruck se había convertido en una figura a seguir para el movimiento. Cuando su breve pero feroz ronda de protestas globales y actuaciones políticas se diluyó y transformó en un caos de recriminaciones y ataques recíprocos, Julia se mudó a Escocia y se unió a un grupo de ecologistas radicales que había levantado un asentamiento autosuficiente sobre un triángulo de antiguas plataformas petrolíferas ubicado en el fiordo de Forth. Pero con el tiempo la discordia también terminó por hacer mella en el grupo, según Julia, de modo que lo dejó e inició una relación con el padre de Lucas (este apenas sabía nada de él; su madre decía que el pasado era el pasado y que ella era lo único que él necesitaba porque le había dado la vida, criado y educado); así, vivieron como gitanos durante algunos años, hasta que ella rompió con él y, embarazada, se estableció en una parcela de Norfolk, alejada de cualquier tipo de conexión, sin más recursos que el humilde legado que le dejó uno de los seguidores que más la apoyaron durante los gloriosos días de las protestas antiextraterrestres.

Cuando llegó allí la costa se extendía más de diez kilómetros hacia el este pero el constante ascenso del nivel del mar terminó por inundar las costas del norte y el este



de Gran Bretaña y Europa. Anglia Oriental quedó dividida en dos por los diques que se erigieron a fin de proteger las valiosas tierras de cultivo del avance del mar, de modo que la mayoría de los que se vieron atrapados en la mitad equivocada aceptaron una ayuda por realojo y se mudaron a otras regiones. Sin embargo Julia decidió quedarse. Pagó a un contratista para que ampliara una pequeña loma, todo lo que quedaba de su parcela, con los escombros de una urbanización ruinosa del siglo xx y se instaló en la isla resultante. En su día la elevación alcanzaba unas dimensiones mucho mayores, tanto que incluso había quienes decidían acampar allí, atraídos por el prestigio de Julia, si bien al cabo de unas semanas o unos meses terminaban por marcharse, espantados por su desprecio e impaciencia. Poco después lo que restaba del casquete glacial de Groenlandia colapsó el océano Ártico, lo cual provocó el desplazamiento de una gran masa de agua por el mar del Norte.

A pesar de que Lucas solo tenía seis años, seguía recordando aquel día con todo detalle. Aquella tarde el nivel del agua no dejó de subir aun después de haber superado la marca de la marea alta. Al principio resultaba divertido registrar el silencioso desbordamiento del agua con una serie de palitos clavados en el suelo, pero según avanzaba el día empezaron a comprender que aún tardaría mucho en estabilizarse, y entonces, con un repentino y suave ascenso, el agua subió más de un metro, inundando las huertas y lamiendo el armazón de madera sobre el que descansaba la caravana. Julia se pasó la tarde sacando todas las pertenencias del vehículo mientras Lucas la seguía correteando de aquí para allá, ayudándola como mejor podía hasta que, poco después de medianoche, ella desistió y se retiraron a dormir en una tienda montada con unas sillas y una manta. Así, al despertar descubrieron que la extensión de la isla se había reducido a la mitad y que la caravana, después de haber salido flotando, se encontraba volcada y medio hundida en un lodazal atestado de toda índole de escombros.

Julia compró una caravana nueva y la emplazó en el punto más elevado de lo que quedaba de la isla, donde lograron quedarse a pesar de los fútiles intentos por expulsarlos emprendidos por distintos representantes locales del Gobierno. Julia le enseñó a Lucas los rudimentos de los números y las letras, así como la larga e intrincada historia secreta del mundo; asimismo, los vecinos lo instruyeron en las artes del campo, la madera y el agua. Atrapaba conejos en el bosque que bordeaba el dique, salía a recoger bayas, algas y setas comestibles, y cazaba ardillas lanzándoles piedrecitas con un tirachinas. Extraía mejillones del arrecife de automóviles oxidados que protegía la parte del dique orientada al mar, preparaba trampas de mimbre para capturar anguilas y tendía palangres para atrapar cangrejos chinos. Pescaba caballas, cazones y pejes araña en las vastas y turbias aguas de la Crecida. Siempre que podía trabajaba por turnos en el criadero de camarones del padre de Damian, así como en los huertos, las granjas y las plantaciones de sauces y bambúes del otro lado del dique.

Cuando llegaba la primavera le gustaba contemplar las alargadas uves que

formaban los gansos al volar hacia el norte sobre las aguas de la inundación, que se fundían con el horizonte. Al volver el otoño las veía desplazarse hacia el sur.

Había heredado una buena parte de la inquietud y la sed de independencia que caracterizaban a su madre, aunque a pesar de que ansiaba traspasar las barreras que delimitaban su pequeño mundo, no sabía por dónde empezar. Además debía cuidar de Julia. Esta jamás lo admitiría, pero dependía por completo de él.

—Sabes que tengo demasiadas cosas que hacer aquí —le dijo para declinar la propuesta de acompañarlos—. El día nunca tiene suficientes horas. Aunque hay algo que podrías hacer por mí. Llévate mi teléfono.

—Damian dice que los teléfonos no funcionan en las inmediaciones del dragón.

—Estoy segura de que funcionará sin problemas. Saca unas cuantas fotos de ese trasto. Todas las que puedas. Redactaré la crónica de vuestra excursión cuando regreséis, y las fotos ayudarán a atraer visitas.

—Vale.

Lucas sabía que oponerse no le serviría de nada. Además el teléfono de su madre era un modelo antiguo anterior al Espasmo: carecía de cualquier tipo de conexión a la nube y tenía la misma inteligencia que una piedra. Mientras solo lo utilizara para sacar fotos, no desbarataría su plan de vivir una aventura sin posibilidad de que lo encontraran.

Su madre sonrió.

—«ET marchaos a casa».

—¿«ET marchaos a casa»?

—Lo poníamos por todas partes, tiempo atrás. Lo pusimos en la pista de aterrizaje principal del aeropuerto de Luton, con letras de veinte metros de alto. En una ocasión excavamos unas trincheras con la forma de las palabras en las South Downs, las llenamos con gasóleo y les prendimos fuego. Las llamas podían verse desde el espacio. Que esos seres inhumanos se enterasen de que aquí no eran bienvenidos. De que no los necesitábamos. Mira la caja de herramientas. Tiene que haber un bote de espray. Llévatelo, por si acaso.

—Me llevaré el tirachinas, por si aparece algún pato. Procuraré estar de vuelta antes de que oscurezca. Si me retraso, hay algunas cajas de precocinados en la despensa. He recogido también algunos tomates y zanahorias.

—«ET marchaos a casa» —repitió su madre—. No lo olvides. Y ten mucho cuidado con ese barquito.

\* \* \*

Lucas empezó a construir el velero a finales del pasado verano y había estado todo el invierno perfeccionándolo. El casco, que solo medía cuatro metros de eslora y estaba hecho de madera contrachapada y unida a base de resina epoxi, se sostenía sobre unas cuadernas fabricadas con las ramas de un álamo joven derribado por las tempestades

otoñales. Con una azuela y una garlopa casera moldeó el mástil y la botavara a partir del tronco del álamo; los cartabones, la regala, el soporte del fueraborda y el escudo de proa los hizo de roble, y persuadió a Ritchy, el capataz del criadero de camarones, para que imprimiera los fiadores, los escálamos, el cáncamo y los ojales de las velas en el taller del criadero. Ritchy le facilitó algunas latas medio vacías de pintura azul y de barniz para que sellara el casco y Lucas compró un juego de velas laminadas de segunda mano en el astillero de Halvergate y ajustó las drizas y la escota aprovechando diversos cabos recortados.

Amaba el barco más de lo que estaba dispuesto a reconocer. Aquella primavera se la había pasado dando bordadas de un lado a otro más allá del criadero de camarones; había navegado rumbo norte a lo largo de la costa hasta Halvergate y Acle; rumbo sur y oeste alrededor del cabo de Reedham hasta Brundall, y había atravesado el canal del río y navegado las laberínticas marismas hasta Chedgrave. Si el dragón marino había encallado donde Damian decía, tendría que alejarse más que nunca y adentrarse en el territorio inexplorado y siempre cambiante de los bancos de arena y lodo, y debería zigzaguear entre los clíperes y las cadenas de barcazas que circulaban por el canal de transportes. Con todo, consideraba que ya le había cogido el truco a su pequeño velero, además hacía un buen día y un viento constante del oeste los impulsaba con suavidad, con el foque extendido hasta el límite del estay, la vela mayor inflada al máximo y la embarcación ampliamente escorada según abría un surco blanco entre el leve oleaje.

Al principio lo único que tenía que hacer era permanecer sentado en la popa con el agarrador del timón asegurado bajo la axila derecha y la escota mayor enrollada con holgura en la mano izquierda, manteniéndose rumbo norte a medida que dejaban atrás los depósitos y las pasarelas del criadero de camarones. Damian se había sentado junto a él, con el cuerpo ladeado hacia babor para compensar la inclinación del barco mientras con la mano izquierda tensaba la escota del foque, reservando la derecha para sostener un vaso de plástico con el que de vez en cuando recogía el agua del pantoque, la cual expulsaba a continuación describiendo un arco destellante que el viento se encargaba de atrapar y retorcer.

El sol había culminado el alto cielo añil, desprovisto de nubes salvo por una fina banda que coronaba el horizonte del noreste. Bruma, seguramente, un velo neblinoso que aparecía cuando la humedad se condensaba por la acción del aire enfriado a ras del mar. En cualquier caso, el velo se encontraba a varios kilómetros de distancia, por lo que el sol se reflejaba con viveza en las coronas de las olas, hacía resplandecer las velas blancas y caía con fuerza sobre los dos muchachos. Una capa de protector solar daba lustre al rostro y el torso desnudo de Damian; aunque Lucas estaba extremadamente moreno, también se había aplicado crema en la cara, llevaba el sombrero de paja anudado bajo la barbilla y se había puesto una camisa que ondeaba alrededor de su pecho. El timón vibraba mínimamente sin cesar mientras el velero rasgaba una interminable sucesión de olas capilares y Lucas comprobaba la

flexibilidad de la vela tirando de la escota que mantenía enrollada alrededor de la mano izquierda, al tiempo que vigilaba el gallardete de cola de zorro que pendía de lo alto del mástil. Según las señales del dique que bordeaba la orilla a babor, navegaban a unos quince kilómetros por hora, la mayor velocidad que Lucas había alcanzado nunca con su barco, lo que hacía que Damian y él se sonrieran el uno al otro al tiempo que entrecerraban los ojos para protegerse del agua deslumbrante, felices y entusiasmados por verse deslizándose sobre la faz de la Crecida, como dos bizarros aventureros que partieran al encuentro de un monstruo.

—En cosa de una hora estaremos allí —calculó Damian.

—Algo menos de dos, tal vez. Contando con que la bruma se quede donde está.

—El sol terminará por disiparla.

—Parece que le está costando.

—No dejes que tu desconfianza innata estropee un día perfecto.

Lucas rodeó con amplitud una maraña de uvas de mar que destellaba como una mancha de sangre fresca bajo el sol. Algunos las llamaban algas marcianas, aunque no tenían nada que ver con los extraterrestres; se trataba de una especie concebida mediante métodos de ingeniería que se empleaba para absorber el nitrógeno y el fósforo liberados por las tierras de cultivo anegadas, y que ahora se reproducía sin ningún tipo de control.

Frente a ellos una alargada franja de palomas anunciaba que se aproximaban al arrecife formado por el antiguo terraplén del ferrocarril. Cuando Lucas movió el timón contra el viento, Damian y él se agacharon mientras la botavara giraba en redondo y el barco trasluchaba. Las velas se destensaron para dejar que a continuación el viento las inflara de nuevo a medida que el velero se orientaba hacia uno de los huecos abiertos en el terraplén; pasaron tan cerca de la boya que indicaba su posición que Damian pudo estirar la mano para darle una palmada a la herrumbrosa placa de acero del lateral una vez que llegaron a su altura. De seguida se adentraron en un tramo amplio, con el pueblo de Acle dispuesto a lo largo de un promontorio bajo que se elevaba a babor. El chapitel de una iglesia, desprovisto por completo de su empizarrado, se erigía sobre el agua como un faro esquelético. La cruz pulida que lo remataba refulgía como una llama a la luz del sol. Una hilera de viejas torretas eléctricas se alzaba en las cercanías, en su mayor parte notablemente inclinadas, con las enrevesadas plataformas donde anidaban las garzas levantadas a distintos ángulos respecto al entramado de vigas, blanqueado en su totalidad por los excrementos de las aves. Una de las pocas que permanecía derecha había sido colonizada por los pescadores, quienes habían construido varias chozas a base de madera de deriva, las cuales habían atado a los puntales, y que incluso contaba con un generador alimentado por el oleaje, fabricado a partir de unos bidones de aceite que mantenían a cierta distancia. La colada ondeaba como una alegre colección de banderas dentro de la telaraña de acero oxidado cuando un párvulo de sexo incierto se asomó, desnudo, a la entrada sin puertas de una choza que apenas se alzaba sobre el

agua y se apartó un mechón de pelo de los ojos para ver alejarse el pequeño velero.

Dejaron atrás un racimo de islitas ribeteadas de mangles jóvenes, una especie artificial que se estaba extendiendo rápidamente desde las regiones del sur donde habían sido plantados en sustitución del dique. Lucas divisó un aguilucho de las ciénagas que planeaba sobre la marisma que se extendía al socaire de una isla, en busca de ratas toperas y cangrejos chinos. Pasaron junto a un alargado edificio cuyas dos primeras plantas habían desaparecido bajo la Crecida, rematado con una serie de esferas de plástico de colores llamativos fijadas en la azotea plana, entre los tornos mellados de los generadores eólicos, y flanqueado por un grupo de barquitas que se mecían a lo largo de su estructura. Desde el filo de la azotea alguien los saludó con la mano y Damian, al levantarse para devolverle el saludo, hizo que el barco se desplazara, de tal manera que tuvo que agarrarse a la relinga del foque y volver a sentarse a plomo.

—Si quieres que volquemos, sigue moviéndote —le recriminó Lucas.

—Hay lugares peores para naufragar. Ya sabes que ahí están todos casados con todos.

—Eso he oído.

—También les gustan las visitas.

—Sé que no hablas por experiencia, porque si no ya me lo habrías contado en detalle. Por lo menos veinte veces.

—Conocí a un par de ellos en Halvergate. Me sugirieron que me pasara por allí algún día —dijo Damian, dirigiéndole media sonrisa a Lucas—. Tal vez podríamos dejarnos caer a la vuelta.

—¿Para que nos roben todo lo que llevamos encima y después nos arrojen al agua?

—Eres confiado por naturaleza, ¿eh?

—Si quieres decir que no soy lo bastante imbécil para pensar que nos recibirán con los brazos abiertos y que nos servirán a sus mujeres en bandeja, entonces supongo que sí.

—Aquella mujer era una preciosidad. Y no parecía mucho mayor que yo.

—Y el resto son unas vacaburras más viejas que tu tatarabuela.

—Aquella vez con mi padre... Ella me duplicaba la edad de largo y tampoco le di importancia.

Hacía un par de meses, llegado el decimosexto cumpleaños de Damian, su padre lo llevó a un pub de Norwich donde las mujeres se subían a la barra para quitarse la ropa y a continuación recorrían el local completamente desnudas con el objeto de recaudar las propinas de los clientes. El padre de Damian le pagó a una de ellas a fin de que cuidara de su hijo, y desde aquel día Damian no había parado de hablar del tema y hacer planes para regresar, o bien él solo o bien con Lucas, aunque nunca terminaban de materializarse.

Se quedó mirando cómo el edificio semihundido se difuminaba entre el

resplandor proyectado por el agua.

—Si algún día nos escapamos, podríamos quedarnos a vivir en un sitio así —decidió.

—Quizá tú sí —especificó Lucas—. Yo preferiría seguir adelante. Aunque supongo que podría hacerte alguna visita de vez en cuando.

—No me refiero a ese edificio en concreto. Hablaba de algún lugar de ese tipo. Seguro que hay un montón, en todos esos planetas que los extraterrestres tienen por ahí arriba. En uno de ellos hay incluso océanos. Próxima.

—Lo sé.

—Y en todos se pueden encontrar ruinas de los extraterrestres. Ahora mismo hay seres humanos paseándose por ellos, por todos esos nuevos planetas. Y la mayoría de la gente prefiere quedarse donde está... como si fueran unos malditos tocones. Tocones de árbol atascados en el barro.

—No cuento con que vaya a tocarme la lotería —dijo Lucas—. Navegar hacia el sur, eso sí que sería una pasada. Hasta África, o Brasil, o esas islas que están construyendo en el Pacífico. O incluso hasta la Antártida.

—En cuanto desembarcaras, Lu, te devoraría un oso polar.

—Los osos polares vivían en el norte, antes de que se extinguieran.

—Pues entonces una manada de pingüinos asesinos. Pingüinos gigantes con cuchillas en las aletas y cañones láser por ojos.

—No existen.

—Los !cha fabricaban dragones marinos, ¿no? Entonces ¿por qué no iban a hacer también robots gigantes asesinos con forma de pingüino? Tu madre debería investigarlo.

—Eso no tiene gracia.

—No pretendía ofenderte. Solo era una broma.

—A veces te pasas de la raya.

Permanecieron unos minutos en silencio, navegando rumbo oeste por el canal de aguas profundas. Un clíper pasó a lo lejos, por estribor, las velas cilíndricas rotando pausadas, blancas como torres de sal en medio de una planicie que rielaba como la seda tornasolada bajo el tórrido cielo azul. Un poco más allá del buque, un remolcador arrastraba una cadena de barcas hacia el sur. La costa del cabo de Thurne emergió de entre la calina, erigiéndose sobre los bancos de lodo entre los que se desplegaba una telaraña de estrechos canales. A continuación viraron hacia el este, rodeando las praderas acuáticas que se extendían hasta mar abierto. Ahora hacía más fresco y el viento empezaba a soplar con más fuerza desde el noroeste que desde el oeste. A Lucas le dio la sensación de que el banco de bruma también parecía más cercano. Al señalarlo, Damian dijo que todavía quedaba a muchos kilómetros de distancia y que además ahora ellos avanzaban derechos hacia su trofeo.

—Si es que sigue allí —apostilló Lucas.

—No va a ir a ninguna parte, no con la marea baja.

—Eres todo un entendido de todas esas cosas de los extraterrestres, ¿verdad?

—Tú sigue rumbo norte, Lu.

—Es justo lo que estoy haciendo.

—Siento lo de la chorrada sobre tu madre. No quería molestarte. ¿Vale?

—Vale.

—Me gusta bromear —aclaró Damian—. Pero hablo en serio cuando digo que me gustaría salir de aquí. ¿Recuerdas aquella vez, hace dos años, cuando nos fuimos de excursión a Norwich y nos topamos con las oficinas del Ejército?

—Recuerdo que el sargento nos ofreció una taza de té y unas pastas y nos sugirió que regresáramos cuando tuviéramos la edad requerida.

—Sigue allí. El sargento aquel. Y también sus asquerosas pastas.

—Espera. ¿Fuiste a alistarte sin decirme nada?

—Fui a averiguar si podía alistarme. Después de mi cumpleaños. Resulta que el Ejército acepta reclutas de nuestra edad, pero necesitas el permiso de tus padres. Así que ahí acabó todo.

—¿Ni siquiera llegaste a comentárselo a tu padre?

—Me tiene trabajando para él, Lu. ¿Por qué iba a deshacerse de una mano de obra buena y barata? Aunque una vez sí que lo intenté. Estaba medio tajado y de buen humor. Quiero decir, de buen humor para el genio que suele gastarse. Se había sosegado pimplando cerveza y fumando maría de la buena. Pero no quería oír nada sobre el tema. Después terminó de emborracharse y me dio una paliza. Me dijo que no volviera a mencionar el asunto.

Lucas miró detenidamente a su amigo.

—¿Por qué no me lo habías contado hasta ahora? —le preguntó.

—Podré alistarme sin necesidad de más firmas que la mía cuando cumpla los dieciocho, no antes —comentó Damian—. Hasta entonces no tengo forma de salir de aquí, a menos que me escape o me toque la lotería.

—Entonces ¿estás pensando en escaparte?

—Desde luego no espero que me toque la lotería. Y aunque así fuera, necesitas tener dieciocho años para que te permitan embarcar. Como en el puto Ejército. —Damian clavó los ojos en Lucas por un momento antes de apartar la mirada—. Seguramente me molerá a palos por haberme pirado así.

—Puedes quedarte en casa esta noche. Mañana estará más calmado.

Damian meneó la cabeza.

—Vendría a buscarme. Además no quiero causaros problemas a tu madre y a ti.

—No habría ningún problema.

—Sí, sí que lo habría. Pero gracias de todos modos. —Tras una pausa, Damian añadió—: Ya no me importa lo que me haga. ¿Sabes? Sé que algún día seré yo quien le dé una paliza a él.

—Aunque hables así, no lo dices en serio.

—Mientras más tiempo siga aquí, antes me volveré como él.

—No creo que eso ocurra nunca.

Damian se encogió de hombros.

—Estoy convencido de que no ocurrirá —le aseguró Lucas.

—Que le den por el culo —decidió Damian—. No pienso dejar que nos arruine un día tan bueno.

—Nuestra gran aventura.

—El viento vuelve a cambiar.

—Creo que además la bruma se está metiendo.

—Puede que un poco. Pero no podemos darnos media vuelta, Lu. Ahora no.

La cargazón que se perfilaba sobre el horizonte estaba alrededor de un kilómetro, tan alta que atenuaba y difuminaba el sol. La temperatura había descendido y el viento cambiaba de dirección a cada momento. Damian se puso la camisa, sujetando la escota del foque con los dientes mientras introducía los brazos en las mangas. Iniciaron una virada para sortear una larga franja de hierba, y al retomar el rumbo vieron una muralla blanca posándose sobre el agua, justo ante ellos.

Lucas giró el timón a sotavento. El barco se frenó al instante y se colocó de cara a la ráfaga de aire.

—¿Qué problema hay? —preguntó Damian—. Solo es un poco de niebla.

Lucas agarró la botavara según esta se giraba y la mantuvo quieta.

—Nos quedaremos sentados un rato. A ver si la bruma se disipa.

—Y mientras tanto la marea volverá a subir y se llevará el puto dragón.

—Todavía tardará.

—Casi habíamos llegado.

—Si no te parece bien, puedes ir a nado.

—Quizá lo haga. —Damian escudriñó la bruma, cada vez más cercana—. ¿Crees que el dragón tiene algo que ver con esto?

—Creo que no es más que bruma.

—Puede que pretenda ocultarse de algo que lo ande buscando. Nos estamos deslizado hacia atrás —observó Damian—. ¿Esto forma parte de tu plan?

—Nos encontramos en el canal del río, en la corriente principal. Hay demasiada profundidad para el ancla. ¿Ves aquellos árboles muertos en el límite de la hierba? Allí es a donde me dirijo. Aguardaremos hasta que despeje.

—Oigo algo —señaló Damian.

Lucas también lo oía. El rugido áspero de una embarcación a motor que se aproximaba a toda velocidad. Al mirar de soslayo vio que una sombra se condensaba dentro de la niebla, definiéndose y solidificándose cada vez con mayor celeridad; un yate de crucero se abría paso entre los zarcillos que el viento arrancaba de la base del velo neblinoso, avanzando a carrera tendida por el canal principal, dejando tras de sí un surco que se extendía ampliamente hacia ambos lados.

En un momento de escalofriante lucidez Lucas comprendió lo que iba a ocurrir. Le gritó a Damian que se agachase, soltó la botavara y tiró del timón hacia estribor.



La botavara pivotó de golpe al tiempo que la vela se inflaba y el barco comenzaba a rotar, pero el yate, que ya estaba encima de ellos, pasó bramando a diez metros escasos de distancia, de manera que la amplia y tersa ola de la estela alcanzó el velero de costado, alzándolo y arrojándolo de lado contra una piña de árboles muertos. Lucas desistió de cualquier intento de virar y desenrolló la driza principal de su fiador. Damian cogió un remo y lo empleó para empujar el barco a fin de apartarlo del primer árbol, pero la inercia del velero los impulsó contra otros dos. El muñón húmedo y negruzco de una rama arañó todo el costado, lo que hizo que el barco zozobrara y que, en consecuencia, el agua saltase al interior por encima de la bancada. Por un instante Lucas pensó que se irían a pique, pero acto seguido algo chocó contra el mástil, provocando que la embarcación se irguiera de nuevo. Unas astillas de madera podrida cayeron emitiendo un ruido seco, tras lo que el barco quedó inmóvil de súbito, atrapado entre los árboles muertos y medio hundidos.

Los daños no eran tan graves como había esperar (un desgarró próximo a la cabeza del foque y unos arañazos desastillados en la pintura azul de babor), pero sí lo bastante para prender una lacerante llama de rabia en el corazón de Lucas, por la indiferencia criminal del yate y por no haber sabido evitar meterse en líos.

—Desengancha la driza y déjala suelta —le indicó a Damian—. Tendremos que apañárnoslas sin el foque.

—*Morada Dos*. Así se llama el yate del cabrón que ha estado a punto de aplastarnos. Registrado en Norwich. Deberíamos buscarlo y obligarlo a pagar por este estropicio —discurrió Damian mientras plegaba la jironada vela del foque.

—Me pregunto por qué iría tan rápido.

—Tal vez fue a echarle un vistazo al dragón y algo lo asustó.

—O tal vez tan solo pretendía escapar de la bruma. —Lucas miró a su alrededor, evaluando los recodos y los claros del entorno. Los árboles formaban un espeso cerco en aquellas aguas saturadas de todo tipo de escombros, lisos y blancos por encima de la superficie, negros y cubiertos de mejillones y percebes por debajo—. Intentaremos impulsarnos hacia atrás —decidió—. Pero ten cuidado. No quiero más arañazos.

Para cuando se hubieron desenredado de los árboles muertos, la bruma ya se había extendido a su alrededor, una fría blancura que reptaba a ras del agua a medida que se densificaba en todas direcciones.

—Ahora sí que estamos atrapados, lo mismo podemos avanzar que retroceder. Así que más nos vale darnos prisa —determinó Lucas.

—Así me gusta. Pero no te choques con más árboles.

—Haré lo que pueda.

—¿Crees que deberíamos izar la vela?

—Casi no sopla el viento, y la marea sigue bajando. Nos dejaremos llevar por la corriente.

—El clima del dragón —rumió Damian.

—Escucha —dijo Lucas.

Tras unos instantes de silencio, Damian dijo:

—¿Será otro barco?

—Me ha parecido oír unas alas.

Lucas había sacado el tirachinas. Colocó una piedrecita en el centro de la gruesa tira de goma al tiempo que miraba en derredor. Cuando oyó un chapoteo entre los árboles muertos de estribor, levantó el arma, tensando la goma en el momento en que algo se posó sobre una rama seca. Una garza, cenicienta como un espectro, giró la cabeza para mirarlo.

Lucas bajó el tirachinas.

—Podrías acertarle sin problema —susurró Damian.

—Esperaba que aparecieran uno o dos patos.

—Déjame intentarlo.

Lucas se guardó el tirachinas en el cinturón.

—Lo que se mata, se come.

La garza enderezó su cuello retorcido, se irguió, desplegó las alas y, con un aleteo perezoso, se elevó sobre las aguas, pasando sobre la popa del velero y desvaneciéndose entre la niebla.

—Una vez Ritchy cocinó una —recordó Damian—. Echándole un porrón de anís. Decía que así era como las guisaban los romanos.

—¿Cómo estaba?

—Como el puto culo, si quieres que te diga la verdad.

—Pásame un remo —le pidió Lucas—. Bogaremos un rato.

Atravesaron una cortina de niebla tras otra. El leve ruido que hacían parecía acrecentarse hasta cobrar un cariz íntimo. De vez en cuando Lucas sacaba el brazo por la borda, recogía un poco de agua con la palma de la mano y la paladeaba. Le dijo a Damian que el agua dulce tardaba en mezclarse con la sal, de modo que mientras conservara el dulzor sabrían que permanecían en el antiguo canal del río y que no se toparían con nada. Damian se mantenía escéptico pero encogió los hombros cuando Lucas lo retó a pensar en un mejor modo de orientarse entre la bruma sin encallar en un banco de lodo.

Llevaban unos diez minutos remando cuando un grave y prolongado lamento retumbó ante ellos en la distancia. Un escalofrío arañó la espalda de Lucas. Damián y él dejaron de remar y se miraron el uno al otro.

—Diría que eso ha sido una sirena de niebla, si no supiera cómo suenan —comentó Damian.

—Quizá sea un barco. De los grandes.

—O quizá sea ya sabes qué. Llamando a mamá dragona.

—O diciéndole a la gente que se aleje.

—Creo que procedía de allí —estimó Damian señalando a estribor.

—Eso creo yo también. Pero en medio de esta nube es difícil estar seguro de nada.

Comenzaron a remar al sesgo. Ante ellos apareció una empalizada baja y difusa que se concretó en una franja de hierba acuática, la cual bordeaba la orilla del antiguo canal del río. Lucas, que creía saber dónde se encontraban, sintió cierto alivio. Bogaron hasta una abertura estrecha que serpenteaba entre la hierba. Los alargados tallos se combaban y los obsequiaban con perlas de niebla condensada según los rozaban a su paso. Al momento siguiente, alcanzado el otro extremo, la alfombra de agua se dilató de nuevo. La niebla desveló la presencia de una playa cuya arena enseguida comenzó a chirriar al contacto con la quilla del pequeño velero. Damian dejó caer el remo, sorteó la borda de un brinco y chapoteó hasta alcanzar la orilla, por donde echó a correr hasta perderse en su blancura granular. Lucas desarmó su remo, saltó al agua, que le cubría hasta las rodillas, y remolcó el barco entre el murmullo de las rompientes, tras lo que tomó de la proa el cubo lleno de hormigón que utilizaba a modo de ancla y lo dejó caer en la compacta arena mojada, donde se hincó de lado, abriendo un hoyo que enseguida se llenó de agua.

Siguió las huellas que Damian había dejado en la playa, subió por un pequeño montículo tapizado de barrones y descendió por la otra cara del banco de arena. Una hilera de embarcaciones aguardaban ancladas en la orilla, difuminados sus contornos por efecto de la niebla. Dos lanchas dotadas con una pequeña timonera en la proa. Varios veleros no mucho más grandes que el suyo. Un yate de crucero con una elegante superestructura blanca, muy similar al que estuvo a punto de arrollarlos.

Una silueta emergió de la blancura, un niño rechoncho de cinco o seis años vestido con un pantalón de peto que dio algunas vueltas alrededor de Lucas, brincando y riéndose, hasta que se alejó a la carrera. Lucas lo siguió hacia una incierta fuente de luz que se adivinaba en la playa. Voces levantadas. Risas. Un chirrido metálico. Cuando se hubo acercado un poco más, la luz incierta se concentró y se dividió en dos focos: una hoguera que ardía por encima de la línea de la marea y una parrilla de reflectores montada en una lancha de la policía, anclada a unos diez metros de la playa, desde donde unos alargados dedos de luz perforaban la niebla y alumbraban difusamente el inmenso y esbelto objeto que se encontraba varado en la orilla.

El cuerpo del dragón era grande, de tal manera que alcanzaba con facilidad los quince metros de proa a popa y los tres de cintura, estrechándose hasta formar sendos grupos de puntas con forma de pala roma a cada extremo, cubierto en su totalidad por unas escamas prietas de tonos oscuros. Una máquina extraterrestre, sólida e impenetrable. Una de las miles producidas por las herméticas naves nodrizas que la ONU les había comprado a los !cha.

Lucas pensó que parecía una sanguijuela, o una de esas duelas que infestaban los intestinos de los espinosos. Enorme cuerpo segmentado, un tanto hidrodinámico, irremediablemente postrado. Varias personas se habían encaramado a su lomo. Un par de niños le daban golpes en el flanco con unos trozos de madera de deriva. Junto al morro, un grupo de hombres y mujeres mantenían la cabeza gacha, como si

estuvieran elevando algún tipo de plegaria.

Una mujer caminaba junto a la máquina al tiempo que señalaba sus diferentes partes con una suerte de varita. Varias personas debatían entre las distintas cajas de herramientas y el generador portátil que había distribuidos entre el grupo. Una de ellas se adelantó y colocó una amoladora angular sobre el cuerpo del dragón. Se oyó un chirrido ronco a la vez que se desplegó un arco de chispas amarillas que obligó a retirarse al hombre, quien miró a sus compañeros meneando la cabeza. Al otro lado del dragón se vislumbraba una muchedumbre entre el tul de la bruma, todo Martham debía de haber venido caminando por el banco de arena para contemplar la maravilla que acababa de aparecer en su puerta.

Según la ONU, los dragones surcaban los océanos barriendo y fagocitando las extensas balsas de basura flotante que quedaron como legado de la era previa al Espasmo, cuando la sociedad consumía petróleo sin ningún tipo de medida. Conforme a algunos rumores que se propagaron por las redes silenciosas, tiempo atrás un laboratorio secreto de la ONU consiguió abrir un dragón, cuya tecnología sometió a distintos métodos de ingeniería inversa con fines execrables. Se comentaba también que no eran más que la tapadera de los extraterrestres para infiltrarse en la Tierra y levantar una serie de bases secretas en las profundidades abisales; otras teorías apuntaban a que pretendían transformar la geografía del planeta aplicando distintos métodos de ingeniería radicales y hostiles. Pero corrían más rumores, muchos más. Uno de los conflictos en los que trabajaba su madre era el de los utopistas del atolón de Midway, quienes empleaban dragones modificados para recoger partículas de plástico en el giro del Pacífico Norte y transformar el caldo polimérico en material de construcción; según Julia, los verdaderos utopistas no deberían utilizar ningún tipo de tecnología extraterrestre.

Lucas recordó que su madre le había pedido que tomase fotografías del dragón y sacó su teléfono; al encenderlo, el aparato emitió un «bip» solitario y quejumbroso, tras lo cual la pantalla dio un fogonazo antes de fundirse a negro. Lo apagó y lo volvió a encender. Esta vez no hizo nada. De modo que era cierto: de alguna manera el dragón dejaba inservibles los dispositivos electrónicos. Lucas sintió una punzada de temor y se preguntó qué más podría hacer aquella cosa, y si no los estaría vigilando, a él y a todos los que se encontraban allí.

Al guardarse el móvil inutilizado en el bolsillo, alguien lo llamó. Lucas giró sobre los talones y vio a un anciano ataviado con un chubasquero amarillo y una gorra de pana que caminaba aprisa hacia él. Era Bill Danvers, uno de los trabajadores de los viveros de ostras ubicados al este de Martham, quien ahora le estaba preguntando si había venido con Grant Higgins.

—He venido en mi barco —respondió Lucas.

—Pero trabajabas para Grant —insistió Bill Danvers al tiempo que le ofrecía su petaca.

—Hace tiempo. Muy amable, pero paso.

—Vodka con raíz de jengibre. Te quitará el frío. —El anciano desenroscó el tapón, tomó un trago y se la tendió de nuevo.

Lucas meneó la cabeza.

Bill Danvers dio otro sorbo antes de tapan la petaca.

—¿Has venido desde Halvergate?

—Desde un poco al sur de Halvergate. Navegando. —Se sintió bien al decirlo.

—Durante las últimas dos horas no ha parado de llegar gente de todas partes. Incluidos los científicuchos esos que ves intentando acceder a la nave. Pero yo fui el primero en llegar. Seguí al maldito trasto cuando pasó junto a mí. Estaba pescando abadejos y lo vi pasar a mi lado, como una isla en movimiento. El barco se sacudió tanto que a punto estuve de caer al agua. Encendí el fueraborda y di media vuelta pero me fue imposible alcanzarlo. Lo vi impactar contra el banco, eso sí. Pero no se frenó ni un ápice, debía de viajar a veinte nudos. Y entonces lo oí —relató Bill Danvers dando una palmada—. ¡Pam! Siguió disparado hacia delante, como ves. Cuando llegué se estaba retorciendo como una anguila. Quería continuar su camino, ¿sabes? Y lo logró, durante unos metros. Pero entonces se quedó inmóvil, justo donde está ahora. Debía de pasarle algo, supongo; si no, no habría encallado. Quizá se esté muriendo, ¿eh?

—¿Los dragones pueden morir?

—Cuando seas mayor, muchacho, entenderás que todo tiene un final. Incluso las cosas antinaturales como esta. Los científicos esos, llevan toda la mañana intentando descerrararlo. Se han traído hasta una lanza térmica, y también una especie de taladradora. No han conseguido ni arañarlo. Ahora están probando con una sierra extraña que tiene una hoja más dura que el diamante. O eso dicen. Sea lo que sea, será inútil. No hay nada en toda la Tierra con lo que abrir un dragón. ¿Para qué has venido desde tan lejos?

—Para echar un vistazo.

—Mientras no hagas nada más que eso, no tengo ningún problema. Si quieres, puedes pagarme ahora.

—¿Pagarte?

—Cinco libras. O cinco euros, si es la moneda que usas.

—No llevo dinero encima —dijo Lucas.

Bill Danvers lo miró de arriba abajo.

—Yo fui el primero en llegar. Quien diga lo contrario es un maldito embustero. Yo soy el único que puede atribuirse legítimamente los derechos de salvamento. El que encontró el dragón —sentenció, tras lo que giró sobre los talones y se encaminó hacia dos mujeres, a las que empezó a hablar mucho antes de llegar a su altura.

Lucas continuó recorriendo la playa. Un hombre se había sentado en la arena con las piernas cruzadas para dibujar algunos bocetos con un carboncillo en un cuaderno de papel. Un pequeño grupo de mujeres entonaba una especie de ensalmo al tiempo que frotaban el flanco del dragón con puñados de hiedra. Toda la máquina estaba

rodeada de curiosos: unos le palpaban las escamas con la palma de la mano mientras que otros se pegaban a ella para intentar ver qué había dentro, como penitentes que se confiaran a una imagen sagrada. Las escamas superaban sin dificultad el metro de anchura y todas diferían un tanto de las demás (unas tenían seis lados y otras, siete); asimismo, todas presentaban una coloración oscura acompañada de una transparencia granulosa. De aquí y de allá colgaban los racimos de percebes y de algas pilosas que se habían ido adhiriendo al exterior con el tiempo.

Lucas introdujo un pie en el agua fría, que le llegaba a los tobillos, y a continuación metió el otro. Estiró el brazo, un hormigueo en las yemas de los dedos, y pasó la mano por una de las placas. Su temperatura era la misma que la del aire y estaba cubierta por una infinidad de pequeñas abolladuras, como si fuera una obra de metal forjado. Al ejercer alguna presión con la palma de la mano extendida, percibió una vibración constante, similar a la que producía el ronroneo de un gato. Un escalofrío le sacudió la médula de los huesos, una deliciosa mezcla de miedo y emoción. ¿Y si su madre y sus amigos estuvieran en lo cierto? ¿Y si allí dentro hubiese un extraterrestre? Un jackaroo o un !cha a bordo del dragón, porque quizá esa fuera la única manera, gracias a los acuerdos con la ONU, de que visitasen la Tierra. Quizá hubiera un extraterrestre alojado en el corazón de la máquina, viendo todo cuanto ocurría a su alrededor, atrapado e indefenso, incapaz de pedir auxilio porque no debería encontrarse allí.

Nadie sabía qué aspecto tenían los extraterrestres, si se asemejaban a las personas o si eran monstruos de apariencia inconcebible, o nubes de gas, o un conjunto de pensamientos raudos y precisos que residieran dentro de algún ordenador formidable. Tan solo se habían mostrado como avatares, figuras de plástico con forma de personas dotadas de las facciones agradables, anodinas y un tanto inquietantes que caracterizaban a los maniqués antiguos; además, después del tratado se acordó que solo algunos de ellos permanecerían en la Tierra, en la oficina de la ONU ubicada en Ginebra. «¿Y si —pensó Lucas— los científicos lograban acceder a la máquina y sacaban al tripulante?». Se imaginó una suerte de calamar, con ojos como platillos y un pico claqueteante embutidos en una masa de tentáculos agitados e inútiles debido a la gravedad de la Tierra. Además, ¿y si acudían a rescatarlo? No la ONU, sino una nave extraterrestre de verdad. La sola idea hizo que el corazón le aporrease el pecho.

Describió un amplio semicírculo para rodear la proa roma y ciega del dragón, hasta que encontró a Damian al otro lado, hablando con una chica esbelta y morena vestida con unos pantalones cortos y un jersey grueso. Cuando Lucas se acercó a ellos, la chica lo miró.

—¿Este es tu amigo? —le dijo a Damian.

—Lisbeth me estaba contando lo del accidente de helicóptero —le informó Damian—. Se le apagó el motor al acercarse demasiado y cayó en medio del mar. Su padre ayudó a rescatar a la piloto.

—Se rompió la cadera —comentó la chica, Lisbeth—. Ahora se encuentra en

nuestra casa. Debería estar cuidando de ella, pero la doctora Naja le dio algo para que se durmiera.

—El padre de Lisbeth es el alcalde —aclaró Damian—. Está a cargo de todo esto.

—Cree que lo está —matizó la chica—, pero en realidad aquí no manda nadie. La policía y todo el mundo, no hacen más que discutir entre ellos. ¿Tienes un teléfono, Lucas? El mío no funciona. Esto es lo mejor que ha ocurrido nunca aquí y ni siquiera puedo contárselo a mis amigos.

—Puedo llevarte fuera, en el barco, hasta que tu móvil funcione de nuevo —sugirió Damian.

—No creo —denegó Lisbeth, esbozando una sonrisa tímida y retorciendo los dedos del pie derecho entre la arena mojada.

Al principio Lucas estimó que la chica rondaría la edad de ellos dos, pero ahora pudo observar que era por lo menos dos años menor.

—Estaremos completamente a salvo —le aseguró Damian—. Palabra de honor.

Lisbeth meneó la cabeza.

—Prefiero quedarme aquí y ver qué ocurre.

—Eso también es buena idea —convino Damian—. Podemos sentarnos junto a la hoguera y entrar en calor. Te contaré todas nuestras aventuras. Cómo nos orientamos entre la niebla. Cómo estuvimos a punto de ser embestidos...

—Tengo que ir a buscar a mis amigos —se disculpó Lisbeth, tras lo que le dedicó una sonrisa deslumbrante a Lucas y le dijo que le había gustado conocerlo, antes de darse media vuelta.

Cuando Damian la tomó por el brazo, Lucas se interpuso y le pidió que la soltara; Lisbeth le sonrió de nuevo y se alejó, dejando un rastro de huellas leves en la arena mojada con sus pies descalzos.

—Muchas gracias —le recriminó Damian.

—Es una cría. Y además es hija del alcalde.

—¿Y? Solo estábamos hablando.

—Pues que podría hacer que te arrestaran si quisiera. Y a mí también.

—Ya no tienes que preocuparte por eso, ¿verdad? Porque la has espantado —bufó Damian.

—Se ha marchado porque ha querido —le recordó Lucas.

Habría continuado y le habría preguntado a Damian por qué estaban discutiendo, pero en ese momento el dragón emitió un vagido lastimero, una sirena estruendosa, próxima al sí bemol, tan penetrante que actuaba como un torrente que sacudiera hasta el último centímetro cuadrado del cuerpo de Lucas. Se tapó los oídos con las manos, pero el baladro ya se le había instalado en la cavidad craneal, ya se le había enterrado en el pecho y los huesos. Damian también se había llevado las manos a los oídos; asimismo, los curiosos que rodeaban el dragón retrocedieron o se escabulleron con la cabeza gacha. Entonces el bramido cesó de súbito y todos se acercaron otra vez. Las mujeres comenzaron a agitar los brazos con más fuerza, sin interrumpir el ensalmo, el

cual ahora sonaba amortiguado para Lucas; la potente llamada del dragón le había provocado un intenso zumbido en los tímpanos, de manera que tuvo que acercarse a Damian para poder oírlo.

—¿No es una pasada?

—No cabe duda de que es un dragón —confirmó Lucas, que percibió su voz plana y confinada en su cabeza—. ¿Dejamos ya de discutir?

—No sabía que estuviéramos discutiendo —dijo Damian—. ¿Te fijaste en los tipos que están intentando abrirlo?

—¿Los del otro lado? Me llamó la atención que la policía les permita hacer lo que quiera que estén haciendo.

—Lisbeth dice que son científicos de los laboratorios marítimos de Swatham. Trabajan para el Gobierno, como la policía. Dice que creen que es un fagocitador de plástico. Absorbe el plástico y lo digiere para transformarlo en dióxido de carbono y agua.

—Eso es lo que la ONU quiere que la gente crea que hace, por alguna razón.

—A veces hablas igual que tu madre.

—Y dale.

Damian le puso la mano en el hombro.

—Te estaba tomando el pelo. Venga, ¿qué tal si nos acercamos a la hoguera y entramos en calor?

—Si lo que quieres es volver a ver a esa chica, no tienes más que decirlo.

—¿Quién es el que tiene ganas de discutir ahora? Había pensado en que nos calentáramos y buscásemos algo de comer. Hay gente vendiendo de todo.

—Quiero ver el dragón de cerca. Habíamos venido a eso, ¿no?

—Ve echándole un vistazo, yo vuelvo enseguida.

—Si te metes en líos, tendrás que volver a casa por tu cuenta —le advirtió Lucas, pero Damian ya se estaba alejando, perdiéndose en la niebla sin mirar atrás en ningún momento.

Lucas lo vio desaparecer, a la espera de que regresase. En vano.

Enfadado por la absurda trifulca, Lucas rodeó de nuevo la proa del dragón y observó cómo los científicos trabajaban con un martillo neumático sobre la unión de dos grandes escamas. A pesar del empeño que ponían en la operación, no parecía que estuvieran logrando nada. Un grupo de granjeros de una cooperativa llegaron montados en dos tractores que dejaron unos marcados rastros en la arena mojada y disiparon el olor a aceite de cocina, lo que le recordó a Lucas que no había comido nada desde el desayuno. Además tenía un frío del demonio. Caminó con dificultad por la playa y le compró un vaso de sopa de pescado a una mujer que le sirvió el caldo directamente de la olla de hierro que había colgado al borde de la gran hoguera, quien también le dio un cantero de pan para acompañar. Lucas tomó unos sorbos de la abrasadora sopa y notó que volvía a entrar en calor, apuró el líquido mojando el pan y llenó de arena el vaso de plástico a fin de limpiarlo antes de devolvérselo a la



mujer. Aunque había multitud de personas congregadas en torno al fuego, no vio ni rastro de Damian. Tal vez estuviera buscando a aquella chica. Tal vez lo hubiesen arrestado. Lo más probable era que regresase de un momento a otro con su estúpida sonrisa, restándole importancia a la discusión y asegurándole que solo estaba bromeando. Como hacía siempre.

Los límites de la bruma se entreabrieron para dejar a la vista la tenue silueta de los edificios de Martham al fondo del banco de arena; después se cerraron de nuevo engullendo el pequeño pueblo. El dragón emitió una nueva llamada de auxilio o de aviso. Rompiendo el punzante silencio que se instaló a continuación, un hombre dijo, sin dirigirse a nadie en particular, con la satisfacción de quien ha resuelto uno de los eternos misterios del universo:

—Veintiocho minutos justos.

Al cabo se oyó el rugido de un motor al que acompañaba una silueta que poco a poco se fue concretando entre la bruma que se extendía sobre el agua: una rechoncha y anticuada lancha de desembarco que pasó junto a la embarcación de la policía para encallar en la orilla, cerca del dragón. El portón de proa se abrió de golpe hacia delante, levantando una cortina de agua, para dejar paso a un pelotón de soldados, a cuyo encuentro salieron la policía y un conjunto de civiles y científicos. Tras una breve discusión, uno de los soldados se adelantó, se llevó un megáfono a los labios y anunció que por motivos de seguridad ciudadana se establecería una zona de exclusión de doscientos metros.

Algunos de los soldados empezaron a descargar cajas de plástico. Los demás se llevaron a los curiosos que rodeaban el dragón, ordenándoles que se retiraran y dirigiéndolos playa arriba, más allá de la hoguera. Lucas divisó al anciano, Bill Danvers, quien estaba discutiendo con dos soldados. De pronto uno de ellos lo agarró por el brazo, le hizo darse media vuelta y le enrolló algo en las muñecas; el otro miró a Lucas cuando se acercó a ellos y le sugirió que se apartara si no quería que también lo arrestasen a él.

—Es mi tío —explicó Lucas—. Si lo dejan libre me aseguraré de que no les cause más problemas.

—¿Tu tío? —El soldado, no mucho mayor que Lucas, era de tez rubicunda y llevaba al rape su pelo rojizo.

—Sí, señor. Es inofensivo. Es solo que está un poco molesto porque a nadie le importa que fuera él quien lo encontró.

—Lo que yo decía —confirmó el anciano.

Los soldados se miraron el uno al otro.

—Te responsabilizarás de él. Si continúa molestando, los dos lo lamentaréis.

—No le quitaré ojo.

Tras escrutar a Lucas por un momento, el soldado sacó un cuchillo pequeño, cortó las esposas de plástico que inmovilizaban las muñecas del anciano y lo empujó hacia Lucas.

—Manténgase lejos de aquí, abuelo. ¿Entendido?

—Hijos de puta —masculló Bill Danvers cuando los soldados se hubieron alejado unos pasos. Después levantó la voz—. ¡Fui yo quien lo encontró! ¡Exijo una indemnización!

—Creo que todo el mundo sabe que lo viste encallar —dijo Lucas—. Pero ahora son ellos quienes están a cargo.

—Piensan abrirlo colocándole una bomba —anunció un hombre.

Llevaba una cartera en una mano y una silla plegable en la otra; cuando sacudió la silla para extenderla y se sentó en ella, Lucas lo reconoció: el hombre que estaba sentado frente a la cabeza del dragón, bosquejándolo.

—No podrán —adivinó Bill Danvers.

—Lo van a intentar —dijo el artista.

Lucas miró el dragón, su silueta esbelta en medio de la bruma reptante, la actividad que tenía lugar en torno a su cabeza (si se le podía llamar así): un incierto baile de sombras. Los soldados y los científicos debatían en un apretado círculo. El barco de la policía y la lancha de desembarco arrancaron los motores e iniciaron la marcha atrás contra la marea ascendente, sumiéndose en la bruma. Los científicos siguieron a los soldados por la playa, dejando atrás la hoguera. Se produjo un revuelo entre las personas distribuidas a lo largo de la loma.

—Esto tiene muy mala pinta —observó Bill Danvers.

El soldado del megáfono anunció que se provocaría una pequeña explosión controlada. Momentos después, el dragón liberó su estruendoso y pesado lamento y durante el silencio estremecido que lo siguió se oyeron algunas risas entre los curiosos de la loma. El soldado del megáfono empezó a contar hacia atrás desde diez. Un sector del público coreó el cómputo. Al llegar a «cero» se produjo un silencio breve, tras el que brotó un fogonazo rojo desde la base del punto medio del dragón, instante en que una grieta plana se extendió por toda la loma para ser engullida a continuación por la niebla. Cuando los curiosos prorrumpieron en silbidos y aplausos, Bill Danvers se apartó de Lucas y echó a correr pendiente abajo hacia la máquina. Cayó de rodillas, se levantó y reanudó la carrera perseguido por unos soldados que no tardaron en cerrarse sobre él.

Se oyeron vítores y aullidos entre los mirones, algunos de los cuales salieron disparados detrás de Bill Danvers, muchachos en su mayor parte, brincando colina abajo hasta desplegar en enjambre por la playa. Lucas vio a Damian entre ellos y echó a correr tras él, el corazón desbocado, anegado por un torrente de excitación. Los soldados detuvieron a algunos de los jóvenes al azar, inmovilizándolos o derribándolos mientras los demás los esquivaban. Lucas oyó un nuevo eco del megáfono pero no logró distinguir las palabras, y entonces se produjo un colosal fogonazo blanco, seguido de un potente y abrasador vendaval que le hizo perder el equilibrio y caer de rodillas.

El dragón se había partido por la mitad, dejando a la vista un interior compuesto

de materias que despedían una luz calcinante, mientras las olas que rompían contra la popa siseaban y estallaban al evaporarse de súbito. Lucas sintió que un calor tórrido le quemaba el rostro. Se levantó. A su alrededor los curiosos se ponían de pie poco a poco mientras los soldados los empujaban para que se alejaran del dragón. Algunos les hicieron caso pero otros los ignoraron y se quedaron mirando el resplandor que manaba de la máquina destrozada, desde la que unas cegadoras oleadas y franjas de luz blanca se extendían por toda la playa, ahuyentando la niebla.

Una vez que se enjugó las lágrimas y los ojos dejaron de hacerle chiribitas, Lucas vio que dos soldados se llevaban a rastras a Bill Danvers para apartarlo del dragón. El cuerpo del anciano colgaba laxo e indefenso entre sus brazos, dejando surcos en la arena con los pies extendidos. Tenía ensangrentada la cabeza, de la que un objeto sobresalía oblicuamente.

En el momento en que Lucas quiso encaminarse hacia ellos se produjo un nuevo fogonazo que lo dejó aturdido y medio ciego. A los pocos segundos empezaron a llover esquirlas a su alrededor, de tal modo que un fragmento translúcido quedó hincado junto a su pie. Los soldados habían dejado caer a Bill Danvers. Lucas se acercó a él, abriéndose paso entre un manto de escombros, y comprobó que ya no podía hacer nada por ayudarlo. El fragmento que sobresalía de su sien le había destrozado la cabeza, de donde la sangre manaba encharcando la arena poco a poco.

El dragón se había desgajado por completo. Una materia incandescente goteaba y siseaba al contacto con el agua en evaporación mientras la luz abrasadora cobraba intensidad por momentos.

Al igual que hizo casi todo el mundo, Lucas se dio media vuelta y se alejó corriendo. El calor le laceraba la espalda según ascendía a duras penas hasta lo alto de la loma. Vio a Damian sentado en la arena, apretándose el brazo izquierdo con la mano derecha, fue corriendo hacia él y lo ayudó a levantarse. Apoyados el uno contra el otro, atravesaron el montículo dando traspiés. Una multitud de pequeñas hogueras crepitaban allí y allá, donde los escombros llameantes habían prendido alguna mata de barrones. El paisaje se había sumido por entero en un palpitante fulgor diamantino. Bajaron por la pendiente opuesta hasta donde aguardaba el pequeño barco azul y chapotearon por el agua que se había extendido a su alrededor. Damian reptó con torpeza hasta la bancada mientras Lucas recogía el cubo lleno de hormigón y lo lanzaba sobre la borda, tras lo que apretó el hombro contra la proa, empujó el velero en contra de las pequeñas rompientes y saltó a bordo.

El barco se dejó llevar de costado por la marea ascendente mientras Lucas izaba la vela. La luz del dragón palpitaba al otro lado del banco de arena, más refulgente que el sol. Lucas orientó la pequeña embarcación a merced del viento y rasgó la alfombra de la pradera acuática para alcanzar el canal del otro extremo, por donde se alejó tras la flotilla que estaba abandonando la zona. Damian se había sentado en el pantoque, hecho un ovillo, con la espalda apoyada contra el pie del mástil. Cuando Lucas le preguntó si se encontraba bien, apartó la mano para enseñarle la astilla

translúcida que tenía atravesada en el bíceps. Debía de ser del tamaño de su meñique.

—Putá mala suerte —protestó con la voz tensa y el rostro retorcido en una mueca de dolor.

—Deja que te la saque —se ofreció Lucas, pero Damian meneó la cabeza.

—Quédate al timón. Creo que...

De súbito todo se tiñó de blanco. Lucas se agachó, se protegió la cabeza con los brazos y, por un momento, vio las siluetas de sus huesos embutidas entre rojizas capas de carne. Cuando se atrevió a mirar en derredor, se encontró con una estrecha columna luminosa de un immaculado color blanco que ascendía con firmeza y que parecía inclinarse según viajaba hacia la precisa cúspide del cielo.

Un viento caliente sacudió el velero e infló la vela. Lucas se incorporó y cogió el timón y la escota mientras el barco se desplazaba de lado. Cuando hubo recuperado el control, la columna luminosa se había atenuado y comenzaba a difuminarse entre la bruma arremolinada, enraizada en un fuego pálido que titilaba al otro lado del banco de arena.

\* \* \*

A la mañana siguiente el padre de Damian, Jason Playne, les hizo una visita a Lucas y su madre. Era un hombre corpulento, casi quincuagenario, llevaba la cabeza afeitada, se manejaba de un modo franco y directo, calzaba botas de trabajo y vestía un mono de tela vaquera; su mera presencia hacía que la caravana pareciese más pequeña y frágil. Se acercó a la cama de Julia y le dijo que le gustaría hablar con Lucas sobre el lío en el que se habían metido su Damian y él.

—Adelante, pregúntele —accedió Julia.

Estaba echada entre sus almohadones, los ojos brillantes y divertidos. Su tableta descansaba junto a ella, las imágenes y los bloques de texto destellando en la pantalla.

Jason Playne la escrutó a través del espeso matorral de sus cejas. Un acre olor a agua salada y alcohol sudado se mantenía aferrado a él.

—Esperaba que pudiéramos hablar en privado —dijo.

—Entre mi hijo y yo no hay secretos.

—En este caso se trata de mi hijo —especificó Jason Playne.

—No han hecho nada malo, si es eso lo que le preocupa —le aseguró Julia.

Lucas sintió que un nudo de vergüenza y rabia le apretaba el pecho.

—Estoy aquí —le recordó.

—Vale, pues no hicisteis nada malo —rectificó su madre.

Jason Playne miró a Lucas.

—¿Cómo se hizo Damian esa herida?

—Se cayó y se cortó —contestó Lucas con toda la firmeza que pudo.

Era la respuesta que Damian y él acordaron dar cuando regresaron a casa con su

trofeo. Lucas le extrajo la astilla del dragón y restañó la hemorragia improvisando un vendaje con un jirón arrancado de la camisa de Damian. No brotó mucha sangre; el candente fragmento había cauterizado parte de la herida.

—Se cayó —repitió Jason Playne.

—Sí, señor.

—¿Estás seguro? Porque yo diría que el corte que mi hijo tiene en el brazo es una cuchillada. Diría que se vio involucrado en alguna pelea.

—Más que una pregunta, eso parece una acusación —intervino Julia.

—No nos peleamos con nadie —sostuvo Lucas.

—¿Estás seguro de que Damian no robó nada? —continuó Jason Playne.

—Sí, señor.

La respuesta, en sí misma, no constituía una mentira.

—Porque si hubiera robado algo, si aún lo conservase, estaría metido en un lío muy gordo. Y tú también.

—Tengo motivos para pensar que mi hijo sabe más que la mayoría acerca de los extraterrestres —señaló Julia.

—Esto no es un cuento de hadas —espetó Jason Playne—. Estoy diciendo que el Ejército ha ordenado que quien posea cualquier cosa relacionada con el dragón ese debe devolverla. ¿Que robasteis algo y descubren que no lo habéis devuelto? Os detendrán. ¿Que intentáis venderlo? Bien, os puedo asegurar que los tipos que se mueven en ese negocio son capaces de cualquier cosa. Lo sé bien. He tenido ocasión de conocer a un par de ellos.

—Estoy segura de que Lucas no juega con esas cosas —afirmó Julia.

Y así concluyó la conversación, solo que cuando Jason Playne se hubo marchado, Julia le dijo a Lucas que el padre de Damian tenía razón en una cosa: la gente que se dedicaba a someter la tecnología extraterrestre a métodos de ingeniería inversa era peligrosa y había que evitarla a toda costa.

—Si por cualquier motivo yo tuviera algún objeto de ese tipo —le aconsejó—, me desprendería de él sin pensarlo dos veces. Antes de que nadie se enterase.

Sin embargo Lucas no podía deshacerse de la astilla porque le había prometido a Damian que la mantendría a buen recaudo hasta que decidieran qué hacer con ella. Pasó los dos días siguientes sumido en una nube de culpa e incertidumbre, forcejeando con la tentación de ir a comprobar si aquella cosa seguía intacta en su escondite, preguntándose qué sabrían el padre de Damian y su madre, y considerando la posibilidad de buscar alguna zona profunda de la Crecida para arrojarla al agua, hasta que por fin Damian se acercó a verlo a la isla.

Corrían las últimas horas de la tarde, oculto ya el sol tras el horizonte. Lucas estaba regando el huerto cuando Damian lo llamó desde el cobijo que le proporcionaban las sombras de una fronda de budelias. Sonrió a Lucas y le dijo:

—Si crees que yo traigo mal aspecto, deberías verlo a él.

—Dudo que se pueda tener peor pinta.

—Me he llevado unos cuantos guantazos —señaló Damian. Tenía el labio superior partido, los ojos amarrotados por sendos cardenales y se apreciaba un bulto negruzco en el juego de la mandíbula.

—Se pasó por la isla —dijo Lucas—. Nos las hizo pasar canutas a Julia y a mí.

—¿Cuánto sabe?

—Le conté lo que ocurrió.

—¿Todo? —preguntó Damian con un leve tono de crispación.

—Excepto lo de que se te clavó la astilla —respondió Lucas.

—Ah. Tu madre mola, ¿lo sabías? Ojalá...

Cuando comprendió que su amigo no terminaría de expresar su deseo, Lucas tomó la palabra.

—¿No pasará nada? Porque hayas venido tan pronto.

—Ah, mi padre está en Halvergate, por negocios, como él dice. No te preocupes por él. ¿La has guardado bien?

—Te dije que lo haría.

—He venido, Lu, porque creo que podría ponerme en contacto con alguien interesado en comprar nuestro pequeño tesoro.

—Tu padre dice que no deberíamos acercarnos a esa gente.

—Eso es lo que él dice.

—Julia también lo cree así.

—Si prefieres desentenderte del asunto, dilo. Indícame dónde está y yo me encargaré de todo.

—Vale.

—Entonces ¿la escondes aquí o tenemos que ir a otra parte?

—Te enseñaré dónde está —dijo Lucas, que llevó a su amigo entre las budelias y por el pie de la loma hasta llegar al extremo norte de la islita, donde había un manzano, encorvado, retorcido y prácticamente seco, castigado por los años de exposición a las rociadas del oleaje y las filtraciones de agua marina. Lucas se arrodilló, levantó un cuadrado de hierba y extrajo un pequeño bulto protegido con hule. Al desenvolverlo, Damian se arrodilló a su lado, estiró la mano y pasó el dedo por uno de los filamentos de la astilla.

—¿Está muerta?

—Nunca ha estado viva —dijo Lucas.

—Ya sabes a qué me refiero. ¿Qué le has hecho?

—Nada. Se desactivó sola.

Cuando Lucas extrajo la astilla del brazo de Damian, el objeto translúcido se opacó con una red de hilos relucientes. Ahora presentaba un apagado color negro rojizo que recordaba al de una costra seca.

—Quizá funcione con la luz del sol, como los teléfonos —teorizó Damian.

—Había pensado en eso, pero también creo que sería mejor dejarla escondida.

—Seguro que todavía podemos sacar un pico por ella —insistió Damian mientras

cubría la astilla con el hule.

Una aprensión repentina asaltó a Lucas, como si se precipitara al vacío sin dejar de estar arrodillado en la oscuridad.

—No tenemos por qué hacerlo ahora mismo —dijo.

—Sí, yo sí tengo que hacerlo.

—Tu padre... No está en Halvergate, ¿verdad?

Damian lo miró a los ojos.

—No lo he matado, si es eso lo que te preocupa. Quería retenerme dándome una zurra, pero al final la zurra se la llevó él. Le aticé bien. Lo tumbé y lo dejé inconsciente. Después lo até, para que me diera tiempo a escapar.

—Vendrá por ti.

—¿Te acuerdas de cuando éramos críos? Solíamos tendernos aquí, en verano. Observábamos las estrellas y hablábamos de cómo sería viajar a alguno de los mundos que los jackaroo nos entregaron. Bien, pues me propongo averiguarlo. La ONU permite comprarles los billetes a los ganadores de la lotería que no quieren ir. Es legal y todo. Tan solo hace falta dinero. Supongo que con esto tendremos bastante para empezar.

—Sabes que no puedo acompañarte.

—Si quieres tu mitad, tendrás que venir a Norwich. Porque no pienso volver aquí —le avisó Damian antes de levantarse con una agilidad felina.

Lucas también se puso de pie. Se hallaban frente a frente bajo el manzano, en medio de la isla y la Crecida penumbrosas y calladas. Como si fueran las últimas personas sobre la faz de la Tierra.

—No intentes detenerme —le advirtió Damian—. Mi padre lo intentó y se llevó una puta paliza.

—Podemos hablarlo.

—No hay nada que hablar —declinó Damian—. Las cosas están así.

Al ir a rodear a Lucas, este lo agarró del brazo, pero Damian le dio la vuelta, lo levantó del suelo y lo apretó contra el tronco del árbol. Lucas forcejeó para liberarse pero Damian lo sujetaba con una fuerza insólita, presionándolo contra la corteza áspera, inclinado sobre él. Unas motas de luz se agitaban en las sombrías cuencas de sus ojos. Se pegó a Lucas y le susurró unas palabras al oído con la voz deshilachada, exhalando un hálito caliente sobre su mejilla.

—Antes siempre me ganabas, Lu. Cuando echábamos una carrera, cuando nadábamos... Siempre. Pero eso se acabó. He cambiado. ¿Quieres saber por qué?

—No hace falta que nos peleemos por esto.

—No, no hace falta —convino Damian, que lo soltó antes de dar un paso atrás.

Lucas se apartó del manzano, el paso un tanto vacilante.

—¿Qué mosca te ha picado?

Damian se rió.

—Esa es buena, sí, señor. ¿No lo adivinas?

—Necesitas el dinero porque quieres largarte de aquí. De acuerdo, puedes quedarte con mi mitad, si es eso lo que quieres. Pero no llegarás muy lejos.

—No, solo con el dinero no. Pero como te he dicho, he cambiado. Mira —le indicó Damian según se subía la manga de la camisa para mostrarle la parte del brazo donde se le clavó la astilla.

Tan solo quedaba el rastro leve de una cicatriz, sonrosado y liso. Cuando Damian se estiró la piel, Lucas vio el contorno del bulto ondulante y fibroso que se escondía debajo.

—Ha crecido —dijo Damian.

—Joder.

—Soy más fuerte. Y también más rápido. Me siento... no sé, mejor que nunca, como si pudiera dar la vuelta al mundo corriendo y sin detenerme en ningún momento, si fuera necesario.

—¿Y si no deja de crecer? Deberías ir al médico, Da. En serio.

—Pienso ir. Visitaré a uno de esos con los que me sacaré un dinero, gracias a lo que ocurrió. ¿Todavía crees que ese trocito del dragón no vale nada? Me cambió. Podría cambiar a cualquiera. Te aseguro que no quiero pelearme contigo —declaró Damian—, pero lo haré si te interpones en mi camino. Porque no pienso parar ahora. Si me quedo aquí, mi padre me alcanzará. Y entonces tendría que matarlo. Y sé muy bien que puedo hacerlo.

Se estudiaron el uno al otro bajo la luz del crepúsculo. Lucas fue el primero en apartar la mirada.

—Puedes acompañarme —le propuso Damian—. A Norwich. Después iremos a donde nos dé la gana. Hasta el infinito y más allá. Piénsatelo. ¿Todavía tienes mi teléfono?

—¿Quieres llevártelo? Está en la caravana.

—Quédatelo. Te llamaré. Te indicaré dónde encontrarnos. Puedes venir o pasar, tú mismo.

Y, sin más, se alejó corriendo, aplastando las budelias que cubrían la pendiente de la loma. Lucas lo siguió pero cuando llegó a la orilla, Damian ya tenía encendido el motor del barco que había robado del criadero de camarones de su padre, en el que desapareció bajo la luz cada vez más opaca del anochecer.

\* \* \*

Al día siguiente Lucas se encontraba en la Crecida comprobando si había caído alguna anguila en las jaulas con cebo, cuando un bote hinchable salió del criadero de camarones y describió un arco espumoso sobre el agua según avanzaba hacia él. Jason Playne venía sentado en la popa del bote; al llegar a su altura apagó el motor, se detuvo con un preciso derrape junto a su velero y se agarró a la bancada. Traía vendada la muñeca izquierda y llevaba bien calada una gorra de béisbol sobre unas



gafas de sol que proyectaban el reflejo oscurecido de Lucas, el velero y la masa de agua que los rodeaba. Sin perder el tiempo con saludos ni preámbulos, le preguntó dónde estaba Damian, a lo que Lucas le respondió que no lo sabía.

—Anoche lo viste. No me mientas. ¿Qué te contó?

—Que pensaba marcharse. Que quería que yo lo acompañase.

—Pero no lo hiciste.

—Ya lo ve. Aquí sigo.

—No te hagas el listo conmigo, chaval. —Jason Playne escrutó largamente a Lucas, hasta que al cabo suspiró, se quitó la gorra y se pasó la palma de la mano por la cabeza afeitada—. He hablado con tu madre. Sé que no está contigo. Pero podría estar cerca de aquí. En el bosque, tal vez. De acampada, como solíais hacer cuando erais más pequeños.

—Solo sé que se ha ido, señor Playne. Lejos de aquí.

La sonrisa de Jason Playne no terminó de surtir efecto.

—Eres su amigo, Lucas. Sé que quieres hacer lo correcto por él. Como hacen los amigos. Así que tal vez puedas decirle, si lo ves, que no estoy enfadado. Que debería volver a casa y que no habrá ningún problema. También podrías decirle que tenga cuidado. Y tú también deberías tenerlo. Creo que sabes de lo que hablo. Podríais meteros en problemas muy serios si habláis con la gente equivocada. O incluso si habláis con la gente adecuada. Piensa en ello —le dijo Jason Playne, que se apartó del velero, arrancó el motor del bote y se alejó a toda velocidad, rebotando sobre el oleaje leve hasta perderse entre los reflejos del sol que el agua despedía.

Lucas continuó recogiendo las jaulas, pensando que se alegraba de que Damian se hubiera ido, de que hubiera escapado. Cuando terminó, armó la palamenta y comenzó a remar de regreso a la isla, donde lo esperaban su madre y el pequeño universo de su vida.

\* \* \*

Damian no lo llamó aquel día, ni el siguiente, ni más adelante. Al principio Lucas se lo tomó mal, pero después se preocupó, convencido de que Damian se había metido en un lío, de que había despilfarrado o perdido el dinero que hubiera conseguido con la venta de la astilla, o de que lo habían engañado o algo peor. Al cabo de una semana se desplazó hasta Norwich en el velero y se pasó medio día deambulando por la ciudad, buscando a su amigo en vano. Jason Playne no volvió a molestarlo pero en más de una ocasión Lucas lo vio detenido junto a la hilera de depósitos del criadero de camarones, observando la isla.

El septembrino veranillo de San Martín derivó en una sucesión de tormentas. Llovía a diario. La lluvia contundente y fría azotaba las aguas con sus cortinas sinuosas. Las infinitas sábanas de nubes bajas se deslizaban hacia el este. Clima atlántico. La Crecida se volvió más turbia y menos salina de lo habitual. Las trampas

para anguilas permanecieron vacías y el oleaje levantado por las tempestades empujó los bancos de caballa y otros peces hacia aguas más profundas. Lucas recogió cuanto pudo del huerto, del viejo peral y de los olvidados arbustos silvestres que poblaban la foresta situada detrás del dique, y contó y volvió a contar las reservas de latas y precocinados. Distribuyó trampas para conejos por el bosque e invirtió decenas de horas persiguiendo ardillas de árbol en árbol, esperando la ocasión de hacer blanco con el tirachinas. Pescaba espinosos en los charcos que la marea formaba, llenos de algas, en torno al ruinoso enladrillado de la orilla de la isla y los utilizaba como cebo en los palangres para cangrejos; y si no conseguía cazar ardillas ni pescar cangrejos, recogía mejillones del arrecife de automóviles que bordeaba el pie del dique.

Llovió durante el resto de septiembre y hasta principios de octubre. Julia se vio aquejada de una tos intensa y persistente. Activó la función de teclado de su tableta, la cual no utilizaba desde hacía tiempo, para mecanografiar sus ensayos, artículos de opinión y publicaciones del diario en lugar de elaborarlos hablándole a la cámara. Estaba ayudando a los colonos de la península Antártica a solicitarle al Tribunal Internacional de Johannesburgo que se les concediera la categoría de Estado a fin de evitar la explotación del petróleo y los yacimientos mineros por parte de las multinacionales. Debatía con los utopistas del atolón de Midway si los dragones marinos que utilizaban para recoger las partículas de plástico no estarían absorbiendo además el valioso fitoplancton y por tanto desestabilizando el ecosistema marino. Cada día surgía un nuevo frente.

La curandera que la atendía le preparaba infusiones y le aplicaba cataplasmas, pero la tos no dejaba de agravarse y, puesto que no tenían dinero para comprar medicamentos, Lucas buscó empleo en el criadero de algas de Halvergate. Todas las mañanas salía de casa antes del amanecer y se presentaba en la entrada, donde aguardaba entre una multitud de hombres y mujeres mientras uno de los supervisores escogía a unos pocos de ellos al azar, les indicaba que dieran un paso al frente y les decía a los demás que volvieran a probar suerte al día siguiente. Tras ser desestimado por quinta vez consecutiva en la criba matutina, caminaba por el arcén en dirección a la ciudad y el muelle donde había amarrado el velero cuando una furgoneta destartada se detuvo junto a él y el conductor lo llamó. Era Ritchy, el capataz encorvado y tuerto del criadero de camarones.

—¿Quieres que te lleve, chaval? —le preguntó.

—Puede decirle que no le servirá de nada seguirme porque no tengo ni idea de dónde está Damian —le espetó Lucas, que reanudó el paso.

—No sabe que estoy aquí. —Ritchy se asomó por la ventanilla mientras mantenía la furgoneta a su altura. Los neumáticos iban dejando sendos surcos en la carretera encharcada. La lluvia danzaba sobre el techo—. Tengo noticias de Damian. Sube. Sé dónde ponen un buen desayuno, y tienes pinta de que no te vendría mal comer algo.

Pasaron junto a las pequeñas lagunas que se extendían por detrás de las vallas de tela metálica y dejaron atrás los depósitos de acero y las cañerías de aquella

desvencijada planta que transformaba los lípidos de las algas en biocombustible. Ritchy habló del endemoniado clima, le preguntó a Lucas qué tal le iba con el barco, se interesó por su madre, le dijo que lamentaba oír que estaba enferma y que tal vez debería visitarla, que le gustaba conversar con ella porque siempre te cambiaba el concepto que tenías de las cosas, una cháchara insustancial que no interrumpió hasta que llegaron a la cafetería.

Se encontraba en una esquina de un área de descanso donde había dos filas de camiones aparcados. Un par de contenedores de carga soldados y pintados de rosa chillón. Las cortinas de cuadros rojos y blancos que cubrían las ventanas interrumpían la acanaladura de las paredes. En el interior se amontonaban las mesas de formica y las sillas de plástico; todas estaban ocupadas, y además había cola, pero Ritchy conocía a la familia portuguesa que regentaba el local, de modo que los pasaron a una mesa pequeña del fondo, situada entre un frigorífico y la barra del personal; así, sin necesidad de pedir nada, les sirvieron sendas tazas de un té muy intenso, acompañadas de unas tortillas de camarones y pimientos verdes, judías al horno y patatas fritas.

—¿Sabes qué es lo que más echo de menos? —comentó Ritchy—. Los cerdos. El beicon y las salchichas. El jamón. Dicen que los alemanes están intentando clonar cerdos inmunes a la gripe. Si eso es verdad, espero que se den prisa. Come, chaval. Te sentirás mejor con la barriga llena.

—Dijo que tenía noticias de Damian. ¿Dónde está? ¿Se encuentra bien?

Ritchy lo miró de soslayo. El ojo izquierdo, sustituto del que perdió durante sus días de soldado, relucía inerte. Cultivado a partir de un fragmento de diente, no ofrecía una gran resolución, aunque le permitía percibir la luz infrarroja y la ultravioleta.

—¿Sabes lo que son los daños colaterales? —dijo.

El miedo abrió un vacío en el estómago de Lucas.

—Se ha metido en algún problema, ¿verdad? ¿Qué ha ocurrido?

—Antes, en la antigüedad, las guerras se libraban en el campo de batalla que elegían los dos bandos. Los ejércitos se citaban para el combate. Luchaban entre ellos, hasta el final. Con el tiempo las guerras se volvieron tan cruentas que los países enfrentados pasaron a convertirse en gigantescas lizas. Los civiles se vieron atrapados en el frente. O, mejor dicho, dejó de haber un frente definido. La guerra total, lo llamaban. Después llegaron las guerras que no eran tales. Guerras asimétricas. Guerras de la red. Donde el conflicto en sí se mezcla con el crimen y el terrorismo. Hace tiempo tu madre se vio involucrada en una guerra de la red. Contra los jackaroo y los otros. Aún hoy cree que sigue combatiendo, aunque hace tiempo que ese enfrentamiento se convirtió en otra cosa. En las guerras de la red no hay ejércitos ni campos de batalla, sino tan solo una serie de nodos distribuidos de manera organizada. Los daños colaterales —expuso Ritchy, llevándose un bocado de tortilla a la boca con el tenedor— son la consecuencia inevitable de eliminar uno de esos

nodos, porque todos se hallan integrados en la sociedad normal. Podría ser un piso ubicado en un bloque de viviendas de alguna ciudad. O una islita donde alguien cree que hay escondido algo muy valioso.

—No sé...

—Tú no sabes nada —dijo Ritchy—. Te creo. Damian huyó con lo que quiera que encontraseis o robaseis y te dejó en la estacada. Sin embargo, la gente con la que Damian se mezcló ignora que tú no sabes nada. Por eso hemos estado atentos a lo que hacías. Para cerciorarnos de que ni tú ni tu madre terminarais siendo daños colaterales.

—Un momento. ¿Qué gente? ¿Qué ha hecho Damian?

—Estoy intentado decírtelo, pero me resulta más difícil de lo que pensaba. —Ritchy dejó el cuchillo y el tenedor en el plato antes de proseguir—. Quizá sea mejor contártelo sin rodeos. El día siguiente al de su huida, Damian intentó hacer un trato con una gente de Norwich. Mala gente. Quería venderles un fragmento del dragón aquel que quedó varado, pero decidieron quitárselo sin pagarle nada a cambio. Se produjo una refriega y Damian escapó, después de malherir a un hombre con un cuchillo. El tipo murió algunas semanas después a consecuencia del corte. Esa gente es de la que cuida de los suyos, no sé si me entiendes. Todo el que se vea implicado en ese negocio termina mal, de un modo u otro. Jason tuvo que saldar cuentas con ellos, porque si no, habrían ido por él. Ojo por ojo —dijo Ritchy, señalándose el ojo muerto con el meñique.

—¿Qué le ha ocurrido a Damian?

—Eso es lo más duro. Después de los problemas que tuvo en Norwich, el chaval llamó a su padre. Estaba borracho y no hacía más que despotricar. Se jactaba de cómo iba a nadar en dinero. Conseguí introducir un demonio en su mensaje y lo rastree hasta una célula de Gravesend. Jason se desplazó hasta allí y entonces fue cuando... En fin, no hay otra forma de decirlo. Entonces fue cuando descubrió que habían asesinado a Damian.

Lucas sintió que la tierra se abría bajo sus pies. Transcurrieron unos instantes hasta que volvió en sí, hecho un ovillo, con los tejanos y el jersey empapados, en medio de la bulliciosa cafetería, con el frigorífico zumbando junto a él. Ritchy rasgó los extremos de cuatro tubitos de azúcar, los vació en el té de Lucas, lo removió, le colocó la mano en torno a la taza y le dijo que bebiera.

Lucas tomó un sorbo de la infusión dulce y caliente y se sintió un poco mejor.

—Siempre he pensado —le confesó Ritchy— que de los dos tú eras el mejor, el más brillante.

Lucas visualizó a su amigo y se sintió raro, asaltado por un frío súbito, consciente de que ya no lo vería, ni hablaría con él, nunca más.

—La policía llamó ayer. Encontraron el cadáver de Damian en el río. Creen que cayó en las redes de una de las bandas que comercian con objetos extraterrestres.

De pronto Lucas ató cabos.

—Quienes lo mataron querían lo que le estaba creciendo por dentro —dedujo.

Le contó a Ritchy lo de la astilla que se le clavó en el brazo a Damian. Cómo la extrajeron. Cómo terminó por infectarlo.

—Tenía una especie de parche en torno al corte, bajo la piel. Decía que le estaba volviendo más fuerte.

Lucas vio a su amigo de nuevo, con aquella mirada demencial a la luz del crepúsculo, bajo el manzano.

—Eso creía él. Aunque ese tipo de cosas... En fin, si no lo hubieran asesinado, muy probablemente habría muerto a consecuencia de la infección.

—¿Sabe quién lo hizo?

Ritchy meneó la cabeza.

—La policía está realizando averiguaciones, como ellos dicen. Imagino que querrán hacerte algunas preguntas.

—Gracias. Por contármelo.

—Recuerdo cómo era el mundo antes de que llegaran los jackaroo —comentó Ritchy—. Y los que llegaron después. Estaba patas arriba pero por lo menos sabías lo que había. Si por casualidad conservaras más cosas de esas, chaval, tíralas a la Crecida. Y no señales el lugar.

\* \* \*

Dos detectives se presentaron en Gravesend para interrogar a Lucas. Les contó cuanto sabía. Julia le dijo que no debía sentirse responsable, que Damian había tomado una decisión y que esta resultó ser una mala idea. Aun así, Lucas no conseguía desprenderse del sentimiento de culpa. Tendría que haberse esforzado más por ayudarlo. Tendría que haberse deshecho de la astilla. Podría haber ido a buscarlo después de la estúpida riña por aquella chica. O podría haberse negado a llevarlo a ver el maldito dragón, para empezar.

Transcurrió una semana. Dos. No se celebró el funeral porque la policía no entregó los restos de Damian. Según adujeron, los forenses necesitaban someterlo a algunas pruebas más. Julia, que estaba siguiendo los rumores acerca del asesinato y la subsiguiente investigación a través de las redes silenciosas, dijo que cabía la posibilidad de que el cadáver hubiera terminado en un laboratorio de investigación clandestino, lo cual originó una riña entre Lucas y ella.

Un día, cuando regresaba a casa después de comprobar las trampas que había distribuido por el bosque, Lucas se encaramó a lo alto del dique y vio a dos hombres esperando junto a su velero. Ambos llevaban puesto un traje de camuflaje nuevo; uno tenía barba y el otro llevaba la cabeza afeitada y lucía varios pendientes destellantes en una oreja. Se encaminaron pendiente arriba, hacia él, y empezaron a llamarlo. Lucas giró sobre los talones y echó a correr. Atravesó un yermo tomado por los hierbajos y los arbolitos jóvenes y se sumergió entre los helechales que perfilaban los

límites del bosque; a continuación se detuvo y al ver que los hombres lo perseguían, reanudó la carrera.

Puesto que conocía la foresta como la palma de su mano, no tardó en hallar un escondite bajo el tronco inclinado de un sicomoro cubierto de musgo y hiedra, respirando el aire frío sin darles tregua a los pulmones. La lluvia tamborileaba entre el follaje. Las gotas de agua perlaban las ramitas negras y desnudas. El penetrante olor de la madera mojada y la tierra empapada.

Una urraca parloteaba en las inmediaciones. Lucas colocó una piedrecita en la goma del tirachinas y se dirigió hacia el origen del ruido, avanzando con cautela y en silencio, hasta que se detuvo en seco cuando vio que algo se agitaba entre los troncos mojados de los árboles que se alzaban ante él. Era el hombre barbado, cuyas ropas de camuflaje parecían transformarlo por arte de magia en una criatura fabulosa hecha de corteza húmeda y barro. Hablaba por unos auriculares inalámbricos en un idioma trufado de sonidos contundentes. Al percibir la cercanía de Lucas, se giró, desplegó una sonrisa blanca bajo la espesura de su barba y le dijo que no tenía por qué huir, que solo quería hablar.

—¿Qué es eso que tienes ahí, chico?

—Un tirachinas. Lo usaré si es necesario.

—¿Para qué sirve? ¿Para cazar conejos? Yo no soy un conejo.

—¿Quién es?

—Soy policía. Tengo identificación —respondió el hombre, quien, antes de que Lucas tuviera tiempo de decir nada, introdujo la mano en el bolsillo de los pantalones de camuflaje y sacó una pistola.

Lucas había fabricado el tirachinas con sus propias manos a partir de una horquilla obtenida de un álamo flexible y un trozo de goma artificial dotada de la composición y la resistencia propias de la bisagra de un bivalvo. En el momento en que el hombre alzó el arma, Lucas estiró la banda de goma y liberó el proyectil. Actuó rápido, sin pensárselo dos veces, disparando desde la cadera, de tal modo que la piedrecita impactó justo donde él pretendía. Golpeó los nudillos del hombre produciendo un «pop» seco, haciéndole gritar y dejar caer la pistola, tras lo que se sentó a plomo y se llevó la mano sana a la rodilla, porque el segundo disparo de Lucas había hecho blanco en la parte blanda de debajo de la rótula.

Lucas se acercó a él, apartó la pistola de una patada y se retiró de nuevo, una tercera piedrecita preparada en el tirachinas. El atacante lo miró furibundo, el rostro retorcido por el dolor, y dijo algo en su idioma malsonante.

—¿Quién le envía? —le preguntó Lucas.

Aun con el corazón acelerado, mantuvo la cabeza fría.

—Dime dónde está —le aconsejó el hombre— y te dejaremos en paz. A tu madre también.

—Mi madre no tiene nada que ver en esto.

Lucas lo vigilaba mientras oía cómo alguien se deslizaba entre la madera mojada,

hacia ellos.

—Está involucrada, de todas maneras —replicó el hombre. Intentó ponerse en pie pero la rodilla herida lo traicionó, por lo que dio un grito y volvió a sentarse. Se había hecho sangre en el labio de tan fuerte que se lo había mordido y unas gotas de sudor le moteaban la frente.

—Quédese quieto o la próxima le va al entrecejo —le advirtió Lucas. Detectó algún temblor en su voz y, por el modo en que el hombre lo miró, supo que este también lo había notado.

—Ve a buscar esa cosa. Y no me digas que no sabes de lo que te hablo. Cógela y tráela aquí. Es el único trato que voy a hacerte —anunció el hombre—. Y no pienso repetírtelo.

Al oír el crujido blando de una ramita, Lucas se giró, listo para soltar el proyectil, pero fue el padre de Damian quien salió de detrás de un acebo verdusco.

—Puedes dejármelo a mí —dijo.

Lucas entendió de inmediato lo que había ocurrido. Su templanza le permitió verlo todo con claridad y encajar las piezas del puzle.

—Me ha tendido una trampa —coligió.

—Tenía que atraerlos —se justificó Jason Playne. Llevaba puestos unos tejanos y una anticuada chaqueta de camuflaje, y acunaba entre los brazos una escopeta recortada de doble cañón.

—Les dijo dónde estaba. Les dijo que tenía más fragmentos del dragón.

El hombre barbado los miraba desde el suelo.

—Esto no termina aquí. Os tengo, a ti y a tu amigo. Y vais a pagar por lo que le hicisteis a mi hijo —le hizo saber Jason Playne, que se llevó un silbato a los labios para dar dos pitidos cortos. Otro silbato le respondió desde algún lugar de la foresta penumbrosa y mojada.

—Empresariucho estúpido. No nos conoces. No sabes lo que somos capaces de hacer. Tócame un pelo y te devolveremos el golpe multiplicado por diez.

Jason Playne lo ignoró y le dijo a Lucas que podía marcharse.

—¿Por qué dejó que me persiguieran? Podría haberlos cogido cuando estaban esperando junto a mi barco. ¿Quería que me hicieran daño?

—Sabía que les harías darse una buena carrera. Como ha sucedido. Y bien está lo que bien acaba, ¿no? —respondió Jason Playne—. Tómalo como una compensación. Por lo que le ocurrió a mi hijo.

Lucas sintió que una llamarada de rabia le abrasaba el pecho.

—No puede perdonarme por algo que no hice.

—Lo que no hiciste es lo que ha provocado todo esto.

—La culpa no es mía. Es suya. Fue usted quien lo obligó a escaparse. No solo por las palizas. Temía que si se quedaba aquí terminaría volviéndose como usted.

Jason Playne se giró hacia él, con el rostro contraído.

—Márchate. Ya.

El hombre barbado extrajo una navaja de la bota, la desplegó de un capirotazo y se levantó impulsándose con la pierna sana para abalanzarse contra Jason Playne, pero Lucas estiró la goma del tirachinas y liberó la carga. La piedrecita acertó al atacante en plena sien, produciendo un ruido hueco y haciéndolo desplomarse de bruces. Con la cabeza magullada, la sangre comenzó a manar de la nariz y la boca del hombre mientras se sacudía y tiritaba, hasta que instantes después se quedó inmóvil.

La lluvia crepitaba a su alrededor, como un aplauso leve.

Jason Playne se acercó a él y le propinó un puntapié en la barbilla. El hombre se dio media vuelta sobre la hojarasca mojada, los brazos extendidos con laxitud.

—Parece que lo has matado —observó Jason Playne.

—No pretendía...

—Tienes suerte de que hayan venido dos. El otro me contará lo que necesito saber. Ahora márchate, chaval. ¡Vete!

Lucas giró sobre los talones y se alejó corriendo.

\* \* \*

No le contó lo ocurrido a su madre. Esperaba que Jason Playne averiguara quién mató a Damian y se lo dijese a la policía, tras lo que los asesinos responderían por sus actos, con lo cual se terminaría todo.

No fue eso lo que sucedió.

Al día siguiente llegó a la isla una lancha motora de la que bajaron varios policías armados con metralletas y los detectives que estaban investigando el asesinato de Damian, quienes arrestaron a Lucas por su implicación en dos muertes sospechosas y por conspirar para secuestrar o asesinar a otras personas de identidad desconocida. Según parecía, uno de los hombres que Jason Playne contrató para que lo ayudaran a vengar la muerte de su hijo resultó ser un informante de la policía.

Lucas fue puesto en prisión preventiva. Julia se encontraba demasiado enferma para visitarlo pero de vez en cuando se comunicaban por teléfono y con los mensajes que ella le enviaba por medio de Ritchy, quien, a pesar de que lo arrestaron junto con los demás empleados del criadero de camarones, quedó en libertad bajo fianza porque la policía no consiguió demostrar que hubiera tomado parte en los planes de Jason Playne.

Fue Ritchy quien informó a Lucas de que su madre padecía un cáncer que brotó en la garganta y que terminó por extenderse al resto del cuerpo, y que se oponía a someterse a tratamiento alguno. Dos semanas más tarde llevaron a Lucas a verla, esposado a un guardia de la prisión. Julia yacía en una cama del hospital, donde presentaba un aspecto encogido y extremadamente frágil. Llevaba las rastas recogidas en un pañuelo azul. Al tomar su mano, Lucas notó que la tenía helada. La piel le colgaba de unos huesos quebradizos.

Rechazó la posibilidad de iniciar un proceso paliativo de anticuerpos



monoclonales con el que reducir los tumores y eliminar las células cancerígenas del torrente sanguíneo; asimismo, decidió no continuar ingiriendo alimentos ni agua. Los médicos no podían intervenirla porque una cláusula de su declaración de últimas voluntades le daba derecho a elegir la muerte en lugar de someterse a tratamiento. Con voz áspera, le susurró a Lucas unas últimas palabras. De sus labios agrietados manaba un aliento pestilente, aunque su mirada se mantenía profunda y firme.

—Haz siempre lo correcto, incluso cuando sea lo más duro —le dijo.

Falleció cuatro días más tarde. Sus cenizas fueron esparcidas en la rosaleda del crematorio municipal. Lucas permaneció bajo la lluvia, flanqueado por dos guardias, mientras el párroco recitaba un responso. El sacerdote le preguntó si deseaba esparcir las cenizas y Lucas las vertió sobre la hierba mojada y los rosales goteados con un giro de la muñeca. Como si lanzara un sedal sobre el agua.

\* \* \*

Fue sentenciado a cinco años por homicidio involuntario, pena que se redujo a dieciocho meses por el tiempo que pasó en prisión preventiva y por buena conducta. Quedó en libertad a principios de septiembre. Se le facilitó un billete para que tomara el autobús a Norwich y un bono para que pudiera alojarse durante una semana en algún punto del camino; sin embargo, decidió partir en la dirección opuesta, a pie. Caminó hacia el sur y el este a campo traviesa. Siguiendo las carreteras comarcales. Rodeando los campos de remolacha azucarera y las plantaciones de bambú. Agazapándose en las cunetas y entre los setos vivos cada vez que oía acercarse algún vehículo. Guiándose por la luna y las estrellas.

Una vez vio que un zorro salía corriendo ante su proximidad.

En otra ocasión, de noche, pasó junto a un almacén alumbrado donde varios robots pululaban entre la zona de carga y un autotrán.

Despuntaba el alba cuando caminaba entre la arboleda que bordeaba el límite del dique. Daba traspies cada pocos pasos. En varias ocasiones se acuclilló para descansar durante un minuto antes de obligarse a levantarse y continuar. Al cabo, llegó al camino de grava que conducía al criadero de camarones y veinte minutos después estaba llamando a la puerta de la oficina.

Ritchy le dio de desayunar y lo ayudó a sacar el velero del cobertizo donde había estado guardado para llevarlo al agua. Lucas no había perdido el contacto con el anciano; fue Ritchy quien le dijo que Jason Playne murió en prisión tras recibir una puñalada mortal, asestada muy probablemente por alguien a quien habrían contratado los tipos con los que él pretendía acabar. El hermano de Jason Playne le vendió el criadero de camarones a un consorcio local y Ritchy ascendió a supervisor.

Durante el desayuno le dijo a Lucas que, si lo necesitaba, allí le darían trabajo. Lucas le respondió que le estaba agradecido, de veras, pero que no sabía si quería quedarse.

—No tienes por qué decidirlo ahora mismo —dijo Ritchy—. Piénsatelo. Descansa un poco. Ven a verme cuando estés preparado. ¿Vale?

—Vale.

—¿Te vas a quedar en la isla?

—¿Está muy mal?

—No pude echarlos a todos. Venían durante la noche. Un grupo incluso se trajo una escopeta.

—Hiciste lo que estuvo en tu mano. Gracias.

—Ojalá hubiera podido hacer más. Lo destrozaron todo, pero no hicieron nada que no puedas reparar, si quieres.

Una garza pasó volando sobre las aguas plateadas por el sol según Lucas bordeaba a remo el cabo de la isla. El repentino movimiento despertó en él un recuerdo lejano. Como si acabara de ver un fantasma.

Encalló el velero junto al cadáver putrefacto del viejo bote de remos de su madre y subió la escarpada pendiente. Ritchy había entablado las ventanillas rotas de la caravana y puesto un candado en la puerta. Lucas tenía la llave en el bolsillo pero no quería entrar, todavía no.

Después de que Julia ingresara en el hospital empezaron a llegar buscadores de tesoros de todas partes, atraídos por los rumores de que había fragmentos del dragón escondidos en la isla. Excavaron hoyos en el huerto, conquistado ahora por la maleza, y arrancaron de raíz la antena de microondas que coronaba la cima de la loma, el vínculo que unía a Julia con el resto del mundo. Lucas se colocó de espaldas al destrozo y echó a andar hacia el norte, contando los pasos. Los dos fardos de reclamo que su madre ubicó bajo sendos montoncitos de ladrillos habían sido saqueados, pero el fardo de emergencia, enterrado a gran profundidad, permanecía intacto.

Lucas excavó hasta llegar a la caja de plástico, miró a su alrededor antes de abrirla y, acuclillado, examinó el contenido dejando que el sol le calentara la espalda.

Una colección de pasaportes y carnés de identidad, todos ellos acompañados de una fotografía donde su madre aparecía más joven, asociados a distintos nombres y nacionalidades. Un fino y prieto fajo de antiguos billetes de alta denominación (yuanes, nairas y dólares estadounidenses) más o menos carentes de valor a causa de la inflación y la revaluación. Tarjetas de crédito, algunas en blanco y otras grabadas con diferentes nombres, también inútiles. Decenas de agujas de datos envueltas en su funda. Unas gafas de realidad aumentada.

Lucas se fijó en uno de los carnés de identidad. Al pasar el pulgar por la fotografía de su madre, esta se giró para colocarse de perfil, y se movió para mirarlo cuando deslizó el dedo de nuevo.

Se guardó el carné, las agujas de datos y las gafas de realidad aumentada; recorrió la loma hasta llegar al manzano del extremo opuesto y contempló la planicie de agua que destellaba cual seda tornasolada bajo el sol. Una hilera de pensamientos atravesó su cabeza como una pausada y majestuosa procesión de imágenes que podía observar

en detalle. Después los pensamientos se desvanecieron por completo y durante unos instantes dejó de sentirse ajeno al mundo que lo rodeaba, al sol, al agua y a la brisa cálida que se enroscaba en las ramas torcidas del árbol.

Un escalofrío le hizo volver en sí. Aquí y allá se veían manzanas caídas entre los hierbajos y las ortigas que crecían en torno a los árboles, diseminadas entre una profusión de avispas y avispones exangües que semejaban balas amarillas y negras. Aquí yacía un pájaro muerto, también, reducido a un amasijo de plumas y huesecillos blancos. Allá había otro, y otro más. Daba la sensación de que una nube tóxica hubiera extinguido cualquier forma de vida.

Cogió una manzana del árbol, la aplastó contra el tronco y vio unas hebras pálidas y finas como cabellos entrelazadas con la pulpa. Al retirar la corteza de una rama descubrió que el mismo tipo de hebras anidaba entre la madera viva.

La sustancia del dragón, brotada de la semilla que él había plantado. Para transformarse ahora en otra cosa.

En la madera del árbol y las manzanas diseminadas a su alrededor se escondía un tesoro por el que muchos matarían. Por el que ya habían matado. Sacaría más que suficiente para asegurarse el porvenir, si se lo vendía a la gente adecuada. Podría construirse una casa allí mismo, comprar el criadero de camarones o incluso levantar uno de su propiedad. Podría comprar un billete para uno de los transbordadores que atravesaban el agujero de gusano abierto entre la Tierra y la Luna. Podría viajar hasta el infinito y más allá...

Recordó el brillo de esperanza que iluminaba los ojos de Damian cuando le hablaba de aquellos nuevos mundos. Pensó en el hecho de que la astilla del dragón había matado o hecho daño a todos los que llegaron a tocarla. Visualizó a su madre trabajando con la tableta en su lecho de enferma, aconsejando y desafiando a quienes pretendían construir algo nuevo allí, en la Tierra. No suponía un gran reto. Ni por asomo.

Regresó a la caravana. Respiró hondo, abrió el candado y entró. Todo estaba del revés o despedazado. Los armarios, abiertos; el colchón de la cama de su madre, rajado y hecho jirones. Una caótica ruina inundaba el suelo. Rebuscó entre el estropicio y dio con una caja de cerillas y una jarra de plástico llena de aceite de candil. Vertió la mitad del combustible sobre el colchón desgarrado, prendió un trozo de cartón y lo dejó caer encima de aquel. Se batió en retirada según las llamas ganaban altura.

Apenas le llevó diez minutos rodear el manzano con un montón de ramas y hierbas secas que recogió de las inmediaciones, terminar de vaciar la jarra de aceite sobre el tronco y prender la yesca. Un fino velo de humo blanco se extendió sobre la isla y se deslizó poco a poco hacia el agua mientras Lucas izaba la vela del barco y lo orientaba de cara al viento.

Rumbo sur.

**Paul McAuley** (Stroud, Gran Bretaña, 1955), es un autor de ciencia ficción muy popular en el mundo anglosajón y también en España. Su narrativa acostumbra a abordar temas como la biotecnología, los viajes espaciales o las realidades alternativas, impregnándose del mejor sentido de la maravilla y abundantes referencias a clásicos del género.

Su primera novela, *Four Hundred Billion Stars*, obtuvo el premio Philip K. Dick en 1988. A ella le siguieron, entre otras, *Fairyland* (La Factoría de Ideas, 2001, premio Arthur C. Clarke y John W. Campbell Memorial), *The Temptation of Dr. Stein* (premio British Fantasy), *Pasquale's Angel* (premio Sidewise de historia alternativa), *El beso de Milena* (La Factoría de Ideas, 2001), así como su serie de La Confluencia: *Hijo del Río* (La Factoría de Ideas, 2002), *Los de Días de Antigüedad* (La Factoría de Ideas, 2003) y *Shrine of Stars* (1999).

«La decisión» es una historia ambientada en un futuro próximo en el que Inglaterra ha sufrido una enorme transformación debido al cambio climático y el ascenso del nivel del mar. Pese a las dificultades, la población se ha adaptado y prosigue su devenir diario hasta que una gigantesca nave alienígena encalla en el río. Fue publicado originalmente en febrero de 2011 en la revista *Asimov's Science Fiction* y obtuvo el premio Sturgeon 2012. Esta novela corta ha dado lugar a dos secuelas anunciadas por el autor: *Something Coming Through* (2014) e *Into Everywhere* (2015).

# Ánima

Sofía Rhei

**Sofía Rhei** (Madrid, 1978) es escritora y poeta, autora de la serie de humor infantil *Krippys* (Montena, bajo el seudónimo de Cornelius Krippa), el libro de relatos *Cuentos y leyendas de objetos mágicos* y las novelas juveniles *Flores de Sombra* y *Savia Negra* (ambas en Alfaguara). En 2013 protagonizó una de las mayores sorpresas literarias del año: *El joven Moriarty. El misterio del dodo* (Fábulas de Albión), cuyo éxito propició una pronta secuela: *El joven Moriarty y la planta carnívora*, en donde combinaba una deliciosa ambientación victoriana con la reinención de diversos mitos holmesianos. También ha participado en publicaciones vanguardistas como la revista *Presencia Humana*.

Sofía Rhei ha sido la autora ganadora del concurso de relato organizado por Fantascy que ofrecía como premio la publicación de la obra seleccionada dentro del presente volumen. Un total de 146 relatos concurren al certamen, procedentes de distintos lugares de España, Iberoamérica y resto del mundo, que sumaron en total más un millón de palabras.

En el mundo de «Ánima» la responsabilidad sobre la propia salud recae en cada individuo, pero la reproducción de la especie solo se concibe de forma monitorizada y requiere de una tecnología tan compleja que las máquinas no son capaces de llevarla a cabo sin intervención humana. Afortunadamente, incluso en ese aséptico futuro no es descartable algo tan primitivo como las emociones humanas.

Respiró hondo para concentrarse. Le dolía la cabeza. Introdujo las manos en el área operativa, una esfera de nada más que aire frente al secuenciador Theremin, y las agitó suavemente, formando dibujos engañosamente caprichosos, como si el aire fuera agua y ella estuviera jugando con un pez.

Las volutas que describían sus manos alargadas transmitían complejas órdenes, cargadas de matices, al secuenciador genético. La interfaz del sistema era casi tan hermosa como el movimiento de los dedos de *Ánima*, con sus colores irisados que mutaban ligeramente al modificarse el punto de vista de la estructura helicoidal.

El programa señalaba con esferas de tonos intensos las mutaciones más frecuentes o conocidas, y con volúmenes de matices difuminados, aquellas que solo eran sospechosas de serlo. Pero muchas de las alertas señaladas por el sistema se referían a rasgos que solo se activarían en presencia de otras mutaciones características. El supragren inhibidor que había sido creado por una de sus profesoras en la universidad empezaba a dar sus frutos, localizando mutaciones semejantes e impidiendo su expresión, pero la intervención humana seguía siendo imprescindible para configurar los genomas de los futuros niños, en un proceso llamado «metación».

Entonces sonó un pitido de alarma, y sobre el hermoso gráfico apareció un mensaje de advertencia. Algo estaba saliendo mal.

*Ánima* pestañeó. Era incapaz de concentrarse. Si seguía trabajando, solo conseguiría malos resultados. Y cada minuto de tiempo perdido con el Theremin costaba el equivalente a una semana de su sueldo. Le cedió su puesto a la siguiente de sus compañeras, que esperaban en fila su turno en la máquina, y regresó a su cubículo.

Una vez fuera de la supervisión de las cámaras, pulsó el implante de electropuntura situado en su muñeca, liberando instantáneamente una oleada de sustancias tranquilizantes endógenas. No era capaz de identificar lo que le sucedía. Llevaba ya diez años trabajando en aquella empresa, una de las pocas a las que había podido acceder gracias a su votocarnet. La habían seleccionado nada más terminar los estudios, mediante un periodo propedéutico que consistía en trabajar un año para la empresa a cambio, simplemente, del alojamiento. Cuando por fin fue aceptada como operaria de pleno derecho habría podido cambiar de vivienda, pero ya le había tomado cierto cariño a los módulos iniciales de la empresa, y no le apetecía trasladarse a uno superior, que suponía más gastos. Ahorrar en el alojamiento le permitía acumular cierta cantidad de crédito. No sabía para qué estaba guardando tanto, y si hubiera respondido con sinceridad a las preguntas del test médico acerca de esta posible compulsión, quizá su diagnóstico hubiera sido diferente.

*Ánima*, a salvo de las miradas en su cubículo, respiró hondo, y se prometió que

aquella noche no mentiría al hacer el test médico. Resultaba muy curioso lo adicta que se había vuelto a un sistema al que engañaba sistemáticamente. Acaso esto se debiera a que tenía demasiado tiempo libre (también mentía acerca de eso), o a que mientras respondía a todas aquellas preguntas sentía que alguien, aunque fuera una máquina, por un momento, se preocupaba por ella. Cuidaba de ella.

Realizó el resto de sus tareas lo mejor que pudo, y al acabar, rechazó la invitación de una de sus compañeras para tomar algo después del trabajo. Era una chica agradable, pero Ánima podía anticipar exactamente todos y cada uno de sus temas de conversación: los avances en cosmética, las nuevas impresoras de ropa, el ascenso habitacional, las agrupaciones maternas. Y también era capaz de saber qué era lo que le molestaba, exactamente, en cada uno de estos temas: la cosmética y la ropa siempre le habían parecido distracciones inútiles, encaminadas a tratar de conseguir amantes, ya que el matrimonio, para las agentes reproductoras, era una posibilidad terriblemente remota. Ella ya había tenido bastantes hombres en su juventud, y no le apetecía lo más mínimo volver a entrar en aquel duelo de autoestimas en el que solía salir dañada. El ascenso habitacional tampoco le interesaba, aunque podía comprender que conseguir mejores alojamientos dentro del campus de la empresa podía ser un entretenimiento como otro cualquiera. Pero todo eso de las agrupaciones maternas, la simple idea bastaba para ponerla nerviosa. Concebir hijos era terriblemente caro, y el sueldo de una agente jamás podría bastar para pagar el servicio. Sin embargo, el sueldo de seis o siete de ellas sí, de modo que algunas agentes se agrupaban, solicitaban un crédito a la empresa sobre sus sueldos, y conseguían el permiso de tener un hijo, o una hija, para criarla por turnos o en grupo.

Ánima no podía comprender qué satisfacción podía existir en renunciar a tantas cosas solo para tener una parte de un hijo. Pensaba que aquello era, más bien, una especie de mascota a la que malcriar un día a la semana. Demasiadas madres eran lo más parecido a no tener ninguna. Y aquel sí que era un tema en el que ella era experta.

La compañera de trabajo, que se llamaba Ula, la miró, con cierta preocupación.

—Ánima, te veo un poco decaída últimamente.

Esta frunció los labios. Ula le había propuesto en varias ocasiones que se uniera a ella en uno de esos grupos de crianza, y no quería volver a encontrarse en la incómoda situación de decirle que no de nuevo. Además, lo único que le apetecía en aquel momento era regresar a su módulo y conectarse al test médico. Quería realizar aquel experimento, decir exactamente la verdad. Quizá fuera despedida al día siguiente, pero tenía que intentarlo.

—Estoy a dieta —improvisó Ánima, sabiendo que esa excusa sí podría entrar en el campo de la normalidad social desde el punto de vista de Ula.

Esta asintió, comprensiva.

—Te voy a pasar una nueva, de algas micronutrientes. Laye estaba con la de materia primaria y ha perdido ya un 7 por ciento de masa corporal, pero creo que eso



no es para ti...

—No tengo nada contra las amebas —aseguró *Ánima*—. Por eso prefiero no comérmelas.

Caminó hasta su módulo, a través del impecable césped azul, del mismo color corporativo que todos los adornos y complementos de su uniforme, y se quitó este, dejándolo caer en el tanque de oxigenación. Se vistió con un mono de felpa, una prenda de la época anterior a los plásticos que había comprado en un mercadillo ilegal de segunda mano, y se dejó caer en la butaca red, dejando que la meciera lentamente mientras sus manos se acoplaban a los controles.

La pantalla se proyectó en el muro al reconocer su presencia. *Ánima* se conectó a la red de los servicios sanitarios globalizados, la CC, «Control y Cuidado».

¿Desea usted realizar un chequeo semanal, mensual o anual?

*Ánima* seleccionó la opción anual, porque era la que tenía el mayor número de preguntas, a pesar de que había realizado aquella prueba tan solo unos días antes.

Tras varias cuestiones rutinarias más sobre el procedimiento, apareció en la pantalla el mensaje siguiente:

¿Desea usted que se tengan en cuenta, para este test, los resultados anteriores?

A esto, *Ánima*, dispuesta a sincerarse de una vez por todas con Control y Cuidado, pulsó «NO».

Pasó el resto de la tarde respondiendo, meditadamente, a las 791 preguntas oficiales de diagnóstico estándar. Había dado respuestas falsas tantas veces a las cuestiones más comprometidas que aquello se había convertido en un hábito. Sabía que los datos de CC podían ser consultados por su empresa en cualquier momento, a pesar de la presunción de confidencialidad. Todo el mundo lo sabía, y a diario se escuchaban historias de despidos por esta causa.

Pero ya le daba igual. Llevaba tanto tiempo fingiendo que se había olvidado incluso de qué era aquello para lo que estaba fingiendo. ¿A quién temía asustar? ¿Qué era lo peor que podía ocurrirle si perdía su empleo? Cualquier cosa era preferible a aquella vida monótona, apresurada y lenta al mismo tiempo.

Iba a darle aquella última oportunidad a Control y Cuidado. Quizá sí que fueran eficaces, después de todo, y tras sincerarse le enviaran los fármacos adecuados. Quizá existiera una manera sencilla de librarse de toda aquella sensación de inutilidad, de toda aquella frustración, y de las ganas ocasionales de desatornillar la pata de una mesa para liarse a golpes con todos aquellos aparatos carísimos. No sabía a quién o qué quería agredir, pero era consciente de que tenía algo dentro que no iba a salir solo.

Siguió respondiendo preguntas, lo que le sirvió para reflexionar acerca de sí misma. Nunca había hecho un recuento de la gran cantidad de cosas prohibidas que

hacía a lo largo de la semana. Siempre había tenido la percepción de ser una mujer obediente, de seguir las reglas y de que estaba haciendo lo que sus padres, si los hubiera tenido, esperarían de ella, pero al forzarse a responder la verdad a todas aquellas preguntas se dio cuenta de que aquello no era ni remotamente cierto. No solo era aficionada a la venta de segunda mano, algo prohibido pero con lo que existía cierta tolerancia social, sino que llevaba años sin participar en las actividades políticas, sin visitar las exposiciones obligatorias y sin efectuar la higiene espiritual. Buscaba películas prohibidas, a veces simplemente por el mero hecho de serlo. Tenía escondidos libros que no cumplían las condiciones sanitarias: cosas viejas, polvorientas, cuyas páginas estaban empezando a desintegrarse en copos saturados de sustancias químicas prohibidas desde hacía décadas. No sabía por qué los atesoraba. Al preguntárselo a sí misma, se dijo que la respuesta era que los libros le daban cierta sensación de calor. Estaban allí siempre, solo para ella, para sumergirla entre sus viejas páginas, para abrazarla y sacarla de su realidad durante unas horas.

Y, por supuesto, mentir sistemáticamente a los test médicos también era una forma de fraude social. No de las más graves, pero sí de las más evidentes. Quizá una sola de aquellas cosas no hiciera saltar las alarmas, pero *Ánima* acababa de confesar un buen puñado de ellas.

Contestó con fastidio a la primera preguntas acerca de sus orígenes biológicos: no, no era transgénica. Era natural.

El sistema, programado para repetir las preguntas que encontraran una respuesta inusual, volvió a formular la cuestión, encontrándose con una contestación idéntica. Al contrario que el 97 por ciento de la población, *Ánima* era una hija natural. Y sumaba a esta peculiaridad aquella, bastante más desconcertante, de no padecer ninguna tara o deformación genética. Había sido un caso tan raro que algunos investigadores le habían hecho pruebas durante la infancia, sin encontrar información demasiado relevante.

Qué paradoja, haber nacido sin defectos en un mundo de hipermutaciones, y haber sido abandonada al nacer por su propia madre.

La respuesta inusual desató una serie larguísima de preguntas acerca de todo tipo de mutaciones, que *Ánima* fue respondiendo automáticamente de manera negativa.

Se había preguntado muchas veces cómo habría sido el mundo si las empresas farmacogénicas no hubieran ofrecido la posibilidad, tantos años antes, de tener hijos tan perfectos como lo eran ya los animales y vegetales. Sólo existía un pequeño problema: esos hijos nunca podrían reproducirse de manera no asistida. La mutación selectiva podría recombinarse con otros genes de maneras completamente imprevistas. Ya había habido terribles casos en frutas y en animales.

Durante muchas décadas, estas reglas fueron aparentemente respetadas. La tecnología genética fue volviéndose progresivamente más popular y más barata. Nadie quería tener un hijo normal si podía tener un hijo perfecto. Curiosamente, las mejoras en la inteligencia no supusieron un gran incremento en el número de patentes

o avances científicos. Sin embargo, el número de enfermedades registró enormes descensos. Empezó a considerarse que la mejora transgénica había sido la mayor bendición para la humanidad.

Sin embargo, ¿cómo se puede controlar a una población de tantos millones de personas? Quizá quienes no siguieron las normas fueron muy pocos, menos de un uno por ciento de la población. Quizá fueron más. Es imposible saberlo a ciencia cierta. Muchos de los hijos naturales de transgénicos eran perfectamente normales, al menos en apariencia. Sin embargo, uno de cada cuatro, exactamente como había predicho Mendel, manifestaron las peculiaridades llamadas «de primera generación».

En un inicio no se trataba de defectos demasiado graves: pieles débiles, hígados hipertrofiados, un nuevo tipo de ceguera provocado por la aparición de retinas transparentes. Algunos científicos incluso se mostraron optimistas ante la aparición de personas carentes de apéndice, pensando que la evolución natural, de alguna manera, había encontrado la manera de aliarse con las modificaciones artificiales. Estas ideas contribuyeron a que se creara una gran tolerancia social hacia los transgénicos que deseaban tener hijos naturales, o que preferían no abortar tras concebirlos por accidente.

Pero tras la «primera generación» hubo una segunda, y luego una tercera; fue entonces cuando empezó el pánico. Las madres parían bolas de pelo y dientes, horribles gusanos deformes o manojos de pequeñas manos que se agitaban desesperadas en el vacío.

La sociedad tuvo que tomar medidas drásticas. El gobierno propuso esterilizar a los hombres transgénicos desde su nacimiento, pero eran miles las familias que se negaban a cumplir la ley.

Los servicios de reproducción asistida, accesibles en un principio a toda la ciudadanía, fueron encareciéndose más y más ante las nuevas complicaciones y responsabilidades del servicio, hasta llegar a la situación de que menos de un diez por ciento de la población tenía los medios para acceder a ellos. Por supuesto, esto no hizo más que empeorar la situación entre las personas con menos recursos, incapaces, en muchos casos, de acceder siquiera a los medios contraceptivos.

Surgieron todo tipo de iglesias, sectas y cultos en contra de la prohibición de tener hijos. Proliferaron los lugares para acoger a las «criaturas». Se decía que existen aldeas enteras de metamutantes de cuarta, quinta e incluso sexta generación, seres tan vagamente humanos que apenas era posible reconocerlos. Debían de ser algo parecido al orfanato donde se había criado *Ánima*, pero con adultos y ancianos en lugar de solo menores, y con una carencia de recursos aún más extrema. *Ánima* nunca había visitado una de esas reservas, a pesar de que seguramente los compañeros que hubieran llegado a adultos vivirían en alguna de ellas.

Los barrios privilegiados se habían fortificado décadas atrás, impidiendo la entrada de seres no «invitados». La radiovisión nunca mostraba imágenes de lo que sucedía afuera. El mensaje del gobierno venía a ser: «quien desafía las leyes lo hace

bajo su propia responsabilidad».

El test médico terminó la secuencia de preguntas acerca del origen y continuó con el siguiente bloque.

¿Ha sufrido alguna vez un embarazo?

Ánima sabía, por sus estudios de medicina, que los embarazos no siempre habían sido considerados una especie de enfermedad. Hacía no tantos años nadie habría empleado la palabra «sufrido» para referirse a ellos.

Pulsó, incómoda, y algo molesta con el programa, la opción negativa. Una vez, por curiosidad, había dicho que sí, desencadenando otra serie entera de preguntas acerca de los «descartes», la manera políticamente correcta de referirse al aborto.

Una nueva pregunta apareció ante sus ojos:

¿Desea usted, o ha deseado alguna vez, tener hijos?

Ánima titubeó. Había respondido a los centenares de preguntas anteriores con una rapidez casi automática, pero ante aquella cuestión en concreto la yema de su dedo se había quedado inmóvil frente al sensor.

Respiró hondo, y contestó, por primera vez en su vida, la opción intermedia: «No sé».

Otro nuevo bloque de preguntas se desplegó como consecuencia de aquella respuesta. ¿Pertenece o ha considerado pertenecer a un grupo de maternidad? ¿Conoce las repercusiones éticas y económicas derivadas de intentar concebir un hijo no transgénico?

Por algún motivo, contestar a todas aquellas cuestiones le llevó más tiempo de lo normal. Incluso tuvo que digitar el electropunto de su muñeca en un par de ocasiones.

La última pregunta del bloque era la siguiente:

¿Las dudas relativas a la maternidad o sus deseos de ella le han provocado un estado nervioso fuera de lo normal?

- Desesperanza (síntomas microdepresivos de alicaimiento).
- Alivio (ralentizamiento del ritmo respiratorio, relajación de musculatura de cuello y lengua).
- Rabia (aumento significativo de las pulsaciones, ganas de actuar en contra de otro o de uno mismo, presión entre las sienes, calor en la sangre, agujas en el pecho).
- Descontento social de grado 2 ó 3.

Ánima respiró hondo, y pulsó la tercera opción.

Sabía que las preguntas psicológicas acabarían por aparecer, pero no había supuesto que iban a ponerla de tan mal humor.

Al terminar el test médico, el habitual mensaje de agradecimiento por su

confianza en Control y Cuidado, en el que se recordaban las cláusulas de confidencialidad, fue seguido por una serie de anuncios de servicios legales, de auxilio espiritual, de subrogación de tareas civiles y de empresas paralegales de ocultación de datos. El sistema, a veces, era irrisoriamente contradictorio.

Hizo un esfuerzo por tranquilizarse. Quizá al día recibiera un nuevo combinado farmacológico que la hiciera encajar, por fin; quizá fuera despedida, con una de esas reprimendas corporativas que hacían que encontrar un nuevo empleo fuera prácticamente imposible, especialmente con un votocarnet como el suyo. Pensó que si hubiera sido consciente, a los dieciocho años, de todas las implicaciones que tendría su voto vitalicio en el futuro, quizá hubiera escogido una opción más conservadora. Pero después se dijo a sí misma que ya estaba bien de autoengañarse, con dieciocho años había sabido perfectamente que votar a aquel partido era una opción arriesgada, y que seguramente cada vez lo sería más al avanzar los años. Y aun así, se había arriesgado, escogiendo, para toda su vida, aquel votocarnet y no otro, con el que su existencia habría sido más sencilla.

Para poder dormir, escogió una emulsión de triptófano que le hizo tener unos sueños mucho más intensos de lo que habría deseado.

\* \* \*

El despertador de pulsera vibró en su tobillo exactamente al final de una fase REM. Anima despertó con cierto sobresalto, creyendo que aquel sueño en el que era secuestrada por agentes gubernamentales era real.

Después pulsó su muñeca mientras se hacía una infusión relajante. Había tenido que aprender a hackear la cocina para que le sirviera infusiones relajantes por la mañana si así lo deseaba, en lugar de la cafeína obligatoria por la corporación. Ellos no decían «obligatoria», por supuesto, sino «diagnosticada».

Abrió su buzón farmacéutico, abierta a la sorpresa, casi esperanzada. Sin embargo, encontró en él exactamente las mismas dosis de los mismos medicamentos que el día anterior. Suspiró al darse cuenta de que sincerarse con CC no había servido de nada. Y no sabía si eso aumentaba o disminuía las posibilidades de una catástrofe laboral.

Se vistió, como cada día, y cruzó el césped azul, como el logo de la empresa, mientras no dejaba de preguntarse qué haría si resultaba despedida, cómo debía reaccionar. ¿Permanecería impasible, fingiendo que allí no pasaba nada, y recogería sus cosas con parsimonia, como había visto hacer a alguna compañera en aquellas ocasiones, o haría realidad su fantasía de llevarse por delante una de aquellas máquinas? Era imposible saberlo.

Tras pasó los tres controles, mostrando sus identificaciones en los tres puestos, y llegó hasta su cubículo, cuya mampara tenía el mismo tono azul corporativo que la hierba, que las flores, que las persianas de rejilla y la moqueta inteligente. El color de

la empresa aparecía incluso en los rincones más insospechados, impidiendo que los empleados olvidaran, ni siquiera por un instante, el lugar en el que estaban.

Recordó su primer día en la corporación, y cómo la película de orientación le había explicado las cualidades de aquel tono cromático concreto para estimular la inteligencia y la serenidad. Varios años después, odiaba tanto aquel matiz que a veces se ponía unas lentillas con el centro tintado de aquel color para dejar de verlo. Paradójicamente, con ellas puestas todo se veía azul durante unos minutos, pero después la mente ajustaba los colores y el mundo empezaba a percibirse de un gris neutro en el que no existían los detalles azules. La hierba era grisácea y no verde, pero al menos no tenía aquel tono odioso. No se le ocurría una metáfora más certera de la rutina que esas lentillas, y de las minúsculas y paradójicas estrategias cotidianas de cada uno por soportarla.

Al ir avanzando la mañana, *Ánima* se dio cuenta de que las probabilidades de que fuera a ser despedida iban disminuyendo a cada hora que pasaba. Por una parte, eso le causaba cierto alivio, y por otra, bastante frustración. El día anterior había dado un gran paso hacia el cambio, hacia algún tipo de cambio, cualquiera, y sin embargo la realidad la había ignorado por completo, haciendo que la rutina, una vez más, la arrollara con su imparable maquinaria, paralizándola, minimizándola, haciendo que desapareciera en el conjunto de circunstancias perfectamente planeadas, y perfectamente azules, de la corporación.

El tiempo siempre había estado al servicio de los poderosos. Los trabajadores únicamente pueden ganar dinero en tiempo real, mientras transcurre su vida, pero los poderosos ganan dinero con el tiempo de *otros*. Esa frase le apareció en la cabeza, sin ser capaz de recordar dónde la había oído antes. Al cabo de un rato recordó que la había escuchado en una de las pocas clases informales (sin micrófonos) de la doctora Yin, su profesora de la universidad.

Entonces sucedió una catástrofe. No era ninguna de las que ella había previsto, y de alguna manera resultaba mucho más demoledora que cualquiera de las opciones de despido o ignominia social para las que se había estado entrenando mentalmente. La sorprendió hasta los huesos.

Héctro entró en el vestíbulo abierto de las agentes de reproducción. *Ánima* lo reconoció instantáneamente, a pesar de los años transcurridos. Se dirigió hacia el mostrador de información, y allí le indicaron a qué cubículo debía dirigirse.

La agente de reproducción sintió un sudor frío en las manos. «Que no venga al mío», se repitió varias veces, como una letanía. Sin embargo, las últimas de ellas, a causa del nerviosismo, se le olvidó pronunciar la palabra «no». Ni siquiera se dio cuenta.

Héctro, tan sonriente y encantador como siempre había sido, con su porte seguro y confiado, caminó directamente hasta el cubículo de *Ánima*. Esta ocultó su puño detrás de la mesa para presionar el punto detensor. ¿Cómo había sido posible que entre todas las ciudades de Mediterránea, entre todos los centros de reproducción, y

entre las centenares de agentes que allí operaban, Héctro hubiera acabado precisamente delante suyo?

Aún cabía la posibilidad de que pasara de largo.

Pero no lo hizo. El hombre de los ojos verdes entró en el cubículo de Ánima, deslumbrándola con aquella sonrisa tan parecida a un viaje en el tiempo. Solo entonces la agente percibió que lo acompañaba una mujer joven, seguramente su esposa.

Ni siquiera la reconoció. Héctro y la bellísima joven se sentaron en aquel espacio tan perversamente cotidiano, como si el cuchillo afilado del pasado se deslizara por la confortable carne del presente, destrozando, quizá para siempre, su cualidad de refugio confortable. Resultaba terriblemente inquietante verlo allí, junto al marco-pecera y el diploma firmado por la doctora Yin, con la más radiante de las sonrisas, sin un instante de vacilación. La sensación recordaba a la de una angustiosa pesadilla.

La esposa, una evidente transgénica por sus ojos dorados, de piel morena y cabello negro, sin ninguna intervención quirúrgica apreciable, no dijo ni una sola palabra. Se limitó a mirarlo con admiración mientras él, tan seguro de sí mismo como siempre, no dejaba de hablar. Las dudas que Ánima había tenido respecto a sus características, y de paso, respecto a su votocarnet, se disiparon, acabando con la última excusa para no sentirse mal por odiarla.

Héctro, exactamente igual que todos sus clientes, había empezado a describir cómo era la niña que deseaban: alta, esbelta, con los ojos grises, con una excelente percepción espacial y las mutaciones y alteraciones necesarias para convertirla en una artista plástica sobresaliente. Manos grandes, ágiles; visión periférica, equipación ocular suplementaria. Corrección de la visión en ojo de pez, como si Velázquez o Rembrandt no hubieran podido superar semejante inconveniente. «Modas estúpidas», gruñó Ánima para sus adentros, a pesar de su alteración nerviosa. Pidieron garantía en ojos y manos, lo que aumentaba considerablemente el precio del tratamiento, pero al menos no solicitaron que la niña careciera de uñas, como se estaba empezando a poner de moda entre las clases altas. Las demás opciones cerebrales también eran caras. Preferían que fuera fértil, lo que sorprendió a la agente, porque la mayor parte de los padres escogían tener hijas que no pudieran serlo, solo por si acaso. Algunas personas preferían protegerse de los milagros en cuanto estos pudieran conllevar el mínimo riesgo.

—Es poco frecuente que los padres deseen hijas fértiles —les informó, tratando de imprimir a su voz el mismo tono aséptico y maquinal con el que hablaba a los demás padres—. Sin embargo, existe un nuevo tratamiento. Actualmente estamos dotando a las mujeres de un conjunto adicional de supragenés, con la esperanza de que en el futuro puedan ayudar a controlar las mutaciones. Estos genes de control se insertan antes de los fragmentos mutados, impidiendo que se expresen si encuentran una mutación semejante en el cromosoma con el que recombinan.

—Tengo una pregunta —dijo la esposa—. Si tan malas son esas mutaciones, y si

pueden insertar o eliminar genes a su antojo, ¿por qué no las eliminan?

Otra que no se había encontrado con un mutante a lo largo de toda su privilegiada y exclusiva vida. Seguramente solo visitara recintos cercados, desplazándose de uno a otro en taxi. Muchas personas de su clase social hacían lo mismo, como si les repugnara la realidad de los demás.

—Ojalá fuera tan sencillo —respondió ella—. Se ha intentado hacer.

«Muchas más veces de las que nunca reconocerá la empresa», se dijo para sus adentros, recordando los estremecedores resultados de los que había sido testigo.

—Se pueden insertar genes muy concretos, como este supragen «interruptor» del que acabo de hablarles, o los indicadores de color de ojos, o los supresores de enfermedades hereditarias. Conocemos muy bien estos conjuntos de genes desde hace muchas décadas. Pero las mutaciones son cadenas muy largas y complejas, entrelazadas con material genético imprescindible. Muchas no tienen ni cinco años de existencia. No es posible eliminarlas, pero el supragen está obteniendo excelentes resultados a la hora de inhibir exclusivamente la mutación, manteniendo las funciones vitales, que sí se expresan. Lo cierto es que nadie comprende muy bien por qué sucede esto, que solo ha sido testado en primates. Su creadora, la doctora Yin, lo llama «la fuerza vital de la naturaleza».

Ánima levantó la vista hacia su diploma de estudios, firmado precisamente por esa investigadora. La vida estaba llena de contradicciones, genes de laboratorio que, de alguna manera, conseguían revelar la cualidad de supervivencia y selección natural que estaba dormida en los genes de la gente; la mejor estudiante de su promoción sentada en un cubículo, trabajando a destajo; el amor de su vida sentado allí delante, sin reconocerla.

La ingeniera reproductiva tomó nota de todas las características, sonrió con más orgullo y resentimiento que profesionalidad, y les tomó las muestras celulares necesarias para la preselección, deseando con todas sus fuerzas que se fueran de allí, que desaparecieran para siempre, que la tierra se los tragara, masticándolos previamente si era posible. Cuando Héctor la rozó al pasar, se sobresaltó hasta el punto de dejar caer el tubo y tuvo que volver a extraerle la muestra. ¿Fue una diminuta sonrisa lo que curvó la boca del hombre en aquel momento?

Por fin se marcharon, dejando una estela de carísima algalia en el ambiente del cubículo que a Ánima se le antojó angustiosa. Activó la ventilación vertical y digitó el electropunto de la muñeca para tratar de relajarse. No tuvo más remedio que gastar sus quince minutos diarios de descanso en ese momento, a pesar de que solo llevaba una hora trabajando.

Aquel ninguneo, aquella facilidad para haberla borrado por completo de su memoria, había sido lo peor para la agente reproductora. Aquel desprecio cancelaba de golpe uno de los recuerdos más hermosos de Ánima, como si jamás hubiera sucedido. En realidad, hacía tanto tiempo de aquello que era como si hubiera tenido lugar en otro mundo. Pero tenerle delante de aquella manera al mismo tiempo



avivaba sus recuerdos y los hacía parecer absurdos, fraudulentos, inútiles.

Abrió una rendija oculta en su mostrador y sacó de ella un fármaco calmante, conseguido ilegalmente. Se lo tragó sin agua, deshaciéndolo debajo de la lengua para que actuara con rapidez. Los quince minutos de descanso parecieron pasar en un vuelo, pero sirvieron para que sus pulsaciones dejaran de estar en un rango preocupante.

Regresó al trabajo. Presecuenció las dos muestras celulares y se puso a diseñar la niña que le habían pedido. Por supuesto que podía hacerlo; todo el material estaba allí, brillando ante sus ojos. Era imposible que Héctro hubiera conocido por azar a una mujer tan acorde con sus deseos genéticos, y la otra opción, la de que hubiera modelado estos deseos después de conocer el material de su esposa, simplemente no encajaba con el hombre impetuoso que ella había conocido. Si había algo característico en Héctro, era su capacidad para moldear la realidad a su antojo y no al contrario.

La sospecha de que aquella joven había sido seleccionada a través de un catálogo de esposas empezó a resultar casi evidente para la científica. Era obvio que a Héctro no le faltaba el dinero; ella, por otra parte, no podría haber procedido de una familia de clase media teniendo aquellos dientes, aquella piel, semejante perfección.

Curiosamente, la sospecha de que Héctro no amaba a su esposa, sino que la había elegido fríamente con el propósito de tener una hija de talento extraordinario, no sirvió para calmarla, sino todo lo contrario. Ánima se recordaba perfectamente a sí misma desnuda junto a él, bajo la celosía de su antiguo apartamento, riendo y fantaseando con posibles viajes. Él la llamaba «mi maraña extraordinaria», en referencia al cabello siempre desordenado de su época universitaria. Le dijo que nunca había conocido a ninguna mujer que le hiciera reír. Habían respirado tantos momentos juntos, había tantas promesas eléctricas en su piel.

Pero ya hacía mucho tiempo de aquello. Demasiado. Nadie había vuelto a decirle nunca que era capaz de causar alegría. De hecho, sabía demasiado bien que las arrugas que se empezaban a insinuar en su rostro no estaban causadas precisamente por la extensión de su sonrisa. Su cara estaba llena de las marcas de la soledad y el rigor, quizá las dos cosas más contrarias a la alegría. Pero al menos su trabajo sí que se la proporcionaba a otras personas.

Su colega Ula golpeó el vitro que aislaba a Ánima del resto. Ella salió de su ensoñación.

—Ánima, ¿estás bien?

—Sí, gracias. Ahora sigo —aseguró, con voz firme.

Pero no era cierto que estuviera bien. Era la tercera vez que intentaba secuenciar a la hija perfecta de Héctro, y simplemente no era capaz de hacerlo. Imprimió una copia en papel de la secuencia para tratar de concentrarse mejor.

Lo había querido tanto, había soñado tantas veces un futuro junto a él. En aquel momento, cuando estuvieron juntos hacía años, ni siquiera le iban bien las cosas

económicamente, y todo indicaba que acabaría siendo ella la que ganaría más dinero. «No te preocupes por eso», aseguraba él, como bromeando, «no me importa que me mantengas. Yo me quedaré en casa cuidando a nuestra hija», había dicho el día anterior a desaparecer. Ese pensamiento la sobresaltó, removiendo en ella los ecos de aquel dolor tan antiguo y nunca resuelto.

Si había habido un hombre con quien Ánima habría deseado tener un hijo, sin duda, había sido aquél. Quizá por eso le ocultó siempre que ella era una natural, una hija biológica de personas que no la deseaban ni habrían sabido qué hacer con ella. De manera casi milagrosa, en ella no se había manifestado ninguna mutación, pero a pesar de ello se había pasado la vida escondiendo su verdadera condición para evitar la curiosidad y la sospecha ajenas.

Su infancia había transcurrido en un orfanato estatal en el que se acumulaban los enfermos y los mutantes. La mayor parte de los niños eran poco más que fardos enchufados a goteros, o grotescas criaturas con demasiadas articulaciones, cráneos desmesurados y tendencias suicidas. Había muy pocos entre ellos que fueran capaces siquiera de hablar. La mejor amiga de Ánima murió cuando ambas tenían doce años. En aquel lugar, era imposible que una noche entera transcurriera sin oír los gritos de dolor o angustia de algunos de aquellos niños abandonados.

Al contrario que la madre desconocida que la rechazó, Ánima nunca habría podido permitirse tener hijos. Las empleadas de la corporación recibían un descuento de cortesía en el tratamiento, por supuesto, pero incluso con esa reducción el precio era absolutamente inaccesible. Equivalía al salario completo de seis años de trabajo.

Nunca tendría hijos, nunca habría podido tenerlos, ni con Héctro ni con nadie. Y el hecho de pasarse el día utilizando su talento para conseguir que los demás pudieran tener vástagos perfectos no le servía de consuelo. Al contrario, encendía su furia como un vaso de vodka cayendo sobre una úlcera. Héctro tendría la hija de sus sueños con su esposa perfecta. Ella tendría que emplear todo su talento, su energía, su tiempo, para hacerle ese regalo. Y después seguiría sola.

Le temblaron las manos. Sintió un principio de mareo.

Ula volvió a golpear el cubículo, esta vez más suavemente para que las demás no se dieran cuenta. La actitud de Ánima estaba empezando a llamar la atención.

—Estoy bien —susurró, con una voz tan tenue que resultaba imposible que su compañera la percibiera.

Entonces se le cayó al suelo la muestra genética de la esposa de Héctro. Ánima vio cómo la muestra caía al suelo y se deslizaba hacia la rejilla de ventilación para ser tragada por la tierra. Todo aquello parecía estar sucediendo mucho más despacio de lo normal. Ella asistía a los acontecimientos como si no pudiera hacer nada para influir en ellos, como una mera espectadora.

De pronto, como alcanzada por un rayo, una multitud de imágenes simultáneas se formaron en su cabeza. La profesora Yin hablando de aquello a lo que Freud llamaba un «acto fallido». Los dedos de Héctro deslizándose sobre su vientre. La esposa de

Héctro, sonriendo, con los ojos brillantes. La sensación de tener dentro carne humana, cálida y palpitante. La voz de Héctro.

Se limpió el sudor de la frente y arrugó entre sus manos el mapa genético de la niña de ojos grises. Casi sin pensarlo, se frotó la cara interior de la mandíbula con el rascador, dejó caer las muestras en un tubo vacío y presecuenció sus propios datos genéticos. Aquello haría creer a sus compañeras que estaba siguiendo el curso normal del trabajo.

La cadena de datos de *Ánima* apareció en la pantalla de simulación. Se trataba de una imagen familiar, la agente era rápida en su trabajo y muchos días había empleado los minutos que había conseguido ganar a la tarea diaria en realizar simulaciones de sus propios hijos. Tomaba los datos de los hombres que hubieran llegado ese día a la consulta y contemplaba los rostros de sus posibles hijos e hijas. Todos eran diferentes, con mezclas raciales de lo más variado, pero cada uno tenía algo innegablemente suyo: la profundidad de la mirada, la curva de las cejas, la comisura de la boca, la proporción entre la nariz y la barbilla. A veces se trataba de cosas que la sorprendían incluso a ella. Programó enfermedades genéticas, anomalías improbables, y los quiso nada más posar la vista en ellos, a cada uno de esos niños deformes, como sus compañeros del orfanato.

Había conservado muchas de aquellas imágenes. No sabía si se trataba de una especie de nostalgia de lo imposible o de una venganza personal contra el juguete que más había odiado en su infancia. Consistía en un falso espejo de marco rosa, llamado *Tubebé*, en el que las niñas se miraban para saber cómo serían sus hijos. Desde la distancia de los años, la científica entendía que aquel juego estaba pensado para provocar en las niñas deseos maternos en un mundo donde reproducirse resultaba cada vez más difícil, y en el que muchas personas ni siquiera lo intentaban. El juguete, a pesar de ser un dispositivo de plástico barato, obraba el prodigio de mostrar siempre la misma imagen a cada persona que se mirara en él. Frente a Yanka, que había nacido sin ojos, mostraba el tosco grafismo de tres varones de cabello castaño. A Liwa le enseñaba una niña rubia, con espesas pestañas, mucho más guapa que su supuesta futura madre. A Velei, un par de gemelos albinos, igual que ella.

*Ánima* siempre había tenido una mentalidad científica y racional, por eso se desesperaba tratando de averiguar cómo era posible que aquel juguete reconociera quién lo estaba sujetando, y cómo podían emitir las mismas imágenes espejos de muy distinta procedencia. Darle vueltas a aquel problema le hacía olvidar el verdadero motivo de su resentimiento: siempre que *Ánima* lo cogía en sus manos, la pantalla se quedaba vacía. Muda. Llena de nada.

La niña que fue *Ánima*, rabiosa ante la insistencia de la nada, destrozó varios espejos *Tubebé*, recibiendo severos castigos de sus cuidadores. Ella solo quería comprender cómo funcionaban, y nunca lo logró. Pero al crecer, su obsesión desapareció. De alguna manera, asumió que nunca ganaría lo suficiente como para poder tener hijos y desplazó esa preocupación a zonas apartadas de su mente.

Ánima sintió un escalofrío. En la pantalla del simulador, estaba contemplando algunas de las posibles combinaciones de los genes de Héctro con los suyos propios. Ninguno tenía los ojos grises. Ninguno mostraba un especial talento visual o espacial. Pero cada uno de ellos desgarraba el corazón de la científica hasta el punto de darle deseos de gritar. ¿En qué mundo tan horrible podía ser justo que ninguno de esos niños fuera a ver nunca la luz?

Sus manos se crisparon en un movimiento involuntario. Toda la rebeldía acumulada tras décadas de profesionalidad y obediencia empezó a subirle por el pecho como una oruga venenosa. Ante sus ojos, semejante a esas imágenes de toda una vida que se dice que contemplan los moribundos, ella revivió los centenares de sonrisas de satisfacción y amor que los padres habían tenido cuando ella les mostró las imágenes de sus hijos, esos hijos que Ánima había modelado y construido cuidadosamente para ellos, seleccionando con habilidad y paciencia las características más compatibles entre ambos y teniendo en cuenta tantas variables como una campeona de ajedrez.

El simulador emitió un mensaje de advertencia. Ánima llevaba ya más de diez minutos sin dar una sola orden a la máquina. Con otros dos mensajes aquel día perdería su empleo.

Entonces se decidió. Aquella era su única oportunidad. Observó la muestra celular de Héctro, guardada en el panel frigorífico de su cubículo, y solo de contemplarla sintió una corriente de calidez en su pecho. Había llegado el momento de cumplir sus propios deseos.

Se puso a trabajar. Enlazó posibilidades, buscó semejanzas casuales o estadísticas, provocó coincidencias. Generó el retrato del hijo que habría tenido más probabilidades de ser el primer vástago natural entre ambos. Era una niña. Empezó a manipular ese mapa genético de partida.

Sabía que tenía talento. Sus superiores nunca lo reconocían de manera explícita, nunca había una felicitación o una recompensa, pero siempre que surgía un caso especialmente difícil o importante, este acababa en el cubículo de Ánima. Siempre daba lo mejor de sí cuando perfeccionaba modelos humanos, pero en aquella ocasión...

Fue un acto de amor. Se emocionó hasta las lágrimas al terminar cada uno de los cromosomas. En solo unos segundos, pasó noches enteras investigando las ramificaciones de tal o cual decisión. Imaginó las consecuencias de determinada opción tres o cuatro generaciones más tarde. Le dio a su hija todas las cualidades que ella más apreciaba de sí misma, además de todas aquellas que siempre había deseado tener. Le proporcionó habilidades musicales y el resto de características que relacionaba con la alegría. No le dibujó un rostro excesivamente hermoso, consciente del daño que puede causar la belleza. Tampoco modificó su cerebro para hacerlo más inteligente. Cuando tuvo todos los datos, se dirigió al secuenciador Theremin, que nadie estaba utilizando en aquel momento. Lo interpretó como una señal: parecía

estar esperándola solo a ella.

Introdujo las manos en el campo de energía con una mezcla de miedo, necesidad y deseo, como si acariciara la piel de Héctro.

Se saltó todas las reglas. Anuló los protocolos, modificando los parámetros informáticos del sistema. Los castigos por hacer algo así, si llegara a ser descubierta, estaban perfectamente definidos en los mensajes de advertencia que saltaban constantemente ante sus ojos y habrían significado su ruina. La inhabilitación profesional permanente, el borrado de sus registros académicos, el exilio.

La conciencia de la gravedad de su acto no le hizo temblar el pulso. Al contrario, su malestar físico de hacía solo unos instantes se había convertido en un estado de serendipia, en un momento privilegiado de inspiración y lucidez. La palabra «creatividad» nunca había tenido más sentido.

Su hija sería fértil, por supuesto. Sería más que fértil. Ojalá en ella se obrara el milagro de no tener que depender de la carísima reproducción asistida. No se limitaría a producir un óvulo cada ciclo. Su aparato sexual sería simétrico en el tiempo, como un reloj genético. La musculatura lisa del útero sería voluntaria. Nunca una mujer habría sido más dueña de su propio sexo.

Al terminar, la pantalla le mostró a Ánima una imagen de su hija. Fue como si el tiempo se hubiera detenido.

No tenía los ojos grises. Se llamaba... Nin. Su madre se echó a llorar.

Antes de poder tomar la decisión sensata y correcta, que acabaría con aquella criatura antes de ser siquiera un embrión, Ánima pulsó la tecla «SALVAR». Nunca jamás aquella palabra había tenido un significado más profundo, más intenso. Los datos de Nin se incorporaron al sistema, empezando el silencioso e imparable proceso de concepción.

Regresó a su cubículo y tomó la precaución de utilizar sus conocimientos avanzados de informática para cambiarle el color de los ojos a la imagen que tendría que enseñarle a Héctro y a su esposa sin que esa operación quedara registrada por el sistema.

Agotada, salió del edificio. Casi todas sus compañeras se habían ido ya. Estaba tan feliz que la hierba, bajo la luz dorada del crepúsculo, le pareció casi verde.

\* \* \*

Al regresar a la residencia corporativa, vio una lanzadera frente a su módulo.

Un estremecimiento recorrió todo su cuerpo. Quizá la hubieran descubierto quizá hubiera cometido un error al enmascarar los datos. Era posible que su crimen fuera tan grave como para escapar a la supervisión administrativa. Quizá aquel vehículo perteneciera a las Fuerzas Militares Sintió que un sudor frío invadía su nuca y que le temblaban las articulaciones.

Pero decidió tratar de calmarse y respirar hondo. Aquel no era un vehículo de

control. Se obligó a si misma a entrar en razón y a comportarse con normalidad. Se dijo que las Fuerzas Militares no estarían esperándola tranquilamente frente a su casa. La habrían atrapado por sorpresa, como había visto hacer con otros en alguna ocasión.

Se detuvo frente a la lanzadera, sonriendo. El conductor era un protocolo con modificaciones de guardaespaldas, de esas que solo los muy ricos podían permitirse ofrecer a su personal. Esa idea hizo que un escalofrío diferente invadiera el estómago de *Ánima*. Un escalofrío cálido.

—¿Puedo ayudarle en algo? —le preguntó ella.

—*Ánima Gnatum* —afirmó él, sin rastro de tono interrogativo—. Me envía a recogerla el señor *Héctro Vitale*.

*Vitale* aquella era una de las corporaciones más importantes del mundo. Así que *Héctro* había acabado trabajando para ellos a pesar de todos aquellos ideales antiglobalización de su juventud.

—¿El señor y su esposa tienen alguna consulta que realizar? —preguntó *Ánima*.

El chófer curvó la boca con una sonrisa burlona.

—No. El señor *Héctro* desea encontrarse con usted a solas, de manera confidencial.

*Ánima* apoyó un brazo en la lanzadera. Por un momento sintió que podía perder el equilibrio.

—Si se trata de una cuestión profesional, lo adecuado sería plantearla en horario laboral.

—No se trata de una cuestión profesional, señora *Ánima*.

El tono del guardaespaldas no dejaba lugar a dudas.

*Héctro* la recordaba.

La recordaba, y quería verla. ¿O simplemente le había gustado, quizá por recordarle a una relación de juventud, sin saber que se trataba de la misma persona?

—¿Sería usted tan amable de esperar unos instantes?

—Por supuesto, señora.

*Ánima* caminó lentamente hasta entrar en su módulo. Una vez allí, a salvo de la mirada del guardaespaldas, empezó a arreglarse frenéticamente. Llenó la bañera y vertió sobre ella la pecera de ciprinos. Luego se desnudó y entró en ella, para que los animalillos devoraran el vello que llevaba días sin depilar, así como los fragmentos de piel muerta. Utilizó una lámpara ultravioleta para activar los pigmentos fotosensibles microtatuados en sus pestañas, pómulos y labios, y se masajeó el cabello con una carísima ampolla de keratina, que guardaba para ocasiones especiales. Antes de salir, deslizó bajo su lengua una dosis de ataraxis y durante el viaje pulsó varias veces el implante de la muñeca.

El chófer la condujo hasta una pequeña villa en las afueras, donde *Héctro* la estaba esperando. No dijeron nada. Ella lo miraba con miedo. Entonces él acarició el cuello de *Ánima* y lo moldeó para girar su cabeza hasta que sus bocas se encontraron.

Hicieron el amor durante horas. Fue completamente distinto de aquello que recordaba *Ánima*, tantos años atrás. Siempre había sospechado que la memoria era engañosa, pero en aquel momento se dio cuenta de que su mente había eliminado los recuerdos demasiado agradables con el objetivo de protegerse de la soledad. El contraste entre el recuerdo intacto y su mediocre vida habría sido una garantía de infelicidad.

Pero había otra cosa: él había cambiado. Ya no contaba chistes, ya no buscaba esas posturas absurdas para experimentar nuevas sensaciones. La trató con una cortesía exquisita. Siguió todos los pasos de un ritual perfeccionado y estandarizado tras años de práctica. Hizo que se sintiera como un artículo de lujo y, para su sorpresa, la sensación no fue en absoluto desagradable.

Al despedirse, ella se atrevió a mencionar una de las referencias musicales que habían compartido en el pasado. Él se limitó a sonreír con cierta ternura. Sin embargo, aquello no significaba nada. La ingeniera regresó a casa sin saber si él recordaba que en el pasado habían pasado varios meses juntos o simplemente había sentido el deseo morboso de poseer a la ingeniera que estaba fabricando a su hija. Quizá los ricos practicaban el deporte de cortejar a todas las mujeres que el azar les ponía por delante. A lo mejor llevaban una estadística.

Un par de meses más tarde volvió a encontrar la lanzadera frente a su casa. Y volvió a subirse a ella. Aquella segunda vez sí que hablaron. Él le dijo que nunca había llegado a olvidarla, que la había reconocido el primer día. Se comportó como el joven desafiante y divertido del pasado, no como el millonario de la vez anterior, y todo aquello no hizo más que desconcertar a *Ánima*. Héctro le dijo que no amaba a su esposa, que solo la había escogido por su obediencia, su idoneidad genética, su entrenamiento universitario para comportarse como una excelente anfitriona; gracias a esas habilidades sociales, Héctro había conseguido ascender en la empresa. *Ánima* nunca le preguntó si era cierto que la había escogido en un catálogo de mujeres. Cada nuevo dato lo hacía más evidente.

Se vieron varias veces en los siguientes meses. Curiosamente, sus encuentros le traían a la cabeza el periodo de su vida en el que se habían conocido, esa época universitaria tan cargada de posibilidades. Se dio cuenta de que le resultaba imposible pensar en la universidad y no acordarse de la doctora Yin, de sus desconcertantes lecciones. Había días en los que *Ánima* apenas entendía de qué estaba hablando su profesora, y sin embargo, otras veces, todas las piezas encajaban en su lugar como impactantes revelaciones. La doctora Yin había sido la inspiración de *Ánima* para escoger el camino de la reproducción asistida cuando su primera vocación había sido otra.

Una vez, la doctora Yin vio a *Ánima* paseando por el campus con Héctro, y entornó los ojos de una forma peculiar. Había quien afirmaba que la doctora era una suprematista del cromosoma X y que de joven había estado involucrada en las acciones terroristas de Ginebra, Jerusalén y Tokio. Desde luego, si aquellas cosas

eran ciertas la doctora había sabido borrar muy bien sus huellas, ya que en las redes no había ningún rastro de aquel supuesto pasado. Ánima nunca la había oído pronunciar una sola palabra crítica o despreciativa sobre los hombres, pero en su manera de tratar a los escasos estudiantes varones había siempre una condescendencia cercana a la ternura, exactamente igual a la que manifestaba con los chimpancés de experimentación.

Aquella mujer, con sus vastísimos conocimientos y su sólida certeza, apoyada con datos, en cada afirmación; con sus sorprendentes predicciones acerca del futuro de los acontecimientos, que en su momento parecían palabras absurdas pero que se cumplieron casi sin excepción; había sido una presencia muy importante en la vida de Ánima. Al menos, hasta que apareció Héctro. Después, él llenó con su encanto y optimismo hasta el último rincón del mundo de la que entonces era solo una joven estudiante. También la animó a dedicarse al campo de la reproducción asistida, con el pretexto de que se ganaba mucho dinero y ella iba a necesitarlo para mantenerle. Ánima reía, y nunca estaba segura de cuántas de esas cosas las decía en broma y cuáles en serio.

Cuando él se fue, cuando desapareció de repente, fue como si el mundo entero se desintegrara. La realidad misma palidecía, aquejada de una tristeza incurable. Ánima terminó la carrera sin entusiasmo, movida solo por una fuerza de voluntad que no sabía de dónde estaba sacando, superó la depresión con anticuados inhibidores de la recaptación de la serotonina por no querer recurrir a la hipnosis, y su vida continuó como si fuera la de otra persona, la de alguien en quien ella apenas se reconocía. Recibió una oferta de empleo de la corporación sin haberla solicitado, seguramente debido a la brillantez de sus resultados académicos, y aceptó sin pensárselo dos veces. A partir de aquel momento se volcó en su trabajo.

La niña nació en alguna de las instalaciones de la corporación y fue mostrada a sus padres durante unos minutos. Cuando la esposa de Héctro le comentó que sus ojos no eran grises, Ánima improvisó una complicada explicación acerca de la incompatibilidad entre determinados genes, encadenando términos técnicos de más de cinco sílabas.

Fueron amantes durante varios meses, que se convirtieron en años. Tras cada encuentro, ella no se hacía ilusiones respecto al siguiente, sabiendo que lo más probable era que no volvieran a verse. Mientras, la niña crecía en algún lugar. Nadie estaba seguro de dónde. Los niños no eran entregados a sus padres hasta cumplir los seis años de edad, perfectamente moldeados tanto física como psicológicamente. Corteses, refinados y dóciles.

Cada una de aquellas noches era una excepción, un pequeño milagro. No existía ningún patrón en sus encuentros, salvo el marcado por el hecho de que solo era él quien podía solicitar la presencia de ella, y no al contrario. Ánima nunca se negó a verle. Se reunían en lugares siempre diferentes, en horas imprevisibles. Ella llegó a faltar al trabajo, teniendo que inocularse algún virus o infección para justificar



médicamente su ausencia.

Aquella época fue una burbuja de calma para *Ánima*. Si no era exactamente feliz, al menos sentía que el tiempo pasaba rápidamente, lo que era un alivio. Pero recuperar la rutina y familiaridad con su amor de la universidad no había resultado tan satisfactorio como ella había planeado, y la duda acerca de las motivaciones e intenciones del hombre solía oscurecer las lujosas cenas, los ocasionales retiros exprés en un balneario. De vez en cuando se preguntaba cómo habría crecido la niña, cómo estaría *Nin*. Pero él la agarraba de la cintura, le sonreía con sus ojos oscuros, y nada más tenía importancia.

Entonces *Héctro* volvió a desaparecer.

Después de varios años de verse casi cada semana, pasaron tres meses sin que tuviera noticias suyas. *Ánima* trató de hacerse a la idea, de fortalecerse, de superarlo. Se dijo que él nunca había tenido un compromiso con ella, que se trataba de vivir el presente, y que en realidad no era un abandono sino de un cambio de las circunstancias. Pero aquellos razonamientos le sabían a ceniza.

Empezó a sentir fiebre, a notar que su cerebro ya no estaba bajo su control. La sensación de haberse herido dos veces con la misma piedra, de haber sangrado en la misma, conocida trampa, le hacía arder el cuerpo y la mente. Nunca, ni la primera vez que él desapareció, se había odiado tanto a sí misma.

Recurrió a la hipnosis. Tras la primera sesión, la terapeuta se negó a seguir tratándola sin dar explicaciones. El fantasma de aquel test médico al que había respondido con total sinceridad se le apareció a *Ánima* con toda la contundencia de una certeza.

\* \* \*

Al día siguiente, *Héctro* se presentó con su esposa en el cubículo, tan sonriente como la primera vez, para darle las gracias por su trabajo. Se trataba de una cortesía habitual. *Ánima* les anunció, sin ser capaz de sonreír, a pesar de haber tomado una droga específica para facilitar la contracción de los músculos faciales, que dos semanas después les entregarían a la niña.

Ellos la obsequiaron con un carísimo regalo de fruta de autor, de una carísima marca patentada. Aquella pequeña caja de color chocolate, con los seis frutos que contenía, costaba más de un mes del salario de *Ánima*. Se trataba de seis piezas exclusivas, con pieles veteadas y un par de hojitas aún prendidas del peciolo. Por no mirarlos a ellos, *Ánima* fijó su atención en aquellas bellísimas formas: una enorme baya verdosa y veteada; un ovoide alargado de un jugoso tono escarlata; una vaina helicoidal de un perfecto color crema, en cuyo interior se intuían judías azuladas; un erizo de castaña de un brillante color amarillo; y algo parecido a una ciruela de gelatina transparente, con una compleja semilla negra en el centro. Por supuesto, se trataba de una semilla vacía, completamente inútil. Exactamente igual que la propia

Ánima.

Héctro y su esposa se despidieron, entre numerosas formalidades.

Así que eso es todo, pensó Ánima en cuanto se quedó sola. Héctro había vuelto a comportarse como si nunca hubieran compartido todo lo que eran, como si sus cuerpos nunca se hubieran volcado el uno en el otro, como si aquellos años hubieran sido un desliz que había que perdonarle porque era encantador. Volvió a borrarla. Sin embargo, esta vez, la certeza de que se trataba de un comportamiento absolutamente intencionado escocía como una traición.

¿Cómo llegó desde el trabajo a su módulo? Ni siquiera lo recordaba. Seguramente tomó alguna pastilla tratando de manipular su memoria. No lo consiguió, al menos, en lo tocante a Héctro.

Aquella noche, Ánima tocó fondo. Hecha un ovillo sobre su cama, sentía pulsar las venas en las sienes. El corazón latía a toda velocidad para seguir alimentando aquella desesperación que parecía infinita. Se preguntaba cómo podía haber tanto dolor en su cuerpo o mejor, como era posible que su pequeño organismo fuera capaz de *fabricar* tanta angustia. Consideró el suicidio durante un instante, intentó abrazarlo con su mente, sabedora de lo sencillo e indoloro que resultaría, pero tardó poco en darse cuenta de que no era eso lo que verdaderamente deseaba.

Deseaba a la niña. Quería ser madre. Aquella certeza se había dibujado en su mente como un faro luminoso, como una brújula inequívoca. Todas las prioridades que había tenido hasta el día anterior le parecieron ridículas y lamentables. ¿De qué servía tener un empleo, entregarle la vida misma a la empresa, si cualquier deseo que pudiera tener estaba condenado desde el principio? Durante muchos años, la táctica de no tener deseos había dado buenos resultados, pero ya no podía fingir que no quería nada.

Quería a Nin. E iba a conseguirla.

Llenó la bañera de agua fresca y se sumergió para aclarar la mente. Se trataba de una costumbre que siempre la había ayudado a pensar. Igual que otras personas leían novelas policíacas, ella había jugado muchas veces a imaginar cómo sería desafiar los controles de seguridad de la empresa, casi como un pasatiempo intelectual, y había trazado planes perfectos, con uno u otro objetivo, con los que sabía que nunca sería descubierta. Sin embargo, ahora se daba cuenta de que todos aquellos juegos en realidad no eran tales, sino que habían sido un fruto inconsciente de sus deseos ocultos y reprimidos.

Estaba dispuesta a unir todas aquellas reflexiones en un plan minucioso, calculado al milímetro. Sabía que podía hacerlo pero, sobre todo, y por fin, sabía que quería hacerlo.

Los empleados, como ella, no debían conocer dónde se guardaban los vástagos. Pero los superiores sí lo sabían. Calculó que necesitaría unas horas para encontrar los datos entre los mensajes personales que se cruzaban entre ellos; tendría que hacerlo en la sede de la empresa, al día siguiente.

Salió de la bañera. Escribió en un papel los pasos a seguir para hackear el sistema y conseguir inhabilitar los protocolos de seguridad. Realizó una simulación de todo el proceso con un videojuego offline que había comprado en el mercado negro, impulsada por esa misma motivación subterránea que la había llevado a comprar un machete de supervivencia, una cuerda de alpinismo de varios metros, cerillas impermeables y toda una serie de artículos que jamás había usado. «Quizá algún día vaya de excursión», se había dicho a sí misma al adquirirlos. El día de su «excursión» había llegado.

Mientras introducía esos artículos en una bolsa de plastímero, experimentó un episodio de fuerte ansiedad. Le asustó la posibilidad de vivir fuera de la seguridad del sistema. Su vida era espantosamente rutinaria, pero estaba protegida con todo tipo de redes de seguridad. Si enfermaba recibiría un tratamiento adecuado. Si nevaba demasiado, las calles reaccionaban emitiendo calor. ¿Sabría enfrentarse al frío o a la enfermedad sin un sistema protector del que llevaba demasiados años dependiendo? ¿Cómo podría siquiera regular sus funciones intestinales cuando se le terminaran los removedores?

Buscó automáticamente el punto de su muñeca, pero no fue suficiente, así que se concedió unos minutos para intentar tranquilizarse. Por lo que sabía, la humanidad había vivido durante milenios soportando el frío y utilizando remedios naturales para curar las enfermedades, sin utilizar lombrices como simbióticos intestinales, sin red. Solo necesitaba planearlo bien y podría sobrevivir exactamente igual que tanta gente lo había hecho antes.

Este pensamiento la serenó. Se instaló en la butaca red y encontró tres posibles ubicaciones de las granjas de vástagos. Dibujó los mapas calcándolos de la pantalla para que no quedara ningún registro de impresión. Tendría que ir a las tres instalaciones. Empezaría por la más cercana.

Después se dispuso a preparar su viaje. Partiría al día siguiente, tras conseguir los últimos datos necesarios en la sede. Sabía que no regresaría, pero dejó su módulo tan ordenado e impecable como cada noche. Más tarde, ya de madrugada, burló los biodetectores del edificio botánico, como había hecho otras veces por diversión, para robar toda clase de semillas de perennes: nueces de tigre, cápsulas alfa, cereoro. Si tenía que sobrevivir en la naturaleza, aquello le facilitaría las cosas durante varios años. También pasó por el almacén y consiguió víveres deshidratados de alta tecnología para mantener a dos personas durante meses.

De regreso a su módulo, ya de madrugada, introdujo en una bolsa ropa de abrigo y herramientas mecánicas. No llevaría ni un solo dispositivo electrónico mediante el cual pudieran rastrearla. Sacó del más recóndito escondite de su módulo una pistola que siempre le había dado seguridad tener allí y comprobó que estuviera en buenas condiciones. Lo último que guardó en su mochila fue la lujosa caja de frutas de autor que le había regalado Héctro. No había probado ninguna.

No durmió ni una hora, pero se dirigió a su puesto de trabajo tan impecablemente

arreglada como cualquier otro día. Una vez allí, saludó a sus compañeras con los mismos gestos maquinales de siempre, y se dirigió a su cubículo, donde pasó quince minutos interviniendo el sistema informático. Después fingió que se dirigía al cuarto de baño, pero en realidad entró en uno de los pasillos de la dirección.

Empezaba la parte más complicada del plan. Llevaba oculto en la mano un difusor que liberaba lentamente sustancias sedantes, fabricado por ella misma durante la madrugada. Entró en el cubículo de uno de los gestores de programación con la excusa de que su interfaz estaba dando problemas y deslizó el difusor hasta un rincón del suelo. El informático le prometió que en algún momento del día iría a arreglar su problema.

Veinte minutos más tarde, Ánima regresó a ese mismo cubículo encontrando al informático desplomado sobre la mesa, según lo previsto. Nada más entrar se puso una mascarilla de papel y tocó los sensores para que el ordenador no diera la alerta de improductividad. Solo tardó diez minutos en conseguir el resto de la información que necesitaba. Ya sabía cuál de los tres emplazamientos que había localizado la noche anterior era el correcto.

Retiró el difusor y dejó sobre los sensores un simulador de actividad laboral exactamente igual que el que estaba en aquel momento en su propio cubículo. Se quitó la mascarilla, respiró hondo, envió un breve mensaje desde la línea telefónica de su cubículo para avisar a Ula que tenía una molestia e iba a ausentarse una hora y salió del departamento y del edificio. Caminó hasta su módulo, recogió la mochila de plastímero y salió por la puerta trasera. En aquella acera la estaba esperando un vehículo privado de alquiler.

Puso rumbo a la granja de vástagos. Al alejarse de la ciudad sin haber sufrido ningún incidente experimentó una sensación de alivio tan cercana a la euforia que se obligó a sí misma a tomar un fármaco sustitutivo del sueño. Se detuvo en una estación de servicio para repostar voltios y cambió de vehículo de alquiler. Vio de lejos algunos asentamientos que tenían todo el aspecto de ser reservas o refugios de metamutantes por el estado descuidado de sus caminos y edificios, pero sus indicios conducían aún más lejos.

Con una precaución que seguramente era innecesaria, volvió a cambiar de vehículo, adquiriendo un pequeño transporte de segunda mano. Tras varias horas más de viaje, se inscribió con nombre falso en un pequeño hostel del pueblo donde había descubierto que estaba la granja.

Por supuesto, nadie sabía que esa era la verdadera función de aquellas instalaciones. Era curioso cómo la gente estaba dispuesta a aceptar que todos los niños nacidos en los últimos veinte años comían y dormían en alguna parte, pero nadie quería saber exactamente dónde, si era posible visitarlos, cuáles eran las condiciones en las que estaban siendo optimizados.

Corrían diferentes leyendas al respecto. Unos decían que los niños vivían y crecían dentro de tubos de gelocrilato, sumergidos en un suero gelatinoso, con un

cordón umbilical que les proporcionaba alimento. Ánima dudaba mucho de la veracidad de esta teoría. No era una experta en puericultura, pero dudaba que existiera la tecnología suficiente para proporcionar una educación motora a partir de estímulos cerebrales aislados.

Localizó el edificio, descartando las demás opciones por pura lógica, y lo observó a distancia durante toda la tarde. Comprendió cual era la entrada de personal y cuáles sus medidas de seguridad, muy parecidas a las del edificio de la misma corporación en el que ella misma trabajaba.

Después se obligó a regresar al hostel y dormir algunas horas. Necesitaba estar en sus mejores condiciones y los fármacos de sueño sustitutivo no eran capaces de asegurarlas.

Cuando sonó el despertador, en plena noche, Ánima, sobresaltada, tardó unos segundos en reconocer aquel lugar. Las imágenes de sus últimos sueños, tan vívidas, parecieron flotar en el aire durante unos instantes antes de disolverse.

Se incorporó bruscamente y reconoció el hostel. Por fin fue recordando los sucesos de los últimos días. Pulsó el electropunto de su muñeca mientras recapitulaba y ponía en orden sus ideas. Se dio cuenta de que el fármaco inhibidor de la memoria, el estado de euforia posterior, la noche sin dormir y el medicamento sustitutivo del sueño habían acabado por pasarle factura.

Se metió en la ducha, se vistió y se obligó a sí misma a realizar una serie de flexiones para despertar el cuerpo. Introdujo el arma que había traído en un arnés pectoral que llevaba bajo la ropa. Después introdujo todas sus pertenencias en el vehículo. Su corazón bombeaba fuertemente, con mucha más intensidad que antes de sus primeras reuniones amorosas con Héctro, pero decidió no inhibir el torrente de adrenalina ya que quizá le resultara necesario. Aparcó el vehículo cerca de una de las salidas auxiliares de la granja de vástagos.

Eran las tres de la noche cuando entró en las instalaciones sin hacer sonar ninguna alarma. Inhabilitó los sensores con goma neutra y engañó a las cámaras de seguridad con plataformas imantadas. Encontró fácilmente la sala de control y observó cada una de las pantallas en busca de Nin.

Así que era así como lo hacían. Descubrió que cada uno de los vástagos ocupaba un pequeño cubículo, muy parecido a aquel en el que trabajaba ella, en el que había una cama y un armario. Una de las paredes de cada celda estaba compuesta únicamente por un espejo modificado. Los alimentos y modificadores conductuales les eran proporcionados a través de ventanillas y montacargas. A aquella hora, casi todos estaban dormidos.

Sin embargo, una niña había encontrado la manera de encender una pequeña luz en su cubículo sin que nadie lo detectara y se estaba mirando al espejo. Ánima, desde la sala de control, reconoció a su hija.

La niña se acercó a su reflejo y alargó el dedo para tocarlo. Pero el reflejo no respondió a su gesto. Mostraba a una niña casi igual a la que se estaba contemplando,

solo que estaba vestida con un traje de gala y llevaba un juego de lápices en la mano. La niña del espejo se puso a dibujar un paisaje maravillosamente detallado.

Nin, al ver cómo lo hacía, fue a coger sus propios lápices y la imitó, realizando su propio dibujo. Este no era tan perfecto como el de la chica del espejo, pero era evidente que la niña se esforzaba porque se pareciera a él lo máximo posible.

Ánima comprendió que aquellos espejos servían para educar a los niños sin necesidad de que hubiera personas encargándose de la tarea. Se preguntó si alguna vez verían seres humanos reales. Después se preguntó si la ausencia de personas se debía a los costes laborales o si todo aquello formaba parte de un proceso intencionado. Quizá la interacción con seres humanos desviara de alguna manera el proceso de moldeado psicológico. Era probable que los espejos resultaran mucho más eficientes.

Localizó la ubicación del cubículo donde se encontraba su hija y memorizó una ruta de salida antes de descolgarse por el montacargas. Una vez allí dentro, en la completa oscuridad de la máquina, trató de ahuyentar de su cabeza todas las cuestiones que aseteaban su mente: ¿Qué pasaría si el montacargas sufría una avería? ¿Cuánto peso podría soportar sin descolgarse? ¿Qué le ocurriría si fuera descubierta?

Extrañamente, lo que la asustaba no era la perspectiva de pasar el resto de su vida en una prisión. Lo que realmente le daba miedo era no tener la oportunidad de hablar nunca con su hija, no poder cruzar con ella siquiera unas palabras después de haber llegado tan lejos.

Pero el montacargas funcionó perfectamente, abriendo sus puertas en la planta de cría. Ánima vio a su hija dibujando en el suelo, ajena a su llegada. Salió del montacargas y carraspeó.

Nin giró la cabeza hacia ella. Cuando la vio, abrió desmesuradamente los ojos. Eso confirmó la teoría de Ánima de que los niños se encontraban con personas de carne y hueso muy pocas veces.

—Tranquila —susurró Ánima—, no he venido a hacerte daño.

Entonces se dio cuenta de que su hija quizá no hubiera aprendido aún a hablar. Quién podía saber cuáles serían las etapas de aquella programación.

—¿Daño? —preguntó la niña, frunciendo la frente. —¿Qué significa eso?

Pero miraba a la ingeniera con una curiosidad imposible de ocultar.

A Ánima se le hizo un nudo en la garganta. La voz de la niña era muy parecida a la suya propia. Respiró hondo antes de contestar, para que la emoción de su voz no la traicionara.

—Quiero enseñarte algo —le dijo Ánima—. ¿Me acompañas?

La niña sonrió. Era extremadamente confiada.

—¡Qué bien! ¡Me encanta aprender!

—Tienes que estar en silencio, ¿de acuerdo? —susurró Ánima.

Ánima tendió la mano, y Nin se agarró a ella.

Las dos subieron en el montacargas y salieron a las enormes cocinas vacías. Desde aquel lugar hasta la calle solo había una puerta. Antes de franquearla, Ánima le pidió a la niña que guardara silencio y esta aceptó con la cabeza.

No sabía qué era lo que esperaba al cruzar la salida. Luces, alarmas, vigilantes armados que las amenazarían con sus armas o directamente las abatirían de un tiro. Su miedo le hizo esperar unos segundos antes de atreverse a abrir la puerta; segundos angustiosos, ya que cada uno de ellos multiplicaba la posibilidad de que fueran descubiertas. Llegó a pensar en devolver a Nin a las instalaciones para evitarle cualquier peligro.

Entonces giró la cabeza, vio la sonrisa de la niña y comprendió que nunca podría separarse ya de ella. Abrió el portón metálico y se lanzó con Nin al exterior. No había nadie esperándolas fuera.

Con el corazón batiendo en su pecho a un ritmo insoportable, Ánima le colocó el cinturón de seguridad a su hija al acomodarla en el vehículo de alquiler y puso este en marcha, esperando oír sirenas de alarma en cualquier momento.

Pero no sucedió nada. Ánima aceleró el vehículo hasta alcanzar la máxima velocidad permitida, y condujo hacia el norte.

—¿Qué era eso que querías enseñarme? —preguntó la niña al cabo de un rato, sin el menor asomo de sospecha o incomodidad en su voz.

Ánima le pasó la caja de frutas de autor.

—¿Qué es esto? —preguntó la niña, maravillada.

—Son frutas. Como las naranjas o las manzanas, pero diferentes.

—He oído hablar de las manzanas pero nunca he probado una. Y las naranjas son eso que da color al zumo, ¿verdad?

Entonces la madre se dio cuenta de que era perfectamente posible que su hija nunca hubiera comido alimentos naturales. Quizá aquellas extrañas y curiosas frutas iban a ser las primeras que probará. Esa idea le hizo pensar que el mundo en que vivían era asombrosamente extraño y paradójico.

La pequeña observaba la caja sin atreverse a tocarlas.

—Son para ti —susurró Ánima—. Son un regalo.

—Un regalo —Nin paladeó la palabra—. He oído hablar de ellos, pero nunca había recibido uno.

La niña abrió la caja y se maravilló al tocar las suntuosas frutas, al probar sus delicados y complejos sabores y texturas, que comentaba detalladamente con esa curiosa manera de expresarse, al mismo tiempo analítica y maravillada.

Ánima condujo durante el resto de la noche, respondiendo a las preguntas de la niña sin decirle una sola mentira.

«Puedo descubrirle el mundo», pensó Ánima. Y esa idea le causó una emoción incomparable.

Llegaron a una zona boscosa que les pareció agradable. Ánima alquiló en efectivo una cabaña en los bosques, sin dejar que nadie viera a su hija. Dijo que era

diseñadora botánica y que tenía que hacer una larga investigación sobre el terreno.

Pasaron las semanas y nadie se presentó a detenerlas. Nadie llegó en medio de la noche para arrancarle a la niña de su lado. Las plantas empezaron a germinar en sus semilleros y pronto llegó el momento de sembrarlas.

Ánima fue confiándose. Le contaba a la niña todo aquello que esta le preguntaba. Decidió que si había sido capaz de confesar todas sus verdades a un test médico, no tenía ningún motivo de maquillar los hechos ante su propia hija, así que le acabó contando toda la verdad acerca de Héctro, de dónde venían los niños, de ella misma. Nin comprendió la situación y la aceptó. Dijo que no le importaba no ser rica si a cambio tenía que vivir con una mujer comprada por catálogo, lo que hizo reír mucho a la ingeniera genética.

Se dio cuenta de que, a pesar del miedo que seguía sintiendo, y que seguramente nunca desaparecería, a ser descubierta, a que se la quitaran, jamás había sido más feliz en su vida. Recogían piñas y comprimían hojarasca para alimentar la estufa, cultivaban verduras perennes resistentes al frío, pescaban y hablaban de todos los temas posibles. Nin dibujaba y Ánima le contaba historias. Ver la expresión de asombro y maravilla de su hija cada vez que le descubría un juego o un dato inesperado era una sensación infinitamente superior a contemplar el rostro de Héctro después de la satisfacción sexual.

El invierno acabó y los árboles se llenaron de brotes.

Y un día, apareció una fruta en medio de la nieve.

Nin la vio antes que Ánima y corrió a su encuentro, maravillada. Se trataba de una de esas maravillosas esferas transparentes con jugosas vetas rosadas.

—¡Mira, mamá! Me regalaste una de estas cuando viniste a buscarme, ¿te acuerdas? Nunca he vuelto a ver ninguna...

Sin ser capaz de reflexionar, Ánima tomó la fruta de manos de su hija y la arrojó lo más lejos que pudo. Agarró a su hija por los hombros, ansiosa, y la arrastró al interior de la cabaña. La pequeña ya se había acostumbrado a los estados repentinos de alerta de su madre y obedeció sin decir una palabra.

Ánima se llevó un dedo a la boca para indicarle silencio, e hizo que Nin se escondiera bajo la trampa, en el sótano que habían excavado.

A solas en la pequeña cabaña, que parecía estar completamente invadida por el sonido de su propio corazón, la mente de la mujer empezó a tratar de darle algún sentido a la aparición de aquella fruta, obscenamente cara, en medio de una llanura nevada en ninguna parte. Era imposible que aquello fuera una casualidad. La sola idea de que Héctro, que le había regalado aquella fruta la última vez que la vio, pudiera estar cerca la llenaba de sensaciones contradictorias, entre el pánico y el anhelo.

Habían ido a buscarlas, no sabía quiénes. Una fruta de autor debería resultar más inofensiva que una amenaza directa o un arma, pero por algún motivo las incógnitas que rodeaban aquel objeto le resultaban mucho más inquietantes. A un policía podría



llegar a dispararle, a un misterio no.

Quien fuera que hubiera dejado allí la fruta sabía que Nin estaba allí, que *Ánima* la había robado. Conocía hasta los menores detalles del secuestro. Solo de pensarlo, el cuerpo le temblaba de un modo incontrolable y la nuca se le llenaba de gotas secas y heladas.

Pasaron varias horas.

Decidió que era inútil permanecer en la casa. No podría quedarse dentro siempre. Si realmente querían a la niña, no tendrían ningún problema en echar la puerta abajo, en matarla incluso si oponía resistencia. Así que cogió la pistola y salió a ver de quién se trataba.

Se encontró con la doctora Yin. Habían pasado veinte años.

—Te has escondido bien —le dijo esta. Cerca había un pequeño vehículo oruga de última generación.

*Ánima* no era capaz de procesar qué era lo que estaba sucediendo. No había tenido ninguna noticia de la doctora desde que terminó los estudios. No comprendía cuál era la relación de ella con la fruta y el intento desesperado de atar cabos con rapidez le provocó una aguda jaqueca en la frente.

—Estoy orgullosa de ti —seguía diciendo la doctora, que sonreía—. Siempre supe que eras diferente, especial.

La doctora dio un paso hacia ella.

—¡No se acerque! —gritó *Ánima*, apuntándola con el arma.

La doctora no parecía preocupada, ni dejaba de sonreír.

—Trátame de tú, querida.

Entonces *Ánima* vio que, del mismo vehículo, salía Héctro. ¿Qué demonios estaba haciendo allí, con la doctora? ¿Cómo era posible que se conocieran? ¿Y por qué no parecía furioso después de que ella le hubiera robado a su hija?

—No comprendo —masculló *Ánima*—. Vosotros...

La doctora Yin sonrió.

—Héctro es mi hijo natural, *Ánima*. Lleva años ayudándome a hacer realidad mis proyectos.

—¿Qué... qué proyectos? —masculló ella, confundida.

Héctro la miraba sonriendo. *Ánima* reprimió un impulso irracional de abalanzarse sobre él para abrazarlo, para besarlo, o quizá para darle un golpe. Las emociones que aquel hombre desataba en ella eran terriblemente confusas, le causaban debilidad y fatiga. No se le había escapado la palabra «natural» en boca de la doctora. Y ella creía haberle engañado cuando salían juntos.

No pudo evitar levantar sus ojos perplejos hacia él y reconoció en su rostro a Nin. Curiosamente, nunca había pensado en él al observar a la niña, pero ahora que lo tenía delante se daba cuenta de lo parecidos que eran los arcos de sus cejas, el pliegue travieso de sus sonrisas.

Era su padre, pero lo mataría antes de permitir que le arrebatara a su hija.

Y entonces lo comprendió todo. Si Héctro había estado siempre a las órdenes de la doctora, eso solo podía significar que aquello era un inmenso juego de manipulación. Habían jugado con su mente a lo largo de los años, desconcertándola, provocando su amor, su tristeza y su ira. Quizá ni siquiera la joven esposa de Héctro lo fuera realmente, podría tratarse de una actriz contratada para interpretar determinado papel. Aquella idea le aleteó en la mente, demasiado agradable, y Ánima la aplastó de un manotazo. No podía dejar que la distrajera. ¿Cuál era el objetivo? ¿Qué pretendían conseguir?

—Venimos a por ella, Ánima —le dijo suavemente la doctora.

La ingeniera se masajeó la frente, tratando de pensar. Levantó la pistola con energía, apuntando alternativamente a cada uno de ellos.

—No os la vais a llevar —dijo, con una voz tan fría como la nieve—. Es mía. La he hecho yo. Además soy su madre.

—Querida, puedes venir con nosotros si lo deseas. Sería un honor que te incorporases a mi equipo. Después de todo, tú has sido mi primer gran éxito la primera de mis estudiantes que completa la tarea encomendada.

—¿Qué tarea? —preguntó Ánima, completamente desconcertada. La presencia sonriente de Héctro le impedía pensar. El magnetismo que aquel hombre ejercía sobre ella inutilizaba su mente.

La doctora Yin sonrió de oreja a oreja.

—Venga ya, preciosa, ¿estás diciendo que no sabes lo que has hecho?

Ánima sintió que la furia empezaba apoderarse de ella.

—¡No he hecho nada! ¡Solo he tenido una hija, de la única manera que podía! Y no tienes, no tenéis ningún derecho a arrebatármela. Id a buscar a cualquier otra.

—¿De verdad ignoras en qué es especial tu hija? ¿En qué se distingue de todos los seres humanos que fueron antes que ella?

Ánima entró en la casa rápidamente y condenó la puerta con las barras de madera preparadas a tal efecto. Pero seguía oyendo las palabras de la doctora.

—Esa niña es tan mía como tuya. No solo soy su abuela, genéticamente, sino que yo puse en marcha la cadena de acontecimientos que la hicieron posible. Tenemos su mapa genético y podemos hacer más. Solo quiero ver de cerca el milagro cuando se produzca. Piénsatelo, ¿de acuerdo? Volveremos mañana.

Oyó cómo el vehículo arrancaba.

Al cabo de un rato, permitió a Nin salir de su escondrijo.

—¿Qué pasa, mamá? He oído gritos fuera. Me he asustado un poco. ¿Quiénes eran?

Ánima cerró los ojos, tratando de pensar qué era ese «milagro» al que se refería la doctora. ¿Cuál era el motivo de que su hija fuera tan única y especial? ¿Qué era lo que había intentado conseguir la doctora de manera tan retorcida e insistente, a lo largo de las décadas? Conseguir que Héctro coincidiera con Ánima en la universidad seguramente había sido sencillo, pero lograr que le fuera asignada precisamente ella

entre las seiscientas agentes eso requería algún tipo de soborno. No solo había sucedido con ella, la doctora había mencionado a otras mujeres. ¿Se habría encargado Héctor en persona de todas ellas? Sintió una punzada en el estómago.

Nin acunó a su muñeca de trapo y le preguntó:

—Mamá, ¿cuándo podré tener una hija de verdad igual que tú me tuviste a mí?

La niña hacía aquella pregunta todas las semanas. Era inútil que Ánima le explicara lo complejo del procedimiento de la reproducción asistida. La niña seguía insistiendo, frustrada por la falta de respuesta de su madre y repetía la pregunta como un robot.

¿Qué era lo que la doctora había intentado provocar? ¿Qué era lo que había estado buscando? ¿Por qué escogerla precisamente a ella? Por supuesto que se había dado cuenta de que había llamado la atención de la doctora desde la universidad. A veces casi le había dado la impresión de que era como si Ánima fuera la hija que ella nunca había tenido mucho mejor que una hija, de hecho. Una descendiente perfectamente compatible, con las mismas habilidades e inquietudes. Como hecha a medida.

—Mamá ¿qué te pasa? —repitió Nin, sorprendida y algo preocupada—. ¿Por qué no me contestas?

En un acto reflejo, la fugitiva abrazó a su hija. Esta se calmó rápidamente con el contacto y dejó de hacer preguntas.

¿Qué era eso que decía la doctora tantas veces cuando daba clase? «A veces tenemos que diseñar hijos maravillosos para padres que no lo merecen. Pero recordad siempre estas palabras: un solo suceso azaroso no siempre es justo; sin embargo, muchos de ellos, unidos y entremezclados a lo largo de los años, suelen conducir a algo parecido a la justicia».

En su mente se formó la imagen de una lluvia formada por las inclementes e imprevisibles gotas del azar, pero que al caer creaba un río de trayecto bien definido, de sentido, de certeza.

Nin se removió en su regazo, percibiendo la preocupación de su madre, y le preguntó de nuevo:

—¿Me enseñarás a tener una hija de verdad igual que tú me tuviste a mí?

Entonces Ánima, en un solo instante, comprendió.

Nin sí que podría tener sus propias hijas. Produciría dos óvulos cada mes, óvulos modificados para adaptarse a cualquier situación reproductiva, que seguramente podrían fecundarse el uno al otro. Y la musculatura voluntaria del útero cuando madurase sexualmente, simplemente podría *decidir* cuándo quedarse embarazada de sí misma.

Partenogénesis. La aplicación perfecta del supragen inventado por la doctora Yin, un bloqueo de las mutaciones idénticas. ¿Cómo no se había dado cuenta antes?

Nin podía ser la primera de una nueva raza, una en la que no harían falta dos sexos. Tenía la mutación que, de alguna manera, daba sentido a todas las mutaciones,

que convertía la imposibilidad de reproducirse en la manera más sencilla de hacerlo.

La mente de genetista de Ánima empezó a darle vueltas a la cuestión, por supuesto, para que las hijas de Nin pudieran a su vez engendrar hijas y así sucesivamente, el entrecruzamiento, la recombinación entre los genes, tendría que ser mayor de lo habitual pero podría ser sostenible. Al menos, existía la posibilidad de que lo fuera.

Después, la mente de Ánima como mujer, como ser humano sintiente, tomó el relevo. Se sentía humillada. La habían utilizado. Héctro nunca había sentido nada hacia ella, solo había obedecido ciegamente las órdenes de su madre. Y la doctora. La doctora la había manipulado durante toda su vida, interviniendo a sus espaldas en todas sus circunstancias vitales y psicológicas para producir ese momento de epifanía, ese relámpago de energía y amor que había conseguido lo imposible.

Alguien llamó a la puerta. Era la doctora, por supuesto. Poner en marcha el coche solo había sido un truco, uno más en una lista tan compleja que su inicio era imposible de detectar. Nin se dirigió silenciosamente hacia su escondite, pero Ánima le indicó con un gesto de cabeza que no era necesario.

Sí, la doctora la había sometido a un estrés y a un dolor excesivos, con intención de llevarla a una crisis que la obligara a actuar, pero si no lo hubiera hecho Nin no existiría. Ánima seguiría trabajando catorce horas al día en algún laboratorio, sin poder permitirse siquiera la idea de un hijo, ni de la libertad.

Volvieron a golpear la puerta, con un alegre repiqueteo.

Ánima suspiró. La doctora Yin no iba a rendirse nunca, llevaba demasiado tiempo, y sin duda una enorme cantidad de dinero, invertido en aquel proyecto. ¿Cuántas más cómo ella habrían sido sometidas a un proceso semejante? Cerró los ojos, pensó en Héctro, y se estremeció al imaginarlo con ese número indeterminado de «otras».

No podía luchar contra aquella energía, contra una fuerza semejante. Tarde o temprano, tendría que resignarse.

—¿Qué pasa, mamá? —susurró Nin.

La ingeniera envolvió a la niña en una manta y la miró. El rostro que había contemplado tantas veces en imagen estaba frente a ella, vivo y palpitante, observándola con una expresión estremecida.

# **La epopeya de los amantes**

Miguel Santander

**Miguel Santander** (Valladolid, 1979) trabaja como investigador postdoctoral en el Observatorio Astronómico Nacional en Madrid. Su primera novela, *El legado de Prometeo* (Iniciativa Mercurio, 2012), fue rápidamente seguida de la publicación de *La costilla de Dios y otros relatos del final* (Iniciativa Mercurio, 2013) que incluía el cuento homónimo finalista del XXI certamen Alberto Magno de ciencia-ficción. En 2012 ganó el Premio UPC de novela corta con «La epopeya de los amantes» y al año siguiente el III Premio TerBi de relato temático con «La última huella».

Como buen científico, en sus tramas le gusta ser riguroso desde el punto de vista de la ciencia actual, y ello se aprecia particularmente bien en su primera novela que describe el periplo de una enorme astronave terrestre rumbo a un agujero negro vecino del Sol con el objetivo de extraer y reaprovechar su energía.

No obstante, en «La epopeya de los amantes» cambia completamente de registro. Esta novela corta relata una leyenda sumeria más antigua que la de Gilgamesh, que el narrador encuentra en un cofrecillo de marfil en un desván. Junto a las tablillas de arcilla, que narran cómo Utnapishtim se convirtió en inmortal a causa de una terrible maldición, se descubre un puñado de hojas arrancadas de un diario que resulta ser del inventor serbio Nikola Tesla. El lector habrá de seguir las dos líneas de acción paralelas para encajar todas las piezas del rompecabezas y arrojar luz sobre el misterio. Un enigma apasionante que abarca cinco mil años de historia y algunos hechos oscuros del pasado de uno de los personajes más relevantes de nuestro tiempo.

*A Pablo Bonet y Juanjo Valderrama,  
dos de los mejores sparrings  
que puedo imaginar.*

*Gracias por tantas historias*

## Prólogo

El poema de Gilgamesh era, hasta ahora, la narración escrita más antigua que se conocía. El descubrimiento, en octubre de 2011, de La epopeya de los amantes, aún más antigua, ha supuesto un hito en el estudio de la civilización sumeria. En ella se relata el mito de cómo Utnapishtim (Ziusudra en el original sumerio, y posiblemente Noé en la tradición bíblica) se convirtió en inmortal como castigo divino por su orgullo. Datado mediante carbono-14 hacia finales del cuarto milenio antes de Cristo, probablemente habría pasado más desapercibido para el gran público de no haber sido por las circunstancias —cuando menos particulares— que rodearon su hallazgo.

Para empezar, el cofre de marfil en cuyo interior se hallaron las nueve tablillas que componen el relato no fue encontrado en excavaciones en ningún yacimiento arqueológico, sino que fue donado al Museo Metropolitano de Arte de Nueva York en nombre de Silvia W. Pidgeon, dueña de una mansión en el Upper East Side de Nueva York. La señora Pidgeon falleció el pasado 15 de julio, y la donación fue efectuada unos días después por su hijo, quien aseguró haberlo encontrado en el sótano de la mansión y cumplir con la entrega la voluntad expresa de sus padres.

El segundo enigma consiste en el contenido del cofre: junto a las nueve tablillas de barro de escritura precuneiforme y la traducción babilónica de la primera de ellas, el cofre contenía una serie de hojas sueltas, arrancadas del diario personal del que, según parece, fue el depositario del cofre durante años, y que no es otro que el ingeniero e inventor de origen croata Nikola Tesla. Las hojas del diario están acompañadas por un pequeño sobre con fotos personales de Tesla junto al cofre y las tablillas. No se plantean dudas acerca de la autenticidad del diario, pues, según certifican las peritaciones caligráficas solicitadas, el texto es del puño y letra de Nikola Tesla. Esto sitúa el cofre y su contenido en una época en la que la traducción directa de un texto sumerio habría sido extremadamente difícil, por no decir imposible. De hecho, aunque actualmente es posible transcribir el sumerio con relativa seguridad sin apoyarse en traducciones posteriores, se está lejos del consenso unánime sobre ciertos detalles.

Tras recibir la donación, el Museo Metropolitano distribuyó imágenes digitales de alta resolución de las nueve tablillas entre los mejores especialistas actuales del lenguaje sumerio. A través de uno de ellos se supo de un hallazgo efectuado hace unos años en una cata profunda en el yacimiento de la biblioteca de Nínive: ocho tablillas escritas en babilónico, que aún no habían sido estudiadas, y que han resultado ser las restantes ocho tablillas de la traducción de La epopeya de los amantes.

Esto nos conduce al mayor interrogante de este hallazgo: el mismo Tesla, según su diario, solo tuvo acceso a la traducción babilónica de la primera tablilla. Ahora bien, las numerosas similitudes (incluso coincidencias) encontradas entre el relato recogido en el diario de Tesla y la epopeya sumeria llevan a preguntarse si Tesla no



disponía de otra traducción —acadia, quizá— mediante la que quiso gastarnos una elaborada broma póstuma.

Hasta donde se ha podido comprobar, todas las circunstancias que rodean la narración de Tesla son ciertas: la carta con la extraña petición a Percival Lowell; el asesinato de los asiriólogos Jean-François Molineaux y Raymond Jones en Estrasburgo; la carta de recomendación de Charles Batchelor y el accidentado viaje a Nueva York; la conferencia de Tesla en Londres; el incendio de su laboratorio en 1895; el descubrimiento del yacimiento de Shuruppak por Hermann Hilprecht en 1900; la desaparición del hombre (que podría haber sido el diplomático y egiptólogo *sir* Henry Bentley) en Nueva York a principios de 1911; la construcción y posterior demolición de la torre de Wardencllyffe, o los numerosos artículos en periódicos y revistas, por poner solo algunos ejemplos. Aun así, conviene recordar que todo esto no son sino meras «pruebas circunstanciales» y que la alternativa a que se trate de una compleja ficción, es decir, que los hechos ocurrieran tal y como cuenta Tesla, es, simplemente, impensable.

Presentamos ante el lector la primera edición en español de *La epopeya de los amantes* —la epopeya sumeria seguida por la narración de Tesla que, recordemos, consta de hojas sueltas del diario que el inventor arrancó de sus cuadernos y depositó en el cofre junto con las tablillas—. En su conjunto, los textos que el lector tiene ahora ante sus ojos constituyen un auténtico rompecabezas que abarca 5.000 años de Historia.

MIGUEL SANTANDER

Diciembre de 2011.

# La epopeya de los amantes

## TABLILLA I

Sabe, oh rey, de vuestro antepasado Utnapishtim, el Lejano<sup>[1]</sup>. El que todo conoce, el que camina entre nosotros, quien fuera joven rey de Shuruppak. El que fue condenado a sufrir por siempre las penas del hombre, el que mucho tiempo después construyó el Arca y sobrevivió al Diluvio. Sabe de su legendario amor por Silnin, su reina, y de ella por él; sabe cómo alcanzó la inmortalidad. Sabe la historia de Utnapishtim, el inmortal.

¡Contempla la majestuosa Shuruppak, ciudad de los antiguos reyes! Donde el Tigris y el Éufrates nutren el valle y lo llenan de vida. Dirige tus pasos al Norte, doscientos sesenta estadios desde la mítica Uruk; camina, viajero, al sudeste desde Nippur, doscientos treinta estadios te separan de su templo de columnas de marfil, morada de Inanna<sup>[2]</sup>. Pasea por la imponente muralla de adobe carmesí, levantada por Alulim de Eridug, antepasado de Ubar-tutu. Arrodíllate al paso del joven rey Utnapishtim, que desfila por las calles, gozoso en compañía de su prometida. Admira a la resplandeciente Silnin, hija del noble Elulu-Kish, muerto en combate con Wukatu, la fiera.

Sus oscuros cabellos se trenzan en una cofia de cuentas de plata y cobre. Su delicado rostro sonrío, ataviado con pendientes de lapislázuli y malaquita y coronado por una tiara de oro y amatistas engarzadas. Sus gráciles muñecas tintinean, adornadas con pulseras de bronce.

Sus ceñidos pechos despiertan envidia de ramera y encienden a los hombres, enloqueciéndolos de deseo. Sus pestañas, largas como los juncos de la ribera, fascinan a las más hermosas doncellas.

Las cabezas se inclinan y las miradas se vuelven al paso de la joven Silnin. Las bocas suspiran y las lenguas murmuran: «Silnin, la perla más bella del mundo es».

Sonriente, del brazo de su amada, Utnapishtim camina altivo, orgulloso como el león. Su poderosa voz proclama: «Silnin, la perla más bella del mundo es».

Ni dios ni hombre conocen esponsales más opulentos. Los festejos duran una luna, la tercera tras las dos ocasiones en que Ereshkigal hizo descender la oscuridad, durante el día y durante la noche, sobre la ciudad de Shuruppak<sup>[3]</sup>. Por dos veces el mundo de las sombras se mezcló con el de los vivos y los espíritus vagaron por el mundo, contagiando de su tristeza a los hombres y haciendo fracasar todas sus empresas.

El rey subió a la colina, gritó el nombre del dios del viento<sup>[4]</sup>. Enlil se apareció, y Utnapishtim le pidió su bendición para desposar a Silnin. El Anunnaki le dijo: «La

oscuridad atrae a la penumbra y a las sombras. La luna de la doble oscuridad solo traerá desgracia y tristeza a tu espíritu. Vuestro matrimonio debe esperar a la próxima primavera».

Contrariado, Utnapishtim replicó: «¿Acaso espera la abeja a que la flor que liba languidezca y sus pétalos se marchiten? ¿Acaso espera el buey a que el pasto se reseque cuando tiene hambre? ¿Acaso debe el hombre esperar a que la manzana recién caída del árbol se pudra?».

Enlil dijo: «El orgullo nubla tu juicio, Utnapishtim. No son la temeridad ni el empuje de las armas quienes derrotan la contrariedad, al igual que no es el fuego quien mantiene la balsa a flote. ¿Atravesarías acaso los pantanos negruzcos en los que los demonios convocan el fuego que brota de la tierra? ¿No esperarías, acaso, a que las llamas se apagaran y la tierra se enfriara?».

El joven rey se enfureció: «¿Osas tú, Enlil, el de la Gran Montaña, decirme que espere? ¿Tú, que te lanzaste en solitario contra los enemigos de Ubar-tutu en el asedio de Shuruppak? ¿Tú, que desencadenaste tu cólera sin aguardar siquiera a que los defensores ocuparan sus puestos? Fuerte es tu relámpago, furioso tu fuego, pavorosa tu tempestad. Escudo y lanza al suelo caen. Enlil no deja madre con hijo. Enlil puebla el infierno de sombras.

»¿Osas tú, Enlil, el que gobierna el viento y la tormenta, decirme que espere? ¿Tú, que ignoraste las advertencias de la virgen Ninlil y la sedujiste mediante engaños para que te entregara su flor? No. El destino no guía los pasos de Utnapishtim como el titiritero maneja un muñeco de madera. Ningún dios ordena al rey de Shuruppak cuándo arrodillarse y cuándo ponerse en pie. Nada temo: mi amor por Silnin es eterno como eternos son la luna y las estrellas. Y si he de enfrentar adversidad alguna, lo haré mediante el valor y el empuje de mis armas».

Así, en su orgullo, Utnapishtim desoyó las palabras de Enlil.

## TABLILLA II

Utnapishtim desoye el consejo de Enlil y el gran festejo tiene lugar. Pero la víspera de la boda, durante el banquete, el gran demonio Nikuba aparece. La boca del inframundo se abre en la muralla carmesí, de su interior emanan los horrorosos lamentos de los fallecidos y el ulular de los espíritus desterrados. ¡Hediondo Nikuba! Su inmunda barbilla es afilada y lampiña y su cuerpo está cubierto por pieles de animales extraños que jamás caminaron sobre la faz de la tierra. Sus manos son lechosas y su rostro burlón es translúcido. Larga y bífida es su cola, se agita con su ladino caminar. ¡Hediondo Nikuba!

Nikuba traspasa el umbral y camina hacia la pareja regia. «Tú, Utnapishtim, aquel cuyo orgullo no conoce rival —dice—. El que desafía los designios de los dioses con su impaciencia. Yo, Nikuba, he venido para infligirte justo castigo». Y su horrenda

mano extiende hacia el rey.

Los nobles de Shuruppak se inclinan ante Nikuba, el miedo se alimenta de sus corazones. Pero valiente es Utnapishtim, que permanece de pie. Astuto es Utnapishtim, sus palabras distraen al demonio mientras su ágil pie busca la lanza en el suelo: «Vuelve a tu agujero nauseabundo, Nikuba. Las cuestiones de Utnapishtim no te incumben, ni te incumbe cuándo debe él declarar su amor».

El demonio maldice entonces en su lengua arcana. Poderoso es Utnapishtim, que impulsa el bronce con la fuerza de un toro. Lanza pasa de pie a mano, dispuesta a atravesar a Nikuba.

Pero su estratagema es inútil. Nikuba alza la otra mano, ¡un cetro negro del inframundo hay en su mano! A su orden acuden el trueno y el humo de azufre, desvían la lanza. Nikuba dice: «Yo te maldigo, Utnapishtim, a la peor de las condenas, la del tiempo. Vivirás como inmortal, y sufrirás eternamente las penas del hombre. Verás morir a tus allegados, uno a uno, hasta el fin de los días, y llorarás su ausencia durante incontables generaciones. Y la primera será tu amada Silnin. El río del Tiempo he secado para ella, ya no puede beber de sus aguas». Esto dijo, y traspasó la puerta de vuelta al inframundo, que se cerró tras él.

### TABLILLA III

Pasa la noche y llega un nuevo día, y las amenazas de Nikuba son entonces lejanas y huecas. «Nikuba era solo un demonio fanfarrón», ríe Utnapishtim, y Silnin ríe con él. El viento barre las nubes y el sol baña la imponente Shuruppak en el día de su boda.

¡Contempla el suntuoso enlace en el templo de Inanna! Los amantes se juran amor eterno, arrodillados sobre la escalinata de piedra. ¡Ya son rey y reina al desposarlos el sumo sacerdote! El mayor banquete que se recuerda tiene lugar y todos los habitantes de Shuruppak se regocijan en la dicha de su rey, Utnapishtim, el grande, y de su reina, Silnin, la hermosa.

¡Grande fue la gloria de Shuruppak en aquellos tiempos! Los esclavos desfilan portando inacabables viandas. De pato asado y jabalí en salsa de dátiles se llenan los platos. De salsas se unta el pan y se relamen los dedos. De higos, manzanas y fresas silvestres son los postres.

De vuelta a la alcoba real, entrada la noche, Utnapishtim contempla a Silnin: «Silnin, la perla más bella del mundo eres. Jamás hombre alguno soñó con poseer hermosura como la tuya. Permite que me deleite en tu desnudez. Desciñe tu vestido, libera tus pechos. ¡Acoge mi ardor en tu seno, accede a que mi amor entre en ti y deja que mi virilidad te eleve a la más alta cima!».

Silnin descíñe su vestido y le muestra su desnudez, y deja que él se deleite en ella. Luego se echa sobre el lecho, y él yace encima, y su amor entra en ella. La joven

acoge aquel ardor en su seno y alcanza la más alta cima.

Luego se juran amor eterno, descansan la una sobre el otro. Embriagados por la dicha, dejan que les venza el sueño.

El calor del sol al alba hace recuperar a Utnapishtim la consciencia. Silnin duerme profundamente. Comoquiera que no despierta, el rey se inclina sobre ella. El hálito vital siente en su mejilla, oye murmullos procedentes de su amada. Pero las palabras que Silnin pronuncia en sueños no son humanas. Son de la lengua que Ereshkigal dio a los demonios del infierno cuando el mundo era joven.

Contrariado, Utnapishtim dice: «Inmundo es Nikuba salido del infierno, como inmunda es su sombra en el reino de los sueños. Pues un mal sueño, no más, es lo que atenaza a Silnin. Así debe ser».

La reina despierta cuando las sombras menguan y el sol gana su eterna batalla. Utnapishtim muestra su preocupación y Silnin dice: «No es hondo el pesar si de él no queda nada al despertar. Nada recuerdo que turbara mi sueño, nada puedo evocar que tan horribles palabras me hiciera decir. La sombra de Nikuba lejos queda ya».

Sus palabras alejan toda sombra de temor del espíritu del rey. Utnapishtim olvida lo sucedido, reina sobre sus súbditos y engrandece la gloria de Shuruppak. Al caer la noche, los esposos copulan de nuevo y descansan la una sobre el otro.

#### TABLILLA IV

¡Lejanas parecen a los amantes las palabras de Nikuba, cuando gozan recogiendo los frutos de su amor! ¡Ay, sí! Lejanas, como lejanas está la montaña de Adab-Girsu, pero olvidan que su sombra se alarga al atardecer y anega la tierra de penumbra.

Pues Utnapishtim despierta al alzarse el sol y se inclina sobre Silnin. Un cabello blanco halla entre el negro azabache de su pelo. El rey muestra su preocupación al despertar Silnin, pero la reina le dice: «No es hondo el pesar si de él no queda nada al despertar. Nada recuerdo que turbara mi sueño, nada puedo evocar que cubriera de plata este solitario cabello. La sombra de Nikuba lejos queda ya. Ven, amado mío, deléitate en mi desnudez, ¡disfrutemos del tiempo que se nos ha dado!».

Utnapishtim se deleita entonces en su desnudez, y yacen juntos. Cuando salen del lecho, el rey ordena que apliquen al cabello de Silnin un unguento de higo y piel de cobra. Se despreocupa luego, reina sobre sus súbditos y engrandece la gloria de Shuruppak. Pero cae la noche y se alza el sol y no es uno, sino dos, los cabellos blancos en la cabeza de la reina.

Siete días con sus siete noches transcurren, siete cabellos blancos aparecen en la cabeza de la reina. ¡Oh, Silnin, la perla más bella del mundo fue! Ahora envejece, su cuerpo agota un año por cada día que pasa. Su piel se arruga, su pelo encanece y sus pechos, otrora turgentes, caen flácidos y marchitos. El río del Tiempo se ha secado para ella, ya no puede beber de sus aguas.

Comprendiendo ahora la maldición, Utnapishtim increpa a los dioses. «Enlil, serpiente inmunda, ¿cómo osas arrebatármela así, poco a poco, a mí, Utnapishtim? Nada ha hecho ella para ofenderos, ninguno de vuestros preceptos ha violado. Oídme, dioses Anunnaki, ¡vuestra falsa justicia yo maldigo!».

«No despiertes la ira de los dioses, mi señor —dice Silnin—. ¿Pues cuándo mortal alguno desafió la voluntad de un dios y venció? No, ven, disfrutemos del tiempo que nos queda. Ámame como yo te amo».

«Sepan los Anunnaki que mi amor por ti será eterno, Silnin. Pues yo, Utnapishtim, señor de Shuruppak, juro que revertiré la maldición que te aflige. Hallaré a Nikuba y le daré muerte. ¡No conozca su corazón el deleite de la vejez sino el frío bronce de mi lanza al atravesarlo! ¡No quede roca en la estepa ni gruta en la montaña que desconozca mi huella! La puerta del inframundo encontraré, y si he de adentrarme allí para degollar a Nikuba, enfrentaré la adversidad mediante el valor y el empuje de mis armas. ¡Oh, Nikuba, las aguas del Tiempo se agotan para ti, bien harás en racionarlas!».

## TABLILLA V

Utnapishtim parte al alba, su amada llora en Shuruppak. Seis días con sus seis noches recorre infatigable el mundo y no queda roca en la estepa ni gruta en la montaña que desconozca su huella. Al león y a su presa da caza para alimentarse. En el arroyo calma su sed junto a las criaturas salvajes. Mas ni la puerta al inframundo ni a Nikuba halla.

Al séptimo día, sin embargo, escucha truenos en la estepa. A lo lejos, bajo el cielo despejado, un demonio hace retumbar la pradera, furibundo. La puerta al inframundo gime y se cierra ante él. Gacela y pantera huyen despavoridas, se cruzan con Utnapishtim en su loco frenesí. El cetro del demonio humea, sus ojos resplandecen como malaquitas, su rostro está enrojecido por la ira.

Pero no se trata de Nikuba, sino de Garuk, el de las mil tempestades. El demonio alza el cetro hacia el rey, pero nada sucede. Utnapishtim salta sobre él y lo derriba. «¿Dónde está Nikuba, demonio?», exige saber, pero Garuk ríe. «Ni mil años te bastarían para encontrar a Nikuba», dice.

Utnapishtim ruge. Atraviesa la garganta de Garuk, que muere entre gorgoteos. Tal es su cólera, tal es su determinación.

Pero la cólera pronto cede a la desesperación. Viendo que no encuentra a Nikuba, el rey baja a la laguna. Cae en la orilla, a Ki se dirige, implora su ayuda: «Ki, madre de los Anunnaki, de la tierra y de todas las cosas. Tú, la que siente en sus entrañas las pisadas de todas las criaturas del mundo. La que al búho ve y a la hormiga escucha, ayúdame. Revélame lo que para mí está oculto, dime dónde hallar a Nikuba para que pueda darle muerte. ¡Que se revierta la maldición, que Silnin sea joven de nuevo! Yo,

Utnapishtim, imploro tu ayuda». El rostro de Ki se revela ante Utnapishtim en el agua cristalina. «Utnapishtim, tu orgullo te hizo desoír las palabras de Enlil, y como castigo, las penas del hombre sufrirás eternamente. Ni dios ni humano te ayudará en tu empeño. No puedo socorrerte».

Utnapishtim replica: «Mi orgullo he abandonado al recurrir a ti. Mis piernas han recorrido la estepa, mis oídos han escuchado en la fría noche, mis ojos han vislumbrado la penumbra de la caverna. Pero estoy cansado y desesperado. Silnin envejece. La perla más bella del mundo era cuando la desposé. Pero su cuerpo agota un año por cada día que pasa. Su piel se arruga, sus cabellos se vuelven plateados y sus pechos caen, flácidos y marchitos. El río del Tiempo se ha secado para ella, ya no puede beber de sus aguas. Ayúdame. Yo, Utnapishtim, te lo ruego».

Las aguas tiemblan. El cuerpo de Ki emerge, desnudo. Sus carnes prietas y sus caderas sinuosas rivalizan con las de la reina Silnin. Sus pechos amamantan al mundo y sus criaturas, su seno invita a la lujuria. «Siete días con sus siete noches has pasado buscando a Nikuba —le dice—. Siete años han caído sobre los hombros de Silnin mientras tanto. No es quien yace en tu recuerdo a quien encontrarás a tu retorno. Mírame, Utnapishtim. Eres joven y fuerte. E inmortal. Y yo soy bella, y lo seré por siempre. Podrías tenerme a mí en su lugar, poseerme cada día durante mil años. Reina conmigo sobre los mortales, ¡que nos contemplen con ojos llenos de anhelo y envidia!».

Utnapishtim retrocede. Un sudor frío recorre su frente. Siente calor y agitación en su virilidad, pero no desfallece en su empeño. «Oh, Ki, vuestra belleza haría enloquecer a ejércitos enteros. Vuestra oferta aceptaría con gracia y os poseería sin dudarle cada día durante mil años. Pero he de rechazaros, pues un solo día junto a Silnin bien vale más que mil años llorando su muerte».

«¿Perderías acaso la inmortalidad por librar a Silnin de su maldición?», pregunta la diosa.

Utnapishtim replica: «No es la inmortalidad lo que anhelo».

Ki suspira, desciende hacia el lago. Las aguas envuelven de nuevo su sinuoso cuerpo. «No eres lo bastante viejo. Aún no has contemplado de cerca la muerte —le dice—. Te ayudaré, pues tu amor es puro. ¡Pero cuidado! Puro es el fruto de la datilera, pero esta se pudre al inundarse la tierra. Ahora marcha, vuelve a Shuruppak. Si de verdad ansías lo que buscas, ¡allí te aguarda una sorpresa!».

Utnapishtim regresa entonces, traspasa las murallas de Shuruppak al amanecer del octavo día. Ocho años han caído sobre Silnin cuando llega a la alcoba real. La reina duerme profundamente, la plata de sus cabellos rivaliza ya con el negro azabache. Se agita y habla en sueños. La horrible lengua de los demonios sale de su boca y hiela la sangre del rey.

Al fondo de la estancia está la boca al inframundo, enmarcada en la pared de caña. ¡Escucha los horribles lamentos de los fallecidos, percibe el ulular de los espíritus desterrados! Utnapishtim contempla el inframundo al otro lado, una gruta

lúgubre plagada de sombras y oscuridad. Ensimismado en la pavorosa visión, el rey no alcanza a ver a Nikuba. El demonio yace agazapado en un rincón. Ríe, y Utnapishtim grita y lo enfrenta; bronce se alza preparado para atravesar el corazón del demonio, pero Nikuba es rápido como la pantera hambrienta. Alza el cetro y el relámpago invoca sobre Utnapishtim, que cae al suelo, fulminado.

## TABLILLA VI

Pero Utnapishtim, el inmortal, no muere. Por cinco días y cinco noches sufre el dolor del hombre, y combate una y cien veces con Nikuba en sus pesadillas. Su cuerpo está quemado y atravesado por el rayo, sufre la agonía de mil hombres. Su espíritu quiere huir al inframundo, pero allí la entrada le es vedada.

Silnin lo cuida en su lecho. Los mejores curanderos de Shuruppak le aplican remedios de sauce y mirto y caparazón de tortuga. Un pan dejan cada día junto a su lecho, y cinco panes hay acumulados cuando despierta. El uno crujiente, el otro blando, el siguiente correoso, reseco el de más allá y enmohecido el último.

«¿Dónde está el demonio? ¿Adónde ha ido?», exige saber cuando despierta. Junto al lecho ve las manos huesudas y llenas de venas de una anciana. Dice: «Muéstrame, anciana, su escondrijo para que pueda darle muerte».

Ella responde: «Aunque anciana, aún soy tu reina y esposa. ¿Tan obsesionado está tu espíritu con Nikuba que has olvidado mi rostro? Sabe pues, oh rey, de la burla del demonio que buscas. Pues Nikuba huyó de vuelta al inframundo tras derrotarte».

Utnapishtim reconoce a Silnin, sus ojos se llenan de lágrimas. Exclama: «¡He sido un estúpido! Pues mientras recorría yo la estepa buscando al demonio, él te rondaba en mi propia casa, perturbaba tu sueño y se burlaba de ti».

Silnin mira entonces a Utnapishtim y murmura palabras en la lengua demoníaca. «¿Tan oscuras son tus pesadillas que hasta en vela te perturban? —dice el rey—. Infecto Nikuba, yo le encontraré y le daré muerte. Y aunque no cejaré en mi empeño, junto a ti permaneceré, Silnin. Así viviremos nuestro amor hasta el fin de nuestros días».

Utnapishtim busca entonces a Nikuba en Shuruppak. Pero Nikuba no aparece. Los días pasan y Silnin no puede beber de las aguas del Tiempo. ¡Oh, Silnin, la perla más bella del mundo fue! Sus cabellos son ralos y plateados, arrugado está su rostro, sus pechos marchitos no amamantarán a bebé alguno.

Por tres veces Utnapishtim desea a las ramera que alegran la vida de los nobles de Shuruppak. Son jóvenes y gráciles, sus caderas recuerdan a Silnin cuando la perla más bella del mundo era.

La primera le seduce con ojos de gacela al pasar por el mercado. Utnapishtim siente el ardor de la virilidad crecer en su vientre. Recuerda, sin embargo, su juramento. Rechaza a la ramera y reemprende su búsqueda de la puerta al



inframundo.

La segunda le susurra libidinosas palabras en los pasillos del templo de Inanna. Utnapishtim siente el ardor de la virilidad crecer en su vientre. Recuerda, sin embargo, su juramento. Rechaza a la ramera y reemprende su búsqueda de la puerta al inframundo.

La tercera baila y se contonea para él en la sala del trono. Utnapishtim siente el ardor de la virilidad crecer en su vientre. El deseo nubla su juicio. Toma de la mano a la ramera y la conduce a sus aposentos. Allí le arranca los velos y desnuda su piel bronceada. Cuando está a punto de poseerla, sin embargo, recuerda a Silnin, recuerda su juramento. Rechaza a la ramera y reemprende la búsqueda de la puerta al inframundo.

Pero la puerta no aparece. Utnapishtim desfallece, cae enfermo de pura desesperación. Postrado en su lecho, delira durante tres días y tres noches, presa del Velo Oscuro<sup>[5]</sup>.

## TABLILLA VII

Silnin envejece, del río del Tiempo ya no puede beber. La carne de sus brazos cuelga, las arrugas surcan su rostro lleno de pliegues y marcas, su mirada es acuosa y su boca desdentada. La angustia embarga su rostro al ver la desesperación de Utnapishtim, al ver la pena que lo aflige. El Velo Oscuro se cierne también sobre ella, pero la enfermedad viene tan de repente como Nibiru y Dil-bat aparecen en el cielo al caer el sol. De un momento para otro, su cuerpo arde y se perla de sudor frío. Sorprendidos, los médicos ordenan su reposo junto al fatigado Utnapishtim.

Pero vigoroso es Utnapishtim, que ahuyenta a los demonios de la enfermedad. Tenaz es Silnin, que expulsa a los espíritus que atormentan su cuerpo. El sol se alza y cae tres veces a su alrededor; el delirio abandona primero al rey, y luego a la reina. Utnapishtim permanece entonces al lado de Silnin. Como la pantera hambrienta va y viene por el palacio, a Nikuba espera. Darle caza y revertir la maldición, nada más ansía. ¡Hediondo Nikuba, el que atormenta a la reina, el que causa todas sus desgracias!

Cada día, al caer el sol, la reina se dirige a sus aposentos, realiza sus abluciones y regresa a la choza de caña de los reyes junto a Utnapishtim. El rey guarda a su esposa en la puerta, espera que el demonio venga a molestarla. Y así ocurre, en el crepúsculo de su decimoquinto día de su regreso a Shuruppak. Utnapishtim escucha ruidos en el interior de la choza de Silnin.

Poderoso y valiente es Utnapishtim, fuerte es el empuje de sus armas. Bronce en mano, derriba la puerta. Su corazón se inflama del ardor del guerrero al contemplar a Nikuba en el umbral al inframundo. El demonio ríe burlonamente, Silnin presa de su brazo es. ¡La reina intenta en vano zafarse de las zarpas de Nikuba!

«Suéltala, maldito seas», grita Utnapishtim. Teme herir a su amada si lanza su arma. Se abalanza entonces sobre el demonio. ¡Formidable es su embate, como la coz del onagro de la colina! ¡Inquebrantable es su determinación, como la de la leona que caza en la estepa! Recio es el choque que desequilibra a Nikuba y lo lanza hacia atrás, a través del portal al inframundo. Liberada Silnin, Utnapishtim se apresta a rematar su tarea. La puerta al inframundo cruza para atravesar el corazón del demonio con su lanza.

## TABLILLA VIII

Pero la lanza golpea el quicio del portal al cruzar. Se astilla y se quiebra, la punta de bronce queda al otro lado, en Shuruppak. Ya es tarde para recogerla, oh rey. ¡La puerta se cierra, Utnapishtim está en el país de los muertos!

Los lamentos se suceden a su alrededor, le susurran palabras tristes y horribles. Las sombras de los fallecidos desfilan ante él, alargadas y deformes, lloran su amarga suerte. Las antorchas titilan en las paredes de piedra. Un resplandor se filtra por el techo de la caverna, donde los truenos retumban.

Nikuba se pone en pie y empuña su oscuro cetro, pero Utnapishtim es más rápido. La vara de madera voltea en el aire, se rompe y astilla al golpear al demonio. El cetro cae al abismo por entre las grietas del suelo. Pero terco es Nikuba, jamás desfalleció en combate alguno. Ruge, extiende las manos, invoca un hechizo sobre Utnapishtim. El trueno azulado desciende sobre el rey. Una miríada de insectos invisibles trepan por su cuerpo y le pican al unísono. El dolor lo posee, sus miembros quedan inertes. Utnapishtim cae al suelo.

Pero Utnapishtim, el inmortal, no muere. Maltrecho, vislumbra una sombra que le contempla. Se lamenta y solloza, su rostro queda oculto a la luz. Nueve colas de león cuelgan de su cintura, de nueve leones que mató con sus manos. Utnapishtim reconoce así a su padre, Sukurlam, quien fuera rey de Shuruppak. «¡Padre! —dice, y rompe a llorar—. Tú fuiste fuerte y valiente en vida. Gobernaste Shuruppak con sabiduría y valor, y fuiste amado por tus súbditos y temido por tus enemigos. ¿Es esta existencia lúgubre la recompensa que os ha otorgado la muerte? ¿Es esto lo que nos espera a todos, a mí, al final de mi camino? ¿Acaso el que está en verdad muerto no ve ya el resplandor del Sol? ¡No! Me niego a creer que no quede nada de ti en la luz del mundo excepto yo, tu hijo».

Pero los muertos no hablan. Utnapishtim contempla a su padre alejarse en silencio, gimiendo. Sukurlam desaparece tras un recodo de la caverna. El rey se incorpora mientras el demonio se deleita en su sufrimiento. Con furia renovada, Utnapishtim se lanza una vez más sobre Nikuba. Rey cae sobre demonio como león sobre gacela; la mano alcanza el cuchillo de la cintura, el cuerpo inmoviliza a Nikuba.

«Las aguas del río del Tiempo secaste para Silnin y, con ello, agotaste el inmundo pozo del que tú mismo bebes —dice Utnapishtim—. Pues tu tiempo se ha agotado; hoy será el día de tu muerte, hediondo Nikuba. Yo, Utnapishtim, rey de Shuruppak, acabaré con tu vida y revertiré la maldición».

El rey alza el cuchillo, dispuesto a asestar la puñalada mortal. El demonio tose y rompe a reír. «Ingenuo eres en verdad, Utnapishtim, rey de Shuruppak, si crees que mi muerte revertirá la maldición».

El cuchillo se detiene sobre el pecho de Nikuba. «¿Acaso no es así? —pregunta Utnapishtim, iracundo—. Mientes, demonio, te burlas de mí. Tu muerte acabará con la maldición».

El demonio ríe. «Oh, sí, mi muerte acabará con la maldición. Pero sus efectos no revertirán. Vivirás sobre la faz del mundo con una anciana durante el resto de sus días. Será vieja, fea y desdentada durante amargos años, hasta que finalmente muera sin proporcionarte fruto alguno. Ni te dará el fuego de su apagada pasión, ni engendrará hijo alguno que continúe tu regio legado. Tú, en cambio, volverás a ser un mero mortal. Con el paso de los años y la llegada de la vejez lamentarás tu decisión. Y, tras la muerte, no serás sino una triste y afligida sombra en este lugar. Una sombra como ahora lo es tu padre. Dime, oh rey, ¿es eso lo que deseas?».

¡Inmundo Nikuba, aquel cuyas palabras confunden! Utnapishtim tiene al demonio a su merced, pero duda. Su cuello no rebana, su corazón no atraviesa la afilada hoja. El rey alza la cabeza en busca de su padre. El demonio, ruin, le golpea y Utnapishtim rueda por el suelo, dolorido. Nikuba huye hacia el interior de la gruta y llama a la roca, que se derrumba entre ellos, impidiendo el paso. Incapaz de perseguirle, el rey queda atrapado en la sala de la caverna, solo se queda. Tras él, la puerta de vuelta a Shuruppak se abre de nuevo. Cabizbajo, Utnapishtim la cruza.

## TABLILLA IX

Silnin espera al otro lado, en la choza de caña de sus aposentos. Tiembla como las hojas del cedro en la tormenta. «¿Le diste caza?», pregunta. «Inmundo Nikuba, había huido cuando llegué al otro lado. Lo busqué por las tinieblas del inframundo, mas no lo hallé para darle muerte —mintió Utnapishtim—. He fracasado en mi misión. Juré por nuestro amor dar muerte a Nikuba y revertir la maldición, pero ni siquiera de encontrarlo he sido capaz. Te he fallado, oh mi reina».

La anciana abraza al joven. «Has luchado por devolverme la juventud. Has mantenido tu voluntad contra el viento que agita las cañas. Y has fracasado, sí. Las generaciones futuras sabrán del fracaso de Utnapishtim, el inmortal. Utnapishtim, el que estuvo dispuesto a renunciar a su inmortalidad por amor a su esposa. Y sabrán que ella, Silnin, perdonó a Utnapishtim y lo amó hasta exhalar su último aliento. Y ahora ven, amado mío, disfrutemos del tiempo que se nos ha dado».

Siete días y siete noches después, Silnin murió. ¡Oh, Silnin, la perla más bella del mundo fue! Jamás se vio en la ciudad de Shuruppak funeral más pomposo. Los nobles desfilan portando el sudario real, seguidos por todos los súbditos de Shuruppak.

Es entonces, con la muerte de su amada, cuando Utnapishtim, el Lejano, el que muchos años más tarde construyó el Arca y sobrevivió al Diluvio, sufre las penas del hombre por vez primera en toda una eternidad. Y es entonces cuando comprende su propia maldición, cuando comprende la verdad de las palabras que él mismo pronunció ante una diosa.

Pues un solo día junto al ser amado bien vale más que mil años llorando su muerte.

# El diario de Tesla

## CAPÍTULO 1

*Jueves, 22 de mayo de 1884.*

Hoy estoy doblemente feliz. He terminado la instalación eléctrica de la estación de Estrasburgo, que me ha tenido aquí tanto tiempo y que me reportará la cuantiosa retribución acordada en mi contrato con la Edison Continental a mi vuelta a París. Además, el destino ha querido que recibiera en el mismo día un telegrama de Jean-François Molineaux, anunciando que llega mañana por la noche en el Orient Express.

El telegrama era escueto, pero dejaba entrever su excitación: al parecer ha descubierto algo en las excavaciones de Nínive; algo, según cuenta, que revolucionará la Historia de las civilizaciones. Me pide asilo a su paso por aquí, camino de París, un par de días; así aprovecha el viaje para verme.

«Por los viejos tiempos», ruega, ¡como si semejante apelación hiciera falta para que alojase con gusto a un gran amigo! De hecho, he de confesar que me ha contagiado su emoción y no puedo esperar a conocer su descubrimiento. Será bueno verle y recordar los viejos tiempos en París. Y, con algo de suerte, quizá pueda convencerle para que se quede aquí hasta el martes, cuando yo tengo mi billete de vuelta a París, de manera que volvamos juntos.

\* \* \*

*Viernes, 23 de mayo de 1884.*

Esta tarde di un paseo por el parque de la ciudadela mientras pensaba en cómo introducir una señal trifásica para mejorar mi motor de inducción. Sin embargo, apenas pude concentrarme en el problema a causa de los nervios por la visita de Jean-François y el esperado relato sobre su descubrimiento. Mientras iba a recogerle a la estación no dejé de preguntarme qué clase de artefacto ha podido rescatar de las ruinas de nuestros ancestros más antiguos, los babilonios. Las posibilidades más

absurdas, propias de la ficción literaria más barata, no dejaban de aflorar a mi agitada mente: ¿Restos de una tecnología superior a la actual, perdida en los albores de la civilización, hace cuatro mil años? ¿Un tesoro que dejaría en ridículo al del Imperio británico, o al acumulado por el español en toda su historia? ¿Señales de la mítica Atlántida, quizá?

Sea lo que sea, cabe en un cofrecillo de marfil de palmo y medio de largo, profusamente decorado con bajorrelieves y perfectamente conservado. No lo vi hasta que llegamos a casa; mejor dicho, no lo entreví más que un instante, a través de la puerta entornada de su dormitorio, cuando Jean-François desenvolvió el fardo que había llevado firmemente aferrado bajo el brazo desde que descendiera del vagón del Orient Express.

Tras un fuerte abrazo que le hizo emitir un gemido de queja —he de reconocer que quizá me pasé de efusivo al apretujar a mi pequeño amigo—, reparé en que Jean-François se calaba el sombrero hasta las cejas, miraba hacia los lados y comprobaba su revólver, ignorándome, o más bien respondiendo con un lacónico «Todo bien, ¿y tú?» a mis preguntas de cortesía sobre su largo viaje. No lo culpo: la misma Wagons-Lits recomienda a los viajeros portar armas consigo tras el frustrado intento de asalto sufrido hace unos meses en Rumanía, por lo que su visible nerviosismo está más que justificado.

Todo intento por sonsacarle camino de mi apartamento ha sido infructuoso. «Mañana, Nikola. Ahora estoy cansado», se ha limitado a decir, tras lo que ha cambiado de tema a otro más mundano, mientras pasaba el fardo de una mano a otra y miraba hacia atrás por encima del hombro, como si esperase distinguir a alguien en las abarrotadas calles de Estrasburgo.

Mañana será, pues.

\* \* \*

*Sábado, 24 de mayo de 1884.*

Escribo esto mientras Jean-François duerme (no sé cómo puede conciliar el sueño). ¡Una nueva civilización! Más antigua que los egipcios, los asirios y todos los demás... más, incluso que los mismísimos babilonios.

Siempre, al enfrentarme al vacío de mi propia mortalidad, me he preguntado si había en este mundo algo inmortal. Sospecho que tengo ante mí la respuesta.

Contemplo el pequeño cofre y me parece mentira que nos separen cinco mil años. Mis manos recorren una vez más las ornamentaciones de marfil con admiración casi religiosa; casi me parece sentir las manos que tallaron los bajorrelieves de héroes y demonios con un esmero y delicadeza que juzgaríamos imposible de un pueblo tan primitivo que apenas conocía las piedras y el bronce con el que vivían y por el que morían.

El cofre está prácticamente intacto, al igual que las diez tablillas en su interior. Estas caben en la palma de la mano, excepto una, que es algo mayor. Cuando por la tarde le pregunté por esta diferencia, Jean-François levantó la vista de sus apuntes, donde tomaba notas de manera apresurada, y me sonrió. Estaba exultante.

—La tablilla grande es babilónica. Es la traducción de la primera de las tablillas originales, mucho más antiguas.

—¿Traducción? —no pude evitar preguntar, aún procurando no romper la concentración de mi amigo mientras llenaba su vaso de vodka—. ¿Quieres decir que están en dos idiomas diferentes? Pues a mí todos esos símbolos y garabatos me parecen iguales.

Mi amigo apartó la pluma, tomó el vaso y se aclaró la garganta. Si aquella nueva interrupción le había molestado, lo disimuló bien.

—Al igual que yo no distinguiría entre un campo magnético y uno eléctrico de esos que actúan en el motor que me enseñaste esta mañana, ni aunque viniera el mismísimo Edison a ilustrarme sobre la diferencia.

Luego me explicó que las tablillas pequeñas estaban en un idioma totalmente desconocido, prueba de la existencia de una nueva civilización que él sitúa hacia finales del Cuarto Milenio antes de Cristo.

—Entonces la tablilla grande es... —dije, comprendiendo al fin.

—Sí, querido amigo, es nuestra piedra de Rosetta. Y aquí viene lo bueno: la traducción indica además la localización aproximada de una ciudad llamada Shuruppak. ¿Tienes un atlas?

No tardé ni treinta segundos en encontrar mi ejemplar del Stieler y abrirlo sobre la mesa.

—Debería estar aquí, a unos doscientos kilómetros de Bagdad y a doscientos sesenta de Basora. Aprovechando la parada en Viena le mandé un telegrama a Herman Hilprecht, un colega que dispone de los medios adecuados para semejante empresa, sugiriéndole que buscara financiación para una excavación por la zona.

—¿No le dirías el sitio exacto?

Jean-François rompió a reír y negó enérgicamente.

—¿Y renunciar a aparecer en los libros de Historia? Ni loco. No hasta que el cofre esté a buen recaudo en el Louvre. Sin mí, Hilprecht tardaría años en encontrar el lugar exacto.

—Ay, Jean-François, ¡cómo te envidio en este momento!

—Oh, vamos, Nikola, tú también te harás un hueco en los libros, estoy seguro de ello. ¡Y ahora brindemos por el futuro!

—¡Y por el pasado! —añadí señalando el cofre y las tablillas. Luego me senté junto a él—. Apuesto a que el cofre perteneció a algún rey o algo así. Me pregunto por qué solo está la primera tablilla de la traducción.

Mi amigo se encogió de hombros.

—Yo apostaría a que el resto de la traducción estará cerca de donde encontré el

cofre.

—¿Y dónde lo encontraste?

—En la biblioteca de Nínive, en una cámara seguramente reservada a la realeza —dijo asintiendo ante mi conjetura.

—Vaya, tenía entendido que esa zona la controlaban los ingleses. Al menos eso dicen los periódicos, un día sí y otro también: «Dos heridos graves en nuevo altercado entre ingleses y franceses en el yacimiento de Nínive. Los sajones cavaron un túnel hasta territorio galo para robar unos huesos» —bromeé.

Mi amigo adoptó entonces una expresión sombría. Fue como si se hubiera apagado de repente.

—Sin duda. No querría insultar tu hospitalidad, viejo amigo, pero estoy cansado y mañana me espera un largo viaje.

—¿Te vas mañana? ¡Pero si acabas de llegar!

Intenté convencerle de que se quedara hasta el martes y volviera a París conmigo entonces, pero ha sido en vano. Tampoco ha insistido en que le acompañe, pagándome él el billete en el tren de mañana por la mañana, lo que en otro tiempo hubiera sido un gesto habitual digno de una persona tan generosa y desprendida como Jean-François (mi orgullo, naturalmente, me ha impedido sugerir tal posibilidad). Incluso pareció algo irritado y con prisa por desembarazarse de mí y entrar en su dormitorio a desvestirse. Y cuando lo hizo, pude vislumbrar por un instante el vendaje que le cubría el hombro.

Sospecho que Jean-François me oculta algo. Aunque, ¿qué digo? Seguramente no serán más que imaginaciones mías. No debería haber dudado de mi amigo; mañana veré las cosas con mayor claridad.

\* \* \*

*Domingo, 25 de mayo de 1884.*

Escribo desde el tren a París, al que me han conducido terribles circunstancias. En mi cabeza retumba una sola idea: Jean-François ha muerto. ¡Asesinado! Todo a causa de este condenado cofre...

Temo por mi vida, creo que me siguieron hasta la estación, me pareció ver a alguien que corría en pos del tren y que subió en el último momento. O quizá no era más que otro viajero. Ya no sé, estoy muy confuso.

Será mejor que eche el candado del compartimento, y que abra solo si aparece el revisor.

¡Maldito cofre! Una cosa es segura: en cuanto el Orient Express llegue a París, si es que entonces aún sigo con vida, llevaré esas malditas tablillas al Louvre; entonces no habrá razón alguna para que me asesinen a mí también, pues no tendrán nada que arrebatarme...



Demonios, ¡ni siquiera sé qué hago escribiendo! Pensé que relatarlo me calmaría, que me ayudaría en las horas de tormento que me separan de París. Oh, Jean-François, viejo amigo...

Alguien se aproxima por el pasillo. Debo permanecer alerta.

\* \* \*

*Domingo, 25 de mayo de 1884, por la noche.*

La desesperación me impide dormir, así que he decidido poner mis pensamientos por escrito, temporalmente a salvo (o eso quiero creer) en mi apartamento de París, tras volver del Louvre. Quizá eso me ayude a decidir el curso de mis acciones futuras.

Soy consciente de que si alguien lee este diario alguna vez podrá relacionarme con la muerte de Jean-François, si es que no lo han hecho ya. Aun así, he querido honrar la memoria de mi amigo relatando la verdad de sus últimas horas, dejando además constancia de que, si bien no informé a las autoridades del suceso, soy de todo punto inocente en esta cuestión, y mi único comportamiento cuestionable fue huir del lugar, aterrado como estaba al temer por mi propia integridad. De leer esto alguien —incluyéndome a mí mismo dentro de unos años—, espero que mis acciones queden justificadas a sus ojos.

Todo ocurrió muy deprisa. Estábamos ya a una manzana de la estación, adonde quise acompañar a mi amigo a pesar de su terca negativa a que cumpliese con mis deberes de anfitrión (¡ahora entiendo por qué!). Aún no había amanecido, y a la tenue luz de las farolas se sumaba la de la incipiente aurora. Apenas se veía un alma por la calle, a pesar de lo cual Jean-François rodeaba el fardo con el cofrecillo como si alguna sombra fuera a arrebatárselo en cualquier momento.

Al principio no reaccioné. Oí el disparo y vi manar sangre de la boca de mi amigo, que abrió los ojos en un gesto de sorpresa antes de desplomarse sobre la acera con un ruido sordo. Cuando al fin reuní los arrestos suficientes como para moverme y socorrer a Jean-François, una voz me disuadió de que lo hiciera.

—Apártese. Esto no va con usted —dijo en un perfecto inglés británico.

Retrocedí, al tiempo que el inglés salía de entre las sombras de un callejón contiguo, pistola en mano, y se inclinaba sobre Jean-François.

—No estoy sino reparando una injusticia. El cofre volverá ahora con sus legítimos dueños.

Dios sabe que odio la violencia —¡si hasta me eché una temporada al monte para evitar el servicio militar!— y que jamás pegaría a un hombre, pero en aquel momento estaba dispuesto a saltar sobre él, por aterrorizado que yo estuviera y por mucho que él fuera armado con una pistola. Quizá, pensándolo en retrospectiva, fuera el mismo terror el que me inspiraba semejante agresividad, como el de un animal acorralado. Además, él no me miraba en ese momento, y mis dos metros de envergadura

ayudarían en mi empresa. Sin embargo, al ver el estado de mi amigo me contuve.

—¡Al demonio el cofre, quédeselo si tanto le gusta! Pero déjeme auxiliarle o se desangrará —dije.

Él se incorporó, apuntándome.

—Es usted un estúpido. Ya le dije que no se metiera donde no...

Fue lo último que dijo. Un disparo, dos, hasta tres, hicieron que se contorsionara como una marioneta controlada por un titiritero epiléptico y cayera al suelo sin vida.

Un par de ventanas se abrieron sobre nuestras cabezas, y escuché gritos de auxilio llamando a los gendarmes. Al fondo de la calle vi claramente (o eso creo, ahora ya no estoy tan seguro) a otro hombre escabullirse en la penumbra.

—Nikola... —llamó mi amigo con voz débil.

Su revólver aún humeaba. Esbozó una sonrisa, sabedor de que, al menos, había acabado con su asesino. Me agaché sobre él; respiraba con dificultad, y cada palabra que lograba pronunciar salía de sus labios acompañada de borbotones de su propia sangre.

—En mi bolsillo...

Rebusqué en el bolsillo de su chaqueta y encontré un trozo de papel. Era su billete en el Orient Express.

—Llévatelo, llévate el cofre. Corre.

No dijo nada más. Tras un estertor, puso los ojos en blanco y quedó inmóvil. Yo... le cerré los párpados. Estaba demasiado asustado como para llorar.

Aún no sé por qué lo hice, no sé por qué lo dejé allí, pero instantes más tarde corría hacia la estación con el fardo bajo el brazo. Quizá fue porque en aquel momento era la única manera de cumplir la voluntad de mi amigo. Suena a tópico, pero es justamente lo que él hubiera querido.

Una vez en el tren resolví alertar a las autoridades, pero no tardé en reprimir dicho impulso: tal cosa no habría hecho sino llamar la atención sobre el hecho de que yo tenía en mi poder un cofre por el que alguien estaba dispuesto a matar. Alguien que podía estar perfectamente en el tren, sabiendo que mis pasos me llevaban a París, y a quien seguramente no le habría importado vengarse de la muerte de su compañero.

Doce horas más tarde, las peores doce horas de mi vida, bajaba del lujoso compartimento de primera clase que había contratado mi amigo para echar a correr por la estación del Norte en París, camino del Louvre, adonde llegué hacia las cinco de la tarde, un rato antes de que cerraran.

Los jardines de la entrada estaban abarrotados. Por todas partes veía gabanes oscuros como el del hombre que me pareció ver bajo la farola de Estrasburgo y ojos de supuestos visitantes estudiándome con suspicacia. No podía quitarme de la cabeza que allí había alguien que me seguiría hasta algún lugar menos concurrido en los pasillos de entrada, me liquidaría y me quitaría el cofre.

No me atreví a entrar. No pude hacerlo. Me deslicé entre los callejones aledaños a

las Tullerías y eché a correr hacia mi apartamento. A mi paso sobre el puente Real pensé en desembarazarme del cofre, tirándolo al Sena, pero de encontrarme luego mi perseguidor difícilmente hubiera podido convencerle de que ya no obraba en mi poder. Más me valía, en semejante caso, usarlo como moneda para comprar mi propia vida.

Y ahora, ¿qué? Me voy a dormir. Mañana iré a recoger el pago acordado por la instalación eléctrica en Estrasburgo y decidiré qué hacer. Espero poder conciliar el sueño y que la mañana me traiga la lucidez que necesito.

Nada. No hay manera. Morfeo insiste en eludirme. ¡Oh, Señor! Me parece como si no hubieran pasado veinte horas, sino veinte días desde que Jean-François muriera. Aún cierro los ojos y me veo abandonando el cadáver de Jean-François en plena calle. Solo le ruego a Dios que su familia sepa perdonarme por ello.

\* \* \*

*Lunes, 26 de mayo de 1884.*

¡Edison Continental, caterva de ladrones miserables!

Ingenuo de mí, contaba con los cinco mil francos de pago que me hubieran permitido no solo huir y esconderme donde quisiera, sino financiar la producción de mi motor de inducción mediante mi propia compañía. ¡Sucios bastardos ingratos, me lo habían prometido!

Y encima se han permitido marearme con burocracia, como si fuera el procedimiento habitual para recabar los pagos, mandándome de ventanilla en ventanilla y de responsable en responsable hasta que me ha quedado claro que nadie se haría cargo del pago. ¡Después de todo lo que yo he hecho por la compañía!

Excepto Charles Batchelor. Él ha sido el único que, al percatarse de mi ansiedad cuando limpiaba mi escritorio para marcharme de allí, me ha llamado a su despacho, dispuesto a reparar tamaña injusticia. Ha escrito una carta de recomendación mientras hablaba, la ha metido en un sobre y me ha sugerido que viajase a Nueva York, donde el mismísimo Edison debería darme trabajo al leerla.

Eso me ha dado una idea. Nada me ata aquí. Y quedarme sería facilitar el trabajo a mis perseguidores ingleses. Es más, jamás esperarán que me dirija al mismísimo Londres, camino de Liverpool, donde cogeré el barco de la Inman con destino al Nuevo Mundo. Y una vez allí, lo primero que haré será llevar el cofre y las tablillas al Museo Metropolitano. Al fin y al cabo, Francia y el Louvre, adonde Jean-François pretendía llevarlo tras robárselo a los ingleses, no son sus legítimos propietarios. Ni tampoco los ingleses, si son capaces de asesinar por un pedazo de Historia Antigua. No, dadas las circunstancias, creo que el Metropolitano es un destino para el cofre y las tablillas tan justo como pueda serlo cualquier otra institución del conocimiento en el mundo.

El único problema es de índole económica: estoy sin blanca; el poco dinero que llevaba en el bolsillo me ha alcanzado para el billete de tren de esta madrugada hasta Liverpool, y aún me ha quedado algo de cambio, pero no lo suficiente como para costearme el viaje en barco.

Veré qué se me ocurre.

\* \* \*

*Miércoles, 28 de mayo de 1884.*

Escribo estas líneas desde la cubierta del *City of Richmond*. La brisa marina me refresca la garganta y los pulmones con su aroma a salitre. Contemplo los acantilados de Irlanda empequeñecerse en la distancia, y siento como si dejara atrás la sombra de una pesadilla. Hasta el cielo se despeja hacia poniente y el sol asoma, bañándome con su luz dorada mientras las nubes se disipan sobre la vieja Europa, que al fin dejo atrás.

Llegar aquí ha sido una verdadera odisea.

Para empezar, estuve a punto de perder el tren en París. Exhausto como estaba tras más de dos días en vela, caí presa del sueño, o debería decir de la pesadilla, más bien. Desde que ocurriera el incidente, no he dejado de tener retazos fugaces de la misma escena, una y otra vez, cuando quiera que cerrara los ojos. Anoche, cuando al fin conseguí conciliar el sueño, el incidente entero se repitió ante mis ojos. Solo que en mi pesadilla no era Jean-François quien mataba a su asesino, sino yo mismo, estrangulándolo con mis propias manos (el resto, incluyendo la amenazadora presencia del hombre que se escabulló de la escena, era tal y como lo recordaba).

El caso es que me desperté tarde y, en lugar de caminar tranquilamente hasta la estación, tuve el tiempo justo para coger la valija con el cofre y mis escasas pertenencias y dirigirme allí a toda prisa. El tren ya se movía cuando llegué al andén. No tuve más remedio que correr como alma que lleva el diablo para alcanzarlo y agarrarme a una de las barras del vagón de cola, donde un amable viajero consiguió auparme.

Y para colmo, cuando el revisor apareció un par de horas más tarde, el billete no estaba en mi bolsillo. Seguramente se me olvidó ponerlo allí con las prisas. Tras una larga discusión me llevé una buena reprimenda, pero conseguí que me permitiera completar el viaje a cambio del poco dinero suelto que me quedaba en el bolsillo.

Apenas descansé en el trayecto en *ferry* desde Calais, y en el posterior trayecto por tierras inglesas, y mucho menos al paso del tren por Londres; una cosa es planear pasar por delante de las narices de tu enemigo, y otra muy distinta hacerlo.

Sin embargo, mi ánimo se fue recuperando y mi ansiedad desapareciendo a medida que Londres quedaba atrás y nos acercábamos a Liverpool. Una vez allí, feliz por haber llegado tan lejos sin ser detectado, me apeé y caminé hasta el muelle de la

Inman, donde el *City of Richmond* se hallaba atracado, a la espera de partir esa misma noche.

Estuve un rato allí sentado, admirando la estilizada línea del vapor de dos chimeneas y 150 metros de eslora. Entretanto, los pasajeros iban llegando y entregaban sus billetes al capitán, quien, tras comprobar una lista, les permitía el acceso al barco. Confieso que la idea de colarme como polizón se me pasó por la cabeza. Sin embargo, me habría costado trepar las sogas de amarre sin ser visto, por no mencionar que me habría visto obligado a dejar atrás todo mi equipaje.

Finalmente, decidí que no tenía nada que perder por probar suerte. Esperé a que el grueso de pasajeros (unos novecientos) subiera y quedaran unos diez minutos para que el vapor zarpase, me acerqué al capitán, le saludé y fingí que buscaba el billete (primero con una sonrisa de incomodidad y luego visiblemente azorado) hasta que el hombre comprobó su lista de camarotes.

Hubo suerte: alguien había comprado el billete, pero no se había presentado, por lo que había un camarote libre, que el capitán pensó que me correspondía. Con una reverencia, me deshicé en agradecimientos y subí a bordo.

Ahora, tras una corta escala en Queenstown, Irlanda, el *City of Richmond* se dirige a toda máquina hacia Nueva York, adonde espera llegar en unos ocho o nueve días.

Los aprovecharé para relajarme, leer unos trabajos de electricidad que podrían serme útiles y escribir un par de poemas en los que estoy trabajando.

\* \* \*

*Miércoles, 4 de junio de 1884.*

Una semana después de zarpar, seguimos en alta mar. El mar está cada vez más bravo y me ha llevado varios días acostumbrarme al continuo vaivén sin sentir náuseas. Afortunadamente, el capitán dice que pronto divisaremos tierras estadounidenses.

Anoche, por vez primera en lo que va de viaje, no tuve la pesadilla que ha estado atormentándome cada noche. Supongo que, tras haber estrangulado, disparado, apaleado, envenenado, apuñalado, decapitado, quemado vivo e incluso ahorcado a aquel inglés, mi mente no es capaz de dar con más formas originales de hacer lo que, en el fondo y siendo honesto conmigo mismo, creo que hubiera deseado hacer para vengar a mi amigo. En fin, si dicha falta de innovación significa no volver a pasar por el terror que me acompaña por las noches, bienvenida sea.

Pasando a temas más mundanos, releo ahora mis intenciones de dedicar estos días a la ciencia y la poesía y se me antojan ingenuas. Lo cierto es que me he pasado casi todo el tiempo absorto en el estudio del contenido del cofre. Al abrirlo para comprobar que todo siguiera en su sitio, advertí con sorpresa que Jean-François

guardaba allí sus propias notas: mapas de la zona de la biblioteca donde se hallaba, así como de la probable localización de la ciudad mencionada en los textos, Shuruppak; otro mapa, de un túnel hasta la zona inglesa del yacimiento de Nínive, que prueba que mi amigo, después de todo, robó el cofre a los ingleses, y, por último, entre apuntes apresuradamente garabateados, la traducción al francés de la primera tablilla completa, a partir del texto babilonio.

Se trata de lo que Jean-François ha dado en llamar *La epopeya de los amantes*. Narra el legendario amor entre un rey inmemorial y su reina, y cómo este rey, Utnapishtim —que a juzgar por el encabezamiento podría ser el mismísimo Noé—, se convirtió en inmortal como castigo de los dioses a causa de su orgullo, que le llevó a casarse poco después de que ocurrieran dos eclipses gemelos —totales, me imagino, uno de sol y otro de luna—, haciendo oídos sordos a la advertencia de los dioses.

Confieso que he quedado atrapado por la historia. La idea de que alguien escribiera este texto, ya sea imaginario o solo distorsionado y magnificado por el tiempo a partir de sucesos reales que tuvieron lugar hace cinco mil años —y, para qué negarlo, la idea de ser la única persona viva que ha conectado de este modo con la obra de una mente tan antigua— me fascina hasta el punto de que necesito saber más. Así, he pasado los últimos dos días continuando el trabajo inconcluso de Jean-François, tratando de descifrar los símbolos de la segunda tablilla a partir de la traducción babilónica de la primera. Sin embargo, me temo que la empresa me quede demasiado grande a causa de mi desconocimiento del babilonio. Aún más: los comentarios de frustración del propio Jean-François, a pesar de su más que demostrada solvencia en lenguas muertas, indican que él mismo estaba a punto de desistir del empeño.

¡Se me olvidaba! He tenido que interrumpir mis habituales paseos diarios al aire fresco de la cubierta de proa debido a lo enrarecido del ambiente: la tripulación murmura y conspira en la cubierta; al parecer se quejan del trato que les da la compañía y de los aparentes privilegios que los pasajeros disfrutamos en comparación con ellos mismos, que viven hacinados en las cubiertas inferiores del vapor. Esta tarde hubo un conato de pelea, y a un joven irlandés que emigra a Nueva York (en busca, como la mayoría, de trabajo) le rompieron la nariz de un puñetazo.

\* \* \*

*Jueves, 5 de junio de 1884.*

Me han robado. ¡Me lo han robado todo!

Solo conservo lo que llevaba encima: este diario, los trabajos de electricidad, mi poemario, la carta de recomendación de Batchelor y cuatro centavos que he encontrado en el bolsillo interior de mi chaqueta. En cambio, mi valija, que se hallaba

en mi camarote... ¡y el cofre en su interior!... todo desaparecido.

Alguien ha debido de aprovechar el motín para irrumpir en varios camarotes, pues otros pasajeros también han manifestado haber sido despojados de su equipaje.

Y por si lo anterior fuera poco, la tripulación amotinada ha estado a punto de tirarme por la borda, y lo habrían hecho de no haber llegado en ese preciso instante el capitán junto con quince marineros leales. Otros no han tenido tanta suerte: trece personas tuvieron que ser rescatadas del agua con claros síntomas de hipotermia, y se han contabilizado varias decenas de heridos.

Gracias a Dios, los amotinados no eran muchos y se hallan detenidos en unos calabozos improvisados, a la espera de ser llevados ante las autoridades una vez arribemos a puerto.

He buscado mi equipaje por todas partes, pero ha sido inútil. Mañana redoblaré mis esfuerzos. Espero que Batchelor tuviese razón al estar tan seguro de que Edison me daría trabajo; de lo contrario... prefiero no pensarlo.

\* \* \*

*Viernes, 6 de junio de 1884.*

Nueva York, al fin. ¡Al fin he podido bajar de ese barco infernal y respirar el aire de la ciudad!

La búsqueda de mi valija y el cofre se reveló infructuosa. Sin otra cosa que hacer, y libre de equipaje, fui directamente a ver al señor Edison. Tardó dos horas en recibirme y al principio no quiso ni leer la carta de recomendación que Batchelor había escrito para él.

Solo lo hizo cuando me negué a abandonar su despacho hasta que la leyera. Obligado por mi terquedad, tomó el papel y comenzó a leerlo con visible desinterés. Luego alzó las cejas y, cuando finalmente depositó la carta sobre su escritorio, su cara había cambiado por completo.

Me ofreció un contrato en la *Edison Electric Light Company* sin más preámbulos. Mientras redactaba unos papeles, tuve la oportunidad de echar un rápido vistazo a la carta sobre la mesa, que tuve que leer del revés. Jamás olvidaré aquella frase ni le estaré lo suficientemente agradecido a Batchelor:

Señor, en este mundo conozco a dos hombres extraordinarios. Uno es usted, y el otro es quien tiene ante sí al leer esta carta.

Ahora escribo desde una pensión que vi en mi camino hacia la oficina de Edison. Es modesta, aunque limpia y decente, y servirá a mis propósitos hasta que pueda buscar un alojamiento mejor.

En cuanto a las tablillas... ¡Cruel ironía! Después de la muerte de Jean-François y

de todos mis esfuerzos por ponerlas en las manos adecuadas para que la humanidad conozca esta nueva civilización... no se me ocurre una manera más absurda de que caigan en el olvido. El mayor y más antiguo legado de nuestros ancestros, seguramente enterrado en el lodo submarino... Apenas puedo expresar en palabras la pena y la rabia que esta situación me causa.

Me temo que jamás volveré a ver las tablillas.

## CAPÍTULO 2

*Jueves, 4 de febrero de 1892.*

Hoy me ha sucedido algo muy extraño. Ha sido tras mi conferencia sobre experimentos eléctricos de alto potencial y alta frecuencia en la Royal Institution de Gran Bretaña.

Londres... Ha sido extraño regresar tras casi ocho años, tiempo que me ha curtido tanto a base de puñaladas por la espalda —empezando por Edison, ese miserable que a este paso terminará convirtiéndose en una repugnante bolsa de sebo—, que el miedo que experimenté en mi último viaje por estos lares escapando con aquel cofrecillo me ha parecido una mera aventura juvenil en comparación.

El caso es que, tras una conferencia que he disfrutado —nunca me canso de ver los rostros asombrados cuando demuestro cosas como la iluminación de una válvula de vacío alimentada sin cables—, se me ha acercado un joven a consultarme algo en privado.

Tras alabar mi intervención e identificarse como Wells (Herbert, creo recordar), el muchacho, de aspecto apocado y enfermizo, me ha relatado una peregrina historia sobre una novela que está escribiendo acerca de un inventor que construye una máquina nada más y nada menos que... ¡para viajar en el tiempo!

Yo he reprimido la risa (al fin y al cabo se trataba de una obra de ficción y no lo decía en serio) y él ha pasado a relatarme su problema de verosimilitud, que lo tiene atascado frente al papel en blanco.

—Supongamos una habitación que contiene una máquina capaz de viajar por el tiempo. ¿No sería esta visible para los observadores todo el tiempo mientras viaja hacia el futuro? Y, de hacerlo hacia el pasado, ¿no debería haber sido visible allí mismo la semana pasada, el mes pasado, el año pasado? ¿Cómo resolver esta paradoja?



Hablaba tan atropelladamente, por cierto, que me fue difícil entenderle. Recuerdo haber pensado que la auténtica paradoja era que él, en vez de preocuparse por la verosimilitud del propio viaje en el tiempo, lo hiciera por semejante minucia.

—Nada de eso. Piénselo —contesté—. Ni siquiera necesita la física para explicarlo, basta con un poco de psicología: no podríamos ver la máquina, al igual que no podemos ver el radio de una rueda en plena rotación, o una bala volando por el aire. Si viaja a través del tiempo cincuenta o cien veces más deprisa que nosotros, si recorre un minuto mientras nosotros un segundo, la impresión producida será, naturalmente, tan solo una cincuentésima o una centésima de lo que sería si no viajase a través del tiempo.

Al oír aquello se le iluminó la mirada. Me dio las gracias, me prometió una copia de la novela tan pronto como la tuviera lista y desapareció entre la multitud.

Tras irse ese tal Wells, no he podido evitar pasarme toda la tarde dándole vueltas al asunto. Viajar en el tiempo... Una idea tan absurda, y sin embargo, tan... atractiva. Y es que, pensándolo bien, en realidad no conozco en toda la Física una sola ley que prohíba algo que *tan solo* parece ir en contra del sentido común.

Me pregunto si sería realmente posible.

\* \* \*

*Martes, 1 de enero de 1895.*

Tras meses de desesperación, de pensar que era imposible y de estar al borde del colapso nervioso, he tenido otra epifanía.

Ocurrió como la última vez, dando un paseo por el parque, esta vez por Central Park. Me sentía abrumado, incapaz de disfrutar de los festejos de la Nochevieja. Como cada tarde, estaba dando de comer a las palomas cuando la visión me sobrevino de pronto.

Todo este tiempo he estado enfrascado simultáneamente en dos problemas. Por un lado, no he dejado de dar palos de ciego en busca de un diseño de... motor, a falta de un término mejor, que, a partir de energía eléctrica, proporcione energía mecánica a un eje que estaría situado, no en una dirección espacial, sino en la dimensión temporal.

Por otro lado, me he atascado en la búsqueda de una fuente de energía que satisficiera la monumental demanda que mis ecuaciones exigen. He desviado la corriente que alimenta una planta entera, he probado incluso con relámpagos durante una tormenta... Nada es suficiente.

Todo este tiempo he tenido la solución a ambos problemas delante de mis narices: ¡la Tierra! Tal y como he observado, al inyectar considerables cantidades de corriente alterna en el subsuelo, se producen ondas estacionarias que podrían luego ser recuperadas todas juntas, como de un gigantesco condensador, para alimentar el

motor. Las ondas estacionarias, de acuerdo a las ecuaciones, se propagarían incluso hacia el pasado, de manera que se podrían recuperar allí también para hacer el viaje de vuelta.

En cuanto a la otra cuestión, el propio planeta es un gigantesco motor temporal. El mecanismo sería similar al de mi motor de inducción: la corriente eléctrica recuperada de las ondas estacionarias del subsuelo induciría variabilidad en el campo magnético terrestre, que se podría aprovechar para hacer rotar el eje temporal de un anillo de imanes convenientemente dispuesto.

Parece una locura, pero no sería la primera vez que alguien me llama loco por intentar lo que es imposible... hasta que lo torno posible.

\* \* \*

*Domingo, 3 de febrero de 1895.*

He terminado de construir el modelo de motor temporal.

No funciona.

La semana pasada dispuse dos cables desde mi laboratorio del cuarto piso en la Quinta Avenida hasta el subsuelo del edificio, debajo del almacén de Barnes. He estado inyectando en el subsuelo la cantidad de electricidad necesaria, según los cálculos, para hacer viajar en el tiempo una pequeña pelota que algún empleado dejó en el suelo del laboratorio (solo espero que mis experimentos no frustren demasiado los juegos de los hijos de quienquiera que fuera).

Cuando dispuse los controles para viajar hacia delante en el tiempo y lo activé, el anillo rotor —poco más grande que el diámetro de la pelota— se puso a girar como loco. El armazón de hierro despedía chispas que se arqueaban varios metros, abriéndose camino de manera errática, como una manguera desbocada, llegando incluso hasta el alternador.

Me incliné sobre el pequeño aro y lancé la pelota a través de él, y enmudecí de asombro cuando no apareció por el otro lado. Simplemente desapareció sin dejar rastro.

Estuve esperando como un idiota a que la pelota reapareciera al otro lado del anillo de hierro. La emoción inicial se desvaneció al cabo de un par de minutos durante los que contemplé el anillo procurando no parpadear siquiera. Al cabo de un rato empecé a preguntarme si la pelota aparecería realmente. Pero no fue hasta varias horas más tarde cuando, de hecho, me convencí de lo tonto de mi empresa.

Supongo que la corriente es demasiado intensa y simplemente ha volatilizado la pelota. O, en otras palabras, el viaje temporal no es posible, después de todo.

\* \* \*

*Lunes, 4 de febrero de 1895.*

Qué estúpido he sido. ¡Claro que es posible!

La solución me sobrevino la noche pasada en el duermevela que precede al sueño: la pelota no viajó hacia delante en el tiempo, sino hacia atrás —supongo que debí de confundir un signo en alguna parte de las ecuaciones de la polaridad—. Luego cayó y rodó por el suelo y allí se quedó, ¡hasta que yo mismo la recogí para usarla en el experimento!

Ignoro cómo esto es posible, el que la pelota sea a la vez causa y consecuencia de su propia presencia en mi laboratorio, ya que jamás la habría encontrado de no haber hecho después aquella prueba con ella. Reflexionar sobre esta paradoja me ha producido un terrible dolor de cabeza, y a la única conclusión satisfactoria a la que he llegado es a que la introducción del viaje temporal produce bucles en el continuo del tiempo, de forma que el flujo para algunos objetos puede llegar a ser circular, rompiendo la ley de causa y efecto.

Sea como fuere, estoy convencido de que el viaje temporal, cuando se haga al pasado, ha de seguir un estricto código deontológico y ser extremadamente cuidadoso, con objeto de no alterar el curso de acontecimientos ya sucedidos.

Siempre he sido de la opinión de que la tecnología debería ser libremente ofrecida al mundo, y las patentes, que solo benefician a unos pocos que ven cómo sus bolsillos se llenan y sus mentes se adormilan, deberían ser abolidas. Esta vez, sin embargo, mantendré esta invención en el más estricto secreto. Al menos hasta que haga más experimentos y termine de evaluar los riesgos que supone.

\* \* \*

*Martes, 5 de febrero de 1895.*

Hoy he hecho más pruebas. He conseguido que la pelota viaje unos cinco minutos al futuro, cuando aparece de súbito, al otro lado del anillo, aunque la máquina haya sido apagada y el rotor esté quieto.

También he comprobado que no solo los objetos físicos pueden viajar a través del anillo; la luz también lo hace. Para verificarlo, ajusté la polaridad cinco minutos hacia el pasado y apagué la luz del laboratorio. Cuando activé el rotor, pude ver el laboratorio iluminado a través del pequeño orificio.

Además, he puesto a prueba los resultados de mis últimos cálculos: variando la orientación del anillo y el voltaje aplicado, puedo hacer que la pelota aparezca en mitad del aire, en lugar de al otro lado del anillo. En otras palabras, el motor no se limita a hacer viajar el objeto en el tiempo, sino también en el espacio. Así, una vez calibre todos los anteriores parámetros, el motor temporal será capaz de acceder a cualquier momento y a cualquier lugar sobre la superficie de la Tierra.

Esto me ha dado una idea, o, mejor dicho, ha dado alas a una idea que venía rondándome por la cabeza desde que Wells hablara conmigo hace ya tres años. Nada hay que me atraiga tanto como la posibilidad de contemplar la realidad de los acontecimientos que sucedieron en los verdaderos albores de la civilización, y que fueron descritos en aquellas tablillas que perdí de manera tan estúpida.

Tengo todo lo que necesito. O casi. Recuerdo perfectamente el emplazamiento de la ciudad, Shuruppak, y, en cuanto al momento, si no recuerdo mal, los textos hablaban de que la boda tuvo lugar tras la tercera luna que siguió a los dos eclipses. Dudo que hubiera muchos pares de eclipses totales seguidos hace unos cinco mil años —si Jean-François estaba en lo cierto—, que además fueran visibles desde la actual Irak.

Así, he escrito una carta a Percival Lowell pidiéndole ayuda con los complicados cálculos matemáticos y astronómicos que me darán la fecha exacta que me falta.

No se me ocurre una manera mejor de probar mi invento. Por supuesto, he de tener cuidado de no alterar el curso de los acontecimientos pasados, tal y como se narran en las tablillas. ¡Ojalá las conservara y hubiera podido traducirlas para saber a qué atenerme!

Mientras espero, me pondré manos a la obra para construir un motor temporal adecuado a mi tamaño. Por supuesto, los requerimientos energéticos de tal empresa serán descomunales, por lo que empezaré a inyectar electricidad al subsuelo mañana mismo.

\* \* \*

*Lunes, 11 de marzo de 1895.*

Todo está preparado. Mañana pondré en marcha el motor temporal y saltaré una brecha de cinco mil años.

La última pieza que faltaba, la respuesta de Lowell, llegó esta mañana. Muy amable, me cuenta que calcular los eclipses gemelos ha sido un divertimento matemático muy entretenido que lo ha distraído de la construcción de su observatorio en Flagstaff; que ignora para qué lo necesito, pero que, habida cuenta de mi trayectoria, seguro que es para algo «condenadamente interesante».

Ni se lo imagina.

Parece que Jean-François estaba en lo cierto al datar las tablillas: hubo un eclipse total de luna el 25 de abril del año 3161 a. C., seguido por un eclipse total de sol visible desde el golfo Pérsico, 14 días después.

Los eclipses gemelos.

He fijado las coordenadas temporales para el final de la tercera luna posterior, 88 días después del eclipse de sol. También he tenido la precaución de incorporar tanto los diales de coordenadas espaciales y temporales como el mecanismo de activación e

interrupción del motor en un mando alimentado sin cables desde mi laboratorio: visitar la edad del bronce será emocionante, pero quedarme atrapado allí por el descuido de alguien que entre en mi laboratorio y desconecte el motor mientras estoy ahí fuera sería bastante indeseable.

¡Ah! Anoche terminé de leer el ejemplar dedicado de *La máquina del tiempo* que recibí el viernes pasado de aquel joven, H. G. Wells. Saldrá a la venta, según dice, dentro de un par de meses. Se ve que quedó impresionado por mi contestación a su problema, pues la ha plasmado de forma literal —al menos, tal como la anoté en su día— en boca, primero del personaje conocido como el Viajero a Través del Tiempo, y luego del Psicólogo.

Sólo espero no encontrarme Morlocks en el lugar al que me dirijo. Pero pensándolo bien y por poco que me guste, tal vez deba comprar un arma y llevarla conmigo para garantizar mi propia integridad.

\* \* \*

*Martes, 12 de marzo de 1895.*

He sido un necio.

Un necio testigo de los albores de una Historia que no debieron ser contemplados jamás por hombre vivo, por maravillosos que fueran... por maravillosa que ella fuera.

El motor temporal funcionó tal y como estaba previsto. Una vez que mis empleados se hubieron ido, al caer la noche, me atavié con mi mejor levita, la misma que utilizo en mis presentaciones. Activé los controles y el rotor, de dos metros de diámetro, se puso a girar y a echar chispas. Cuando los ojos se me acostumbraron al cambio en la luz, pude vislumbrar que al otro lado del anillo era de día; el sol resplandecía en lo alto, un sol cinco mil años más joven que bañaba calles y muros de adobe y caña, modestos, aunque de aspecto sólido.

Con el corazón en un puño, abrí el cajón de mi escritorio, tomé el revólver que adquiriré esta mañana, subí a la plataforma del anillo y traspasé el umbral hasta pisar la tierra junto a la choza del otro lado.

Un grito a mi izquierda me heló la sangre, y supe que mi papel de mero observador acababa de irse al traste. Me volví hacia lo que parecía un banquete al aire libre. Una mesa enorme daba cabida a los más espectaculares manjares, que allí se quedaron cuando casi todos los comensales echaron a correr despavoridos.

Tan solo algunos permanecieron allí, aterrorizados, cobijados tras la mesa; dos de ellos, un hombre y una mujer, permanecieron, sin embargo, en pie, el hombre cubriendo con su cuerpo a la mujer, de talla bastante menor que la de él.

Se trata de gentes de estatura pequeña. No pequeña en comparación conmigo — que obviamente lo son—, sino pequeña incluso para los estándares de mi época. Su piel es morena, de una tonalidad marrón olivácea, y sus facciones angulosas

recuerdan a las de las gentes del Pakistán.

El hombre me miró, desafiante, aunque protegido por la mesa. Era musculoso, más corpulento que los que le rodeaban. Iba ataviado con un ostentoso faldón hasta los tobillos y un chal de lana con adornos metálicos, ropajes claramente más lujosos que los del resto, y su larga barba trenzada, recortada de forma rectangular, le daba un aspecto feroz. Era evidente, por su porte regio, que se trataba del mismísimo Utnapishtim de la epopeya.

Me adelanté, enseñando las palmas de las manos.

—Tranquilos —dije—. Vengo en son de paz.

Advertí que había hablado en inglés, y, nervioso como estaba, cambié al latín, sin reparar en que tal idioma no se desarrollaría hasta casi tres mil años después.

—Me llamo Nikola —probé, señalándome—. Nikola Tesla. No voy a haceros daño.

Hubo más gritos, y los pocos que se habían quedado se arrodillaron. Todos excepto la pareja real. Utnapishtim dijo algo, me pareció que repetía mi nombre —o algo parecido—, y se apartó momentáneamente de su amada.

Fue entonces cuando la vi.

Siempre he considerado los asuntos del corazón como una distracción indeseable para el científico, una distracción que le impide desarrollar su trabajo con la dedicación que este merece. Es por esto por lo que siempre me he mantenido alejado de las mujeres, me he sentido ajeno a ellas e irritado por sus cotorreos triviales y sin fundamento. Por eso ninguna me ha causado mayor emoción.

Hasta ahora.

Cualquier descripción que intentara del aspecto de Silnin, de su pelo ensortijado, de sus interminables curvas, de su juvenil rostro, jamás le haría justicia. Las palabras —al menos las de este poeta del tres al cuarto— no pueden llegar a reflejar ni un eco miserable, ni una sombra mendigante de su belleza sobrehumana. A su lado, incluso la descripción que de ella hacen las tablillas... demonios, incluso la descripción homérica de Helena de Troya quedaría al lado de la Silnin real como una vulgar pelandusca de algún burdel del bajo Manhattan.

Ella me miraba sin el menor atisbo de temor en sus ojos. Habría jurado, incluso, que había curiosidad en su expresión.

—Silnin —farfullé como un bobo—. Jamás imaginé que...

Los gritos del rey rompieron el hechizo que me tenía subyugado. Comprendí que, lejos de haberlo apaciguado con mis palabras, estaba furioso y toda diplomacia había cesado. Bueno, confieso que ver aparecer una lanza en su mano me ayudó a comprender este respecto.

Temiendo por mi vida, eché mano del revólver y disparé al aire. El estruendo del disparo provocó el caos, y afortunadamente confundió lo suficiente a Utnapishtim como para que errara el tiro.

—¡Basta, por favor, tranquilos, no corráis! —grité, sintiendo el corazón

desbocado en el pecho y consiguiendo tan solo causar aún más pánico. Asustado, retrocedí hacia el círculo abierto en medio de la nada, a través del cual se vislumbraban las sombras de mi laboratorio y se filtraba el zumbido del alternador—. ¡Utnapishtim, Silnin, no soy una amenaza!

Comoquiera que vi a Utnapishtim brincar hacia su lanza, crucé el umbral y pulsé el interruptor de apagado del motor. La visión al otro lado tembló y se difuminó hasta acabar desapareciendo por completo cuando el rotor se detuvo.

He trastocado demasiado las cosas. Mañana desmantelaré la máquina.

\* \* \*

*5 de agosto de 3161 a. C.*

Mirando en retrospectiva (si es que ese maldito término sigue teniendo sentido a estas alturas), no se me ocurre qué podría haber salido aún peor.

Aquí estoy, acurrucado contra una pared de caña de bambú de los aposentos personales de Silnin mientras ella duerme junto a su esposo. Escribo esto a la luz del dispositivo tecnológico más avanzado que esta era ha conocido, una miserable antorcha que deshace la penetrante oscuridad que reina fuera, pero no la negrura que se ha adueñado de mi ánimo.

Estoy atrapado. Atrapado en una época a la que no pertenezco, a cinco mil años de casa, rodeado de chiflados primitivos para los cuales la idea de diplomacia es empalar primero y gritar después.

¿Cómo he podido acabar aquí? Si no me hubiera dejado llevar por mis instintos más primitivos... Todo ha sido culpa mía. ¡Maldita sea la hora en que cedí a la tentación de verla una vez más! «No pasará nada —me dije para convencerme a mí mismo—, dejaré las luces del laboratorio apagadas, de manera que no puedan distinguir el círculo del anillo en la oscuridad, y me limitaré a observar sin cruzar el portal». Aquel fue el primero de los tres garrafales errores que me han traído aquí.

Satisfecho mediante aquel pueril autoengaño, comprobé que la corriente inyectada en el subsuelo aún sobraba para abrir el portal, esperé a quedarme solo en la oscuridad del laboratorio, y dispuse el dial temporal para la noche del día siguiente a mi desastrosa aparición. Activé el interruptor, y, al cabo, el rotor me mostró la silueta de la choza de caña que ya conocía, recortada por las estrellas de una noche sin luna. Manipulé los controles para reorientar el portal y dirigirlo por entre las calles hacia la edificación que me pareció más grande, junto a un templo de piedra.

No me equivoqué. Al atravesar la pared, los vi, a ella y a él. Dormían en un lujoso lecho cubierto por pieles de lo que me parecieron una pantera y un león a la tenue luz de una antorcha en algún pasillo cercano.

No sé cuánto tiempo estuve allí contemplándola, embobado.

En cierto momento, ella abrió los ojos y se removió, inquieta. La piel del león

acarició la suya propia cuando se deslizó fuera de la cama y pude verla desnuda. Sentí como si me derritiera. Ella no pareció reparar en el círculo abierto en las sombras de la alcoba, ni en mí. Se cubrió con un chal de pieles con flecos y salió de la estancia.

Mi segundo error consistió en seguirla torpemente hasta el exterior de la vivienda, manipulando los controles del portal hasta que se perdió en la oscuridad. Bueno, en seguirla, y en cruzar el portal (¡ni siquiera cogí el revólver!) cuando me pareció escuchar sollozos al otro lado.

¿Qué esperaba que ocurriera? ¿Que el ilustrado y elegante inventor del siglo XIX consolará entre sus brazos a la deliciosa muchacha del cuarto milenio antes de Cristo?

Lo que no esperaba, desde luego, era perderme en la oscuridad. Los sollozos (si es que fueron tal) pararon casi en cuanto crucé el umbral. El círculo de oscuridad del portal descansaba entre las sombras de un árbol cerca de la pared de piedra del templo. Eché a andar hacia donde me parecía haber oído los gemidos, casi a tientas, hasta lo que me pareció la zona del banquete del día anterior. Al cabo de un rato, sacudí la cabeza y me dije que no hacía nada allí, y decidí volver sobre mis pasos, a casa.

Tardé una eternidad en encontrar el anillo, y cuando lo hice no fue por su cercanía al templo de piedra, sino por el leve zumbido que me llegaba a través de él, procedente del alternador y los transformadores, y del que no había sido consciente hasta entonces.

Pero no había sido el único en encontrar el anillo por el sonido que producía. Con el corazón en un puño al cruzar de vuelta el umbral, constaté que aquella silueta junto a la ventana del cuarto piso de la Quinta Avenida de Nueva York era Silnin, la esposa de Utnapishtim, reina de la milenaria ciudad de Shuruppak.

De nuevo, no pareció reparar en mí cuando me acerqué hasta poder aspirar el aroma a sándalo de su cabello. Estaba ensimismada, perdida en la contemplación de la avenida, de las farolas eléctricas y los coches de caballos y los transeúntes y los edificios que se alzaban hasta rozar el cielo.

Aún a riesgo de que se nos viera desde el otro lado, encendí la lamparita del escritorio a mi alcance, volví junto a ella y le puse una mano en el hombro. Se volvió. Esta vez pude jurar que no había miedo en sus ojos, sino curiosidad. Dijo algo incomprensible mientras señalaba el anillo rotor, que aún giraba y desprendía chispazos, y abarcó en un gesto toda la habitación.

Negué con la cabeza y me oí decir con voz ronca:

—No. Ya he causado bastante caos por una noche. Debes volver. Vamos.

Agradecí que mi parte racional hubiera tomado finalmente el control.

—Ni-ku-ba —contestó ella con un mohín irresistible.

A punto estuve de perder el control de mis actos, pero me contuve.

—No —insistí, y señalé hacia el anillo—. Vete.

Ella se acercó a rotor y lo estudió un instante; luego perdió el interés y caminó



como un niño que ve la nieve por primera vez por entre el desordenado montón de planos, modelos, fotografías y apuntes en que he convertido mi laboratorio últimamente.

—Silnin —intenté razonar—, esto es absurdo. No deberías estar aquí. El Universo tiene sus leyes y tú debes volver, reinar sobre tu pueblo y amar a tu esposo y vivir la leyenda que un día grabarán en unas tablillas de barro.

—A-surdo —repitió ella con aire ausente, y luego, como si quisiera hacer una sentencia solemne, añadió su propia versión de otra de mis palabras—. U-ni-vaarsu.

—Asurdo Univarsu. Pues sí que lo es.

Consideré entonces agarrar su brazo y obligarla a salir de allí a la fuerza, pero sé que jamás habría podido hacer semejante cosa. Finalmente, no tuve más remedio que cruzar yo mismo el umbral, esperar a que viniera —me siguió sin sospechar nada—, y aprovechar un momento de distracción para saltar de nuevo adentro y apagar el motor.

El rotor perdió impulso y contemplé con tristeza infinita la imagen de Silnin difuminarse mientras extendía una mano hacia mí.

Fue la única decisión correcta que tomé hoy. La única de la que realmente me arrepiento.

Tras recuperar la compostura, decidí acabar con aquello de una vez por todas. Si viajara al momento en que inicié el primer viaje y me convencía a mí mismo de la locura de tal empresa, nada de esto ocurriría y la Historia no se vería en peligro.

No tardé en desechar la idea. Nadie mejor que yo sabe que mi yo pasado jamás habría desistido, ni siquiera aunque hubiera venido una versión futura de mí mismo a convencerme. De modo que tramé otro plan: colocaría la boca del anillo justo enfrente de por donde había salido la primera vez, durante el banquete, en el mismo momento. De esta manera, mi yo pasado vería tan solo el laboratorio como si lo contemplara en un espejo —salvo porque él no estaría en el reflejo— y se convencería de que algo no había funcionado. Y, en el caso de que cruzara al otro lado y no volviese a su propio laboratorio al cabo de un rato, saldría de mi escondite y me las arreglaría para empujarle a través del portal sin que me viera. De llegar el caso, aquello lo asustaría lo suficiente como para dejar de jugar con el Tiempo.

Aquel fue mi tercer error, aunque entonces no podía imaginarme por qué. Activé el motor y manipulé los controles. El desastre ocurrió en cuanto el dial del tiempo retrocedió por debajo del valor del último viaje, en el que había dejado a Silnin de vuelta. Hubo un estallido ensordecedor seguido por gritos en la calle. Me asomé a la ventana para ver el almacén del bajo, donde había instalado los polos eléctricos que iban al subsuelo, envuelto en llamas.

Sospecho que la explicación tiene que ver con las ondas estacionarias y el modo en que se amplifican alrededor de un determinado tiempo, levantando una muralla insalvable que previene viajes a tiempos anteriores. En otras palabras, mi máquina solo me permite viajar a instantes posteriores al salto anterior, cada vez. Supongo que

es la elegante manera que el Universo tiene de evitar paradojas imposibles de resolver. Debería haberlo intuido a partir de las ecuaciones.

El fuego no tardó ni medio minuto en alcanzar el laboratorio (el alternador ya estaba ardiendo). Ni siquiera tuve tiempo de abrir la puerta y salir —¿y adónde habría ido, si los pisos inferiores se habían convertido en un infierno?—. Para cuando pensé en hacerlo, la viga del techo se había desprendido sobre la pared de la puerta, impidiéndome la salida.

Así las cosas, hice lo único que podía hacer. El rotor aún giraba, perdiendo impulso progresivamente, cuando corrí a través de las llamas y lo crucé de un salto.

Chamuscado y aturdido, emergí a una noche estrellada de hace cinco mil años.

Ella aún me esperaba.

\* \* \*

*Miércoles, 13 de marzo de 1895.*

Cuando el reportero del *New York Times* me preguntó cómo me sentía por la pérdida en el incendio de 50.000 dólares en cientos de modelos y datos, en experimentos y en notas, le contesté que estaba demasiado afligido para hablar, que qué podía decir.

¿Y qué otra cosa podría haberle contestado?

Estoy sin blanca. Sin blanca, pero vivo, y, no solo eso: estoy en mi época. Aunque lo de ella... Eso me perseguirá toda la vida, y la irresponsabilidad de la que he hecho gala apenas compensa lo anterior. Verdaderamente, estoy demasiado afligido como para hablar con nadie, y mucho menos con un reportero.

Aún no puedo creer que funcionara. Apenas he dormido esta noche, o quizá debería decir aquella noche de hace cinco milenios, acuciado por la idea de que en cualquier momento alguno de esos bárbaros me encontraría y me daría muerte. De hecho, tuve la certeza de que así sería cuando por fin escuché el cerrojo descorrerse y la puerta girar sobre sus goznes, una o dos horas después del amanecer.

Pero era ella, aún ataviada igual que la noche anterior, con aquel delicioso chal que se ajustaba sobre el delicado cuerpo que ya había tenido el privilegio de admirar, absorto, la noche anterior. Se sorprendió algo al verme (creo que notó mi agitación), y yo me ruboricé. Reparé entonces en que no debía de tener más de diecisiete años, y me ruboricé aún más, avergonzado de sentirme atraído así por una niña a la que duplicaba la edad, y aún me sobraban otros cinco años.

Ella dijo entonces algo, «tutuma». Me pareció que era lo mismo que había dicho en mi laboratorio, señalando al rotor temporal. Incluso hizo un gesto con las manos, delimitando un amplio círculo.

—No, no tutuma —dije, con tristeza—. Ya no más tutuma.

—U-ni-vaarso a-surdo.

Ella sonrió entonces de un modo que no supe interpretar, me ofreció la mano y me guió por pasillos vacíos hasta su propio dormitorio, donde cerró las pesadas puertas de madera tras de sí. Por un momento pensé que me llevaría hasta Utnapishtim para que me ajusticiara, pero el rey, se ve, estaba demasiado ocupado reinando sobre sus súbditos, o haciendo lo que quiera que hicieran estos reyes en su día a día.

Yo traté de decir algo, pero las palabras murieron en mis labios cuando ella dejó caer el vestido.

El pudor y el decoro me impiden relatar lo que sucedió a continuación. Baste decir que fue, sin ningún género de dudas, la experiencia más gratificante y maravillosa que he tenido jamás. Sin embargo, me avergüenza admitir que no fue como mandan los cánones, pues ella llevó la iniciativa en todo momento. Yo estaba demasiado ocupado tratando de mostrarle a aquella diosa la devoción que merecía e intentando, no con mucho éxito, librarme de la sombra de su mucho más joven y fornido esposo.

Estuvimos casi todo el día en el lecho, donde retozamos de igual modo varias veces. En dos o tres ocasiones me levanté y miré furtivamente por la ventana, pues me pareció oír la grave voz del rey (ahora sí tendría motivos para ensartarme en su lanza), pero ella me tranquilizó con voz suave y meliflua, dando palmaditas sobre la piel de pantera de la cama para que volviera a su lado.

Aprovechamos un descanso para comer perdices a la brasa, que ella ordenó traer a una de sus esclavas tras indicarme que me escondiera tras la puerta. Hablamos mientras nos acariciábamos y nos secábamos mutuamente el sudor. Hablamos digo, aunque cada uno lo hacía en su idioma la mayoría del tiempo nos entendíamos por gestos. Yo le hablé de mi época y de los inventos que habían transformado la vida, de la máquina de vapor, las locomotoras y la electricidad y el alumbrado y los motores, e incluso, con cierto orgullo, la transmisión de electricidad sin cables.

No estoy seguro de que entendiera una sola palabra.

Al caer la tarde, ella se vistió, me indicó que me vistiera y me llevó de vuelta a los aposentos privados donde realiza sus abluciones. Allí me quedé a solas, perdido en mis pensamientos. Casiopea se alzaba en lo alto cuando tuve un *flash* repentino, y la Verdad se me apareció en forma de conjunto de ecuaciones.

Como otras veces, me sentí estúpido por no haberlo pensado antes.

Saqué el mando del bolsillo de la chaqueta y sintonicé los diales a un lugar cercano y un instante después del incendio. Incluso antes de pulsar el botón, tuve la certeza de que funcionaría. Y así fue: si las ondas eléctricas estacionarias viajaban al pasado, había de ser posible recuperarlas también desde allí, aprovechando las propiedades de transmisión de la señal eléctrica desde la fuente.

Hubo un chisporroteo, y el aire frente al mando se agitó levemente, tembló, y se arremolinó creando un círculo de oscuridad. Suspiré de alivio al distinguir los ladrillos y cubos de basura de un callejón a la luz de una farola, y, al fondo, el

inconfundible resplandor de un incendio.

Reconozco que por un instante me asaltó la idea de quedarme. Sin embargo, aquel habría sido un nuevo error. Por muy interesante que fuera la oportunidad de explorar los comienzos de la civilización, por muy agradable que el día de hoy resultara ser, después de todo, aquel no era mi lugar, lo mirase como lo mirase. Además, ya he jugado con las corrientes del Tiempo más de lo que hubiera debido.

Cuando, al fin decidido, me disponía a cruzar el portal de vuelta a casa, oí el cerrojo de la puerta descorrerse: Silnin volvía para verme. Se me hizo claro en la mente y en el corazón que, si ella entraba, toda mi anterior convicción de marcharme se desmoronaría como un castillo de naipes. Me iría, sí, y jamás podría volver o verla de nuevo, pues la máquina era, en ese momento pero en otro tiempo, pasto de las llamas. Se me hizo un nudo en la garganta, pero me armé de valor, crucé el umbral y me encontré en el calor pegajoso característico del agosto neoyorquino.

Pulsé el botón de apagado y pude oír que el portal se cerraba tras de mí para siempre. Suspiré una vez más, y, cuando me disponía a echar a andar por el callejón, escuché una conocida voz a mi espalda:

—Ni-ku-ba. U-ni-vaarsu a-surdo.

## CAPÍTULO 3

*Viernes, 15 de marzo de 1895.*

Aún no me hago a la idea de que Silnin esté aquí, atrapada en mi época como yo lo estuve en la suya. Atrapada digo, aunque sería más correcto decir encantada. No solo por mí, su Ni-ku-ba (como pronuncia insegura con ese adorable mohín), es que todo le causa curiosidad, desde las cosas más cotidianas, como el vidrio de las ventanas, hasta las más nuevas, como el interruptor de la luz con el que juega mientras escribo estas líneas.

He resuelto esconderla en la habitación del hotel donde me alojo. Por supuesto, está el asunto de su desafortunada pasión carnal (aunque confieso que ya ha habido un par de ocasiones en las que hubiera preferido dedicarme a reemprender mi carrera científica, al menos durante los primeros cinco segundos). Pero además, solo Dios sabe dónde acabaría con su mentalidad primitiva y sin noción alguna de inglés. Probablemente sirviendo cervezas (o algo peor) en cualquier tugurio de mala muerte, como muchas de las inmigrantes que vienen a probar suerte a esta ciudad.

Un regusto agridulce llena mis horas. Por muy maravillosos que hayan sido los últimos dos días, por muy gratificante que me sea su compañía y nuestros juegos y nuestras conversaciones con poco sentido, aún no me hago a la idea de haber perdido mi laboratorio y, aún más, de haber causado una ruptura en el adecuado fluir del Tiempo.

He de hacer algo para enmendar mi error. Sí. Atraeré a inversores —al fin y al cabo, el área de la transmisión de electricidad e información sin cables, especialmente a través de la ionosfera, es un campo nuevo y lleno de aplicaciones— y construiré un nuevo laboratorio en algún lugar apartado, desde donde poder inyectar energía de forma segura para usarla en un nuevo motor temporal.

He de devolverla al pasado.

\* \* \*

*Jueves, 2 de mayo de 1895.*

¡Silnin está embarazada! Yo, Nikola Tesla, hijo de Milutin Tesla y Đuka Mandić, seré padre de familia.

Jamás olvidaré el modo en que me lo hizo saber. Estábamos dando nuestras habituales lecciones de inglés (está adaptándose y aprendiendo deprisa), cuando señalé una de las ilustraciones del libro y ella, que llevaba toda la clase distraída, como presa de alguna ensoñación, respondió:

—Em-barazaaa-da.

—No, no es esa palabra. Eso es otra cosa —reí como un tonto sin comprender.

Ella sonrió y se acarició la tripa.

—No, no. Yo, Nikuba —no ha dejado de llamarme así—, embarazaaa-da. Be-bé.

Me quedé petrificado, incapaz de decir nada durante un par de minutos. ¡Silnin, mi blanca paloma! (Ella se extraña cuando la llamo así; no solo por el color, que difícilmente podría ser más erróneo en su opinión, sino que es además como si creyera que de verdad la comparo con las palomas que alimento cada día y que vienen a visitarme a la ventana de mi habitación).

Tras la emoción inicial, sin embargo, el miedo y la duda me asaltan. No solo porque jamás me haya visto a mí mismo como padre y tema no poder ejercer bien el papel, sino porque no podré reconocer a la madre o al niño, o me arriesgaría a preguntas bastante incómodas.

Y, por si lo anterior fuera poco, su alumbramiento complica las cosas. Aún no he encontrado un inversor para poder restablecer mi laboratorio en algún lugar apartado. Todo lo más he podido alquilar un pequeño local en la calle Houston gracias a las rentas de patentes de las que aún disfruto. Me temo que para cuando lo consiga y pueda devolver a Silnin como si nada hubiera ocurrido, el niño ya habrá nacido. Un niño que en el pasado no habrá tenido nunca lugar.

¿Qué haré con él entonces?

\* \* \*

*Martes, 17 de diciembre de 1895.*

La cosa más maravillosa ha sucedido; una nueva luz ha hallado camino entre las sombras del Universo. Hoy, 17 de diciembre de 1895, a las 6.45 de la tarde, ha nacido mi hijo, Herbert.

Está perfectamente sano, según nos dijo la comadrona, que me dio personalmente las gracias por «ser un empresario ejemplar y hacerme cargo del nacimiento del hijo de una humilde trabajadora emigrada de tierras lejanas» (hace cuatro meses, con objeto de disimular, contraté a Silnin como limpiadora de la oficina). Se ve que mis declaraciones sobre mi celibato y su utilidad para la Ciencia, que he intensificado en los últimos meses, han dado resultado.

Herbert es de piel oscura, como la madre, de la que ha sacado las orejas y la forma de la cara, suavemente redondeada. Mi hijo. Es tan pequeño, tan frágil, que ha despertado en mí una sensación que jamás había tenido antes: un miedo cercano al vértigo mezclado con el afán de protegerlo cueste lo que cueste. Es como... como si todo lo demás fuese ahora secundario, y sospecho que así es en efecto.

Acaba de despertarse y llora. Se lo llevaré a Silnin.

\* \* \*

*Jueves, 17 de diciembre de 1896.*

Llevo un año tan ocupado como jamás creí poder estarlo; un año en el que apenas he podido escribir unas líneas en este diario.

Herbert ha cumplido hoy un año; hemos celebrado su cumpleaños por todo lo alto —dentro de nuestras humildes posibilidades—. Doble celebración, de hecho, ya que el destino ha tenido a bien que hoy mismo, según me han informado, haya sido elegido miembro honorífico de la Academia Yugoslava de las Artes y las Ciencias.

Nuestro hijo crece sin mayores complicaciones, exceptuando un brote de sarampión durante el que temí perderlo. Es muy avisado para su edad; ya dice sus primeras palabras, tanto en inglés como en la lengua de los cabezas negras, el pueblo de Silnin.

A veces nos dormimos los dos contemplándolo en su cuna, acurrucados el uno junto al otro. No puedo imaginar mayor felicidad.

\* \* \*

*Viernes, 25 de marzo de 1899.*

¡Al fin! He tardado casi cuatro años, pero he conseguido encontrar un inversor gracias al cual podré reconstruir mi laboratorio en el lugar adecuado. Se trata de John Jacob Astor, que financiará mi proyecto de desarrollar y potenciar la transmisión de energía sin cables con 100.000 dólares.

Silnin no cabía en sí de gozo cuando le comuniqué la noticia (no le he hecho partícipe, sin embargo, de mis intenciones de devolverla a su tiempo; aún tengo que encontrar el momento oportuno para tener esa conversación). Le brillaban los ojos cuando me abrazó y luego al pequeño Herbert y luego a mí de nuevo...

Ya he encontrado un solar donde instalar mi nuevo laboratorio, mucho más grande y lejos de las multitudes, en Colorado. Mañana mismo comenzaré los preparativos para el viaje.

De acuerdo a nuestras nuevas posibilidades, el pasado lunes nos instalamos en el hotel de Astor, el Waldorf-Astoria, que ostenta el récord de ser el edificio más alto del mundo. Tenemos dos *suites*, una para nosotros, la 5124, y otra contigua, la 5.125, para Herbert, que ya va requiriendo su espacio. Silnin, que a veces duerme con el niño, prefirió desde el principio las vistas de la habitación de Herbert e insistió en que nos la quedáramos nosotros, a lo que yo no tuve más remedio que negarme (¡y qué podía hacer, si el número no era múltiplo de 3!).

La habitación es, sin lugar a dudas, la estancia más lujosa en la que he vivido hasta ahora. Dispone incluso de línea telefónica propia. Silnin, que nunca antes había usado un teléfono, miraba a su alrededor y luego al aparato, atónita, casi incrédula, como si pensara que el recepcionista tenía que estar escondido bajo la cama o incluso en el interior del auricular.

Me preocupa. La gente suele tener reacciones similares ante un teléfono, pero solo los niños muestran su perplejidad de manera tan acusada. Silnin en la vida moderna parece una niña en un puesto de golosinas, siempre impresionada, siempre lanzando exclamaciones en su extraño y único idioma.

¿Parece una niña, digo? ¡Es una niña, por Dios, solo tiene veintiún años! Suelo olvidarme de que tiene los intereses propios de una joven, no los de un hombre que le dobla la edad. Y a veces tiene rabietas por cosas absurdas. Anteayer, por ejemplo, salió a pasear por Central Park con Lucy y Clayton, los hijos de ese coronel que se aloja en la 3.267, y se puso como una loca cuando le recriminé que llegara a las nueve y media, caída ya la noche. En ocasiones así me hace sentir como si fuera su padre. No soy el único: una o dos veces me ha parecido notar las miradas desaprobatorias del servicio del hotel, que deben de verme como a un perverso.

Y de Herbert, no diré que no se ocupa y se entrega a él con la devoción de una madre, pero es evidente que, como miembro de un linaje de alta alcurnia, no acostumbra a hacer con sus propias manos lo que sus esclavos pueden hacer por ella. Incluido criar y educar a su hijo. Y ahora que, de pronto, su sangre real no vale nada

aquí, ahora que nos hemos arrastrado en la penuria económica durante años, incapaz yo de encontrar inversores... lo hace, cría a su hijo, pero casi a regañadientes. Sin ir más lejos, en cuanto nos mudamos aquí me propuso que contratásemos una criada para Herbert, a lo que me opuse rotundamente. Ni qué decir tiene que aquello me costó otro arrebato por su parte.

Quizá estoy siendo injusto. Es, como digo, una niña, pero tiene muchas otras cualidades que compensan sobradamente este hecho. Es inteligente, inquisitiva y sonríe animosa ante la adversidad, lo cual no puede decirse de mucha gente. Y, por supuesto, basta una de sus sonrisas para que el sol asome entre los nubarrones.

\* \* \*

*Jueves, 15 de junio de 1899.*

Tras casi un mes en Colorado trabajando sin parar, hoy he llevado a cabo con éxito las primeras pruebas del laboratorio de Colorado Springs.

He logrado una chispa de unos trece centímetros de longitud, gruesa y estable, que chisporroteaba con la furia de una tormenta eléctrica. Naturalmente, aún queda mucha potencia por utilizar, pero esto deja claro que el laboratorio bastará para mis propósitos. Comenzaré a construir una nueva versión del motor temporal mañana mismo.

Astor necesitará informes de mis progresos (¡si supiera el verdadero motivo para erigir aquí mi laboratorio!); así que he decidido preparar un artículo anunciando el descubrimiento de las ondas terrestres estacionarias, sin mencionar, claro está, su propagación hacia el pasado ni nada que pudiera llevar a alguien a descubrir el viaje temporal con facilidad. No lo haré solo por Astor, pues la humanidad entera merece conocer este fenómeno geoelectrico capaz de llevar la electricidad e información de un lado a otro sin cables, a través de la ionosfera. Si se adoptase, esto constituiría una auténtica revolución: no solo tendríamos energía eléctrica en cualquier lugar y no necesitaríamos la cercanía de un enchufe, sino que además podríamos comunicarnos de viva voz sin un cable telefónico de por medio.

Silnin y Herbert llegan pasado mañana. ¡Al fin! No pensaba que los echaría tanto de menos.

\* \* \*

*Sábado, 15 de julio de 1899.*

No he sido capaz de hacerlo. No he sido capaz de dejarla allí. Que Dios me perdone.

He tardado años en reunir el coraje suficiente para afrontar la conversación,



retrasándola una y otra vez. Y cuando no me ha quedado más remedio, casi no he podido hablar a causa del nudo en la garganta.

Razonar con ella ha sido inútil. Si comprende el concepto de Tiempo, si es capaz de abarcar los cinco milenios que separan cada lado del portal, entonces hace oídos sordos a mis explicaciones sobre la importancia de preservar la Historia, del peligro de modificarla.

No, algo me dice que mi perorata no significaba nada para ella. Supongo que al fin cobra sentido lo que me decía en nuestras primeras lecciones, sobre que estaba feliz de que el «mundo de abajo», señalando todo a su alrededor, fuera así de luminoso, y no como se lo habían contado. Y que estaría encantada de vivir aquí si todos los demonios (sí, usó esa palabra, no sé de dónde la sacó) eran tan maravillosos como yo. Creo que para ella el portal conecta el mundo —el suyo— con otra dimensión; no solo no es consciente del concepto de Historia —¡cómo va a serlo, si empezó con ellos!—, sino que tampoco lo es de que su realidad no es ya sino polvo y gravilla, de que ella es la última de su estirpe, y de que según las leyes del Universo no debería estar ahora, sino entonces.

No tuve más remedio que insistir, a pesar de que era lo último que deseaba en el mundo. Así se lo hice saber. Ella me miró fijamente, con la barbilla alzada, como si quisiese mostrar la superioridad que la sangre real le otorgaba, y declaró con voz gélida:

—Herbert viene conmigo.

Estuve a punto de ceder, lo reconozco. Pero aquello no habría tenido el menor sentido: ¿para qué devolver a Silnin entonces, abocado como habría estado ya a la ruptura de las leyes del Tiempo al introducir un niño que nunca estuvo allí?

Así que me negué. Y entonces ella estalló.

Herbert nos miraba, intuyendo algo, y al cabo, cuando la discusión alcanzó su punto álgido, se echó a llorar. Ella me lo recriminó como si hubiese sido yo el único causante; aquello me partió el alma. Hicimos una tregua tácita, lo justo para acostar al niño en el camastro de la oficina anexa, y reanudamos nuestra discusión.

Supongo que, dominado como estaba por la pena y el remordimiento, me engañé a mí mismo lo suficiente como para sugerirle que encontraría una manera de devolverlo junto a ella.

Ella no contestó. Sospecho que actuó entonces movida por pura desesperación, por la impotencia de estar en un mundo de «demonios» en el que carecía de poder alguno.

Mientras yo preparaba el motor para llevarla a la misma noche desde la que se había venido conmigo, ella entró en la oficina anexa, cubrió de besos y de lágrimas al niño, cerró la puerta con mucho cuidado, y fue directa hacia el portal, que chisporroteaba en la penumbra.

No se despidió de mí.

Mi compostura duró lo que la imagen borrosa del portal tardó en difuminarse del

todo. A solas en el laboratorio, rompí a llorar —no me avergüenza reconocerlo ante mí mismo— y no pude hacer otra cosa durante un buen rato, hasta que reparé en otro llanto, más apagado, más sosegado, más triste. Me levanté del suelo y contemplé a Herbert a través de la puerta entornada.

Padre e hijo nos miramos en silencio y comprendí que nada de aquello tenía sentido.

Sonreí a Herbert, volví al laboratorio y accioné de nuevo los controles. Ella estaba espléndida, radiante en su chal de pieles. No sé si se asustó al verme allí, en la pared de sus aposentos, demacrado y con los ojos enrojecidos, o si simplemente se sorprendió (para ella había pasado un día, para mí solo una o dos horas). Se quedó paralizada un instante, y luego sus orgullosas facciones temblaron, dominadas por el llanto, cuando corrió a través del portal y se echó a mis brazos.

\* \* \*

*Domingo, 16 de julio de 1899.*

Silnin ha vuelto... diferente. Está claro que su visión del mundo —y sobre todo, del Tiempo—, ha experimentado un cambio dramático.

Esta mañana, tras la pasión desenfadada que siguió a nuestro despertar, ella descansó su cabeza en el hueco de mi hombro, clavó en mí sus ojos oscuros y perfectos, y murmuró con un asomo de pánico en el rostro:

—El río del tiempo... Navegan río arriba. Todos ellos.

Yo alcé las cejas sin comprender. Estaba muy afectada. Entonces me dijo que no comprendía cómo nadie le había preguntado dónde había estado los últimos cuatro años, cómo nadie la había echado en falta. Ni cómo, cuando salió a la calle por la mañana, los jóvenes seguían siendo tan jóvenes, los viejos seguían estando allí, y los recién nacidos seguían siéndolo. Hablaba atropelladamente, diciendo muchas de las palabras en la lengua de los cabezas negras (que poco a poco voy comprendiendo gracias a tener ahora dos profesores, Herbert y ella).

Luego se deshizo en lágrimas y en disculpas, dijo que se había puesto tan furiosa por lo mucho que me amaba. Yo la besé en la frente y cerré los ojos, solo para visualizar a su fornido esposo esperándola en el lecho, la segunda noche tras su boda (la noche a la que yo la había devuelto), y sentí una punzada en la boca del estómago.

Sea como fuere, tras una larga conversación, hemos acordado mitigar los perniciosos efectos que pueda tener el viaje temporal. Una vez cada año, el 15 de julio, ella volverá al pasado durante un día, donde hará su vida como si mi irrupción allí jamás hubiera tenido lugar. De esta manera no será necesario separarnos, ni del otro ni del pequeño Herbert, y viviremos nuestra vida, la verdadera, los tres juntos.

\* \* \*

*Domingo, 15 de julio de 1900.*

Escribo estas líneas mientras Silnin está ausente, viviendo lo que hemos dado en llamar La Historia Que Debió Ser. Dentro de dos horas activaré de nuevo el portal para que vuelva, cumpliendo así un día en ambas líneas temporales, de manera que ambos podamos seguir acompasados.

Eso me preocupa. Confieso que hace un año, cuando le sugerí que volviera un día cada año, se me pasó por la cabeza que un día sería muy poco tiempo, que probablemente notarían que el tiempo pasa por ella mucho más rápido que por los demás. Podría haber propuesto que estuviera un mes, o incluso la mitad del tiempo, pero no lo hice. Actué movido por un egoísmo alimentado por mi amor por ella, y ahora solo rezo al Cielo para que los efectos de mis acciones no sean más desastrosos de lo que lo han sido hasta ahora.

Será mejor no pensarlo. Tengo problemas más inmediatos de los que ocuparme: estoy comenzando a retrasarme con los pagos de la electricidad, e incluso la Eléctrica misma se ha atrevido a insinuarme en una misiva que hago un uso excesivo de electricidad, llegando a provocar apagones en varias zonas de Colorado Springs. Es increíble, ¡parece como si no quisieran que su negocio creciera!

El motor temporal consume gran parte de esa electricidad, a base de inyecciones periódicas en el subsuelo. He estado haciendo algunos cálculos, y parece que una gran torre de metal de las características adecuadas permitiría conectar el subsuelo con la ionosfera, ayudando a focalizar mejor la energía y reduciendo el consumo eléctrico.

\* \* \*

*Lunes, 15 de julio de 1901.*

Hoy he recibido otra carta de Astor, preguntándome por mis progresos sobre su dichoso nuevo alumbrado. Esta vez no me molestaré en contestarle, su insistencia comienza a resultarme irritante. Y qué decir de su poco velada disconformidad con mi laboratorio de Colorado Springs, ¡como si yo pudiese hacer experimentos de alto voltaje en cualquier parte!

Además, he recibido una llamada de James Warden. Me ha asegurado que la construcción de mi torre en los terrenos que me ha cedido en Long Island comenzará hacia finales de año. ¡Al fin podré volver! Echo de menos Nueva York, y mi habitación en el Waldorf-Astoria, las palomas de Central Park, y por encima de todo, echo de menos a Silnin, mi blanca paloma...

Oh, ¿a quién quiero engañar? Me prometí a mí mismo que no daría a sus viajes mayor importancia, pero soy incapaz. No dejo de visualizar a su joven y musculoso marido en su lecho, en lo que hoy será la cuarta noche tras su boda... Quizá, si se negara... pero ¿cómo podría negarse? Basta, ¡no he de pensar en ello!

\* \* \*

*Jueves, 16 de julio de 1903.*

¡La torre funciona! Estoy leyendo (no sin cierto orgullo, he de añadir) la noticia en el *New York Sun* de hoy. El reportero de turno le ha dado un aire de lo más fantasmagórico: «Todo tipo de relámpagos surgían desde la torre y los polos», dice, así como «el aire estaba lleno de rayos cegadores que parecían lanzarse hacia las tinieblas en alguna misteriosa búsqueda». Los requerimientos de electricidad no se reducen tanto como había previsto, pero a cambio mis nuevos inversores podrán ver el nacimiento de la energía eléctrica global y sin cables. ¡De un mundo nuevo, en definitiva!

Ayer fue un día muy duro, con todas las pruebas y el viaje de Silnin. Llegamos a casa demasiado cansados como para ponerme a escribir en el diario. Ni siquiera hicimos el amor, como acostumbrábamos siempre que ella volvía. Esta vez simplemente abrazó a Herbert, le contó un cuento de buenas noches, y cayó rendida en brazos de Morfeo.

\* \* \*

*Miércoles, 20 de julio de 1904.*

Todo parece venirse abajo.

Hoy tomé mi acostumbrada ruta escaleras abajo para no cruzarme con Astor en la recepción, pero tuve que volver a subir corriendo al aparecer él en el siguiente recodo. Aún no he reunido el valor suficiente para enfrentarme a su decepción por no haber cumplido sus expectativas. Bastante he tenido con la demanda de la Compañía Eléctrica por mi excesivo uso de corriente, y con que se desmantelara mi laboratorio de Colorado Springs.

Y no solo eso. Morgan y los demás inversores se han echado atrás y han retirado sus fondos de la torre de Wardencllyffe. ¡Miserables usureros! Morgan vino a verme, a preguntarme si era cierto eso que había oído de que no podría medirse el consumo personal de la energía transmitida sin cables. No le mentí, y él se puso como una furia. Dijo que cómo pensaba entonces rentabilizar su inversión, que quién me creía que era, y abandonó mi despacho hecho una furia.

Desde ahora no tendré más remedio que subsistir con las rentas de la patente del

motor de corriente alterna, que expira el año que viene.

Silnin se muestra mucho más taxativa: está llena de orgullo herido cuando declara que si nos dejamos avasallar por esos matones, ¿qué valores le infundimos a nuestro Herbert? (Dicho así no suena mal, solo que lo que ella propone es que me bata en duelo a muerte con Morgan y con el juez para que todos comiencen a mostrarme respeto).

Lo cierto es que, desde que volviera de su viaje el viernes pasado, algo ha cambiado en ella: se muestra esquiva y amargada; apenas me ha dirigido la palabra (y cuando lo ha hecho ha sido para reafirmarse en la superioridad moral de su cultura), y tampoco ha salido a pasear con los hijos del coronel ni una sola vez. Ha pasado casi todas sus horas con Herbert, jugando y ayudándole con sus tareas, encerrados ambos en su habitación.

\* \* \*

*Martes, 10 de julio de 1906.*

Hoy he cumplido medio siglo.

No ha sido un buen cumpleaños. Para empezar, mis finanzas se encuentran al borde del abismo. He intentado por todos los medios encontrar inversores, pero todo ha sido en vano. Si tan solo Astor... No, ese viejo cascarrabias jamás consentiría en financiarme, después de nuestras desavenencias con el asunto de Colorado Springs.

Me temo que la conclusión es inevitable. Tendré que despedir a todos mis empleados y obreros y asumir que la torre de Wardencllyffe jamás estará completa.

El segundo varapalo me lo he llevado esta mañana, al leer por fin el trabajo del otoño pasado de ese joven empleado de una oficina de patentes suiza, ese tal Einstein, que ha causado tanto revuelo. Para reconciliar las ecuaciones de Maxwell con la mecánica y que las leyes del Universo sean las mismas en todas partes, afirma que el tiempo transcurrirá tanto más lentamente cuanto más nos aproximemos a la velocidad de la luz. He comprobado con horror que sus ecuaciones aparecen en mis propios cálculos sobre el motor temporal. Dicho de otro modo, el trabajo de Einstein, si se toma en serio, abre una puerta a que otros construyan motores temporales, con el peligro que ello conlleva. Es por eso por lo que no tendré más remedio que desprestigiar su teoría apoyándome en mi propio prestigio, por muy odioso que me resulte.

Y, por si todo esto fuera poco, está el asunto de Silnin, cuando no le salen los modales de reina y demanda que se cumplan todas sus exigencias, no deja de quejarse de lo vieja que es, como viene haciendo justo antes y después de sus viajes al pasado desde hará un par de años. Dice, casi siempre con la mirada perdida en el infinito, que quiere ver crecer a su hijo antes de morir. ¡Valiente majadería, pero si solo tiene veintiocho años!

Yo sí que soy viejo. Año tras año, mi cuerpo se arruga, cada vez más débil y ajado, mientras que el vigor y la potencia de su rey milenarío no se han apagado lo más mínimo. ¿Quién soy yo para competir con él?

## CAPÍTULO 4

*Viernes, 10 de diciembre de 1909.*

¡Qué injusticia, qué ingratitud y qué desfachatez! En la vida me han pisoteado, me han humillado y me han dado puñaladas varias veces, pero pocas como la que la Real Academia de las Ciencias de Suecia me ha propinado hoy al otorgar el Nobel de Física a Marconi y Braun «en reconocimiento a su contribución al desarrollo de la telegrafía sin cables». De nada han servido todos mis artículos, mis pruebas, mis cartas y mis demostraciones, no. El que no se me reconozca el mérito de haber sido el inventor original del dispositivo de ondas de radio, eso es un agravio que no pienso tolerar.

Astor opina lo mismo. Estábamos planeando varios proyectos de turbinas y alguno en la industria de la aviación cuando recibimos la noticia. He de admitir que me alegra nuestra reconciliación, y que nunca le podré estar lo suficientemente agradecido a mi blanca paloma por haber intercedido ante él por su cuenta y riesgo. Es obvio que Astor sabe de mi relación con Silnin (nadie más se alojaría en un hotel tantos años en la habitación contigua a la de su sirviente), y es muy posible que no se llame a engaño respecto a nuestro hijo, pero es un hombre discreto y les trata a ambos con la misma deferencia que a mí. Después de todo lo que nos ha pasado, y después de que Silnin parezca haberse resignado a vivir su vida en el presente y considerar el pasado como algo pasajero y efímero, parece que la vida ha decidido darme un respiro.

Sí, el dinero de Astor nos vendrá muy bien. De momento, además de los proyectos que hemos planeado, aprovecharé para desarrollar uno nuevo que tengo en mente desde hace algún tiempo: se trata de lo que llamo el rayo de la muerte, un arma que acabaría con todas las guerras gracias a su carácter disuasorio, un arma eléctrica tan poderosa que nadie la usaría por temor a que el país vecino lo hiciera.

Quizá eso me ayude a no pensar en Marconi y en su inmerecido galardón.

\* \* \*

*Viernes, 22 de abril de 1910.*

Al fin he reunido la presencia de espíritu suficiente como para escribir las líneas que la pena me impidió plasmar ayer. No serían ni las nueve de la noche cuando recibí la llamada de Clara Clemens para comunicarme que su padre, Samuel<sup>[6]</sup>, acababa de fallecer de un infarto.

Apenas fui capaz de darle mi pésame y prometerle acudir al funeral, del que acabo de volver. Solo deseo que el anestésico paso de las horas ahuyente al fantasma de la Muerte que flota a mi alrededor. Y es que, no sé si se debe a que quedan menos años de vida ante mí que a mis espaldas, o a la absurda muerte de mi amigo, o si, más bien, la causa es una combinación de ambas circunstancias, pero anoche, cuando logré conciliar el sueño, volví a tener aquella pesadilla.

La situación era la misma, la que mi recuerdo conserva tan vivamente. La sorpresa en el rostro de Jean-François cuando la sangre asoma a sus labios, momentos antes de derrumbarse. El horror paralizante mientras el inglés me apunta con su arma. La impotencia que se va transformando en ira mientras mi amigo se desangra. Pero esta vez, a diferencia de las pesadillas recurrentes que tuve en aquel tiempo, no hago nada. Simplemente aprieto los puños, deseando desesperadamente vengar la muerte de mi amigo, pero incapaz de hacer el más mínimo movimiento. Mi amigo tampoco reúne las fuerzas suficientes como para disparar a su asesino antes de expirar, y ambos ingleses, el de la pistola y el que espera al fondo de la calle bajo la farola, se van tranquilamente con aquel cofrecillo.

En fin, supongo que no tiene mayor importancia.

Ahora que lo pienso y leo el periódico, no he podido reprimir una sonrisa. Y es que Samuel, viejo astuto, al final te las arreglaste para irte como viniste, con el cometa<sup>[7]</sup>. Siempre envidiaré tu humor y tu capacidad para predecir las circunstancias de tu propio deceso y considerar su incumplimiento como una gran decepción.

Samuel, Mark, querido amigo, descansa en paz.

\* \* \*

*Lunes, 23 de enero de 1911.*

Hoy he hecho algo horrible. Algo que pesará en mi conciencia durante el resto de mi vida. Y, aun así, estoy convencido de que, de ocurrir de nuevo, actuaría exactamente de la misma manera.

El hombre me esperaba, sentado en la penumbra, cuando entré en el laboratorio. Su cara y su forma de vestir me resultaban familiares, pero tardé un rato en ubicarle,

y, cuando lo hice, los fantasmas del pasado me golpearon como una exhalación.

—Me ha llevado mucho tiempo encontrarle, doctor Tesla —dijo con un marcado acento británico—. Probablemente no habría dado con usted de no haberse hecho tan famoso.

—No le comprendo.

—De no haber salido su foto en todos los periódicos de Europa con esa rabieta suya por el Nobel de Física hace un año, aún seguiría buscándole. Una vez que asocié la cara con el nombre, en cambio, fue cuestión de hacer un par de comprobaciones. Reconozco que fue una maniobra muy inteligente cruzar Londres rumbo hacia aquí.

La sangre se me heló en las venas al comprender. Era el hombre que vislumbré un momento al fondo de la calle en Estrasburgo, el hombre que se escabulló cuando Jean-François murió, llevándose por medio a su asesino. Deseé con todas mis fuerzas que Herbert, que me había acompañado y correteaba por los alrededores de la torre, se mantuviera lejos de allí.

—¿Qué es lo que quiere? —dije, tratando de ganar tiempo mientras pensaba en algo.

Él se quitó las gafas y limpió los cristales con sumo cuidado. Sus modales eran delicados y su porte revelaba un origen aristocrático.

—Ambos sabemos lo que quiero. Vengo del Museo Metropolitano, y no está allí, ni en ningún otro museo que yo conozca.

—Busca usted en el lugar equivocado —dije, tratando de aparentar coraje mientras miraba de reojo mi prototipo de rayo de la muerte y desechara la idea. Aunque el amperaje de su descarga no es mortal y me habría dado la oportunidad de escapar, aún no está terminado, y mucho menos cargado.

—No me diga. ¿Y dónde debo buscar?

—Pruebe en el fondo del Atlántico.

—Me toma usted el pelo.

Me acerqué a los plomos y activé el interruptor de potencia. Las luces del laboratorio se encendieron.

—Si me disculpa, tengo mucho trabajo que hacer aquí —dije con aire distraído mientras echaba mano del mando del motor temporal (de apariencia totalmente inofensiva) y lo manipulaba.

—Mire, usted perdió a un amigo y yo a otro, estamos en paz. Sea razonable, las tablillas deberían estar en un museo.

Me sentí lleno de rabia y tristeza al recordar la muerte de Jean-François. No, no estábamos en paz.

—¿En un museo? Se refiere solo al museo Británico, ¿verdad?

—No he venido a hacerle daño. No si podemos evitarlo, claro. —Mientras hablaba se levantó y metió la mano en el bolsillo de su chaqueta de paño negro.

—¿En serio cree que me habría guardado las tablillas para mí todos estos años? —aventuré, esperando aún llegar a una solución diplomática.



Ojalá Herbert no hubiera aparecido en aquel momento.

—¡Papá, papá, ven a ver el bicho que he encontrado!

—Herbert, hijo, quédate donde estás.

—¿Papá? Qué chico tan guapo, doctor Tesla. ¿Es su hijo? Tiene la piel muy oscura, no como usted, desde luego... ¿De dónde es la madre?

—Si sigue por ese camino, está a punto de conocer la respuesta a esa pregunta — repliqué con frialdad al tiempo que activaba el motor.

—Seguro que no le gustaría que le ocurriera nada malo.

El hombre sacó un arma del bolsillo, pero los chispazos del rotor al ponerse a girar atrajeron su atención.

—¿Qué demonios es eso? —dijo cuando el aire tembló y la penumbra al otro lado fue sustituida por una pradera agitada por el viento.

No me lo pensé dos veces. Lo empujé a través del portal y desactivé el motor. Cuatro de las balas de su revólver tuvieron tiempo de atravesar el anillo y golpear en la pared antes de que la imagen desapareciera del todo, mientras Herbert miraba sin dar crédito a lo que veía.

\* \* \*

*Viernes, 21 de julio de 1911.*

Me preocupa Herbert. Tengo la sensación de haber perdido el control sobre él, de estar perdiéndolo como padre. Hace meses que apenas me habla. De hecho, habla casi todo el tiempo en la lengua del pueblo de Silnin, procurando hacerlo lo suficientemente rápido como para que yo no me entere de lo que dice. Me lleva la contraria, contesta mal y me falta al respeto, cuando no se encierra simplemente en su cuarto y se niega a hablar con nadie, excepto con su madre, con la que pasa cada vez más tiempo.

Entiendo que se trata de la rebeldía propia de la adolescencia, y puedo soportarlo mejor o peor, pero confieso estar perdido ante lo de hoy, que ha sido la gota que ha colmado el vaso. Y es que esta tarde, Clayton, el hijo del coronel de la 3.267, me lo trajo al hotel. Mi hijo tenía un ojo morado, y sus brazos y piernas estaban cubiertos de arañazos y moretones. Una vez lo envié a su habitación y nos quedamos a solas, Clayton me contó que estaba paseando con su prometida por Long Island y se le ocurrió enseñarle mi torre. Cuando se aproximaron vieron a unos chicos peleándose frente al edificio. El hijo del coronel corrió hacia ellos, y los chicos huyeron, dejando a Herbert en el suelo (según me dijo con cierto orgullo compartido, ellos también se veían magullados).

No sé cómo reaccionar ante el hecho de que mi hijo se vea envuelto en peleas callejeras. Y aún más, ¿qué hacía en Wardencllyffe? Lo encuentro especialmente extraño, puesto que desde que ocurriera el incidente con aquel inglés en mi

laboratorio, Herbert no ha querido ni acercarse a Long Island conmigo, y mucho menos a la torre.

Quizá no sea más que la adolescencia. Probablemente lo mejor será no hacer un drama de ello. Al fin y al cabo, dentro de unos meses enviaremos a Herbert a la universidad. Seguro que el cambio de aires le hace madurar.

\* \* \*

*Jueves, 18 de abril de 1912.*

Mis peores temores se han visto confirmados. Después de tres días de angustiada búsqueda, han encontrado el cadáver de Astor entre los restos del naufragio. Pobre hombre. John Jacob Astor IV, mi amigo y principal inversor... Descansa en paz.

Mañana iré al puerto a recoger a su mujer... su viuda, que llega junto con otros supervivientes de la tragedia del *Titanic*. Gracias a Dios ella está ilesa: Astor le consiguió un sitio en una de las balsas. Sin embargo, él...

Papá, mamá, Jean-François, Samuel, y ahora Astor... Siento como si el destino me fuese arrebatando amigos y seres queridos, uno por uno, como si se tratase de arena que inevitablemente se escapa entre los dedos. ¿Qué quedará al final, cuando se agote la arena, sino vacío?

En fin, prefiero no pensarlo. Como prefiero no pensar en la delicada situación en que la muerte de Astor me deja. Sé que es de un egoísmo intolerable pensar en ello en estos momentos, pero no puedo evitar preguntarme cómo pagaré los recibos de la electricidad, ni los estudios de Herbert, ahora que de pronto ha parecido interesarse por la Historia y las civilizaciones antiguas.

\* \* \*

*Jueves, 23 de mayo de 1912.*

Repasando las entradas de este diario se me hacen claras cuestiones a las que antes era ciego, y que explican lo ocurrido hoy. Apenas he sido consciente hasta ahora de cómo nuestra relación se ha ido deteriorando con el tiempo, cayendo en el hastío.

Si he de ser sincero, la causa no ha sido solo el carácter impulsivo y frívolo de Silnin. Yo mismo me he mostrado irritable y taciturno últimamente, debido tanto a nuestros acuciantes problemas económicos como a mi insana obsesión por que ella viviera La Historia Que Debió Ser, cosa que no me ha traído sino amargura...

... y celos. Hoy he perdido la cabeza. Discutíamos, una pelea entre tantas, esta vez a causa de sus canas, que a sus treinta y cuatro años le dan un aspecto de lo más atractivo. Ella se ve anciana y decrepita (qué ironía). No quiere tener que viajar de

nuevo y que la miren y murmuren a sus espaldas, no así. Así que en cuanto supo de la existencia del tinte por su amiga Lucy, apareció por sorpresa en mi laboratorio para comunicarme su decisión de teñirse para ocultar sus canas y viajar así al pasado, en adelante.

—¿Crees que no lo notarán? No. Es peligroso, no podemos permitirnoslo —le dije, aunque sabía, muy en el fondo, que la razón para negarme era otra muy distinta.

Ella insistió y volví a negarme. Me encogí de hombros y le dije que no lo necesitaba. Intenté hacerle ver lo preciosa que está como es, en la flor de la vida, pero no hubo manera.

Entonces Silnin estalló. Se puso a chillar que no sabía qué hacía aquí, con alguien de la edad del coronel, y que si no fuera por Herbert hacía tiempo que habría vuelto, y otras cosas que me dolieron en el alma y que me crisparon hasta el extremo.

—Sí, eso. ¿Por qué sigues aquí? Vuelve. ¿Por qué estar conmigo, cuando tienes a ese semental? —contesté mientras activaba el motor temporal; no era una bravata: la habría devuelto en aquel mismo momento.

Ella arrugó las cejas.

—¿Qué es semental?

—No importa. ¿Qué te impide marcharte? Yo tengo cincuenta y seis años, él... ¿Cuántos tiene él? —dije vacilante, intentando en vano hacerme a la idea de que él llevaba cinco mil años muerto, de que no tenía más que destruir el motor temporal para que dejara de ser una amenaza para siempre.

El anillo ya mostraba la suave luz del amanecer sobre pieles de animales que cubrían su lecho, pieles cuyo tacto mi cuerpo aún recuerda muy bien.

—¡Ah, eso! Sí, hacer el amor con él es bueno. ¡Oh, muy bueno! —exclamó, sin reparar en hasta qué punto me humilla escuchar eso (se ve que el decoro y la discreción no son costumbre en su pueblo)—. Pero nada más. Se va, me deja. Se va a buscarte a ti.

—¿A mí?

—Sí. Para matarte y revertir la maldición.

—Entonces quizá debería encontrarme.

Furioso, tomé el prototipo de rayo de la muerte y crucé el portal. Iluso de mí, de haberme tropezado entonces con él lo habría matado. Sin embargo, perdí los arrestos en cuestión de un par de minutos de espera y terminé dándome cuenta de lo estúpido de mi arrebató, cuando ella, sentada en la cama, me convenció entre sollozos de que no lo hiciera, de que yo también viviera La Historia Que Debió Ser.

Él apareció de repente. Ocurrió cuando ya me disponía a cruzar de vuelta; ella pareció escuchar algo, abrió mucho los ojos y me susurró que me escondiera. Me pareció prudente hacer caso a su tono de pánico y me agazapé en un rincón pero, con los nervios, olvidé desactivar el portal. Él lo vio en cuanto entró, tras reparar en Silnin, que se hacía la dormida.

No tuve más remedio que hacerlo. Él se interponía entre el anillo de penumbra y

yo. Intenté correr hacia el portal cuando por fin me vio y alzó aquella pavorosa lanza dispuesto a atravesarme. No tuve más remedio que dispararle.

Cayó al suelo entre espasmos, no sé si vivo o muerto (aún no he probado los efectos del rayo), y Silnin, tras contemplarlo horrorizada, me obligó a marcharme.

No volvió conmigo.

\* \* \*

*Martes, 28 de mayo de 1912.*

¡Gracias a Dios! Utnapishtim se recupera de las heridas que le causé, y Silnin ha decidido, por fin, volver a mi lado, tras cinco días velándolo día y noche y negándose a volver cuando abría el portal para pedirselo.

Pero hoy ha sido diferente. Mi blanca paloma me abrazó y me besó con ternura. No dijo nada de lo que ocurrió allí, tan solo que su lugar está a mi lado, pero está claro que algo la ha impresionado mucho.

\* \* \*

*Sábado, 18 de marzo de 1916.*

Estoy en quiebra. Ahora que lo he reconocido ante el mundo, solo quedaba reconocerlo ante mí mismo.

Ni un centavo. Así se lo he dicho al juez de la Audiencia Suprema, en el juicio por los 935 dólares de impuestos sobre la torre, que ya ni siquiera me pertenece. Hasta tuve que ocultar el motor temporal y algo de equipo antes de que sacaran todo lo demás.

Los buitres del *New York Sun* no han perdido ni un segundo en lanzarse sobre mi cuello. Por suerte, no han sido los únicos en reaccionar: Herbert me llamó esta mañana para anunciarme que deja los estudios y que está buscando un trabajo para echarnos una mano. Me tranquiliza saber lo mucho que ha madurado mi hijo.

\* \* \*

*Martes, 17 de julio de 1917.*

Dos días después de su último viaje, Silnin ha caído súbitamente enferma.

Supongo que cogió frío ayer, cuando fue junto con Lucy y el coronel a despedir a Clayton, que partía hacia el frente en Europa: acabo de cruzarme con Lucy en la escalera, y ella también estornudaba y estaba algo pálida.

Pero lo de Silnin parece peor. A mediodía llegó a 104° F,<sup>[8]</sup> y le duelen hasta las cuencas de los ojos y los oídos. El médico me dijo que no cabía sino esperar que se recuperara mediante el reposo. He estado aplicándole paños húmedos y ella, mientras, no ha cesado de repetir que es una enfermedad de su pueblo —la llamó algo así como «el tul negro»—, y que debía pasarla allí. Al principio me pareció que deliraba, pues se debatía continuamente entre lo que parecían breves períodos de lucidez y la locura más absoluta. A veces me miraba como sin verme, me insultaba y me decía cosas absurdas, como que la había traicionado, acostándome con una ramera o una bailarina, no lo sé muy bien. Incluso trató de pegarme, pero las fuerzas la abandonaron rápidamente y cayó rendida sobre el lecho como si nada hubiera sucedido. Instantes después, sin embargo, parecía recuperar el juicio y me miraba a los ojos y volvía a pedirme que la llevara de vuelta a su pueblo. Al final, su insistencia me ha hecho tomarla en serio. La he devuelto a su época, de donde he prometido volver a buscarla en cinco días.

No se lo he dicho, pero por supuesto la vigilaré desde aquí día y noche, y cruzaré a cuidarla cuando me sea posible.

\* \* \*

*Domingo, 22 de julio de 1917.*

No me ha sido posible cumplir la promesa que me hice a mí mismo. He pasado estos días muy enfermo, pero al parecer, el cólera, que casi me mata hace tantos años, endureció mi cuerpo de tal modo que me he recuperado en tan solo tres días.

Lamentablemente, Lucy no ha tenido tanta suerte. Murió anoche víctima de terribles dolores. Silnin está bien, y ha vuelto a casa sana y salva, pero quedó devastada cuando le comuniqué la noticia de la muerte de su mejor amiga.

\* \* \*

*Lunes, 20 de agosto de 1917.*

Qué ironía la del destino. Hoy, treinta y tres años después de haber dado por perdido el cofre, seis años después de que aquel inglés me lo reclamara, este ha vuelto a mis manos como si tal cosa.

Al parecer, durante el motín, uno de los marineros que fueron arrestados robó mi maleta y la escondió tras una tubería cerca de la sala de máquinas. Y allí se quedó hasta que dismantelaron el *City of Richmond* en 1896, momento en que pasó a un almacén de la American, que entonces era la dueña del barco. La incidencia se perdió entre el papeleo y la burocracia cuando la American fue absorbida por otra compañía que se reorganizó después como la Marina Mercantil Internacional. Así, nadie se hizo

cargo de mi maleta hasta que un empleado reparó en ella el mes pasado, reconoció mi nombre en la etiqueta, e hizo que me la enviaran. Sorprendentemente, el fardo con el cofre y las tablillas seguían allí (no así el poco dinero que guardaba y mi galvanómetro).

La alegría que esto supone se ve eclipsada, sin embargo, por la situación en casa: Silnin se halla inmersa en un estado de depresión desde que Lucy muriera el mes pasado. Tampoco ha ayudado el hecho de que Clayton le escribiera a su padre a su llegada al frente de combate en Europa, diciendo que había cogido una gripe, nada serio, y que escribiría de nuevo en cuanto se sintiera mejor, cosa que no ha hecho.

Mi blanca paloma no hace sino murmurar palabras de culpa, apenas prueba bocado, y ni siquiera la presencia de nuestro hijo es capaz de sacarla de su apatía.

\* \* \*

*Martes, 21 de agosto de 1917.*

Todo ha acabado.

Soy un estúpido. Yo mismo he precipitado sin darme cuenta los acontecimientos que marcan el final de esta historia. Poseído por el ansia de conocer el contenido de las tablillas, se las mostré a Silnin con la esperanza de que supiera leerlas. Al fin y al cabo, eso la animaría, y no violaría las leyes de la causalidad, puesto que la historia que cuentan las tablillas ya no ha tenido lugar.

Me equivoqué de todo punto. Habíamos conseguido sacarla a dar un paseo por los alrededores de Wardenclyffe, y se me ocurrió colarme con ella en las ruinas de mi laboratorio para darle el cofre, oculto en la habitación del motor temporal junto con el mando, tras unos tabloncillos del suelo. Herbert se quedó caminando por los alrededores (desde que hace años vio a aquel hombre desaparecer a través del anillo no ha querido volver a entrar en la torre, aunque ahora, tras lo ocurrido, me doy cuenta de lo equivocado que estaba en esa apreciación).

Ella reconoció el cofre. Emocionada, me preguntó de dónde lo había sacado, pero no esperó a mi respuesta y tomó en sus manos *La epopeya de los amantes*. La voz le tembló cuando me ordenó que esperara en la habitación contigua y comenzó a leer.

Salió de allí un buen rato después y, cuando lo hizo, sostenía el mando en la mano. Tenía la cara enrojecida y la nariz y la boca empapadas en lágrimas. Los azulados rayos de la torre se filtraban por entre los agujeros del techo, y escuché el característico chisporroteo de la máquina en la habitación contigua.

Yo también me eché a llorar cuando me abrazó y me cubrió de besos, sin saber qué había podido leer para quedar en ese estado. Finalmente me besó en los labios (el beso más largo y cariñoso que recuerdo de ella), y dijo:

—Dile a Herbert cuánto lo quiero. Yo no tendría el coraje para cumplir mi destino si lo viera ahora.

Acto seguido se dio la vuelta y caminó hacia el anillo. Sólo logré reaccionar cuando ella cruzaba el portal. Lo crucé corriendo tras ella, y la agarré del brazo, recuperando el mando con la otra mano.

—¡No te vayas, Silnin! Lo que sea que hayas leído no ocurrió así. ¡Es falso! ¡Nosotros lo cambiamos todo!

No me contestó ella, sino la poderosa voz del rey Utnapishtim, que irrumpió en los aposentos de Silnin ordenándome soltarla.

No tuve tiempo de reaccionar. Se me echó encima y sentí como si un tranvía me hubiera golpeado en el hombro. El impacto me desequilibró tanto que solté a Silnin y caí hacia atrás, al suelo cubierto de escombros de mi laboratorio.

Cerré el portal demasiado tarde. Utnapishtim dejó a Silnin al otro lado, en Shuruppak, y cruzó de un salto. Cayó a mi lado cuando me reincorporaba y me rompió la vara de la lanza en las costillas (como pude comprobar después, por fortuna el portal la había cercenado). El golpe me hizo soltar el mando y gemir de dolor. Luego se puso en pie, miró a su alrededor, y decidió arrancar el alternador de su sitio y aplastarme el cráneo con él.

Yo le grité que se detuviera, pero no me hizo caso. Cien mil voltios recorrieron su cuerpo cuando puso las manos sobre el metal, y cayó al suelo fulminado.

Eso debió haberlo matado, pero no lo hizo. No sé cuanto tiempo estuvo caído en tierra, pues estaba demasiado ocupado tratando de apagar el incendio que el rey de los cabezas negras había causado.

Me pilló por sorpresa al abalanzarse sobre mí; aún magullado como estaba, seguía siendo el mismo joven atlético de siempre (a estas alturas, de hecho, tres veces más joven que yo). Pronto me vi tumbado boca arriba, con los brazos atrapados por sus muslos y con una privilegiada vista del fuego que comenzaba a extenderse por la máquina y la habitación.

Me avergüenza reconocer que me oriné encima cuando noté la gélida hoja de su cuchillo en mi cuello. Por la cuenta que me traía, puse especial atención en entender cada una de sus palabras.

—Tu muerte, maldito demonio, revertirá la maldición.

Viendo mi final inminente, tuve el valor de jugar mi última baza. Hablé despacio, escogiendo las palabras, en una lengua que estaba lejos de dominar.

—Si me matas, la maldición se romperá. Sí. Pero ella no volverá a ser joven y bella. Y no te dará hijo alguno. Es tarde para eso.

—¡Mientes, demonio!

—Si me matas, Silnin será anciana durante largos años hasta que muera en tus brazos. ¿Es eso lo que quieres, oh rey?

Él pareció dudar. Postrado en el suelo bajo él, dolorido e incapaz de moverme, esperé que así fuera, esperé que la odiosa naturaleza humana hiciera su trabajo.

Jamás sabré si me habría matado o no de no haber aparecido Herbert. Había venido corriendo alertado por los rayos de la torre y el humo que escapaba al exterior.

—¡Padre!

Ambos alzamos la cabeza hacia Herbert. No había usado el inglés, sino la lengua de los cabezas negras. Al verlos a los dos al mismo tiempo, vi con claridad meridiana lo que hasta entonces me había negado a ver. Los dos lo vimos, en realidad, el rey Utnapishtim de Shuruppak y yo.

Aquellos dos jóvenes (de edades similares a causa de los enrevesados derroteros del Tiempo) guardaban un parecido extraordinario. Tanto, que de no haber comprendido entonces que Herbert era su hijo y no el mío, los habría tomado por dos hermanos.

—Padre, detente.

Utnapishtim lo miró, todavía con ojos desorbitados. Noté que su presa se aflojaba y respiré pesadamente mientras él se levantaba. Herbert palmeó entonces el hombro de su padre, que era incapaz de hablar, recogió el mando y pulsó el botón adecuado.

Ante mi sorpresa, el anillo se puso a girar y la imagen de los aposentos de Silnin tembló ante nosotros.

—Volvamos, oh, rey. No queda mucho tiempo.

El fuego lamía ya la maquinaria, y las chispas, cada vez más grandes, presagiaban el cierre del portal en cualquier momento. Herbert me ayudó a levantarme, recogió el cofre y las tablillas y los depositó en mis manos. Luego señaló el mando temporal, me abrazó y me susurró al oído:

—No te preocupes, padre. Sé perfectamente cómo funciona.

Aturdido como estaba, permanecí de pie, mientras padre e hijo cruzaban al otro lado y el portal de mi motor temporal se cerraba por última vez.

\* \* \*

*Domingo, 2 de septiembre de 1917.*

Han pasado ya doce días desde que Silnin y Herbert se fueron. Solo ahora comienzo a hacerme a la idea de que jamás volveré a verles.

He perdido el motor temporal. Alguien debió de vernos caminar por entre las ruinas, debieron de ver los rayos y el incendio: se ha corrido la voz de que la torre podría estar siendo usada por espías alemanes y el ejército la ha derruido, sin más, mientras yo me encontraba fuera de Nueva York. Lo supe al volver de dar el pésame al coronel por la muerte de su hijo Clayton (la misiva que recibió ni siquiera decía si había caído en combate o víctima de la enfermedad que yo me temo).

En fin, supongo que ya no importa. Ni siquiera aunque tuviera el mando podría viajar: las ondas estacionarias se propagan hacia el pasado, no hacia el futuro, por lo que todo viaje resulta imposible sin una torre nueva que las inyecte al subsuelo.

La otra cara de esa moneda, por desgracia, es que ellos tampoco pueden venir a visitarme.



\* \* \*

*Viernes, 24 de mayo de 1918.*

Esta mañana casi desfallezco al leer la prensa. Lo que ya se conoce como gripe española ha matado a 150.000 personas sólo en dicho país, el único que no ha censurado las cifras ni los informes. Los rumores hablan de decenas de millones de muertos en todo el mundo.

Por mucho que no pueda estar seguro, no puedo dejar de pensar que se trata de la misma enfermedad. De ser así, este es legado de muerte que nos ha dejado la reina de Shuruppak...

No, seamos francos: sólo hay una persona responsable de dicho legado, y soy yo. Todo ha sido culpa mía, las consecuencias de mis estúpidas acciones, desde el principio.

Lo siento. Lo siento mucho.

\* \* \*

*Jueves, 31 de diciembre de 1942.*

Hoy ha sucedido lo imposible. Hoy, Nikola Tesla, el inquilino de la habitación 3.327 del hotel New Yorker, es la persona más feliz del planeta.

Hoy, Herbert ha venido a desearme feliz Año Nuevo.

Al principio, cuando el portal se abrió en la pared, pensé que mi anciano cerebro me estaba jugando una mala pasada. A mis ochenta y seis años, pocas cosas me sorprenden ya, pero esta fue una de ellas.

Está algo distinto. Se ha dejado barba, y sus ojos reflejan experiencia y determinación. No ha contestado a ninguna de mis atropelladas preguntas; en cambio, me ha rogado que sea paciente, pues tiene una sorpresa para mí, algo que me dará mañana.

Jamás había estado tan excitado. Temo morir de un colapso antes de ver de qué se trata.

\* \* \*

*Sábado, 15 de julio de 2006.*

Llevo tres años viviendo en el siglo XXI, junto a Silnin (aunque ahora se haga llamar Silvia), en una mansión digna de un marajá. Los años han pasado por ella de modo diferente a como han pasado por mí: antes le sacaba veintidós años; ahora, en

cambio, no nos separan más de cinco o diez, aunque nunca podré estar seguro de la cifra exacta pues, como toda dama que se precie, se la guarda únicamente para sí, como tantas otras cosas.

Ni qué decir tiene que la encuentro aún más atractiva de lo que la recordaba.

El día que Herbert me trajo aquí, aquel día de Año Nuevo de 1943, no comprendía cómo era posible. No se me ocurrió pensar que alguien, en el futuro (en el presente) construiría en Alaska una serie de torres o antenas de alta frecuencia para investigar la ionosfera, al estilo de mi vieja torre de Wardenclyffe. Al activarlas, la energía inyectada se propagó en forma de onda hacia el pasado, de donde pudo ser recuperada mediante el mando, al igual que hice yo para volver desde el pasado remoto a mi tiempo, tras el desafortunado incendio en mi laboratorio. ¡Y pensar que todo este tiempo esto me habría permitido visitar mi futuro, este presente, con solo haber dispuesto los diales del mando en la posición adecuada! Herbert, en cambio, no tuvo ningún reparo en probar lo que a mí no se me habría ocurrido, al estar condicionado por mi conocimiento de la teoría.

Ahora, al fin, lo comprendo todo. Comprendo cómo, al igual que aquella pelota que recogí y después mandé al pasado de donde la había recogido, las cosas sucedieron como sucedieron porque no podían haber sucedido de otra manera.

Sé, así, que Silnin morirá hace cinco mil años, cuando llegue su momento, durante uno de los viajes anuales que hace en compañía de Herbert para visitar a Utnapishtim (quien, todo hay que decirlo, comprendió la situación mucho mejor de lo que yo lo hubiera hecho).

Sé que yo también moriré, en el mismo momento pero en épocas diferentes, y que Herbert depositará entonces mi cuerpo en la habitación de mi hotel, donde será encontrado al día siguiente (es curioso cómo el destino ha querido que no fueras tú el único en predecir el instante de su propia muerte, querido Mark Twain).

Y sé que Herbert, el hijo de Utnapishtim, y no aquel, es el verdadero «inmortal» de la leyenda. Es Herbert (o Noé, o Ziusudra, o Atrahasis según el mito y quién lo cuente), el que, cuando sus padres tengan el final que les corresponde, será libre para labrar su leyenda, para recorrer los senderos de la Historia y construir el Arca y sobrevivir al Diluvio y aconsejar al más grande héroe sumerio, Gilgamesh, en su búsqueda.

La vida aquí es apacible. Es agradable saber que, a pesar de las traiciones y las injusticias que sufrí en vida, la Historia ha puesto algunas cosas en su sitio (¡no mucha gente puede presumir de que una unidad de medida física se nombrara en su honor!).

Esta será la última entrada de mi diario. En cuanto levante la pluma del papel, arrancaré las hojas de todas las entradas que hagan mención alguna a las tablillas, a Silnin o a Herbert y escribiré versiones nuevas en aquellos días que lo requieran. Luego guardaré mi historia más preciada en el cofre, junto con la historia grabada en arcilla, mi otra historia, la que me ha traído hasta aquí.

Al caer la tarde Herbert aparecerá para llevarme, como cada año, de vuelta a la habitación 3.327 durante un día de enero de 1943, para que haga allí nuestra pequeña farsa (¡y pensar que los empleados del hotel no me creen, me miran como si tuviera demencia senil cuando digo que mi blanca paloma viene a visitarme todos los días!).

Es curioso. Contemplo ahora el cofre y la epopeya, a la luz de todo el camino recorrido, y no puedo evitar preguntarme cuál fue la verdadera epopeya de los amantes, si la suya, o la nuestra.

## Agradecimientos

Diseñar las piezas de este rompecabezas de manera que encajaran correctamente una vez cortadas habría sido infinitamente más difícil sin la inestimable ayuda de ciertas personas.

En primer lugar agradezco a mi madre, Carmen, su aguda visión arqueológica a la hora de caracterizar todo lo relativo a la cultura sumeria. De no ser por ella, estoy seguro de que el resultado habría sido no solo inverosímil sino bastante grotesco, además de haberme llevado mucho más tiempo.

Del lado de Tesla, varias de las anécdotas y sugerencias de mi padre, Mariano, resultaron fundamentales para la narración. Y la versión final habría lucido mucho peor de no haber sido por sus incansables revisiones.

A Pablo Bonet le debo, además de una de esas muchas conversaciones de donde surgen las historias, la idea de hacer de Nikola Tesla el personaje principal. Esto representó un desafío mucho mayor de lo que había imaginado, desde la inmersión en la extensa bibliografía acerca de este notable inventor, hasta la cuidadosa composición de las piezas de la narración para que realidad y ficción se fundieran de forma verosímil en algo que hubiese podido ocurrir. Tesla resultó ser un personaje fascinante, el mejor que hubiera podido imaginar. Muchas de las anécdotas relatadas aquí le ocurrieron de verdad, incluyendo algunas tan inverosímiles que varias personas me las «recriminaron» como mías, llegando incluso a aducir que alguna — como su manera de embarcar rumbo a Nueva York— resultaba algo forzada.

He de agradecer, por último, las despiadadas lecturas y revisiones de María del Mar Rubio Díez, Begoña García Merino, Juanjo Valderrama Arquero, Luis Pablo Prieto Santos, Rubén Pérez Planillo, Jaime Oraa, Rayco González y Sara Rueda Sáiz.

**MARIANO VILLARREAL** (Barakaldo, 1967) es responsable informático del departamento de Hacienda y Finanzas del Gobierno Vasco y administrador de Literatura Fantástica, un portal web dedicado a la divulgación y crítica de novedades de género fantástico y de ciencia ficción en España, además de seleccionador de las antologías *Terra Nova*, que con este libro suman tres volúmenes. Igualmente, ha recopilado las antologías *Visiones 2006* y *Fabricante de sueños 2000* (en colaboración), ha publicado artículos y reseñas en numerosos medios especializados, y ha sido jurado en diversos premios literarios.

# Notas

## PRIMERA PARTE

# La epopeya de los amantes

[1] Se ha adoptado en esta traducción la versión babilónica del nombre, Utnapishtim, en lugar del sumerio Ziusudra, mucho menos común. (*N. del T.*). <<

[2] Unos 50 y 45 km, respectivamente. (*N. del T.*). <<

[3] Se refiere, seguramente, a la sucesión de dos eclipses totales en el mismo ciclo lunar, uno de sol y otro de luna. (*N. del T.*). <<

[4] Enlil, el dios sumerio del viento, es quien causó el Diluvio, harto del ruido que hacían los hombres. (*N. del T.*). <<

[5] A juzgar por los síntomas mostrados por los reyes (ver también Tablilla VII), el término probablemente alude a algún tipo de gripe estacional. (*N. del T.*). <<

## SEGUNDA PARTE

# El diario de Tesla

[6] Samuel Langhorne Clemens, más conocido por su pseudónimo, Mark Twain, fue amigo íntimo de Tesla. (*N. del T.*). <<

[7] Mark Twain nació en 1835, año de paso del cometa Halley, y falleció un día después de su máximo acercamiento al Sol en su siguiente órbita, tal y como el escritor predijo. (*N. del T.*). <<

[8] 40 °C (*N. del T.*). <<